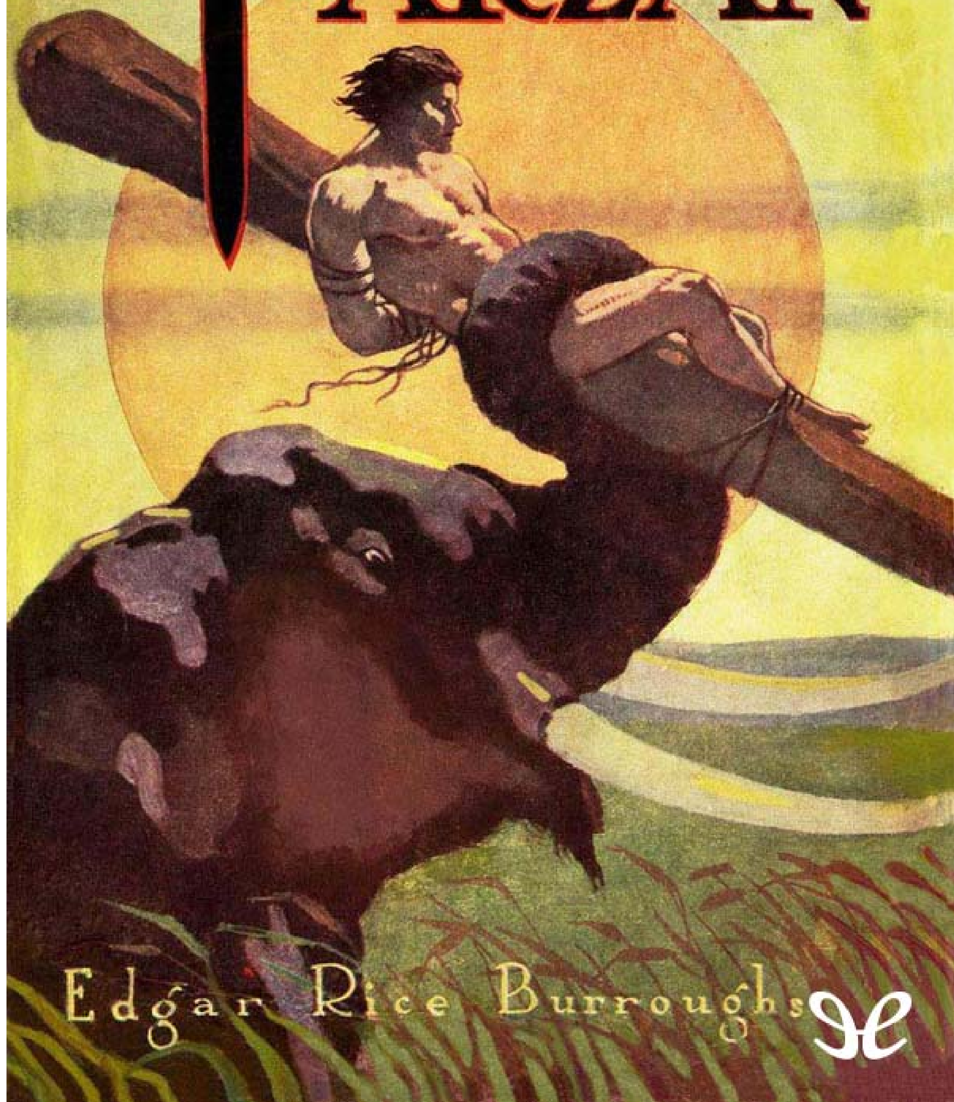
# EL HIJO DE TARZÁN



Paulvitch, el hombre de confianza de Nikolás Rokoff, el ya fallecido enemigo de Tarzán, aún sigue vivo y trama su venganza contra Tarzán. Como parte de sus planes, engaña a Jack, el hijo de Tarzán, para que salga de Londres y caiga en sus manos.

Pero el niño escapa con la ayuda del gran simio Akut, y ambos consiguen encontrar refugio en las salvajes junglas africanas, donde Tarzán se crió dos décadas atrás. En este ambiente totalmente ajeno a su educación civilizada el muchacho ha de aprender a enfrentarse con las grandes y feroces bestias, y a plantar cara a los peligros de la misma forma que su padre.

Pronto se dará cuenta sin embargo, que las amenazas de la jungla apenas son comparables con las que proceden de los seres humanos.



Edgar Rice Burroughs

# El hijo de Tarzán

**Tarzán 4**

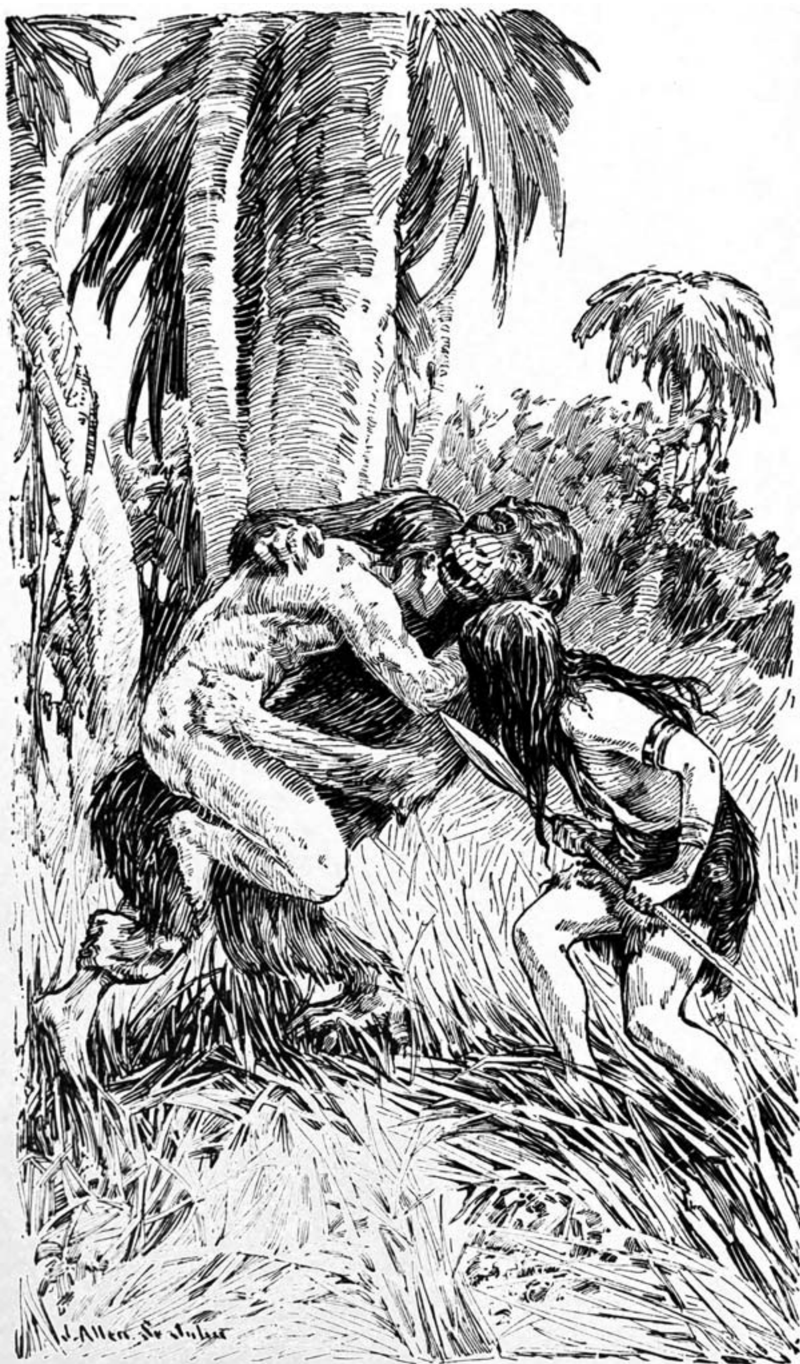
**ePUB r1.3**
**Titivillus** 22.01.17

Título original: *The Son of Tarzan*
Edgar Rice Burroughs, 1914
Traducción: Emilio Martínez Amador
Portada original 1ª edición EE.UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales:James Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0



# El hijo de TARZÁN


J. Allen St. John

# THE SON OF TARZAN

by

Edgar Rice Burroughs

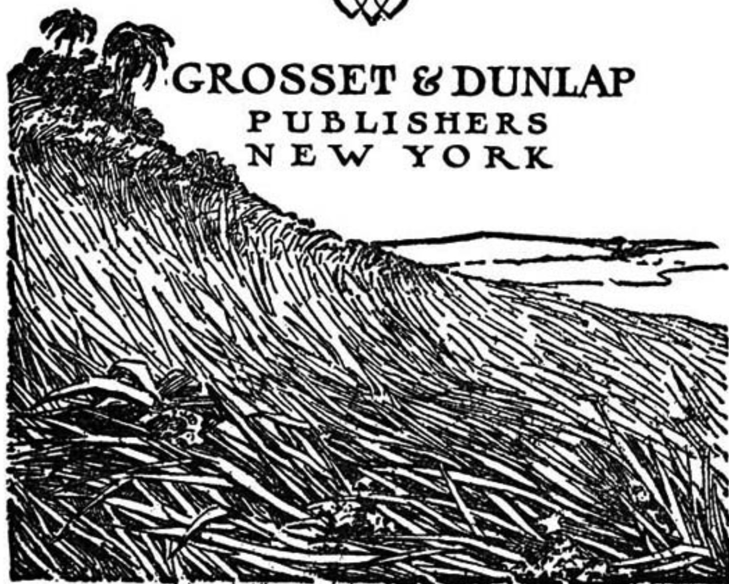


Author of "Tarzan of the Apes," Etc.,



With Illustrations by J. Allen St. John

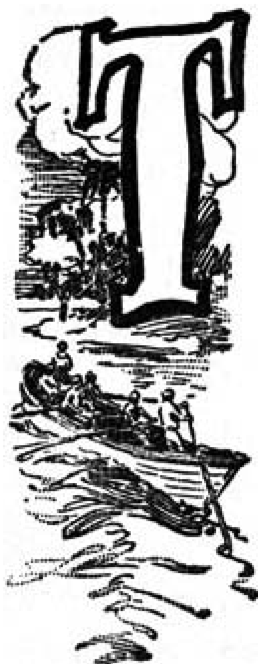




GROSSET & DUNLAP
PUBLISHERS
NEW YORK

*A*
*Hulbert Burroughs*

# I



RAS el arduo esfuerzo de remontar la embarcación a golpe de remo, el alargado bote del *Marjorie W.* se deslizaba aguas abajo del ancho Ugambi, impulsado por la corriente y el reflujo, mientras sus tripulantes disfrutaban indolentemente de aquel momento de respiro. El *Marjorie W.* estaba fondeado tres millas más abajo, listo para levar anclas en cuanto se encontraran a bordo y hubiesen colgado el bote de sus pescantes. De pronto, los marineros despertaron de su modorra o suspendieron sus parloteos para dirigir su atención hacia un punto determinado de la orilla septentrional del río. Con cascada voz de falsete, al tiempo que agitaba los extendidos y esqueléticos brazos, la inconcebible aparición de un ser humano les gritaba desde allí a pleno pulmón.

—¿Quién demonios puede ser ese tipo? —exclamó uno de los remeros.

—¡Un hombre blanco! murmuró el piloto. Ordenó: —Dadle a las palas,

muchachos, acerquémonos a ver qué quiere.

Al aproximarse a la ribera vieron a una criatura demacrada, cuyas escasas greñas blancas se apelotonaban en mugrienta maraña. Su enjuto cuerpo encorvado iba completamente desnudo, salvo por un exiguo taparrabos. Las lágrimas descendían por las hundidas mejillas picadas de viruela. El hombre les farfulló algo en un idioma desconocido.

—Debe de ser ruso —aventuró el piloto. Se dirigió al individuo—: ¿Habla inglés?

Lo hablaba. Y en esa lengua, a saltos, entrecortada y vacilantemente, como si llevara años sin emplearla, les suplicó que lo llevasen con ellos, que lo sacaran de aquella espantosa región. Una vez a bordo del *Marjorie W.*, el extraño ser refirió a los que acababan de rescatarle una lastimosa historia de miserias, privaciones, dificultades y angustias cuya duración se había prolongado a lo largo de más de diez años. No les explicó cómo había ido a parar a África, sólo les dio a entender que había olvidado todo lo concerniente a su vida anterior a la llegada allí y a los terribles sufrimientos que tuvo que soportar y que acabaron por desquiciarle física y mentalmente. Ni siquiera les dio su verdadero nombre, por lo que sólo le conocieron por el de Michael Sabrov. Y la verdad es que entre aquella lamentable ruina humana y el vigoroso, aunque falto de principios, Alexis Paulvitch no existía la más remota semejanza.

Diez años habían transcurrido desde que el ruso escapó al destino que acabara con su compinche, el diabólico Rokoff y, en el curso de ese decenio, Paulvitch maldijo no una sino muchísimas veces al hado que concedió a Nicolás Rokoff la muerte y le dispensó así de todo padecimiento, mientras le había reservado a él, Alexis Paulvitch, los horrores escalofriantes de una existencia infinitamente peor que la muerte, una muerte que se negó empecinadamente a llevárselo.

Cuando vio que las fieras de Tarzán y su salvaje amo y señor invadían la cubierta del *Kincaid*, Paulvitch se dirigió a la selva y, abrumado por el pánico que le inspiraba la idea de que el hombre-mono le persiguiera y le capturase, el ruso se adentró tanto por la espesura de la jungla que, al final, acabó cayendo en poder de una de las silvestres tribus de caníbales que habían sufrido el rigor de la mala sangre y la cruel brutalidad de Rokoff. Una extraña veleidad del jefe de dicha tribu salvó a Paulvitch de la muerte…, sólo para caer en una existencia plagada de tormentos y calamidades. Durante diez años fue el blanco de todos los golpes y

pedradas que quisieron descargar sobre él las mujeres y los niños de la aldea, el receptor de cuantas cuchilladas y desfiguraciones desearon administrarle los guerreros, la víctima de las fiebres recurrentes más virulentas y malignas que impregnaban la zona. A pesar de todo, no murió. La viruela le clavó sus horribles garras y lo dejó indescriptiblemente señalado con sus repugnantes marcas. Entre la viruela y las atenciones que le dedicaron los miembros de la tribu, el semblante de Alexis Paulvitch estaba tan desfigurado que ni su propia madre hubiese podido descubrir un solo rasgo familiar en aquella deplorable carátula. Unos pocos mechones, ralos y grasientos, de color blanco pajizo, habían sustituido a la densa cabellera negra que otrora cubrió la cabeza del ruso. Tenía las extremidades curvadas y retorcidas, andaba arrastrando los pies, inseguro y vacilante, encorvado el cuerpo. No le quedaban dientes, sus salvajes amos se habían encargado de saltárselos. Incluso su inteligencia no era más que un triste remedo de lo que fue.

Lo trasladaron y subieron a bordo del *Marjorie W.*, donde le dieron de comer y le cuidaron. Recuperó una pequeña parte de sus energías, pero su aspecto físico no mejoró gran cosa: seguía siendo el desperdicio humano, machacado y destrozado que encontraron los marineros; y un desperdicio humano, machacado y destrozado continuaría siendo hasta que la muerte se hiciera cargo de él. Aunque andaba todavía por los treinta y tantos, Alexis Paulvitch hubiera podido pasar fácilmente por octogenario. Los inescrutables designios de la Naturaleza habían impuesto al cómplice un castigo muy superior al que infligieron a su jefe.

La mente de Alexis Paulvitch no albergaba afán alguno de venganza, sólo anidaba en ella un odio sordo hacia el hombre a quien Rokoff y él trataron infructuosamente de eliminar. También había allí odio dedicado a la memoria de Rokoff, porque Rokoff fue quien le hundió en aquel infierno de horrores que tuvo que sufrir. Y odio hacia la policía de una veintena de ciudades de las que tuvo que escapar precipitadamente. Paulvitch odiaba la ley, odiaba el orden, lo odiaba todo. La morbosa idea de un odio total saturaba hasta el último segundo de su vida consciente. Tanto mental como físicamente, en su aspecto exterior, se había convertido en la personificación del más frustrante sentimiento de Odio, con mayúscula. Alexis Paulvitch tenía poca o ninguna relación con los hombres que le habían rescatado. Se encontraba excesivamente débil para colaborar en los trabajos de la nave y era demasiado arisco para alternar con los demás, de

modo que el personal decidió en seguida dejarle tranquilo, a su aire, y que se las compusiera como pudiese.

El *Marjorie W.* lo había fletado un grupo de ricos fabricantes, que lo dotaron de un laboratorio y un equipo de científicos, y lo enviaron a la búsqueda de cierto producto natural que los fabricantes que abonaban las facturas llevaban tiempo importando de América del Sur a un coste enorme, excesivo. A bordo del *Marjorie W.* nadie, a excepción de los científicos, conocía la naturaleza de ese producto, y tampoco es este el momento de entrar en detalles acerca de eso. Lo único que importa aquí es que, después de subir a bordo a Alexis Paulvitch, el barco siguió su ruta hasta una isla situada a cierta distancia de la costa de África.

El barco permaneció varias semanas anclado frente a la isla. La monotonía de la existencia a bordo empezó a atacar los nervios a los miembros de la tripulación. Desembarcaban a menudo y, al final, Paulvitch pidió que le dejaran acompañarlos a tierra, ya que la tediosa vida del buque también empezaba a resultarle insoportable.

Densas arboledas cubrían la isla. La espesa vegetación descendía casi hasta la playa. Los científicos del *Marjorie W.* andaban por el interior, a la búsqueda del valioso material que, si se hacía caso a los rumores propagados por los indígenas del continente, era muy probable que encontrasen allí en cantidades lo bastante apreciables como para permitir su explotación comercial. El personal de la empresa naviera pescaba, cazaba y exploraba. Paulvitch iba arrastrándose de un lado a otro de la playa o se echaba a la sombra de alguno de los árboles gigantescos que la bordeaban. Un día, mientras los hombres, congregados a cierta distancia, inspeccionaban el cadáver de una pantera abatida por el rifle de uno de ellos, que había ido a cazar a la selva, Paulvitch dormía tranquilamente al pie de su árbol. De súbito, le despertó el contacto de una mano que acababa de posársele en el hombro. El ruso se incorporó con brusco respingo: a su lado, en cuclillas, un inmenso antropoide le examinaba atentamente. El terror se apoderó del hombre. Lanzó una mirada hacia los marineros, que se encontraban a cosa de doscientos metros. El simio volvió a tocarle el hombro, al tiempo que emitía una serie de inarticulados sonidos lastimeros. Paulvitch no vio amenaza alguna ni en la mirada interrogadora ni en la actitud del mono. Se puso en pie despacio. El antropoide hizo lo propio, junto a él.

Medio doblado sobre sí mismo, el hombre echó a andar, arrastrando los

pies cautelosamente, hacia el grupo de marineros. El simio caminó a su lado, tras cogerle del brazo. Casi llegaron hasta el puñado de tripulantes del *Marjorie W.* antes de que los vieran y, para entonces, Paulvitch ya tenía la absoluta certeza de que el animal no pretendía causar el menor daño. Era evidente que el simio estaba acostumbrado a codearse con seres humanos. Al ruso se le ocurrió que aquel mono representaba un valor considerable en efectivo y antes de llegar a la altura de los marineros ya había decidido que, si alguien iba a aprovechar esa fortuna, ese alguien sería él, Alexis Paulvitch.

Cuando los hombres alzaron la cabeza y vieron aquella extraña pareja que se les acercaba, el asombro los invadió y su primera reacción fue echar a correr al encuentro de ambos. El mono no manifestó temor alguno. En vez de asustarse, lo que hizo fue coger a cada uno de los marineros por el hombro y examinar su rostro durante largos segundos. Tras haberlos observado a todos, regresó junto a Paulvitch, con la decepción pintada en el semblante y en el porte.

Los hombres se sintieron encantados con él. Se arracimaron alrededor de la pareja y, sin apartar la vista del antropoide, dispararon preguntas y más preguntas sobre Paulvitch. El ruso se limitó a decirles que el mono era suyo —no se mostró dispuesto a añadir ninguna explicación ulterior—, y no le sacaron de ahí. Repitió continuamente el mismo estribillo: «El mono es mío. El mono es mío». Harto de oír la misma cantinela, uno de los marineros se permitió pasarse de la raya con una broma pesada. Rodeó el grupo, se colocó detrás del simio y le clavó un alfiler en la espalda. Como un relámpago, el animal giró en redondo para plantar cara al que le atormentaba y en las décimas de segundo que tardó en dar aquella media vuelta, el apacible y amistoso animal se transformó en un frenético demonio furibundo. La sonrisa de oreja a oreja que decoraba el semblante del marinero que había perpetrado la simpática jugarreta se convirtió en una congelada expresión de terror. Intentó eludir los largos brazos que se extendieron en su dirección pero, al no lograrlo, sacó el cuchillo que llevaba al cinto. Un simple tirón le bastó al antropoide para arrancar el arma blanca de la mano del hombre, y arrojarla lejos. Inmediatamente después, los colmillos del simio se hundían en el hombro del marinero.

Armados de palos y cuchillos, los camaradas del tripulante del *Marjorie W.* se precipitaron sobre el animal, mientras Paulvitch alternaba los ruegos y las maldiciones al tiempo que bailoteaba alrededor de la pandilla de

maldicientes y gruñones energúmenos. Ante las armas que empuñaban los marineros, Paulvitch veía desvanecerse rápidamente en el aire sus ilusiones de riqueza.

Sin embargo, el mono demostró que no sentía el menor deseo de convertirse en presa fácil, por muy superiores en número que fuesen los adversarios dispuestos a acabar con él. Se incorporó, abandonando al marinero que desencadenara la gresca, sacudió los poderosos hombros para quitarse de encima los enemigos que se habían aferrado a su espalda y mediante unos cuantos golpes de sus formidables manazas, arreados con la palma abierta, derribó uno tras otro a los atacantes que se le acercaron más de la cuenta, al tiempo que saltaba de aquí para allá con la agilidad de un tití.

El capitán y el piloto del *Marjorie W.*, que acababan de desembarcar, fueron testigos de la rápida escaramuza y Paulvitch observó que ambos echaban a correr en dirección a la escena de la lucha, al tiempo que desenfundaban sus revólveres. Los dos marineros que los habían llevado a tierra les siguieron pisándoles los talones. El simio contempló el estrago que acababa de producir y Paulvitch se preguntó si estaba esperando un nuevo ataque o si debatía consigo mismo a cuál de sus enemigos exterminaría primero. Paulvitch no dio con la respuesta a la pregunta. Lo que sí comprendió, no obstante, fue que en cuanto se encontrasen a la distancia adecuada para apretar el gatillo, los dos oficiales dispararían sus armas y acabarían en un santiamén con la vida del antropoide. A menos que él, Paulvitch, reaccionara rápidamente y lo impidiese. El mono no había hecho el menor intento de atacar al ruso, pero a pesar de todo éste no tenía ni mucho menos la certeza de que no pudiera hacerlo en el caso de que se interpusiera en los designios de aquel animal salvaje, cuya ferocidad se había despertado en toda su bestial plenitud y al que el olor de la sangre sin duda exacerbaría los instintos carniceros. Paulvitch titubeó unos segundos y en seguida volvieron a surgir en su imaginación, con renovada fuerza, los sueños de opulencia que indudablemente podía convertir en realidad aquel gigantesco antropoide una vez pudiera llevarlo sano y salvo a alguna metrópoli importante como Londres.

El capitán le gritó que se quitase de en medio, a fin de poder abatir al mono; pero, en lugar de obedecerle, Paulvitch se llegó, arrastrando los pies, hasta el animal y aunque el miedo hizo que se le pusieran de punta los escasos pelos que le quedaban, se las arregló para dominar sus terrores y

posar la mano en el brazo del simio.

—¡Vamos! —le ordenó. Y apartó al antropoide de los vencidos marineros, varios de los cuales estaban sentados en el suelo, con los ojos desorbitados a causa del pánico, o se alejaban a gatas de la fiera que acababa de derrotarlos en toda la línea.

El antropoide se dejó llevar por el ruso y se apartó despacio, sin manifestar el más leve deseo de causarle daño. El capitán se detuvo a unos pasos de la extraña pareja.

—¡Hágase a un lado, Sabrov! —conminó—. Voy a enviar a esa fiera a un sitio en el que no podrá morder a ningún marinero más.

—Él no tiene la culpa, capitán —alegó Paulvitch—. Por favor, no dispare. Fueron los hombres quienes empezaron la trifulca…, los que atacaron primero. Verá, es un animal realmente manso… y es mío, mío. ¡Mío! ¡No voy a permitir que lo mate!

En su semi-desquiciado cerebro cobraba vida de nuevo la idea de los placeres que el dinero podía comprar en Londres, un dinero cuya esperanza de poseer se volatilizaría en cuanto perdiese el momio que representaba la propiedad de aquel antropoide.

El capitán bajó el arma.

—¿Los marineros empezaron la pelea? —preguntó—. ¿Qué decís a eso?

Se volvió hacia los hombres, que ya se levantaban del suelo sin que ninguno de ellos diera la impresión de haber sufrido daños físicos excesivos, con la salvedad del que había iniciado la gresca. Éste sin duda iba a necesitar una semana de cuidados antes de que el hombro recuperase su estado normal.

—Fue Simpson —acusó uno de los marineros—. Le clavó un alfiler al mono en la espalda y el animal se le echó encima y le arreó el escarmiento que merecía. Después la emprendió con los demás, cosa que no se le puede reprochar, puesto que le atacamos todos a una.

El capitán miró a Simpson, el cual reconoció avergonzado la verdad de lo que decía su compañero. Luego se acercó al simio, como si quisiera comprobar por sí mismo la clase de talante que tenía el mono, aunque no dejaba de ser significativo el detalle de que, durante su acto, el hombre mantenía levantado y amartillado el revólver, por si acaso. Con todo, se dirigió en tono tranquilizador al simio, que permanecía en cuclillas junto a Paulvitch, mientras la atenta mirada de éste iba de uno a otro de los

marineros. Cuando el capitán se le acercaba, el simio se incorporó y le salió al encuentro con andares torpones. En su rostro se observaba la misma expresión extraña y escrutadora que lo decoraba cuando procedió al examen de cada uno de los marineros, al verlos por primera vez. Se plantó ante el oficial, apoyó una mano en el hombro del marino y estuvo un buen rato estudiándole atentamente la cara. Al final, en su semblante apareció un gesto de profunda desilusión, dejó escapar un suspiro casi humano y se apartó del capitán para repetir su examen en las personas del piloto y los dos marineros que acompañaron a los oficiales. En cada caso, dejó escapar su correspondiente suspiro de desencanto y, por último, regresó junto a Paulvitch y nuevamente se sentó en cuclillas a su lado. A partir de entonces pareció perder todo interés por cualquiera de los demás hombres e incluso dio la impresión de haber olvidado por completo su reyerta con ellos.

Cuando la partida regresó a bordo del *Marjorie W.*, el simio no sólo acompañaba a Paulvitch, sino que parecía dispuesto a no despegarse de él. El capitán no puso ningún inconveniente y el gigantesco antropoide quedó tácitamente admitido como miembro de la dotación del buque. Cuando estuvo a bordo examinó minuciosamente uno por uno los rostros de todos los hombres a los que veía por primera vez y, como había ocurrido en la ocasión anterior, al rematar el escrutinio su semblante reflejó un evidente desencanto. Los oficiales y los científicos del barco comentaban entre sí el comportamiento del animal, pero eran incapaces de explicarse satisfactoriamente la extraña ceremonia con que acogía la aparición ante él de cada rostro nuevo. De haberlo encontrado en el continente o en algún otro sitio que no fuese aquella isla casi desconocida que era su hogar, es posible que hubiesen llegado a la conclusión de que el simio fue en otro tiempo compañero de algún hombre que lo había domesticado, pero tal hipótesis resultaba inconcebible a la vista de la incomunicación en que se encontraba la isla. El animal parecía estar buscando continuamente a alguien y durante las primeras jornadas del viaje de regreso se le vio a menudo olfatear en varios puntos de la nave, pero después de haber visto y examinado los rostros de todas las personas que iban a bordo y de explorar hasta el último rincón del buque se sumió en una profunda indiferencia respecto a cuanto le rodeaba. El propio Paulvitch apenas despertaba en él un interés que sobrepasase la mera indiferencia. Y eso cuando iba a llevarle comida. En las demás ocasiones, el simio parecía limitarse a tolerarle. En ningún momento posterior mostró el menor afecto por el ruso o por

cualquier otra persona de las que viajaban a bordo del *Marjorie W.*, como tampoco volvió a manifestar arrebato alguno de la fiereza con que respondió al ataque de los marineros la primera vez que se encontró entre ellos.

Se pasaba la mayor parte del tiempo en la proa del vapor, dedicado a otear el horizonte, como si estuviese dotado de la suficiente capacidad de raciocinio como para comprender que el buque navegaba rumbo a algún puerto en el que habría otros seres humanos a los que él podría someter al escrutinio que tenía por costumbre. En general, todos los que iban a bordo consideraban que Ayax, nombre con que le bautizaron, era el mono más extraordinario e inteligente que habían visto en su vida. La inteligencia no era el único atributo que poseía. Su estatura y, sobre todo, su aspecto físico eran aterradores incluso para un mono. Saltaba a la vista que era bastante entrado en años, pero no daba la impresión de que su edad hubiese menoscabado en absoluto sus facultades físicas y mentales.

Por último, el *Marjorie W.* llegó a Inglaterra, donde oficiales y científicos, rebosantes de compasión por la lamentable ruina humana que habían rescatado de la jungla, proporcionaron a Paulvitch cierta cantidad de dinero y se despidieron del ruso y de su *Ayax de la Fortuna*.

En el puerto y durante todo el trayecto hasta Londres, Ayax puso en bastantes aprietos a Paulvitch. El antropoide se empeñaba en examinar meticulosamente todos y cada uno de los rostros que pasaban cerca de él, con gran terror por parte de las víctimas afectadas. Sin embargo, al darse cuenta de que le iba a ser imposible encontrar a la persona que buscaba, Ayax acabó por sumirse en una indiferencia más bien morbosa, de la que sólo emergía de vez en cuando para echar una mirada a algún que otro semblante de los que pasaban junto a él.

Al llegar a Londres, Paulvitch se dirigió con el antropoide al domicilio de cierto célebre adiestrador de animales. Impresionó tanto al hombre la presencia de Ayax que accedió a amaestrarlo, a cambio de percibir una parte sustanciosa, más bien leonina, de los beneficios que reportara la exhibición del simio. El domador, por otra parte, correría con los gastos de manutención del antropoide y de su amo, durante el periodo de adiestramiento del animal.

Y así fue como llegó Ayax a Londres y empezó a forjarse otro eslabón de la cadena de extrañas circunstancias que afectarían a las vidas de muchas personas.



**Como un relámpago, el animal giró en redondo…**

## II



OORE era un joven atento y de semblante bilioso. Se lo tomaba todo muy en serio, tanto su propia persona y su propia vida como el trabajo que desempeñaba: el de preceptor del hijo de un aristócrata británico. Al percatarse de que su alumno no adelantaba en los estudios todo lo que sus padres tenían derecho a esperar, el dómine fue a explicar escrupulosamente tal circunstancia a la madre del muchacho.

—No es que el chico no sea inteligente en grado sumo —decía—. Si tal fuera el caso, un servidor tendría esperanzas de sacarle partido, porque me esforzaría al máximo para que superase su escasez de luces. Lo malo es que posee una inteligencia excepcional y aprende con tal rapidez que no me es posible ponerle el menor reparo en lo que se refiere a la preparación de sus lecciones. Lo que a mí me preocupa, sin embargo, es el evidente hecho de que no se toma el menor interés en los temas y asignaturas que le enseño.

El muchacho se limita a cubrir el expediente, toma cada una de las lecciones como una tarea que hay que quitarse de encima cuanto antes y tengo el convencimiento de que ninguna de las lecciones vuelve a entrar en su cerebro hasta que llegan otra vez las horas de clase y estudio. Lo único que parece interesarle son las hazañas de tipo físico y, en cuanto a lectura, devora cuanto cae en sus manos sobre fieras salvajes y costumbres de pueblos sin civilizar. Pero lo que más le fascina son, las historias de animales. Puede pasarse horas y horas enfrascado en obras de exploradores de Africa y en dos ocasiones le he sorprendido en la cama, por la noche, leyendo un libro de Carl Hagenbeck sobre hombres y animales.

La madre del alumno golpeó rítmica y nerviosamente la alfombra con el pie.

—No le permitirá usted esas cosas, ¿verdad? —aventuró la mujer.

El señor Harold Moore se removió, incómodo.

—Yo… verá… intenté quitarle el libro —articuló el preceptor, mientras un leve rubor teñía sus mejillas cetrinas—, pero… ejem… su hijo tiene una fuerza muscular tremenda para sus años.

—¿El chico no consintió que usted se lo arrebatara? —preguntó la madre.

—No se mostró dispuesto a ello —reconoció el tutor—. Es un chico con un carácter estupendo; como si se lo tomara a broma, se empeñó en simular que era un gorila y yo un chimpancé que intentaba quitarle la comida. Se abalanzó sobre mí, al tiempo que emitía los gruñidos más selváticos que jamás oí, me levantó en peso por encima de su cabeza y me arrojó sobre la cama. Después montó todo un número, representando que me estrangulaba, se puso encima de mi cuerpo allí tendido y lanzó al aire un alarido espeluznante que, según me explicó, era el grito de victoria del mono macho. Como remate, me llevó hasta la puerta, me echó al pasillo y se encerró dentro de su cuarto.

Transcurrieron varios minutos sin que ninguno de los dos dijese nada. Al final, la madre del alumno rompió el silencio.

—Es de todo punto imprescindible, señor Moore —indicó—, que haga usted cuanto esté en su mano para eliminar del ánimo de Jack esas inclinaciones, mi hijo…

Pero no pudo continuar. En aquel momento irrumpió a través de la ventana un resonante «¡Bumba!» que los impulsó a ponerse en pie. La habitación estaba en el segundo piso de la casa y al otro lado de la ventana

que había atraído la atención de ambas personas crecía un árbol bastante alto, una de cuyas ramas se extendía hasta quedar a escasa distancia del alféizar. Y en aquella rama descubrieron al objeto de su conversación: un muchacho alto, recio y atlético, que se balanceaba con gran soltura sobre dicha rama y que, al observar la aterrada expresión de su público, empezó a proferir sonoros gritos jubilosos.

La madre y el preceptor corrieron hacia la ventana, pero antes de que hubiesen cruzado la estancia, el chico ya había saltado ágilmente al antepecho de la ventana, para a continuación entrar en el cuarto y reunirse con ellos.

—«El salvaje de Borneo acaba de llegar a la ciudad» —entonó, a la vez que interpretaba una supuesta danza de guerra ante los ojos de su asustada madre y su no menos escandalizado preceptor. Coronó su baile echando los brazos al cuello de la mujer y estampándole un beso en cada mejilla. Luego exclamó—: ¡Ah, mamá! En un teatro de variedades de Londres exhiben un prodigioso mono amaestrado. Willie Grimsby lo vio anoche. Dice que, menos hablar, lo hace todo. Monta en bicicleta, utiliza cuchillo y tenedor para comer, cuenta hasta diez e incluso hace otras maravillas… ¿Puedo ir a verlo yo también? ¡Por favor, mamá…! ¡Déjame ir, por favor!

La madre acarició amorosamente la mejilla del muchacho, pero movió la cabeza negativamente.

—No, Jack —dijo—, ya sabes que no me gustan esa clase de espectáculos.

—No sé por qué, mamá —repuso el chico—. Todos mis amigos van, como también van al parque zoológico. En cambio, tú me lo prohíbes a mí. Cualquiera diría que soy una chica… o un ñoño melindroso. ¡Ah, papá! —exclamó al abrirse la puerta y dar paso a un caballero de ojos grises—. ¡Oh, papá! ¿Verdad que puedo ir?

—¿Ir a dónde, hijo? —quiso saber el recién llegado.

—Quiere ir a un teatro de variedades en el que actúa un mono amaestrado —explicó la madre, a la vez que dirigía a su esposo una mirada de significativa advertencia.

—¿Quién? ¿*Ayax*? —apuntó el hombre.

El muchacho asintió con la cabeza.

—Bueno, pues eso es algo que no puedo reprocharte, hijo —dijo el padre—. A mí tampoco me importaría ir a verlo. Dicen que es estupendo y que, para tratarse de un antropoide, resulta extraordinariamente grande.

Vayamos a verlo, Jane… ¿qué opinas?

Miró a su esposa, pero la dama denegó enérgicamente con la cabeza y, dirigiéndose al señor Moore, le preguntó si no era hora de que Jack y él pasaran al gabinete para dar la clase de la mañana. Cuando ambos hubieron salido, la mujer se encaró con su esposo.

—John, creo que hay que hacer algo para quitarle de la cabeza a Jack esa inclinación a regodearse con cuanto pueda alentar su ya de por sí agudo entusiasmo por la vida salvaje, algo que mucho me temo ha heredado de ti. Por propia experiencia ya sabes lo intensa que a veces puede ser la llamada de la selva. Te consta que has tenido que sostener a menudo una lucha violenta contigo mismo para superar el casi demencial deseo que te abruma en ocasiones de volver a una vida que llevaste durante tantos años. Al mismo tiempo, sabes mejor que nadie lo espantoso que para Jack sería ese destino, en el caso de que la existencia en la selva le sedujera, le resultase demasiado atractiva.

—Dudo mucho que exista el menor peligro de que haya heredado de mí la pasión por la vida en la selva —replicó el hombre—, porque no me es posible concebir que una cosa así se transmita de padres a hijos. Y a veces creo, Jane, que en tu preocupación por el futuro del chico te excedes en tus medidas restrictivas. Le encantan los animales. Por ejemplo, su deseo de ver a ese mono amaestrado es de lo más natural en un mozo sano y normal de su edad. El hecho de que quiera ver a Ayax no indica ni mucho menos que quiera casarse con una mona. Y aunque así fuera, te guardarías muy mucho de exclamar: «¡Qué vergüenza!».

Y John Clayton, lord Greystoke, abrazó a su esposa, dejó escapar su buen humor en forma de alegre carcajada, inclinó la cara sobre la de ella, vuelta hacia arriba, y la besó en los labios. Luego, de nuevo serio, prosiguió:

—Nunca le contaste a Jack nada respecto a mi vida anterior, ni has permitido que lo hiciera yo, y me parece que en eso te has equivocado. Si hubiese podido contarle las experiencias de Tarzán de los Monos sin duda me habría resultado fácil eliminar de su imaginación todo el supuesto encanto y romanticismo que las mentes de los que jamás vivieron tales experiencias selváticas alimentan en su fantasía. Puede que hubiera podido aprender algo de mi experiencia, pero ahora, si la llamada de la jungla le hechizase hasta el punto de impulsarle irresistiblemente a ir allí, no dispondría de datos que le guiasen y tendría que valerse de sus propias

intuiciones. Y sé muy bien lo engañosas que pueden llegar a ser esas intuiciones cuando se trata de enviarle a uno en la dirección equivocada.

Lady Greystoke se limitó a denegar con la cabeza, como había hecho en centenares de ocasiones anteriores, o sea, siempre que salia a relucir aquel tema del pasado.

—No, John —insistió—. Nunca consentiré en que se implante en el cerebro de Jack sugerencia alguna respecto a la vida salvaje de la que ambos hemos querido protegerle, mantenerle al margen.

Cuando el tema volvió a surgir ya era de noche. Lo sacó a colación el propio Jack. Estaba acomodado, hecho un ovillo en una butaca, leyendo, cuando súbitamente levantó la cabeza y preguntó a su padre, yendo directamente al grano:

—¿Por qué no puedo ir a ver a Ayax?

—Porque a tu madre no le parece bien —respondió lord Greystoke.

—¿Y a ti?

—Esa no es la cuestión —eludió el hombre—. Basta con que tu madre se oponga.

—Pues voy a ir a verlo —anunció el muchacho, tras un momento de silencio meditativo—. No voy a ser menos que Willie Grimsby ni que cualquiera de los chicos que lo han visto ya. No les hizo ningún daño y tampoco me lo hará a mí. Podría ir sin decírtelo, pero no pienso mantenerlo en secreto. Así que te lo digo ahora, de antemano: voy a ir a ver a Ayax.

Ni en el tono ni en la actitud del muchacho se apreció el menor desafío o falta de respeto. Era ni más ni menos una declaración desapasionada. El padre a duras penas logró reprimir una sonrisa y abstenerse de manifestar la admiración que le inspiraba aquella resuelta norma de conducta adoptada por el mozo.

—Me parece estupenda tu sinceridad, Jack —declaró—. Permíteme que yo sea igualmente franco. Si te atreves a ir a ver a Ayax sin permiso, tendré que castigarte. Nunca te he puesto la mano encima, pero te advierto que lo haré en el caso de que incumplas los deseos de tu madre.

—Sí, papá —contestó el chico; luego añadió—: Ya te informaré cuando haya ido a ver a Ayax.

El señor Moore ocupaba la habitación contigua a la de su joven pupilo y el preceptor tenía la costumbre de ir todas las noches, antes de retirarse a descansar, a echar un vistazo al muchacho. Aquel día tuvo un cuidado especial en no olvidarse de cumplir tal deber, porque acababa de celebrar

una entrevista con los padres de Jack, quienes le insistieron en la imperiosa necesidad de que extremara su vigilancia, al objeto de evitar que el muchacho fuera a visitar el teatro de variedades donde se exhibía el mono amaestrado. De modo que cuando, hacia las nueve y media, abrió la puerta del cuarto de Jack, la excitación nerviosa se apoderó del dómine, aunque no puede decirse que le sorprendiera demasiado encontrar al futuro lord Greystoke completamente vestido de calle y a punto de descolgarse por la ventana del dormitorio.

El señor Moore atravesó rápidamente el aposento, pero su derroche de energía fue innecesario, porque cuando el chico le oyó dentro de la estancia y comprendió que le habían descubierto, dio media vuelta y regresó como si renunciase a la proyectada aventura.

—¿A dónde ibas? jadeó el excitado señor Moore.

—Voy a ver a Ayax —respondió Jack, tranquilamente.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó el señor Moore. Pero su asombro se remontó hasta el infinito cuando el muchacho se le acercó, lo agarró por la cintura, lo levantó en peso, lo arrojó boca abajo sobre la cama y le apretó la cara contra la almohada.

—¡Cállese —conminó Jack— si no quiere que le asfixie!

El señor Moore se resistió, pero sus esfuerzos no le sirvieron de nada. Cualesquiera que fuesen las particularidades que Tarzán de los Monos hubiese o no podido transmitir a su retoño, de lo que no cabía duda era de que el chico estaba dotado de un físico casi tan maravilloso como el que el padre poseía a aquella misma edad. El preceptor era un muñeco en manos del muchacho. Jack se puso de rodillas encima del hombre, rasgó unas tiras de la sábana y le ligó las manos a la espalda. Después le dio media vuelta, le introdujo en la boca un pedazo de tela de la misma sábana y le amordazó con otra tira, que ató en la nuca de la víctima. Todo ello mientras le hablaba en voz baja y en tono de conversación normal.

—Soy Waja, jefe de los wajis —explicó—, y tú eres Mohamed Dubn, el jeque árabe que asesinó a mi pueblo y robó mi marfil.

Dobló y echó hacia atrás hábilmente las piernas del señor Moore, para enlazar los tobillos con las muñecas y atarle juntos los pies y las manos.

—¡Ajá, malvado! Por fin has caído en mi poder. Ahora tengo que irme, ¡pero volveré!

Y el hijo de Tarzán cruzó el dormitorio,, pasó por el hueco de la abierta ventana y se deslizó, rumbo a la libertad, por la tubería de desagüe que

descendía desde el alero.

El señor Moore forcejeó y se debatió encima de la cama. Estaba seguro de que moriría allí asfixiado como no acudiesen en seguida a rescatarle. En su frenético terror consiguió rodar sobre el lecho e ir a parar al suelo. El impacto y el dolor consecuencia de la caída llevaron a su mente algo muy parecido a la sensatez, lo que le permitió considerar racionalmente su situación. Hasta entonces había sido incapaz de utilizar la inteligencia porque el terror histérico le dominaba, pero ahora que estaba algo más tranquilo pudo reflexionar acerca del modo de salir de aquel apuro. Al final cayó en la cuenta de que el cuarto en el que se encontraban lord y lady Greystoke cuando se despidió de ellos quedaba directamente debajo del dormitorio en cuyo piso yacía él. Había transcurrido un buen rato desde que subió la escalera y lo más probable era que el matrimonio se hubiese retirado ya a descansar, puesto que le parecía que estuvo toda una eternidad bregando encima de la cama para liberarse de las ligaduras. Comprendió, sin embargo, que lo mejor que podía hacer era intentar llamar la atención de las personas de la planta de abajo y, tras un sinfín de tentativas infructuosas, logró colocarse de forma que le era posible golpear el suelo con la puntera de las botas. Lo hizo así a breves intervalos, hasta que, al cabo de lo que le parecieron siglos, oyó el ruido de unos pasos que ascendían por la escalera y luego los golpes de alguien que llamaba a la puerta. Las punteras de las botas del señor Moore golpearon el suelo con toda la energía que eran capaces de desarrollar. No podía responder de otro modo. Tras unos segundos de silencio, los nudillos volvieron a llamar a la puerta. El señor Moore se aplicó de nuevo a la tarea de golpear el piso con la punta de las botas. ¡Es que no iban a abrir nunca la puerta! Trabajosamente consiguió acercarse rodando hacia el lugar por donde le llegaba el auxilio. Si pudiera colocarse tendido de espaldas junto a la puerta, la golpearía con los talones y seguramente le oirían. Se repitió la llamada de los nudillos, en esa ocasión un poco más fuerte, y, por último, una voz preguntó:

—¿Señorito Jack?

Era uno de los criados de la casa; el señor Moore reconoció la voz. Poco faltó para que al preceptor le estallase un vaso sanguíneo en sus esfuerzos por gritar: «¡Adelante!» a través de la mordaza que le asfixiaba. Al cabo de un momento, el criado volvió a llamar a la puerta y a pronunciar el nombre del señorito. Al no obtener respuesta, probó a girar el pomo de la

puerta, instante en el que repentinamente una oleada de terror anegó de nuevo el cerebro del señor Moore: recordó que tras entrar en el cuarto había cerrado la puerta con llave.

Oyó al criado intentar abrirla varias veces, antes de retirarse. Entonces, el señor Moore perdió el conocimiento.

Mientras tanto, Jack disfrutaba a sus anchas de los placeres prohibidos del teatro de variedades. Había llegado a aquel templo de la alegría en el preciso instante en que empezaba el número de Ayax y como había sacado entrada de palco se inclinaba sobre la baranda, contenida la respiración, para no perderse el menor movimiento del simio, abiertos como platos los maravillados ojos. El domador no tardó en observar la reconcentrada y entusiasta atención con que aquel joven y bien parecido espectador contemplaba el número, y como quiera que una de las gracias más celebradas de Ayax consistía en entrar en uno o dos palcos durante su actuación, ostensiblemente en busca de un pariente que había perdido mucho tiempo atrás, explicaba el domador, el hombre comprendió que resultaría de gran efecto que el simio irrumpiese en el palco de aquel atractivo mozo, al que indudablemente se le pondrían los pelos de punta al ver ante sí aquella impresionante fiera peluda.

En consecuencia, cuando llegó el momento de que el simio saliera de entre bastidores para corresponder a los aplausos del público, el domador indicó al animal el muchacho que casualmente era el único ocupante del palco. El enorme antropoide dio un salto formidable en el escenario y se plantó frente al chico, pero el domador se equivocó de medio a medio si esperaba provocar la hilaridad general con una ridícula demostración de pánico por parte del muchacho. Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Jack, al tiempo que apoyaba la mano en el velludo brazo de su visitante. El mono cogió al chico por ambos hombros y contempló su rostro larga e intensamente, mientras el chico le acariciaba la cabeza y le hablaba en voz baja.

Nunca había dedicado Ayax tanto tiempo al examen de una persona. Parecía perplejo y bastante excitado, en tanto farfullaba y murmuraba incomprensibles sílabas al muchacho, al que empezó a acariciar como su domador no le había visto hacerlo con nadie. El mono entró en el palco y se acurrucó junto a Jack. El público se lo estaba pasando en grande, pero aún se sintió más encantado cuando, transcurrido el entreacto, el domador intentó convencer a Ayax de que debía abandonar el palco. El mono ni se

movía. El empresario empezó a impacientarse porque el espectáculo se retrasaba y apremió al domador para que acelerase las cosas. Pero cuando el adiestrador del simio entró en el palco, dispuesto a llevarse de allí al reacio Ayax, se encontró con que el mono le recibía enseñándole los dientes y emitiendo amenazadores gruñidos.

El respetable deliraba de alegría. Aclamaron al simio. Ovacionaron al muchacho. Abuchearon al domador y al empresario, que sin darse cuenta se había dejado ver en escena en su intento de echar una mano al domador.

Por último, reducido a un estado de profunda desesperación y con la certeza de que, si no ponía fin de inmediato a aquella muestra de rebeldía por parte de su valiosa pertenencia, cabía la posibilidad de que no pudiese volver a utilizar al animal en el futuro, el domador decidió tomar medidas drásticas. Era cuestión de dominar en seguida a Ayax y demostrarle de una vez por todas que no podía comportarse como le viniera en gana, de modo que el hombre se apresuró a ir a su camerino en busca de un convincente látigo. Con él en la mano, regresó al palco, pero cuando se aprestaba a enarbolarlo contra Ayax, se encontró con que tenía dos enfurecidos adversarios en vez de uno, porque el muchacho se puso en pie de un salto, agarró una silla y se colocó junto a su recién encontrado amigo, hizo causa común con él y se aprestó a defenderle. En el agraciado rostro de Jack ya no había asomo alguno de sonrisa. La expresión de sus grises pupilas detuvo en seco al domador. Además, junto al muchacho se erguía el gigantesco antropoide, que no dejaba de gruñir, listo para la lucha.

De no ser por la oportuna interrupción que se produjo entonces, lo que hubiera podido ocurrir sólo puede suponerse, si bien la actitud de los dos enemigos que tenía delante indicaba que el domador habría encajado una buena tunda. Eso en el mejor de los casos.

Con el semblante lívido, el criado entró precipitadamente en la biblioteca de lord Greystoke, para anunciar que la puerta del dormitorio de Jack estaba cerrada con llave y que pese a haber llamado repetidamente con los nudillos e incluso de haber gritado el nombre del muchacho no obtuvo más respuesta que un extraño repique y un rumor como del roce de alguien que se arrastrara por el suelo.

John Clayton subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que llevaba al piso de arriba. Su esposa, así como el criado, corrieron detrás de él. Pronunció en voz alta el nombre de su hijo y, al no recibir contestación, lanzó contra la puerta toda la fortaleza de su enorme peso, respaldada por

sus poderosos músculos, que no habían perdido un ápice de su vigor. Entre chasquidos de goznes que saltaban y madera que se astillaba, la pesada puerta cayó hacia el interior del cuarto.

Allí estaba el cuerpo del inconsciente señor Moore, sobre el cual cayó la hoja de madera con sordo crujido. Tarzán atravesó el hueco y segundos después la claridad de una docena de bombillas inundó la estancia de luz.

Tardaron varios minutos en descubrir el cuerpo del preceptor, ya que la puerta le cubría por completo. Por último, lo sacaron de debajo de la hoja de madera, le quitaron la mordaza, le cortaron las ligaduras y, tras aplicarle una generosa rociada de agua fría, consiguieron que recuperase el conocimiento.

—¿Dónde está Jack? —fue la primera pregunta de John Clayton. Luego, el recuerdo de Rokoff y el temor de que hubieran secuestrado al muchacho por segunda vez le indujo a preguntar—: ¿Quién hizo esto?

Lentamente, el señor Moore se levantó sobre sus vacilantes piernas. Su perdida mirada vagó por la estancia. Poco a poco fue recuperando la memoria y los desperdigados detalles de su reciente y angustiosa aventura afluyeron a su cerebro.

—Le presento mi dimisión, señor, irrevocable y con efecto inmediato —fueron sus primeras palabras—. Lo que necesita usted para su hijo no es un preceptor…, sino un domador de animales salvajes.

—Pero ¿dónde está? —exclamó lady Greystoke.

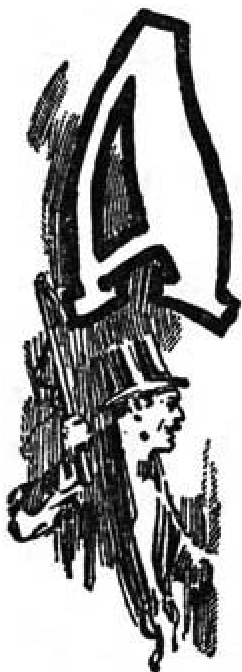
—Se ha ido a ver a *Ayax*.

A lord Greystoke le costó una barbaridad contener la sonrisa y, tras comprobar que el señor Moore estaba más asustado que herido, el aristócrata pidió su coche y partió hacia cierto conocido teatro de variedades.



**El público se lo estaba pasando en grande…**

## III



SI mientras el domador, enarbolado el látigo, titubeaba en la puerta del palco donde el muchacho y el simio le hacían frente, un caballero alto, de anchos hombros, lo apartó a un lado, pasó junto a él y entró en el palco. Los ojos de Jack se desviaron hacia el recién llegado y las mejillas del chico se sonrojaron levemente.

—¡Papá! —exclamó.

El mono echó un vistazo al lord inglés y al instante se precipitó hacia él mientras prorrumpía en un parloteo excitadísimo. Con los ojos desorbitados por el asombro, John Clayton pareció haberse convertido de pronto en estatua de piedra.

—¡Akut! —reconoció.

La mirada del desconcertado Jack fue del mono a lord Greystoke y luego otra vez de éste al simio. El domador se quedó con la boca abierta

mientras escuchaba lo que siguió, porque de los labios del caballero inglés brotaron los sonidos guturales propios del lenguaje de los simios, a los que correspondía de idéntica manera el gigantesco antropoide que se había aferrado a él.

Y desde el punto que ocupaba entre bastidores, un anciano encorvado, de rostro espantosamente desfigurado, contemplaba atónito la escena que tenía lugar en el palco. Las facciones del viejo, marcadas por la viruela, se agitaban espasmódicamente y su expresión cambiaba de manera continua, en un despliegue de emociones cuya escala fue del regocijo al terror.

—Llevo mucho tiempo buscándote, Tarzán —dijo Akut. Ahora que te he encontrado iré a tu selva y me quedaré allí a vivir para siempre.

El hombre acarició la cabeza del simio. Por su cerebro pasaron a toda velocidad una serie de recuerdos que le devolvieron a las profundidades de la primitiva selva africana donde aquel gigantesco antropoide había luchado junto a él, hombro con hombro, años atrás. Con la imaginación vio de nuevo al negro Mugambi, que blandía su mortífera estaca, y junto a él, erizados los bigotes y al descubierto los colmillos, la terrible Sheeta. Inmediatamente detrás, casi empujando a la salvaje pantera, los aterradores simios de Akut. El hombre dejó escapar un suspiro. En su interior se agitaba una intensa nostalgia que le hacía anhelar la selva, un sentimiento que ya creía muerto. ¡Ah!, si pudiera volver a la jungla, aunque sólo fuera durante un mes, para sentir el roce de la enramada sobre la piel desnuda, olfatear el olor de la vegetación putrefacta, incienso y mirra que saludaba el nacimiento de la selva, percibir el subrepticio y silencioso movimiento de los grandes carnívoros que seguían su rastro; cazar y ser cazado; ¡matar! El cuadro era seductor. Pero a continuación venía otro: el dulce rostro de una mujer, joven y hermosa aún, amigos, un hogar, un hijo… Encogió sus anchos hombros.

—No es posible, Akut —dijo—, pero si deseas volver allí, trataré de que lo consigas. Aquí no serías feliz… y puede que allí no lo fuera yo.

El domador avanzó unos pasos. El mono enseñó los dientes y emitió un gruñido.

—Ve con él, Akut —aconsejó Tarzán de los Monos—. Mañana vendré a verte.

Tétrico, de mala gana, el animal regresó junto al domador. Éste, al preguntárselo John Clayton, dijo dónde podía encontrarlos. Tarzán se dirigió a su hijo.

—¡Vamos! —instó, y ambos abandonaron el teatro.

Hasta haber entrado en la limusina, transcurridos varios minutos, ninguno de ellos habló. Luego, el chico rompió el silencio.

—El mono te conocía —comentó— y conversasteis en el lenguaje de los simios. ¿Cómo es que te conocía y cómo aprendiste su lenguaje?

Entonces, por primera vez, Tarzán de los Monos contó a su hijo el modo en que vivió sus años iniciales: su nacimiento en la selva, la muerte de sus padres y el modo en que Kala, la gran simia, le amamantó y le crió desde la infancia hasta casi la edad adulta. También le explicó los peligros y horrores de la jungla, le habló de las fieras que acechaban día y noche, de los periodos de sequía y las temporadas de lluvias torrenciales, del hambre y el frío, del intenso calor, de la desnudez, el miedo y el sufrimiento. Le habló asimismo de todo lo que pudiera parecer más espantoso a un ser civilizado, con la esperanza de que, al tener conocimiento de ello, el chico desterraría de su imaginación el inherente deseo de ir a la selva. Sin embargo, eran precisamente las cosas que a Tarzán le gustaba evocar, las que hacían que recordase que era precisamente la vida en la jungla lo que adoraba. Al referir todo aquello, sin embargo, olvidaba un detalle —un detalle fundamental—: que el muchacho que estaba junto a él, todo oídos, era el hijo de Tarzán de los Monos.

Una vez el chico estuvo en la cama —sin sufrir el castigo con el que se le había amenazado—, John Clayton contó a su esposa los acontecimientos de la velada, sin olvidarse de añadir que había explicado al muchacho las circunstancias de su vida, la vida de Tarzán de los Monos, en la selva. Lady Greystoke ya contaba desde mucho tiempo atrás con que llegaría un momento en que habría que informar a su hijo de aquellos años terribles que pasó el padre vagando por la selva, desnudo, como una depredadora fiera salvaje. La mujer se limitó a sacudir la cabeza y a confiar, vana esperanza, en que la atracción que aún seguía arraigada con enorme fuerza en el pecho del padre no se hubiera transmitido al hijo.

Tarzán fue al día siguiente a ver a Akut, pero aunque Jack le suplicó que le permitiera acompañarle, el chico no se salió con la suya. Aquella vez Tarzán vio al dueño del mono, pero en aquel individuo picado de viruelas no reconoció al astuto Paulvitch de otra época. A instancias de Akut, que no cesaba en sus ruegos, Tarzán planteó la cuestión de la compra del mono, pero Paulvitch se abstuvo de fijar precio alguno y a lo más que llegó fue a decir que consideraría el asunto.

Al volver a casa, Tarzán se encontró a Jack excitado e impaciente por enterarse de los detalles de la visita de su padre. El mozalbete acabó por sugerir que John Clayton comprase el mono y lo trasladara al domicilio de la familia. Sugerencia que horrorizó a lady Greystoke. El chico insistía. Tarzán explicó entonces que había querido comprar a Akut para devolverlo a su selva natal, idea ante la que la señora asintió con la cabeza. Jack solicitó de nuevo permiso para ir a ver al mono, pero su petición fue rechazada de plano. No obstante, el chico recordaba las señas que el domador diera a Tarzán y, dos días después, aprovechó la primera ocasión que tuvo de dar esquinazo al nuevo preceptor —el que había sustituido al aterrado señor Moore— y tras una complicada búsqueda por un barrio de Londres en el que nunca había estado, dio con el maloliente antro que ocupaba el anciano picado de viruelas. El viejo en persona respondió a la llamada de los nudillos de Jack, y cuando éste manifestó que había ido allí a ver a Ayax, Paulvitch abrió la puerta y le dejó pasar al cuartucho que el anciano compartía con el gigantesco simio. En otro tiempo, Paulvitch había sido un granuja melindroso, con ínfulas de elegante, pero diez años de espantosa vida en la selva, entre los caníbales de África, habían eliminado de sus costumbres todo vestigio de pulcritud. Vestía ropas arrugadas y llenas de lamparones. Sus manos estaban sucias y el pelo era un escaso puñado de greñas despeinadas. La habitación era un revoltijo de caótico y asqueante desorden. Cuando Jack entró, el mono estaba acurrucado encima de la cama, cuya ropa formaba una pelota de sábanas cochambrosas y cobertores pestilentes. Al ver al chico, el simio saltó al suelo y avanzó arrastrando los pies. Paulvitch no había reconocido al muchacho y, temiendo que el simio tuviera intención de lastimarlo, se interpuso entre ellos y ordenó al mono que volviese a la cama.

—No me hará daño —exclamó Jack—. Somos amigos y antes fue amigo de mi padre. Se conocieron en la jungla. Mi padre es lord Greystoke. No sabe que he venido. Mi madre me lo prohibió, pero yo quería ver a Ayax y estoy dispuesto a pagarle a usted para que me permita venir a visitarlo de vez en cuando.

Paulvitch había entornado los párpados al oír la identidad del chico. En cuanto vio a Tarzán, desde las bambalinas del teatro, en el entorpecido cerebro del ruso había empezado a alentar el ansia de venganza. Es característico de los débiles y de los criminales atribuir a los demás las desgracias resultantes de su propia perversidad, de modo que nada tiene de

extraño que Alexis Paulvitch, al ir recordando los acontecimientos de su vida pasada, fuese cargando las culpas de sus desdichas y del fracaso de los diversos planes que urdieron contra su pretendida víctima precisamente sobre el hombre al que Rokoff y él intentaron empecinadamente perder y asesinar.

Al principio no se le ocurrió ninguna forma, que resultase segura para él, de vengarse de Tarzán a través de su hijo; sin embargo, no se le escapaban las evidentes posibilidades de desquite que le brindaba el muchacho, por lo que decidió ganarse y cultivar la simpatía de Jack, con la esperanza de que el futuro le propiciase alguna oportunidad favorable de explotarla. Contó al muchacho cuanto sabía acerca de la existencia de Tarzán en la jungla y cuando se enteró de que habían mantenido a Jack durante tantos años en la más absoluta ignorancia respecto a todo aquello, de que se le prohibió que visitara el jardín zoológico y de que para ir al teatro a ver a Ayax tuvo que atar y amordazar a su preceptor, el ruso adivinó de inmediato la naturaleza del miedo que alentaba en el fondo del corazón de lord y lady Greystoke: temían que Jack sintiese el mismo anhelo por la selva virgen que había sentido su padre. De modo que Paulvitch animó al chico a que fuera a visitarle con frecuencia y siempre procuraba fomentar la atracción que Jack experimentaba hacia la jungla contándole cosas relativas a aquel mundo salvaje que tan familiar le era al ruso. Le dejaba a solas con Akut durante buenos ratos y no tardó en percatarse, con gran sorpresa, de que el muchacho se hacía entender por el antropoide… y que en seguida aprendió gran número de voces del primitivo lenguaje de los simios.

En el curso de ese periodo, Tarzán fue varias veces a visitar a Paulvitch. Parecía anhelante de comprar a Ayax, hasta que finalmente confesó al ruso con toda franqueza que le apremiaba no sólo el deseo de devolver el animal a la libertad de su selva natal, sino también el temor que albergaba lady Greystoke de que su hijo averiguase el paradero del mono y a través de la inclinación que el chico sentía hacia el cuadrumano le imbuyese el instinto aventurero que tanta influencia tuvo en la vida del propio Tarzán, como éste le explicó a Paulvitch.

Mientras escuchaba las palabras del hombre mono, el ruso apenas pudo reprimir una sonrisa, ya que ni siquiera había transcurrido media hora desde que el futuro lord Greystoke parloteaba con Ayax con la fluidez de un simio nato, sentados ambos encima de la revuelta cama de la habitación.

En el curso de aquella entrevista se le ocurrió a Paulvitch un plan, y como consecuencia del mismo convino en aceptar una considerable cantidad por el mono, a cambio de la cual, una vez recibida, embarcaría a Ayax en un buque que dos días después iba a zarpar de Dover, rumbo a África. Al aceptar la oferta de Clayton, un doble propósito animaba al ruso. En primer lugar, el dinero influyó poderosamente, ya que el mono había dejado de constituir para Paulvitch una fuente de ingresos: desde que el antropoide vio a Tarzán se negaba en redondo a actuar en el escenario. Era como si el animal sólo hubiera estado dispuesto a soportar el que lo sacasen de su selva natal y lo exhibieran ante miles de espectadores curiosos con la única finalidad de buscar a su amigo y señor tanto tiempo perdido. Una vez lo encontró, parecía considerar innecesario seguir aguantando a aquella chusma de vulgares seres humanos. Sea como fuere, subsistía el hecho de que nada ni nadie podía convencerle para que se dejase ver de nuevo sobre el escenario del teatro de variedades y, en la única ocasión en que el adiestrador intentó obligarle por la fuerza, los resultados fueron tan lamentables que el hombre se consideró afortunadísimo de poder escapar con vida. Lo único que le salvó de perecer fue la accidental presencia de John Clayton, al que se le había permitido visitar a Ayax en su camerino y que se apresuró a intervenir en cuanto observó que la fiera pretendía ocasionar daños irreparables.

Además de la consideración monetaria, en el ánimo del ruso influía también muy poderosamente el deseo de venganza, cuya intensidad había ido incrementando el propio Paulvitch al darle vueltas y vueltas en la cabeza a sus fracasos y desgracias, y achacarlos a Tarzán de los Monos, el último de los cuales, y de ninguna manera el menos importante, era la negativa de Ayax a seguir ganando dinero para él, Alexis Paulvitch. La culpa de esa negativa la cargaba sobre los hombros de Tarzán y el ruso había llegado al convencimiento final de que el hombre mono dio instrucciones al gigantesco antropoide para que no subiese al escenario.

El carácter malévolo por naturaleza de Alexis Paulvitch se veía agravado por el debilitamiento y desbarajuste de sus facultades, tanto físicas como mentales, consecuencia de las miserias, privaciones y torturas que el hombre había sufrido. El individuo perverso, frío, calculador, extraordinariamente inteligente había degenerado hasta convertirse en la amenaza peligrosa e indiscriminatoria del desequilibrado mental. No obstante, su plan era lo bastante artero como para proyectar al menos la

sombra de la duda acerca de la aseveración de que su capacidad intelectual andaba a la deriva. Le garantizaba en primer lugar el cobro de la suma ofrecida por lord Greystoke a cambio de la deportación del mono y después la venganza sobre su benefactor a través del hijo que éste idolatraba. Esa parte de la maquinación era tosca y brutal, carecía del refinamiento de tortura sutil que caracterizaba los golpes maestros del antiguo Paulvitch, cuando colaboraba con el virtuoso de la alevosía indigna, Nicolás Rokoff… claro que al menos le aseguraba a Paulvitch la inmunidad respecto a posibles responsabilidades, que recaerían sobre el simio, el cual recibiría el castigo que merecía por haberse negado a seguir proporcionando al ruso medios de subsistencia.

Con diabólica precisión, todo fue a confluir en las manos de Paulvitch. El hijo de Tarzán oyó por casualidad la conversación en la que lord Greystoke refería a su mujer las gestiones que llevaba a cabo para devolver a Akut a su selva natal y el muchacho se apresuró entonces a rogar a sus padres que llevaran el mono a casa, donde podría jugar con él. Tarzán no hubiera puesto inconveniente alguno al asunto, pero la idea horrorizó a lady Greystoke. Jack suplicó a su madre, pero no le sirvió de nada. Jane se mostró inamovible y el chico pareció avenirse a la decisión materna: el simio debía volver a África y Jack al colegio, a cuyas clases no asistía en aquel momento porque se encontraba en periodo de vacaciones.

Jack se abstuvo aquel día de ir a ver a Paulvitch y dedicó su tiempo a otras ocupaciones. Siempre le habían proporcionado dinero sin reservas, de forma que de presentarse alguna necesidad más o menos perentoria no tenía dificultades para reunir varios centenares de libras. Parte de ese dinero lo invirtió en adquirir diversos objetos extraños que introdujo en la casa a hurtadillas, sin que nadie se percatara de ello, cuando aquella tarde volvió al hogar.

A la mañana siguiente, después de dar a su padre tiempo para que le precediera y concluyese el negocio que llevaba con Paulvitch, el muchacho se puso en camino hacia el cuchitril del ruso. Como no sabía nada de la forma de ser del individuo, el muchacho no se atrevió a confiar plenamente en él, por temor a que el carcamal aquel no sólo se negara a ayudarle sino que fuese luego con el chivatazo a John Clayton. En vez de contarle nada, Jack se limitó a pedir a Paulvitch permiso para llevar a Ayax a Dover. Explicó que eso ahorraría al anciano un fatigoso viaje y, en cambio, le introduciría en el bolsillo un buen puñado de libras, porque el joven se

proponía subvencionar generosamente al ruso.

—Verá —continuó—, no existe el menor peligro de que lo descubran, puesto que se supone que iré al colegio en el tren de la tarde. Pero lo que haré, en cambio, será venir aquí, una vez me hayan dejado en el vagón. Entonces llevaré a Ayax a Dover y me presentaré en el colegio con sólo un día de retraso. Nadie se enterará de nada, nadie saldrá perjudicado y yo disfrutaré un día más de la compañía de Ayax, antes de perderlo para siempre.

Aquel plan encajaba perfectamente en el proyecto que Paulvitch llevaba entre manos. De haber conocido el resto de las intenciones de Jack, seguramente habría abandonado de mil amores su propio plan de venganza para colaborar en la realización del que el chico se disponía a poner en práctica, el cual le habría venido de perlas a Alexis Paulvitch. La lástima para él era que no podía leer el futuro con unas horas de antelación.

Aquella tarde, lord y lady Greystoke despidieron a su hijo, tras verle cómodamente instalado en el compartimiento de primera clase de un vagón del tren que al cabo de pocas horas lo trasladaría al colegio. Sin embargo, apenas se marcharon los padres, el muchacho recogió el equipaje, se apeó del tren, salió de la estación y se dirigió a una parada de coches. Subió a uno de ellos y dio al conductor la dirección de Paulvitch. Había oscurecido cuando llegó a ella. El ruso le estaba esperando. Nervioso e impaciente, recorría la estancia de un lado a otro. Una gruesa cuerda ligaba al mono a la cama. Era la primera vez que Jack veía a Ayax atado de aquel modo y lanzó a Paulvitch una mirada interrogadora. A guisa de explicación, el ruso murmuró que creía que el animal sospechaba que lo iban a enviar lejos y que seguramente intentaría escapar.

Paulvitch tenía en la mano otro pedazo de cuerda. Remataba uno de los extremos un nudo corredizo con el que el ruso jugueteaba continuamente. Siguió paseando de una punta a otra de la estancia. Mientras hablaba en silencio para sí, las facciones de su rostro marcado por la viruela adoptaban expresiones de lo más desagradable. Jack nunca lo había visto así… Se sintió incómodo. Por último, Paulvitch se detuvo en el otro extremo del cuarto, lo más lejos posible del simio.

Ven aquí —indicó al muchacho—. Te enseñaré cómo tienes que atar a Ayax en el caso de que dé muestras de rebelión durante el viaje.

Jack se echó a reír.

—No será necesario —respondió—. Ayax hará lo que le diga.

El anciano dio una furiosa patada en el suelo.

—Te he dicho que vengas aquí —insistió—. Si no me obedeces, te quedarás sin acompañar al mono a Dover… No quiero correr el riesgo de que se escape.

Sin abandonar la sonrisa, Jack atravesó la habitación y se detuvo frente al ruso.

—Date la vuelta y ponte de espaldas a mí —indicó Paulvitch— para que pueda demostrarte la forma de ligarle con rapidez.

El chico hizo lo que le decía y colocó las manos a la espalda, de acuerdo con las directrices de Paulvitch. Al instante, el viejo pasó el lazo por una de las muñecas de Jack, dio un par de vueltas en torno a la otra y anudó la cuerda.

En cuanto tuvo firmemente atado al hijo de Tarzán, la actitud del anciano cambió. Al tiempo que soltaba una colérica palabrota, hizo girar en redondo a su prisionero, le puso la zancadilla para arrojarlo al suelo y saltó violentamente sobre el pecho de Jack, cuando lo tuvo tendido allí. En la cama, Akut empezó a gruñir y a forcejear con las ligaduras. El chico no gritó, rasgo heredado de su salvaje padre, al que los largos años que pasó en la selva, tras la muerte de su madre adoptiva, Kala, habían enseñado que nadie acude en auxilio del caído.

Los dedos de Paulvitch buscaron la garganta de Jack. Sus labios se contrajeron en una horrible mueca ante el rostro de su víctima.

—Tu padre me arruinó —dijo en un murmullo—. Con esto saldaré la deuda. Creerá que fue obra del mono. Le diré que lo hizo el mono. Que abandoné la estancia un momento, que durante mi ausencia te colaste aquí y que el mono te mató. Una vez que te haya estrangulado, echaré tu cadáver sobre la cama y cuando llegue tu padre encontrará al mono agazapado encima de ti.

El retorcido demonio dejó oír una risita cascada de placer perverso. Sus dedos se cerraron sobre el cuello de Jack.

Detrás de ellos, los ya rugidos del enloquecido Akut repercutían contra las paredes de la zahúrda. El chico palideció, pero en su rostro no apareció ningún otro síntoma de pánico, ni siquiera de miedo. Era el hijo de Tarzán. Aumentó la presión de los dedos sobre la garganta. Jack apenas podía respirar, jadeante. El mono seguía bregando con la gruesa cuerda que lo sujetaba. Se dio media vuelta, se la enrolló alrededor de las manos, como hubiera podido hacer un hombre, y dio un brusco tirón hacia atrás. Los

formidables músculos se tensaron bajo la velluda piel. Resonó el chasquido de madera que se astillaba, la soga resistió, pero en la parte de los pies de la cama se desprendió un trozo del mueble.

Al oír el ruido, Paulvitch levantó la cabeza. El terror tiñó con una capa de lividez su espantoso semblante: el simio estaba libre.

Un solo salto situó a la fiera encima del ruso. El hombre lanzó un chillido. La bestia le arrancó de las manos el cuerpo del muchacho. Unos dedos enormes se hundieron en la carne del ruso. Amarillentos colmillos se acercaron a su garganta —el hombre se debatió, inútilmente— y cuando las mandíbulas se cerraron, el alma de Alexis Paulvitch pasó a poder de los demonios que tanto tiempo llevaban esperándola.

Jack se puso en pie trabajosamente, con la ayuda de Akut. A lo largo de dos horas, el simio se afanó con los nudos que mantenían ligadas las muñecas de Jack, siguiendo las instrucciones del joven. Por último, las ligaduras entregaron su secreto y el muchacho se vio libre. Acto seguido, abrió una de las maletas y sacó de ella unas prendas de vestir. Tenía bien trazados sus planes. No consultó para nada al antropoide, que hizo cuanto el chico le indicaba. Se deslizaron sigilosamente fuera del edificio, pero nadie que los hubiese visto con ojos despreocupados habría podido afirmar que uno de aquellos dos seres era un mono.



**Ven aquí —indicó al muchacho—.**

# IV



ODA la prensa prestó atención durante unos cuantos días a la muerte del ruso Michael Sabrov, anciano y sin un solo amigo, perpetrada por su gigantesco mono amaestrado. Lord Greystoke leyó la noticia y los comentarios subsiguientes y, al tiempo que adoptaba ciertas precauciones especiales para evitar que se relacionara su nombre con el suceso, procuró mantenerse bien informado de las investigaciones que realizaba la policía para localizar al antropoide.

Su principal interés en el caso, lo mismo que ocurría con el público en general, se centraba en la misteriosa desaparición del homicida. Al menos, así fue hasta que, varios días después de la tragedia, le informaron de que su hijo Jack no se había presentado en el colegio, rumbo al cual lo dejó bien acomodado en el compartimiento de un vagón de ferrocarril. Ni siquiera entonces relacionó el padre la desaparición del chico con el

desconocido paradero del mono asesino. Transcurrió un mes antes de que una investigación minuciosa revelase el hecho de que el joven había abandonado el tren poco antes de que éste partiera de la estación de Londres. El conductor del vehículo de alquiler que lo tuvo como pasajero dio la dirección del anciano ruso como destino del chico y Tarzán de los Monos comprendió entonces que Akut debía de tener algo que ver con la desaparición de Jack.

A partir del momento en que el cochero dejó al muchacho en la acera, delante de la casa donde se alojaba el difunto, el rastro desaparecía. Nadie había vuelto a ver ni al chico ni al simio, por lo menos nadie que continuase con vida. Cuando pusieron ante sus ojos un retrato de Jack, el propietario del edificio identificó al chico como el frecuente visitante que acudía con cierta asiduidad al cuarto del anciano ruso. Aparte de eso, el casero no sabía absolutamente nada. Y allí, en la puerta de un inmueble viejo y mugriento de los barrios bajos de Londres, los investigadores se encontraron frente a un muro infranqueable… frustrados.

Al día siguiente del violento óbito de Alexis Paulvitch, un joven y la abuela enferma a la que acompañaba subieron a bordo de un vapor atracado en Dover. La anciana señora iba cubierta con un espeso velo y se sentía tan débil a causa de los achaques y de su avanzada edad que hubo que subirla al buque en una silla de ruedas.

El muchacho no permitió que nadie, salvo él, empujase la silla y se encargó personalmente de llevar a la anciana hasta el interior del camarote… Y esa fue la última vez que los tripulantes del barco vieron a la vieja dama, hasta que la pareja desembarcó. El nieto se empeñó en realizar personalmente las tareas que correspondían al camarero encargado del arreglo del camarote, dado que, explicó, su abuela sufría una afección nerviosa que la presencia de desconocidos acentuaba gravemente, a causa del extraordinario desagrado que le producía.

Fuera del camarote —y nadie a bordo sabía lo que hacía dentro de dicho camarote—, el muchacho era exactamente igual que cualquier otro joven inglés normal y saludable. Alternaba con los demás pasajeros, se convirtió en el favorito de los oficiales e hizo numerosos amigos entre los marineros. Era generoso y natural, lo que no le impedía hacer gala de un aire de dignidad y de una fortaleza de carácter que le granjearon la admiración y el afecto de las personas con las que trabó amistad.

Entre los pasajeros figuraba un estadounidense llamado Condon, un

estafador y jugador de ventaja reclamado por la justicia de media docena de ciudades importantes de los Estados Unidos. El individuo prestó escasa atención al joven hasta que en determinado momento, por casualidad, le vio sacarse del bolsillo un grueso fajo de billetes de banco. A partir de ese instante, Condon se esforzó en cultivar el trato del joven británico. No le costó demasiado esfuerzo averiguar que el muchacho viajaba en compañía de su anciana abuela enferma y que su punto de destino era un pequeño puerto de la costa occidental de África, un poco más al sur del ecuador. Se enteró también de que se llamaba Billings y que no conocía a nadie en la reducida colonia a la que se dirigían. Condon comprobó que el joven no parecía dispuesto a dar detalles acerca del motivo de su visita a aquel lugar, por lo que el hombre se abstuvo de insistir en sus preguntas: ya conocía cuanto le interesaba saber.

En varias ocasiones intentó Condon persuadir al muchacho para que participase en alguna que otra partida de cartas, pero el juego no le seducía lo más mínimo a la posible víctima y las miradas de desconfianza de diversos pasajeros indicaron al estadounidense que era mejor que desistiese y buscara otro medio para trasladar a su bolsillo el fajo de billetes que ocupaba el del joven británico.

Por fin llegó el día en que el vapor echó el ancla al abrigo de un promontorio cubierto de árboles, donde algo más de una veintena de barracas con tejado metálico emborronaban con su mancha desagradable el paisaje natural y proclamaban que la civilización había asentado allí sus plantas. Diseminadas por los alrededores se erguían las chozas con techo de bálago de los indígenas, pintorescas en su salvajismo primitivo pero más acordes con el telón de fondo de la jungla tropical, no sólo armonizaban con la naturaleza sino que al mismo tiempo acentuaban la repelente fealdad de la arquitectura de los pioneros blancos.

Apoyado en la barandilla del buque, el muchacho miraba más allá de la población construida por el hombre, para contemplar la selva creada por Dios. Recorrió su espina dorsal un leve hormigueo de anticipado placer; luego, sin que interviniese la voluntad, se encontró contemplando las amorosas pupilas de su madre y el rostro enérgico de su padre que, bajo el vigor masculino de sus facciones, reflejaba un cariño tan profundo como el que anunciaban los ojos de la madre. El joven notó que su determinación se debilitaba. Uno de los oficiales del buque gritaba órdenes a la flotilla de embarcaciones indígenas que se aproximaba para recoger la pequeña carga

del vapor consignada a aquel minúsculo puesto avanzado.

—¿Cuándo hará escala aquí el próximo vapor con destino a Inglaterra? —preguntó el muchacho.

—El *Emanuel* se presentará en cualquier momento —respondió el oficial—. Me figuraba que íbamos a encontrarlo aquí ya.

Y el hombre continuó voceando instrucciones a la turba de indígenas de piel oscura que cada vez estaba más cerca del costado del buque.

Resultó bastante ardua la tarea de bajar a la abuela del joven inglés hasta la canoa que esperaba junto al costado del vapor. El muchacho insistió en permanecer continuamente al lado de la anciana señora y cuando por fin la vio asentada firme y segura en el fondo de la embarcación que los trasladaría a tierra, el nieto se deslizó tras la mujer como un felino. Tan reconcentrado estaba el chico en la misión de cerciorarse de que la señora se instalaba cómodamente que no se dio cuenta de que, mientras ayudaba a arriar por el costado del buque la eslinga que sostenía a la anciana, del bolsillo de su pantalón empezó a asomar un paquetito. Como tampoco se percató de que tal paquetito se deslizaba totalmente fuera del bolsillo y caía al agua.

Apenas había emprendido el camino hacia la orilla la embarcación en la que iban el muchacho y la anciana, cuando Condon, en el costado contrario del vapor, llamó a una canoa y tras regatear un momento con el propietario de la misma bajó el equipaje y se acomodó en la canoa. Una vez en tierra se mantuvo fuera de la vista de la atrocidad arquitectónica que ostentaba el letrero de «Hotel» para atraer a viajeros incautos hacia la multitud de incomodidades que el establecimiento brindaba. El estadounidense no se aventuró a entrar en él hasta que hubo cerrado la noche.

En una habitación de la parte de atrás del segundo piso, el joven explicaba a su abuela, cosa que le resultaba harto difícil, que había decidido regresar a Inglaterra en el siguiente vapor. Intentaba dejar claro ante la anciana señora que ella podía quedarse en África si quería, pero que a él la conciencia le impulsaba a volver junto a sus padres, que sin duda estarían sufriendo lo indecible por culpa de su ausencia. De lo cual podía darse por supuesto que a los padres en cuestión no se les había informado de los planes que nieto y abuela tramaron para lanzarse a la aventura por las selváticas soledades africanas.

Una vez adoptada la decisión, el muchacho se vio aliviado en cierta medida del peso de los remordimientos que habían estado acosándole

durante largas y numerosas noches de insomnio. En cuanto cerró los ojos empezó a soñar con el feliz reencuentro con los padres, en el hogar de la familia. Y mientras soñaba, el destino, cruel e inexorable, se deslizó sigiloso por el tenebroso pasillo del desvencijado inmueble en cuya segunda planta dormía el joven… Un destino personificado por un timador estadounidense llamado Condon.

El malhechor se acercó cautelosamente a la puerta de la habitación que ocupaba el joven. Agazapado allí, aguzó el oído durante unos momentos hasta que la uniforme regularidad de la respiración de los que estaban dentro del cuarto le convenció de que dormían. Introdujo silenciosamente una ganzúa en la cerradura. Con hábiles dedos, producto de una larga práctica en la manipulación silenciosa de los pasadores y pestillos que protegían los bienes ajenos, Condon accionó ambos simultáneamente. Empujó con suavidad la hoja de madera y la puerta giró sobre sus goznes sin producir el menor ruido. El hombre entró en la estancia y cerró la puerta a su espalda. Densos nubarrones ocultaban momentáneamente la luna. La penumbra reinaba en el interior de la habitación. Condon anduvo a tientas hasta la cama. Algo se movió en el rincón del fondo… con mayor sigilo y silencio que el empleado por el experto delincuente yanqui. Condon no captó nada. Tenía fija la atención en el lecho donde creía que iba a encontrar a un mozalbete dormido junto a su abuela inválida e indefensa.

El estadounidense sólo pretendía hacerse con el fajo de billetes de banco. Si lograba echarle el guante sin que detectaran su presencia allí, santo y bueno. Pero también estaba preparado para afrontar cualquier posible resistencia. Las ropas del chico estaban encima de una silla, al lado de la cama. Los dedos del norteamericano se deslizaron rápidamente sobre ellas: los bolsillos no contenían ningún fajo de billetes nuevos y crujientes. Sin duda lo habría puesto bajo la almohada. El ladrón se acercó más al durmiente. Tenía la mano a medio camino de la almohada cuando un claro de las nubes que cubrían la luna permitió el paso de una oleada de claridad blanquecina que llenó de luz el cuarto. En el mismo instante, el chico abrió los párpados y sus ojos se clavaron en los de Condon. El hombre tuvo súbita conciencia de que el muchacho estaba solo en la cama. Trató entonces de echar las zarpas a la garganta de la víctima. Cuando el muchacho se incorporaba para hacer frente a la amenaza, Condon oyó un sordo gruñido a su espalda, notó que el chico le agarraba las muñecas y comprobó que unos músculos de acero respaldaban aquellos dedos blancos

y afilados.

Otras manos se cerraron en torno a su cuello, unas manos ásperas y peludas que pasaron por encima de los hombros y le ciñeron la garganta. Volvió la cabeza, aterrado, y los pelos de la nuca se le erizaron ante lo que vieron sus ojos: el que le sujetaba por detrás era un simio enorme, semejante a un hombre. Los colmillos del antropoide estaban muy cerca de su garganta. El muchacho le tenía inmovilizadas las muñecas. Nadie produjo sonido alguno. ¿Dónde estaba la abuela? Los ojos de Condon recorrieron el cuarto con una mirada que lo abarcó por completo. El horror los desorbitó cuando la espantosa verdad se hizo evidente. ¡Había caído en manos de unas criaturas dotadas de un misterioso poder! Bregó frenéticamente para zafarse de la presa del muchacho y poder enfrentarse a la bestia escalofriante que tenía a la espalda. Logró soltarse una mano y descargó un tremendo puñetazo en el rostro del muchacho. Su acción desencadenó la furia de un millar de demonios en la peluda fiera que le apretaba la garganta. Se produjo un sordo gruñido salvaje. Fue lo último que el estadounidense oyó en esta vida. Su cuerpo se vio arrojado de espaldas contra el piso, una pesada mole cayó sobre él, unos colmillos poderosos se le clavaron en la yugular, la cabeza empezó a darle vueltas y se hundió en la súbita negrura que precede a la eternidad… Al cabo de unos instantes, el mono se levantó del postrado cuerpo, pero Condon no llegó a enterarse: estaba completamente muerto.

Horrorizado, el muchacho saltó de la cama y se inclinó sobre el cadáver del hombre. Sabía que Akut había matado para defenderle, lo mismo que hizo en el caso de Michael Sabrov, pero allí, en el África salvaje, lejos de su casa y de sus amigos, ¿qué podrían hacerle a él y a su fiel antropoide? Jack Clayton no ignoraba que el asesinato se castigaba con la pena de muerte. Sabía también que al cómplice podía aplicársele la misma sentencia que al que cometió el homicidio. ¿Quién iba allí a defenderlos? ¡Todo estaría en contra de ellos! Aquella pequeña comunidad estaba a medio civilizar y lo más probable sería que por la mañana los apresaran, a Akut y a él, y los colgasen de una rama del árbol que estuviese más a mano… Había leído que tales cosas ocurrían en América, y África era incluso peor y más salvaje que el extenso Oeste del país natal de su padre. ¡Sí, los ahorcarían por la mañana!

¿No tenían escapatoria? Meditó en silencio durante unos minutos y luego, al tiempo que emitía una exclamación de alivio, juntó las palmas de

ambas manos y se volvió hacia sus ropas, que seguían encima de la silla. ¡Con dinero se compra todo! ¡El dinero los salvaría a Akut y a él! Introdujo la mano en el bolsillo donde solía llevar los billetes de banco. ¡No estaban! Despacio al principio, con frenética rapidez luego, registró los demás bolsillos de sus prendas. Después se puso a gatas y examinó el suelo. Encendió la luz, desplazó la cama a un lado y, centímetro a centímetro, revisó toda la superficie del cuarto. Titubeó junto al cadáver de Condon, pero acabó por reunir el valor necesario para tocarlo. Dio la vuelta al cuerpo para ver si el dinero estaba debajo. No era así. Supuso que Condon entró en el cuarto para robar, pero no creía que hubiese tenido tiempo de apoderarse de los billetes. Sin embargo, como no estaban en ningún otro sitio, debían de encontrarse sobre el cadáver. Registró la habitación una y otra vez, para acabar volviendo siempre al cuerpo sin vida del estadounidense. Pero tampoco encontró allí el dinero.

La desesperación le puso al borde del ataque de nervios. ¿A dónde podrían ir? Por la mañana los descubrirían y los matarían. Con toda la robustez y fortaleza física heredadas de su padre, no era, al fin y al cabo, más que un chiquillo, un chiquillo empavorecido, que echaba de menos terriblemente su casa, un chiquillo al que la falta de experiencia propia de la juventud le impedía razonar como era debido. Sólo era capaz de pensar en un hecho deslumbrante: habían matado a un hombre, se encontraban entre salvajes extraños, sedientos de sangre y dispuestos a calmar esa sed con la primera víctima que cayese en sus garras. En las espantosas noveluchas baratas que calmaban su avidez lectora así era.

¡Debían conseguir dinero!

Se acercó otra vez al cadáver. En esa ocasión de un modo más resuelto. Desde un rincón del cuarto el mono, sentado en cuclillas, observaba a su joven compañero. El muchacho procedió a desnudar al estadounidense y a examinar minuciosamente una por una todas las piezas de su ropa. Hasta los zapatos revisó con cuidadosa atención. Cuando hubo terminado con la última prenda, se dejó caer en la cama, desmesuradamente abiertos los ojos… que no veían más que el terrible cuadro de dos cuerpos que se balanceaban colgados de la rama de un gigantesco árbol.

No tuvo conciencia del tiempo que permaneció así. Finalmente, un ruido que llegó del piso de abajo le sacó de aquel estado de aturdida inmovilidad. Con elástico movimiento se puso en pie, apagó la lámpara, atravesó la estancia en silencio y echó la llave a la puerta. Luego, tomada

ya una determinación, miró al simio.

La noche anterior estaba firmemente decidido a emprender la vuelta a casa en cuanto se presentase la primera oportunidad y pedir perdón a sus padres por la loca aventura a la que se había lanzado. Ahora se daba perfecta cuenta de que tal vez no volviera a verlos. Tenía las manos manchadas con la sangre de un semejante: en sus morbosas reflexiones había dejado de atribuir al mono la muerte de Condon. La histeria del pánico había lanzado sobre él toda la culpabilidad de aquel asesinato. Con dinero hubiese podido comprar justicia, ¡pero sin un penique! ¡Ah!, ¿qué esperanza podrían tener en aquella tierra los extranjeros sin posibilidades económicas?

Sin embargo, ¿qué habría sido del dinero? Se esforzó en recordar cuándo lo había visto por última vez. No podía, de ninguna manera podía explicarse su desaparición, porque estaba completamente ajeno a la caída al mar de aquel paquetito que se le salió del bolsillo cuando franqueaba la borda del buque para bajar a la canoa que le trasladaría a tierra.

Se dirigió a Akut y le dijo en el lenguaje de los simios:

—¡Vamos!

Sin percatarse de que sólo llevaba encima un pijama, se encaminó a la abierta ventana. Asomó la cabeza y escuchó atentamente. Un solo árbol crecía a unos palmos de ella. Saltó ágilmente a la enramada, permaneció allí aferrado unos segundos, como un gato, antes de deslizarse silenciosamente hasta el suelo. El enorme mono le siguió de inmediato. A unos doscientos metros de distancia, una avanzada de la selva cuya vegetación llegaba casi hasta los límites de la dispersa colonia. Hacia allí dirigieron sus pasos. Nadie los vio y al cabo de un momento la jungla se los había engullido. Jack Clayton, futuro lord Greystoke, desapareció de la vista de los hombres, que a partir de entonces ignoraron su paradero.

Bastante entrada la mañana, un sirviente indígena llamó a la puerta de la habitación asignada a la señora Billings y a su nieto. Al no responderle nadie, introdujo la llave maestra en la cerradura, sólo para comprobar que por la parte de dentro ya había allí puesta otra llave. Informó de tal circunstancia a *Herr* Skopf, el propietario, quien de inmediato subió también al segundo piso y aporreó la hoja de madera. Como tampoco obtuvo respuesta, el hotelero se agachó para mirar el interior por el ojo de la cerradura. Era un hombre bastante grueso y, al inclinarse, perdió el equilibrio y apoyó la palma de la mano en el suelo para no caer. Notó

entonces algo suave, húmedo y viscoso bajo los dedos. Alzó la mano, abierta, para, a la escasa luz del pasillo, verse la palma. Un leve escalofrío estremeció al hombre, porque incluso en la semipenumbra del corredor pudo distinguir la mancha que enrojecía su mano. Se incorporó con brusco salto y lanzó violentamente un hombro contra la puerta. *Herr* Skopf es un hombre corpulento, o al menos lo era por aquel entonces, ya que hace varios años que no le veo. La frágil puerta cedió bajo el impulso de su peso y *Herr* Skopf irrumpió en la habitación dando precipitados tumbos.

Allí se dio de manos a boca con el mayor misterio de su vida. En el suelo, a sus pies, encontró el cadáver de un hombre completamente desconocido. El difunto tenía el cuello roto y la yugular seccionada por los dientes de alguna fiera salvaje. El cuerpo estaba desnudo de pies a cabeza y las ropas aparecían diseminadas alrededor del cadáver. Ni la anciana ni su nieto se hallaban en la habitación. La ventana estaba abierta. Debieron de marcharse por allí, puesto que la puerta había sido cerrada por dentro.

Pero ¿cómo pudo el muchacho cargar con la abuela y bajarla desde la ventana del segundo piso hasta el suelo? Era absurdo. El desconcertado *Herr* Skopf examinó de nuevo la reducida estancia. Observó que habían separado la cama de la pared… ¿Por qué? Por tercera o cuarta vez echó un vistazo debajo de la cama. Los dos huéspedes habían desaparecido y, sin embargo, la razón le decía que era imposible que aquella anciana señora se hubiese podido marchar sin la ayuda de alguien que la transportase, como sucedió el día anterior, cuando tuvieron que subirla en peso.

Cuanto más profundizaba en el caso, más oscuro era el misterio. Toda la ropa de los dos huéspedes seguía en el cuarto… Si se marcharon tuvieron que hacerlo desnudos o con las prendas de dormir. *Herr* Skopf meneó la cabeza; luego se la rascó. Estaba hecho un lío. No tenía noticias de la existencia de Sherlock Holmes; de ser así no hubiera perdido un segundo en solicitar la ayuda del célebre sabueso, porque allí había un auténtico enigma: una anciana —una inválida que tuvieron que trasladar desde el barco a la habitación del hotel— y un muchacho, su nieto, habían entrado en una habitación del segundo piso de su hotel el día antes. Les sirvieron la cena en su cuarto… y esa fue la última vez que los vieron. A las nueve de la mañana siguiente el único ocupante de aquella habitación era el cadáver de un hombre desconocido. Ningún buque había zarpado desde entonces del puerto, no circulaba ferrocarril alguno en cien kilómetros a la redonda y tampoco había ningún otro asentamiento de blancos al que la pareja

pudiese llegar tras una marcha de varios días acompañada por un safari bien equipado. Simplemente se habían desvanecido en el aire, porque el indígena al que *Herr* Skopf había enviado a inspeccionar el suelo inmediatamente debajo de la abierta ventana acababa de volver para decir que allí no había el menor rastro de pisadas, ¿y qué clase de seres eran aquellos que podían arrojarse desde tal altura sin dejar huella alguna en el mullido césped? Otro escalofrío estremeció a *Herr* Skopf. Sí, aquél era un misterio de lo más impenetrable. En el fondo de aquel asunto se escondía algo sobrenatural… Pensar en ello sobrecogió al hotelero y temió la llegada de la noche.

Era un enigma incomprensible para *Herr* Skopf… e indudablemente, continúa siéndolo.



**Horrorizado, el muchacho saltó de la cama…**

## V



ÓMODO, el capitán Armand Jacot, de la Legión Extranjera, estaba sentado encima de una manta de silla de montar extendida al pie de una palmera enana. Los anchos hombros del militar y su cabeza casi pelada al cero se apoyaban con regalada satisfacción en el rugoso tronco del árbol. Las largas piernas estiradas sobre la pequeña manta rebasaban la superficie de ésta, de forma que las espuelas del oficial se hundían en el arenoso suelo de aquel pequeño oasis del desierto. Tras la larga y agotadora jornada a caballo por las movedizas dunas, el capitán disfrutaba de su bien merecido descanso.

Fumaba perezosamente su cigarrillo, al tiempo que observaba los movimientos de su asistente, entregado a la tarea de preparar la cena. El capitán Armand Jacot se sentía contento consigo mismo y con el mundo. A escasa distancia, a su derecha, su tropa de veteranos curtidos por el sol,

liberados temporalmente de las fastidiosas trabas de la disciplina, se afanaban bulliciosos, relajaban los fatigados músculos, bromeaban, reían y, lo mismo que su jefe, fumaban y esperaban el momento de llenar el estómago después de las doce horas de marchas forzadas. Entre ellos, silenciosos y taciturnos, sentados en cuclillas, permanecían cinco árabes de blanca chilaba, fuertemente custodiados y no menos fuertemente atados.

Ver a allí a aquellos prisioneros llenaba al capitán Armand Jacot de la placentera satisfacción propia del deber cumplido. Durante un largo mes abrasador, el oficial y su pequeño destacamento escudriñaron las vastas extensiones del desierto, hasta los puntos más recónditos, a la busca y captura de una banda de cuatreros y asesinos a los que se atribuían innumerables robos de camellos, caballos y cabras, así como la suficiente cantidad de homicidios para enviar a la gillotina varias veces a cada uno de los miembros de la partida de malhechores.

El capitán había tropezado con ellos una semana antes. En el subsiguiente combate, perdió a dos de sus hombres, pero el correctivo que infligió a los facinerosos fue tan severo que en un tris estuvo de exterminarlos a todos. Apenas lograron escapar cosa de media docena, pero el resto, con la excepción de los cinco prisioneros, expiaron sus crímenes bajo los proyectiles recubiertos de níquel de los legionarios. Y lo mejor de todo fue que el jefe de la banda de delincuentes, Achmet ben Houdin, figuraba entre los que habían caído en manos de las tropas.

El capitán Jacot se complació en dejar que su mente abandonara el tema de los prisioneros y se lanzara a través de los kilómetros de desierto que faltaban hasta el puesto donde, al día siguiente, encontraría a su esposa y a su hijita esperándole con ansiedad. Al acordarse de ellas, la ternura dulcificó los ojos del capitán Jacot, como siempre le ocurría. Incluso en aquellos instantes veía la belleza de la madre reflejada en las facciones infantiles de la carita de Jeanne, y ambos rostros sonreirían al suyo cuando a la tarde siguiente se apeara de la cansada montura. Podía sentir ya el tacto de las suaves mejillas femeninas al oprimirse contra las suyas: terciopelo contra cuero.

La voz de un centinela que reclamaba la atención del cabo de guardia interrumpió la ensoñadora fantasía del capitán Jacot. Éste alzó la cabeza. Aún no se había puesto el sol, pero las sombras de los escasos árboles que crecían en torno al manantial, así como las de los hombres y caballos, se alargaban sobre las ahora doradas arenas. El centinela señalaba en

dirección al sol poniente y el cabo, entornados los párpados, miraba hacia allí. El capitán Jacot se puso en pie. No era persona que se contentase con ver las cosas a través de los ojos ajenos. Necesitaba comprobarlo por sí mismo. Por regla general, solía percatarse de los detalles mucho antes de que los demás los captasen, cualidad que le había valido el apodo de «Halcón». En aquellos momentos divisó a lo lejos, más allá de las prolongadas sombras, una docena de puntitos que subían y bajaban entre las dunas. Desaparecían y reaparecían de nuevo, pero su tamaño aumentaba de una vez a otra. Jacot los identificó inmediatamente. Eran jinetes… Jinetes del desierto. Un sargento corría ya hacia él. Todo el campamento aguzaba la vista hacia la lejanía. Jacot dio al sargento unas cuantas órdenes precisas y el subalterno saludó, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la tropa. Reunió una docena de hombres, que ensillaron sus caballos, montaron y salieron al encuentro de los desconocidos. El resto del contingente se aprestó a entrar en acción. No resultaba del todo imposible que los jinetes que con tanta rapidez se aproximaban al campamento fuesen amigos de los prisioneros y que su intención fuera lanzarse a un ataque relámpago, por sorpresa, con el fin de liberarlos. Sin embargo, Jacot lo dudaba, puesto que aquellos desconocidos no intentaban disimular su presencia. Galopaban a toda velocidad y a la vista de todo el mundo en dirección al campamento. Era posible que bajo su actitud nada encubierta se ocultasen intenciones traicioneras, pero nadie que conociese al Halcón podía albergar la esperanza de sorprenderle con una treta así.

A la cabeza de su pelotón de jinetes, el sargento abordó a los árabes a unos doscientos metros del campamento. Jacot le vio conversar con un individuo alto, cubierto con blanca vestidura: evidentemente, el cabecilla del grupo. El sargento y el jefe árabe no tardaron en avanzar juntos hacia el campamento, uno al lado del otro. Jacot los esperó. Ambos tiraron de las riendas de sus monturas y se apearon ante él.

—El jeque Amor ben Katur —anunció el sargento a guisa de presentación.

El capitán Jacot observó al recién llegado. Conocía a casi todos los jefes árabes establecidos en un radio de varios centenares de kilómetros. Y era la primera vez que veía a aquel hombre. Se trataba de un individuo alto, curtido por la intemperie, de aire desabrido y unos sesenta y tantos años de edad. Sus ojillos eran pequeños y perversos. Su aspecto inspiró desconfianza al capitán Jacot.

—¿Y bien? —preguntó, en plan de tanteo.

El árabe fue directamente al grano.

—Achmet ben Houdin es hijo de mi hermana —declaró—. Si lo pones bajo mi custodia, me encargaré de que no vuelva a violar las leyes de los franceses. Jacot denegó con la cabeza.

—Eso no puede ser —replicó—. He de llevarlo conmigo. Un tribunal civil lo juzgará con justicia e imparcialidad y si es inocente se le dejará libre.

—¿Y si no es inocente? —preguntó el árabe.

—Se le acusa de numerosos asesinatos. Si se le declara culpable de cualquiera de ellos, tendrá que morir.

Hasta entonces, la mano izquierda del árabe había estado oculta bajo el albornoz. La retiró de allí y enseñó la bolsa de piel de cabra que sostenía en ella: una abultada bolsa rebosante de monedas. La abrió y derramó parte de su contenido en la palma de la mano derecha: todo eran monedas de buen oro francés. A juzgar por el tamaño de la bolsa y por lo repleta que estaba, el capitán Jacot llegó a la conclusión de que sin duda contenía una pequeña fortuna. El jeque Amor ben Katur volvió a echar las monedas, una por una, en la bolsa. Jacot le miraba atentamente. Estaban solos. Tras presentar al visitante, el sargento se había retirado a cierta distancia y les daba la espalda. Después de introducir de nuevo las monedas de oro en la bolsa, el jeque se puso ésta en la palma de la mano y la adelantó hacia el capitán Jacot.

—Achmet ben Houdin, hijo de mi hermana, podría fugarse esta noche —silabeó—. ¿No?

El capitán Armand Jacot se puso como la grana hasta la raíz de su pelo cortado casi al cero. Luego se tornó blanco y, apretados los puños, avanzó medio paso en dirección al árabe. De pronto, cambió de idea y se contuvo, fuera cual fuese el impulso que le dominaba.

—¡Sargento! —llamó.

El subalterno se acercó corriendo y, con el taconazo de rigor, saludó a su superior.

—Acompaña a este perro negro hasta verlo reunido con su gente —ordenó—. Encárgate de que se marchen en seguida. Y ordena a la tropa que esta noche dispare a matar sobre cualquier hombre que se acerque lo bastante como para ponerse a tiro del campamento.

El jeque Amor ben Katur se irguió en toda su estatura. Entornó sus

diabólicos ojillos. Levantó la bolsa de monedas de oro hasta la altura de los ojos del oficial francés.

—Por la vida de Achmet ben Houdin, hijo de mi hermana, vas a pagar mucho más que lo que vale esto —amenazó—. Y aún mucho más por lo que me has llamado y cien veces más en sufrimiento y dolor…

—¡Largo de aquí —rugió el capitán Armand Jacot—, antes de que te eche a patadas!

Todo esto había sucedido unos tres años antes del inicio de este relato. Lo referente a Achmet ben Houdin y sus cómplices es asunto de los tribunales, está registrado en los archivos judiciales y podéis comprobarlo si os interesa. Recibió la muerte que merecía y la aceptó con el estoicismo propio de los árabes.

Al cabo de un mes de la ejecución, la pequeña Jeanne Jacot, de siete años de edad, hija del capitán Jacot, desapareció misteriosamente. Ni la fortuna de sus padres, ni todos los poderosos recursos de la gran república pudieron arrancar el secreto del paradero de la niña al desierto inescrutable que la absorbió junto con su secuestrador.

Se ofreció una recompensa de tan cuantiosas proporciones que muchos aventureros se dejaron tentar y emprendieron la caza. No era un caso propio de un detective de la moderna civilización, lo que no fue óbice para que varios investigadores se sumaran a la búsqueda… Los huesos de más de uno están ahora blanqueándose en las silenciosas arenas del Sahara, bajo el sol de África.

Dos suecos, Carl Jenssen y Sven Malbihn, después de pasarse tres años siguiendo pistas falsas, decidieron abandonar aquella aventura, cuando se encontraban al sur del Sahara, para dedicar sus esfuerzos a la más rentable empresa de robar marfil. No tardaron en hacerse célebres en una extensa región, por su crueldad implacable y por su insaciable voracidad: nunca se cansaban de apoderarse del marfil. Los indígenas los temían y los odiaban. Las autoridades de los gobiernos europeos en cuyas posesiones actuaban hacía tiempo que los buscaban, pero en su lento deambular hacia el norte, los dos suecos habían aprendido infinidad de cosas y conocían como la palma de la mano la tierra de nadie que se extendía al sur del Sahara, y que les brindaba la inmunidad de unas vías de escape que sus perseguidores ignoraban y que impedían la captura de la pareja de delincuentes. Las incursiones de éstos eran súbitas y centelleantes. Se apoderaban del marfil y se retiraban a las soledades del norte antes de que los vigilantes del

territorio que saqueaban se percatasen de su presencia. No sólo mataban elefantes con despiadada efectividad, sino que también robaban el marfil de los indígenas. Componían sus huestes depredadoras más de un centenar de árabes renegados y esclavos negros, una banda de asesinos sin conciencia. No os olvidéis de Carl Jenssen y Sven Malbihn, gigantones suecos de barba amarilla, porque os los encontraréis más adelante.

Protegida por una sólida empalizada, la pequeña aldea parecía agazaparse, semioculta, en el corazón de la jungla, a orillas de un riachuelo inexplorado, tributario de un amplio río que desemboca en el Atlántico, no muy lejos de la línea del ecuador. Veinte chozas con techumbre a base de hojas de palma y aspecto de colmenas albergaban a la población negra, mientras que en el centro del claro media docena de tiendas de piel de cabra constituían el refugio de la veintena de árabes que, durante sus incursiones de rapiña o comercio, almacenaban los cargamentos que sus buques del desierto transportaban dos veces al año en su ruta hacia el norte, rumbo al mercado de Tombuctú.

Delante de una de las tiendas de los árabes jugaba una niña de unos diez años, de morena cabellera, ojos negros, tez de tonalidad avellana y porte en el que hasta el último centímetro rezumaba la gracia elegante de las hijas del desierto. Sus deditos se afanaban en la tarea de confeccionar una falda de hierba para la desaliñada muñeca que cosa de un par de años antes le había regalado un esclavo negro. La cabeza de la muñeca estaba tallada toscamente en marfil, mientras que el cuerpo era una piel de rata rellena de hierbas. Las piernas y los brazos estaban hechos con palitos de madera agujereados en un extremo para coserlos al torso de piel de rata. La muñeca era espantosamente fea, horrible y sucia como ella sola, pero a Meriem le parecía la cosa más bonita y adorable del mundo, lo cual no tenía nada de extraño puesto que era el único objeto sobre el que podía proyectar su confianza y su cariño.

Todos los seres con los que Meriem tenía contacto eran, casi sin excepción, indiferentes o crueles con ella. Ahí teníamos, sin ir más lejos, a la vieja bruja negra de la aldea a cuyo cargo estaba, Mabunu, desdentada, puerca y con un mal genio endiablado. No perdía ocasión de abofetear a la chiquilla e incluso de infligirle torturas menores, como pellizcarla o, como había hecho un par de veces, quemarle la tierna carne con carbones encendidos. Y luego estaba el jeque, su padre, al que la niña temía aún más que a Mabunu. A menudo la regañaba sin motivo, para rematar la

reprimenda con bestiales palizas que dejaban el cuerpo de la criatura sembrado de cardenales y contusiones.

Pero cuando estaba sola Meriem era feliz, jugaba con Geeka, adornaba el pelo de la muñeca con flores silvestres o trenzaba cuerdas de hierba. Siempre estaba entretenida y siempre estaba cantando… cuando la dejaban en paz. Por mucho que se ensañaran con ella, ninguna crueldad parecía suficiente para extinguir su innata felicidad y la dulzura de su corazón. Sólo cuando el jeque se encontraba cerca, la niña se mantenía callada y abatida. El suyo era un miedo que a veces casi llegaba al terror histérico. También la asustaba la selva tenebrosa, la jungla inhumana que rodeaba el poblado, con sus monos parloteantes y sus aves chillonas durante el día y las fieras que rugían, gruñían y gemían por la noche. Sí, la selva la asustaba; pero temía al jeque hasta tal punto que por la infantil cabeza de Meriem había pasado muchas veces la idea de huir y adentrarse para siempre en aquella terrible espesura. Tal vez fuese preferible a seguir soportando el pánico cerval que le inspiraba su padre.

El jeque apareció de pronto, mientras la niña estaba sentada ante la tienda de piel de cabra de su padre, dedicada a confeccionar una falda de hierbas para Geeka. Al acercarse el jeque, la expresión de contento desapareció automáticamente del rostro de Meriem. Se encogió sobre sí misma y se apartó para quitarse del paso del anciano árabe de rostro curtido; pero no lo hizo con suficiente rapidez. El brutal puntapié del jeque la arrojó de bruces contra el suelo, donde se quedó inmóvil, temblorosa, pero sin derramar una sola lágrima. Luego, el hombre le dirigió una maldición al pasar y entró en la tienda. La bruja negra se estremeció de satisfacción, al tiempo que soltaba una carcajada y ponía al descubierto el único y amarillento colmillo que le quedaba aferrado a las encías.

Cuando tuvo la certeza de que el jeque ya había desaparecido, la niña se arrastró hasta la parte de la tienda donde daba la sombra, y allí permaneció muy quieta, mientras apretaba a Geeka contra su pecho y los sollozos agitaban su cuerpo a largos intervalos. No se atrevía a llorar de forma sonora porque eso atraería de nuevo sobre su cabeza las iras del jeque. La angustia de su corazón no era sólo la angustia de un dolor físico, sino una angustia infinitamente más patética: la de la falta del cariño que necesitaba su infantil corazón anhelante de ternura.

La pequeña Meriem apenas podía recordar otra existencia que la sufrida bajo la feroz crueldad del jeque y de Mabunu. En lo más recóndito de su

memoria anidaba el difuminado y oscuro recuerdo de una madre cariñosa, pero Meriem ni siquiera estaba segura de que aquella confusa imagen no fuera un sueño de su propio deseo de unas caricias que nunca había recibido y que ella siempre prodigaba a su querida muñeca. Nunca hubo una niña tan mimada, tan malcriada como Geeka. Su madrecita, lejos de tratarla con el mismo rigor que volcaban sobre ella su padre y la bruja a cuyo cuidado estaba, siempre hacía gala de una indulgencia extraordinaria. Geeka recibía miles de besos diarios. A decir verdad, era un juego que la muñeca acogía de forma displicente, pero la madre no la castigaba nunca, por díscola que fuese la muñeca. En vez de castigarla, lo que hacía era acariciarla, influida su actitud amorosa por la patética ansia de cariño que la niña experimentaba.

Ahora, mientras oprimía a Geeka contra sí, los sollozos de Meriem fueron disminuyendo hasta que pudo controlar la voz y derramar el rosario de sus desdichas sobre la oreja de marfil de su única confidente.

—Geeka quiere a Meriem —susurró—. ¿Por qué el jeque, mi padre, no hace lo mismo y me quiere a mí? ¿Tan mala soy? Intento ser buena, pero no sé por qué me pega, así que no puedo decir qué es lo que hice para que se enfade. Me ha pegado una patada y me ha hecho mucho daño, ya lo viste, Geeka; pero yo sólo estaba sentada aquí, delante de la tienda, haciéndote una falda. Eso debe de ser malo, porque si no no me habría dado esa patada, ¿no te parece, Geeka? ¡Ah, querida! No sé, no sé qué hacer. Quisiera, Geeka, estar muerta. Los cazadores trajeron ayer el cuerpo del *adrea*. El *adrea* estaba completamente muerto. Ya no volverá a acechar sigilosamente a su presa. Su enorme cabeza y sus patas sobre las que cae la melena ya no aterrorizarán más a los animales que comen hierba y que acuden por la noche al vado a calmar la sed. Su rugido espantoso ya no hará temblar el suelo. El *adrea* está muerto. Apalearon su cuerpo terriblemente cuando lo trajeron a la aldea; pero al *adrea* no le importó. Ya no sentía los golpes, porque estaba muerto. Cuando yo esté muerta, Geeka, tampoco sentiré los golpes de Mabunu ni los puntapiés del jeque, mi padre… Entonces seré feliz. ¡Ah, Geeka, cómo quisiera haberme muerto ya!

Si Geeka consideraba la conveniencia de reconvenir a la niña, esa posible intención se vio abortada en seco por el escándalo de una discusión que había surgido al otro lado de las puertas de la aldea. Meriem aguzó el oído. La curiosidad propia de la infancia le inducía a salir corriendo hacia

la entrada del poblado para enterarse de la causa de aquellas voces que se dirigían los hombres. Otros habitantes de la aldea se aproximaban ya en tropel hacia el punto donde sonaban los gritos. Pero Meriem no se atrevió a imitarlos. Tal vez el jeque estuviese allí y, en caso de que la viera, se apresuraría a aprovechar la ocasión de golpearla, de modo que Meriem continuó inmóvil, toda oídos.

Al acercarse el ruido comprendió que la multitud avanzaba calle arriba, en dirección a la tienda del jeque. Cautelosamente, la niña asomó la cabecita por la esquina de la tienda. No pudo resistir la tentación, porque la monotonía de la existencia en la aldea resultaba aburridísima y Meriem se perecía por cualquier distracción que alterase tanta uniformidad. Vio a dos desconocidos: dos hombres blancos. En aquel momento iban solos, pero al aproximarse, los comentarios de los indígenas que los rodeaban informaron a la niña de que habían dejado acampada fuera de la aldea una comitiva bastante numerosa. Iban a mantener una conferencia con el jeque.

El viejo árabe los recibió a la entrada de su tienda. Entornó los ojos perversamente mientras evaluaba a los recién llegados. Éstos se detuvieron ante él y se produjo un intercambio de saludos protocolario. Dijeron que el motivo de su visita era adquirir marfil. El jeque rezongó. No tenía marfil. Meriem se quedó boquiabierta. Sabía que en una choza próxima los colmillos de elefante se amontonaban hasta casi alcanzar el techo. Estiró el cuello un poco más para ver mejor a los dos desconocidos. ¡Qué blanca era su piel! ¡Qué amarillas eran sus pobladas y larguísimas barbas!

De súbito, uno de ellos volvió la vista en dirección a la niña. Meriem intentó retirarse, ya que le asustaban todos los hombres, pero aquél la vio. La niña notó que en el rostro del hombre había aparecido una expresión de sorpresa. El jeque también la advirtió y supuso cuál era el motivo.

—No tengo marfil —repitió—. No deseo comerciar. Váyanse. Ahora mismo.

Salió de la tienda y poco faltó para que empujase a los extranjeros hacia la puerta del poblado. En vista de que vacilaban, nada dispuestos a acatar la orden, el jeque los amenazó. Hubiera sido suicida desobedecer, así que los dos hombres dieron media vuelta, salieron de la aldea y regresaron de inmediato a su campamento.

El jeque se volvió hacia la tienda, pero en vez de entrar en ella la rodeó por la parte en que la pequeña Meriem estaba tendida en el suelo, asustadísima, junto a la pared de piel de cabra. El jeque se inclinó y la

cogió por un brazo. Con un tirón brutal la puso en pie y a base de violentos empujones la obligó a entrar en la tienda. Una vez dentro, volvió a agarrarla y la golpeó con despiadada saña.

—¡Quédate aquí dentro! —farfulló—. ¡Nunca más dejes que los extranjeros vean tu cara! ¡La próxima vez que aparezcas delante de extranjeros, te mato!

Dio tan tremenda bofetada a la chiquilla que Meriem salió despedida y fue a caer en un rincón del fondo de la tienda, donde quedó tendida, mientras ahogaba los gemidos. El jeque, entretanto, recorría la tienda de un extremo a otro, al tiempo que rezongaba para sí. En cuclillas, junto a la entrada de la tienda, Mabunu murmuraba y reía entre dientes.

En el campamento de los desconocidos, uno de ellos hablaba apresuradamente con el otro.

—No te quepa la menor duda, Malbihn —decía—. Ni la más ligera sombra de duda. Pero lo que no entiendo, lo que me desconcierta es por qué ese miserable no ha reclamado la recompensa.

—Para un árabe hay cosas mucho más importantes que el dinero, Jenssen —explicó el otro—. La venganza es una de ellas…

—De todas formas hacerse con un poco del poder que proporciona el oro tampoco le hace daño a nadie —replicó Jenssen.

Malbihn se encogió de hombros.

—Eso no va con el jeque —dijo—. Podemos intentarlo con algún individuo de su pueblo, pero el jeque no cambiará la venganza por el oro. Si le ofrecemos dinero, lo único que conseguiremos será confirmar las sospechas que sin duda despertamos en él cuando estábamos frente a su tienda. Y entonces podríamos darnos por afortunados si lográsemos marchar de aquí con vida.

—Bueno, probemos a sobornar a alguien, pues —se avino Jenssen.

Pero el soborno falló… trágicamente. El instrumento que seleccionaron, tras una estancia de varios días en el campamento establecido extramuros de la aldea, fue un alto y anciano jefe del contingente indígena del jeque. El hombre se dejó deslumbrar por el brillo tentador del metal porque había vivido en la costa y conocía el poder del oro. Prometió llevarles lo que querían, una noche, de madrugada.

En cuanto oscureció, los dos blancos iniciaron los preparativos para levantar el campamento. A medianoche, todo estaba a punto. Los porteadores descansaban encima de los fardos, listos para incorporarse y

emprender la marcha en cuanto se les avisara. Los *askaris* armados vagaban ociosamente entre el resto del safari y la aldea, dispuestos para formar el contingente de retaguardia que protegiese la retirada, la cual se emprendería cuando el cabecilla indígena se presentase con lo que los jefes blancos estaban esperando.

Sonó de pronto ruido de pasos en el camino de la aldea. Al instante, los *askaris* y los blancos se pusieron en guardia. Se acercaba más de una persona. Jenssen se adelantó y preguntó en voz baja:

—¿Quién vive?

—Mbeeba —fue la respuesta.

Mbeeba era el nombre del cabecilla traidor. Jenssen se sintió satisfecho, aunque no dejó de extrañarle el que Mbeeba acudiese acompañado de otras personas. No tardó en comprenderlo. Lo que llevaban iba tendido en unas angarillas que transportaban dos hombres. Jenssen soltó un juramento entre dientes. ¿Es que aquel tipo era tan imbécil como para llevarles un cadáver? ¡Habían pagado por una presa viva!

Los camilleros se detuvieron frente a los hombres blancos.

—Esto es lo que habéis comprado con vuestro oro —dijo uno de los dos.

Dejaron las parihuelas en el suelo, dieron media vuelta y desaparecieron en la oscuridad, camino de vuelta a la aldea. Los labios de Malbihn se contrajeron en una sonrisa torcida, al tiempo que miraba a Jenssen. Una tela cubría la carga de las angarillas.

—¿Y bien? —preguntó Jenssen—. Levanta la sábana y veamos qué es lo que has comprado. Vamos a ganar un buen pellizco con un cadáver… ¡Sobre todo después de pasarnos seis meses aguantando un sol de justicia para llevarlo hasta su destino!

—El majadero ese debió comprender que la queríamos viva —refunfuñó Malbihn, mientras levantaba una esquina del sudario que cubría la camilla.

Al descubrir lo que había debajo de la tela, ambos hombres retrocedieron… y una retahíla de involuntarias maldiciones brotaron de sus labios, porque allí, ante sus ojos, yacía el cuerpo sin vida de Mbeeba, el desleal cabecilla indígena.

Cinco minutos después, el safari de Jenssen y Malbihn se alejaba a marchas forzadas hacia el oeste. Los intranquilos *askaris* protegían la retaguardia, alertas ante el inminente ataque que no dudaban que iba a

producirse de un momento a otro.



**…vas a pagar mucho más que lo que vale esto…**

## VI



ABÍA sido aquella la primera noche que pasó en la selva virgen y permanecería viva mucho, mucho tiempo en la memoria del hijo de Tarzán. Los carnívoros salvajes no le amenazaron. No vio el menor rastro de espantosos bárbaros y, si alguno merodeó por las cercanías del chico, el alterado cerebro de éste no llegó a percibir su presencia. El sufrimiento que sin duda acosaría a su madre atormentaba implacablemente la conciencia de Jack Clayton. Se consideraba único culpable y los remordimientos le hundían en las profundidades de la angustia. El homicidio del estadounidense no le causaba ningún pesar, o muy poco. Aquel individuo se lo había ganado. Si el muchacho lamentaba el suceso era exclusivamente por los efectos que la muerte de Condon habían ejercido sobre sus propios planes. Ahora no podía regresar inmediatamente junto a sus padres, como

había proyectado. El miedo a la primitiva ley de aquella tierra fronteriza, de la que había leído tantas historias coloristas e imaginativas, le impulsó a adentrarse, fugitivo, en la selva virgen. No se atrevía a volver a aquel punto de la costa. Más que el riesgo personal que podía correr, en su temor influía el deseo de ahorrar a sus padres más sufrimientos y evitarles la deshonrosa vergüenza de ver su nombre arrastrado por la sórdida degradación que representa un proceso por asesinato.

Con la llegada del día, la moral del muchacho se elevó. Al salir el sol, una esperanza renovada alentó en su pecho. Volvería a la civilización por otro camino. Nadie sospecharía siquiera que hubiese tenido la menor relación con la muerte de un desconocido en el remoto puesto comercial de una costa dejada de la mano de Dios. Acurrucado junto al enorme antropoide, en la horquilla de la rama de un árbol, el muchacho se pasó la noche tiritando, casi sin pegar ojo. El pijama de tela ligera resultó ser escasa protección contra la fría y pegajosa humedad de la jungla y sólo se sentía más o menos a gusto en la parte del cuerpo que, adosada al cuadrumano, recibía el calor de la peluda piel. De modo que le alegró sobremanera ver la salida del sol, que le prometía luz y calor… El bendito sol, que hacía desaparecer los dolores físicos y mentales.

Sacudió a Akut hasta despabilarlo.

—Venga —dijo—, estoy helado y tengo hambre. Vamos a buscar comida por ahí, donde da el sol.

Señaló con el dedo una llanura salpicada de árboles escuálidos y cubierta de rocas de bordes afilados.

El muchacho se dejó caer en el suelo al tiempo que hablaba, pero el mono adoptó la precaución previa de escudriñar en torno y olfatear el aire de la mañana. Luego, convencido de que ningún peligro acechaba por las cercanías, descendió lentamente junto al chico.

—Numa y su compañera Sabor se dan buenos atracones con quienes primero bajan y después miran, mientras que los que primero miran y después bajan viven para llenarse el estómago.

El viejo simio impartió así al hijo de Tarzán la primera lección sobre la ciencia de la selva. Caminaron a través de la llanura descubierta, uno junto a otro, porque lo que primero que deseaba el chico era calentarse. El mono le señaló los mejores sitios para excavar en busca de roedores y gusanos, pero la sola idea de llevarse a la boca aquellos seres tan repulsivos revolvió a Jack el estómago. Encontraron algunos huevos, que el muchacho sorbió

crudos, del mismo modo que crudos se comió las raíces y tubérculos que desenterró Akut. Más allá de la planicie, al otro lado de un peñón cortado a pico, llegaron a una poza de agua salobre y más bien hedionda. Las orillas y el fondo de aquel charco superficial estaban pisoteadas por las patas y los cascos de infinidad de animales. Al acercarse allí, una manada de cebras huyó al galope.

Jack tenía entonces demasiada sed como para reflexionar antes de precipitarse sobre algo que tuviera el más remoto parecido con el agua, de forma que bebió con ganas hasta saciarse, mientras Akut se mantenía erguido, alta la cabeza, atento a cualquier señal de peligro. Antes de beber, el simio advirtió al muchacho que anduviera con cien ojos, pero mientras bebía, Akut no cesaba de levantar la cabeza de vez en cuando y echar un vistazo al bosquecillo de arbustos y matorrales que crecían a un centenar de metros, al otro lado de la poza. Cuando hubo terminado de beber, el mono se levantó y dirigió la palabra al chico en aquel lenguaje que era su herencia común… el lenguaje de los grandes simios.

—¿Hay algún peligro cerca? —preguntó.

—Ninguno —respondió el hijo de Tarzán—. Mientras bebías no he visto que se moviera nada.

—Los ojos te servirán de poco en la selva —advirtió el mono—. Aquí, si quieres sobrevivir has de fiarte de los oídos y de la nariz, sobre todo de la nariz. Cuando vinimos aquí a beber, yo sabía ya que ningún peligro acechaba, porque, de ser así, las cebras lo habrían descubierto y huido antes de que nos acercásemos. Pero en el otro lado, hacia el que sopla el viento, puede que el peligro esté escondido. No podríamos olfatearlo, porque su olor lo lleva el aire en la otra dirección, por eso dirijo la mirada de mis ojos hacia allí, hacia donde mi nariz no puede llegar.

—¿Y no detectaste… nada? —inquirió el chico, a la vez que soltaba una risotada.

—Detecté a Numa agazapado en aquel grupo de matorrales donde crece la hierba —señaló Akut.

—¿Un león? —exclamó Jack—. ¿Cómo lo sabes? Yo no veo nada.

—Aunque no lo veas, Numa está allí —insistió el enorme simio—. Primero le oí suspirar. El suspiro de Numa quizás no te parezca a ti distinto a cualquier otro de los ruidos que produce el viento al pasar entre las hierbas y las ramas de los árboles, pero tendrás que aprender a distinguirlo más adelante. Después estuve observando y al cabo de un momento vi que

en un punto determinado las altas hierbas se movían con más fuerza que la fuerza del viento. Mira allí y verás que están más separadas; es porque el corpachón de Numa se encuentra entre ellas y, cuando respira… ¿ves? Ese movimiento de las hierbas no es como el que produce el viento… ¿No te das cuenta de que las demás hierbas se mueven de otro modo?

El muchacho forzó la vista —sus ojos eran más perspicaces que los que suelen heredar los chicos corrientes— y al final emitió una exclamación reveladora de su descubrimiento.

—Sí —articuló—, ahora lo veo. Está tendido allí —señaló con el dedo —. Tiene la cabeza vuelta hacia nosotros. ¿Nos está espiando?

—Numa nos está acechando —confirmó Akut—, pero corremos poco peligro, a menos que nos acerquemos demasiado a él, porque está encima de una presa recién cobrada. Tiene el estómago casi lleno del todo; de no ser así, oiríamos el chasquido de los huesos al masticarlos. Nos observa en silencio porque sólo siente curiosidad. Luego reanudará su banquete o se levantará y vendrá a beber agua. Como no nos teme ni nos desea, no tratará de ocultar de nosotros su presencia, pero este es un buen momento para que aprendas a conocer a Numa, porque tienes que conocerlo a fondo si quieres sobrevivir mucho tiempo en la selva. Cuando los grandes monos somos muchos, Numa nos deja en paz. Nuestros colmillos son largos y fuertes, y luchamos con fiereza. Pero cuando estamos solos y él tiene hambre, no somos enemigos para Numa. Vamos, daremos un rodeo y percibiremos su olor. Cuanto antes aprendas a reconocerlo, tanto mejor para ti; pero mantente cerca de los árboles mientras le rodeamos, porque Numa a menudo hace lo que menos se espera que haga. Y mantén también muy abiertos los ojos, los oídos y la nariz. Ten presente en todo momento que detrás de cada arbusto y de cada árbol, incluso entre los matorrales y la hierba, puede haber un enemigo. Mientras evitas a Numa, no caigas en las fauces de *Sabor, su* compañera. Sígueme.

*Y Akut* describió un amplio círculo alrededor de la charca y del agazapado león.

Jack le siguió pisándole los talones, alertados los cinco sentidos, tensos al máximo de excitación los nervios. ¡Aquello era vida! Se olvidó de la firme determinación que le embargaba momentos antes: dirigirse a toda prisa hacia cualquier punto de la costa, distinto al lugar donde había desembarcado, y emprender de inmediato el regreso a Londres. Pero ahora no pensaba más que en la salvaje alegría de vivir, de aguzar todos los

recursos de su ingenio y de su físico para superar la astucia, las artimañas y el poder de los animales feroces que poblaban la selva, que recorrían las amplias praderas y los sombríos recovecos de los bosques de aquel inmenso e indómito continente. Desconocía el miedo. Era un sentimiento que su padre no le había transmitido; pero la conciencia y el sentido del honor iban a turbarle muchas veces cuando se enfrentasen con su inherente amor a la libertad, en lucha por la posesión de su alma.

Había pasado a escasa distancia de Numa, por detrás del león, y Jack percibió entonces el desagradable olor del carnívoro. Una sonrisa iluminó su rostro. Algo le dijo que habría distinguido aquel olor entre una miríada de ellos incluso aunque Akut no le hubiese dicho que un león merodeaba por las cercanías. Había una extraña familiaridad, una familiaridad sobrenatural que le erizó los pelos de la nuca y que contrajo involuntariamente su labio superior, para dejar al descubierto sus colmillos. Tuvo la sensación de que la piel se le tensaba en torno a las orejas, como si todos aquellos órganos y músculos se aplastasen contra el cráneo preparándose para entablar un combate a muerte. Le hormigueó la piel. Encendía todo su ser una placentera sensación que nunca había experimentado hasta entonces. En aquellos instantes era otra criatura, cautelosa, alerta, dispuesta a todo. El olor de Numa, el león, transformó así al muchacho en una especie de fiera salvaje.

Nunca había visto un león vivo: su madre se había esforzado enormemente, y con éxito absoluto, para evitarlo. Pero sus ojos sí habían devorado innumerables ilustraciones que lo representaban, y ahora iba a disfrutar del inmenso festín de contemplar con sus propios ojos un ejemplar en carne y hueso del rey de los animales. Mientras seguía a Akut el muchacho miraba hacia atrás, por encima del hombro, con la esperanza de que Numa abandonase momentáneamente a su víctima, se levantara y manifestara su presencia. Ocurrió que, absorto en ello, Jack se rezagó un tanto del simio hasta que, de súbito, el estridente grito de aviso de Akut le obligó a apartar su atención de la posibilidad de ver a Numa. Dirigió rápidamente la mirada hacia su compañero y entonces vio en el sendero, frente a él, algo que lanzó un ramalazo de temblores a lo largo de todo su cuerpo. De entre los arbustos, con el esbelto cuerpo ya medio fuera, emergía una lustrosa, espléndida y flexible leona, cuyos ojos verde-amarillos, redondos y abiertos, se clavaron en las pupilas del chico. Menos de diez pasos le separaban del felino. Y veinte pasos más allá de la leona se

encontraba el gigantesco simio, que a base de rugidos daba instrucciones a Jack y zahería a Sabor, con la evidente intención de que la fiera abandonara su interés por el muchacho, al menos mientras éste se pusiera a salvo refugiándose en la enramada de algún árbol cercano.

Pero Sabor no parecía dispuesta a desviar su atención de Jack. Sus ojos no se apartaban del muchacho, que se encontraba entre la leona y su pareja, entre Sabor y la presa de Numa, lo que sin duda le parecía sospechoso. Seguramente aquel extraño ser albergaba intenciones nada claras respecto a su amo y señor o respecto a la presa que había cazado. La leona es animal de muy mal genio. Los chillidos de Akut la estaban sacando de quicio. Emitió un breve y sordo rugido, al tiempo que avanzaba hacia el muchacho.

—¡Súbete a ese árbol! —gritó Akut.

Jack dio media vuelta y salió huyendo, en el preciso instante en que Sabor se lanzaba al ataque. El árbol se encontraba a unos pasos de distancia. Una de sus ramas se extendía a algo más de dos metros y medio por encima del suelo. Jack saltó hacia ella al mismo tiempo que la leona saltaba hacia él. El muchacho subió a la rama y se ladeó. Una terrible garra le rozó la cadera, sin ocasionarle más que un rasguño, pero una de aquellas largas uñas curvadas enganchó la cintura de los pantalones del pijama y se los llevó al caer la leona de nuevo al suelo. Medio desnudo, Jack trepó hasta ponerse a salvo, mientras Sabor repetía su salto hacia él.

Desde las ramas de otro árbol próximo, Akut parloteaba burlonamente, dedicando a la leona todas las pullas e insultos que se le ocurrían. Imitando el ejemplo de su preceptor, Jack destapó el tarro de las esencias invectivas y se pasó un buen rato cubriendo de mordaces epítetos a su enemiga, hasta que se percató de que las palabras eran poco eficaces como armas y que le convenía buscar algo que causara más daño. No tenía a mano más que ramitas secas, pero las arrojó sobre la rugiente cara de Sabor, erguida y vuelta hacia él, lo mismo que hiciera veinte años antes su padre, Tarzán de los Monos, cuando, de mozalbete, hostilizaba y se chanceaba de los grandes felinos de la jungla.

La leona estuvo un rato rabiando y rugiendo junto al tronco del árbol, hasta que, finalmente, bien porque llegase a la conclusión de que era una inútil tontería seguir allí, bien porque el hambre le acuciara, decidió adoptar una actitud digna, se alejó con aire majestuoso y desapareció entre la maleza que ocultaba la figura de su señor, el cual no había dado señales de

vida en el transcurso de toda aquella gresca.

Libres al fin de la amenazadora presencia de las fieras, Akut y Jack descendieron de sus respectivos árboles y reanudaron la interrumpida marcha. El viejo antropoide reprendió al muchacho por su negligencia.

—Si no hubieses estado mirando tan obsesivamente al león que estaba detrás de ti habrías visto mucho antes a la leona —le dijo.

—Pues tú pasaste junto a ella, casi rozándola, y tampoco la viste —respondió Jack.

Akut se sintió disgustado.

—Así es como mueren los habitantes de la selva —declaró—. Nos pasamos la vida extremando las precauciones, luego nos distraemos unos segundos y… —rechinó los dientes, remedando el movimiento de las mandíbulas al masticar la carne. Prosiguió—: Es una lección. Ya has aprendido que puede costarte caro mantener fijos sobre algo durante demasiado tiempo los ojos, los oídos y la nariz.

El hijo de Tarzán pasó aquella noche más frío que nunca en toda su vida. No es que los pantalones del pijama abrigaran mucho, pero siempre abrigaban más que nada. Y al día siguiente, el sol le abrasó con sus ardientes rayos, porque la mayor parte de la jornada se la pasaron atravesando llanuras desprovistas de árboles.

La idea de Jack seguía siendo avanzar hacia el sur y desviarse en semicírculo para llegar a la costa y buscar alguna avanzada de la civilización que hubiese establecido allí su puesto. No hizo partícipe de sus planes a Akut porque sabía que al viejo simio le desagradaría cualquier sugerencia que significara separación.

Vagaron por aquella zona durante un mes. El muchacho se imponía con rapidez en las leyes de la selva y sus músculos se iban adaptando al nuevo sistema de vida al que le obligaban las circunstancias. Jack había heredado la fortaleza física de su padre, lo único que necesitaba era el endurecimiento que el ejercicio le proporcionaría al desarrollar los músculos. El chico no tardó en comprobar que saltar de rama en rama, de árbol en árbol, le resultaba lo más natural del mundo. Ni siquiera cuando surcaba el aire a gran altura sentía la más leve sensación de vértigo, y cuando hubo dominado el arte de balancearse, tomar impulso y soltarse, atravesaba el espacio de una rama a otra con mucha mayor soltura y agilidad que Akut, bastante más pesado que él.

Y con la exposición a la intemperie su piel blanca y tersa empezó a

curtirse, robustecerse y a broncearse bajo el sol y el viento. Un día se quitó la chaquetilla del pijama para bañarse en un riachuelo que era demasiado pequeño para que los cocodrilos se afincasen en él y, cuando Akut y él disfrutaban del frescor de las aguas, un mico descendió raudo de las ramas, agarró la única prenda propia de la civilización que le quedaba a Jack y desapareció con ella en un dos por tres.

La rabia le duró a Jack muy poco: no tardó en darse cuenta de que ir medio vestido es infinitamente más incómodo que ir completamente desnudo. Pronto dejó de echar de menos la ropa y empezó a disfrutar de la delicia que constituía la libertad de ir de un lado a otro sin llevar encima nada que estorbase sus movimientos. A veces, una sonrisa revoloteaba por su semblante al imaginarse la cara de sorpresa que pondrían sus compañeros de colegio si le viesen en aquellos instantes. Seguro que le envidiarían. Sí, se morirían de envidia. En tales ocasiones, sus compañeros de colegio le inspiraban lástima, aunque luego, al imaginárselos felices y contentos en sus cómodos hogares ingleses, junto a sus padres, a Jack se le formaba un nudo en la garganta y a través de la neblina de las lágrimas que empañaba sus ojos se le aparecía espontáneamente el rostro de su madre. Entonces apremiaba a Akut a seguir adelante, porque en aquel momento avanzaban hacia el oeste, rumbo a la costa. El viejo simio creía que andaban a la búsqueda de una tribu de su propia especie y Jack se cuidó muy mucho de quitarle tal idea de la cabeza. Jack pensaba comunicar sus verdaderos planes a Akut cuando avistasen la civilización.

Avanzaban lentamente un día a lo largo de la orilla de un río cuando, inopinadamente, tropezaron con un poblado indígena. Unos cuantos niños jugaban cerca del agua. Al verlos, a Jack el corazón le dio un salto en el pecho: llevaba más de un mes sin que sus ojos contemplasen un ser humano. ¿Qué importaba que aquellos fueran salvajes desnudos? ¿Qué más daba que tuviesen la piel negra? ¿Acaso no eran seres creados a imagen y semejanza del Sumo Hacedor, como él mismo? ¡Eran sus hermanos! Se dispuso a correr hacia ellos. Akut emitió un aviso en tono bajo y le cogió un brazo con ánimo de detener su impulso. El muchacho se soltó, lanzó al aire un saludo y corrió hacia los jugadores de ébano.

Al sonido de su voz se alzaron todas las cabezas. Ojos desorbitados se le quedaron mirando unos segundos y luego, entre gritos de terror, los niños dieron media vuelta y huyeron hacia la aldea. Las madres también echaron a correr, tras ellos, y por la puerta del poblado, en respuesta a la

alarma, salieron una veintena de guerreros, que enarbolaban lanzas y escudos empuñados precipitadamente.

A la vista de la consternación que había originado, Jack se detuvo en seco. La sonrisa jovial desapareció de su rostro ante los gritos y ademanes amenazadores de los guerreros que corrían hacia él. A su espalda, Akut le aconsejaba a voces que diera media vuelta y huyese, a la vez que le advertía que los negros iban a matarle. Durante un momento, Jack permaneció quieto, mientras se le acercaban; después levantó la mano, con la palma hacia adelante, indicándoles así que se detuvieran, al tiempo que les decía que había llegado como amigo, que lo único que deseaba era jugar con los niños. Naturalmente, no entendieron una sola palabra y la contestación de los indígenas fue la única que podía esperar cualquier criatura desnuda que saliese repentinamente de la selva para caer sobre sus mujeres y niños: un diluvio de venablos. Los proyectiles llovieron a su alrededor, pero ninguno le alcanzó. Un nuevo escalofrío serpenteó por la espina dorsal del muchacho y los pelos de la nuca volvieron a erizársele. Entornó los párpados. Un odio repentino centelleó en sus pupilas y su fuego consumió en una décima de segundo la expresión de alegre amistad que las animaba poco antes. Profirió un sordo gruñido, propio de una fiera que se siente frustrada, giró sobre sus talones y salió corriendo hacia la jungla. Allí, encaramado en la rama de un árbol, le aguardaba Akut. El simio le instó a apresurarse, porque el avisado y prudente antropoide tenía muy claro que ellos dos, desnudos y sin armas, no podían hacer frente a aquella turba de robustos guerreros negros que sin duda emprenderían alguna clase de persecución y los buscarían a través de la selva.

Pero una nueva energía impulsaba al hijo de Tarzán. Había llegado con el corazón abierto y alegre para ofrecer su sincera amistad a aquellas personas que eran seres humanos como él. Lo habían recibido con recelo y venablos. Ni siquiera le escucharon. El odio y la furia le consumían. Cuando Akut le apremió para que acelerase la huida, se quedó rezagado. Quería luchar, pero el sentido común le ponía ante sí la evidencia de que sacrificaría la vida tontamente si se empeñaba en plantar cara a aquellos hombres armados, contando nada más que con las manos y los dientes… porque ya pensaba en los dientes, en los colmillos de combate, al aproximarse la posibilidad de una lucha.

Mientras se desplazaba lentamente por la arboleda, mantenía vuelta la cabeza para mirar a su espalda, por encima del hombro, aunque no pasaba

por alto la posibilidad de que acechasen otros peligros, por delante o a ambos lados: no había necesidad de que se repitiese el incidente con la leona para tener presente la lección que aquella aventura le había enseñado. Oía los gritos que tras él proferían los salvajes lanzados en su persecución. Fue retrasándose poco a poco hasta que los tuvo a la vista. Los indígenas no le vieron ya que no se les ocurrió buscar la presa entre las ramas de los árboles. Jack se mantuvo ligeramente por delante de ellos. Los negros continuaron su caza cosa de kilómetro y medio, al cabo del cual abandonaron la búsqueda y regresaron a la aldea. Aquella era la oportunidad que había estado esperando el hijo de Tarzán mientras la encendida sangre de la venganza circulaba por su venas y veía a sus perseguidores a través de una neblina escarlata.

Cuando emprendieron el regreso, Jack dio media vuelta y los siguió. Akut no estaba a la vista. Con la idea de que Jack le seguía, el simio se adelantó más de la cuenta. No albergaba la menor intención de tentar al destino poniéndose al alcance de los mortíferos venablos. Desplazándose en silencio de árbol en árbol, el muchacho siguió los pasos de los guerreros que volvían. Por último, uno de ellos se retrasó respecto a los demás, cuando avanzaban por una estrecha senda. Una torva sonrisa curvó los labios de Jack. Aceleró un poco la marcha hasta situarse casi encima del confiado indígena. Lo acechó como Sheeta, la pantera, acecha a su presa, como el joven ya había visto hacer a Sheeta en muchas ocasiones.

Súbita y silenciosamente fue avanzando y descendiendo hasta descolgarse encima de los anchos hombros de su víctima. En el mismo instante en que tomaba contacto con él, los dedos de Jack buscaron y encontraron la garganta del negro. El peso del muchacho derribó al indígena contra el suelo. Jack accionó simultáneamente las rodillas y el golpe dejó al hombre sin resuello. Al instante, una poderosa y blanca dentadura se le clavó en el cuello y unos dedos musculosos se cerraron sobre su garganta. El guerrero se debatió frenéticamente durante unos minutos, revolviéndose y bregando para quitarse de encima a su antagonista, pero se fue debilitando paulatinamente mientras aquella criatura torva, muda e invisible, le oprimía con tenacidad y le arrastraba hacia los matorrales que crecían a un lado del sendero.

Oculto por fin entre la maleza, a salvo de las miradas curiosas de los perseguidores, que podían echar de menos a su compañero, el chico arrancó la vida a su víctima, estrangulándola. El repentino estremecimiento

definitivo, al que sucedió una inmovilidad exánime, indicaron por último a Jack que el guerrero estaba muerto. Un deseo extraño se apoderó del muchacho. Una sacudida agitó todo su ser. Se levantó de modo inconsciente y apoyó un pie en el cuerpo de su presa. Hinchó el pecho. Levantó la cara hacia las alturas y abrió la boca como si pretendiera lanzar al aire el sobrenatural y extraño alarido que parecía pugnar por salir desde el fondo de su ser… Pero sus labios no dejaron escapar sonido alguno y el chico permaneció allí erguido un minuto largo, con el semblante vuelto hacia el cielo, el pecho agitándose con emoción contenida, como una animada estatua de Némesis.

El silencio que definió la primera muerte importante del hijo de Tarzán iba a caracterizar todos sus sacrificios futuros, lo mismo que el sobrecogedor grito de victoria del mono macho había caracterizado los triunfos mortales de su formidable progenitor.



**…el guerrero estaba muerto.**

## VII




L percatarse de que Jack no estaba detrás de él, Akut retrocedió en su busca. Apenas había recorrido un corto trecho cuando se detuvo en seco, sorprendido, al ver la extraña figura que avanzaba hacia él a través de los árboles. Se parecía a su compañero, ¿era posible que fuese él? Empuñaba un largo venablo y llevaba colgado del hombro un escudo oblongo como los de los guerreros negros que le habían atacado momentos antes. Unas bandas de hierro y latón le circundaban brazos y tobillos, mientras que alrededor de su joven cintura se sujetaba un taparrabos de tela. También llevaba un cuchillo al cinto.

Al ver al mono, el muchacho apretó el paso para enseñarle los trofeos. Le mostró orgullosamente una por una las nuevas pertenencias recién

conquistadas. Y le refirió jactanciosa y detalladamente su hazaña.

—Lo maté con las manos y los dientes —dijo—. Me hubiera gustado ser amigo suyo, pero ellos prefirieron ser mis enemigos. Y ahora que tengo un venablo le demostraré también a Numa lo que significa tenerme por enemigo. Sólo los hombres blancos y los grandes simios son ahora amigos nuestros, Akut. Así que buscaremos a los hombres blancos y nos apartaremos o mataremos a todos los demás. Eso es lo que me ha enseñado la selva.



Dieron un rodeo alrededor del poblado hostil y reanudaron el camino hacia la costa. El muchacho se ufanaba de sus nuevas armas y adornos. Se entrenaba constantemente con el venablo, arrojándolo hora tras hora contra cualquier objeto que se encontrase delante de ellos mientras continuaba su pausado trayecto. Acabó por adquirir esa habilidad que sólo puede conseguirse tan rápidamente cuando los músculos son jóvenes. Y,

entretanto, su adiestramiento proseguía bajo la orientación de Akut. No había ya señal o rastro de la selva que no fuese como un libro abierto para la aguda y perspicaz mirada del muchacho, y hasta esos detalles imprecisos que se escapan por completo a los sentidos del hombre civilizado e incluso resultan apreciables sólo en parte para sus primos los antropoides eran como amigos con los que el joven Jack estaba ya familiarizadísimo. Podía distinguir por el olor a las innumerables especies de herbívoros y también podía determinar, por la intensidad de los efluvios que flotaban en el aire, si un animal se acercaba o se alejaba. Ya no le hacía falta que los ojos le informasen si había dos o cuatro leones a cien metros o a ochocientos… siempre y cuando el viento soplase desde la dirección en que estaban los felinos.

Buena parte de esos conocimientos los adquirió gracias a Akut, pero también aprendió muchos más a través de su propio instinto: una especie de intuición extraña heredada de su padre. Había llegado a amar la vida de la jungla. La constante lucha de los sentidos y del ingenio contra los innumerables enemigos mortales que acechaban día y noche en los senderos, tanto a los precavidos como a los incautos, era un desafío para el espíritu aventurero que late impetuoso en el corazón de todo descendiente de Adán por cuyas venas circula sangre roja. Sin embargo, aunque adoraba aquella existencia, no permitía que el egoísmo pesara más que el sentido del deber que le había llevado a darse cuenta de que bajo el descabellado impulso aventurero que le había conducido a África yacía una trasgresión de la moral. El cariño hacia sus padres era muy fuerte en su interior, demasiado fuerte para permitirle gozar de una dicha sin mácula a costa de los días de pesadumbre que ocasionaba a sus progenitores. Y eso mantenía firme su determinación de llegar a un puerto costero desde el que pudiera comunicarse con ellos y recibir los fondos precisos para volver a Londres. Estaba seguro de que, una vez en casa, podría convencer a sus padres para que le permitiesen pasar alguna que otra temporada en aquellas propiedades africanas que, según había podido colegir gracias a ciertos comentarios pronunciados descuidadamente, poseía lord Greystoke. Siempre sería un consuelo, siempre sería mejor que pasarse la vida sometido a las trabas y los opresores convencionalismos de la civilización.

De modo que se sentía contento y satisfecho mientras avanzaban en dirección a la costa, ya que, al tiempo que disfrutaba de los placeres de la libertad de la selva, la conciencia no podía remorderle ni tanto así, puesto

que estaba haciendo cuanto le era posible hacer para regresar junto a sus padres. Contaba también la ilusión que le producía la inminencia de encontrar de nuevo al hombre blanco —seres de su misma raza—, dado que el deseo de gozar de la compañía de otras criaturas aparte del viejo simio era un anhelo que experimentaba con frecuencia. Aún le dolía el ataque de que había sido objeto por parte de los negros. Había intentado acercarse a ellos con el corazón cargado de amistosa jovialidad y la infantil certeza de que recibiría una acogida hospitalaria, así que la manera en que se lanzaron contra él constituyó un duro golpe para sus juveniles ideales. Ya no consideraba hermano al hombre negro, sino que más bien era para él otro de los muchos enemigos sedientos de sangre que poblaban la implacable selva, un animal de presa que caminaba sobre dos piernas en vez de cuatro.

Pero si los negros eran sus enemigos, en el mundo había otros seres que no lo eran; seres que le recibirían con los brazos abiertos, que lo aceptarían como amigo y hermano, y entre los que encontraría amparo frente a todos los enemigos. Sí, siempre quedaba el refugio de los hombres blancos. En algún lugar de la costa e incluso en las profundidades de la misma jungla habría hombres blancos. Le brindarían una bienvenida amistosa. Sería una visita a la que acogerían con los brazos abiertos. También estaban los grandes monos, los amigos de su padre y de Akut ¡Lo que se alegrarían de recibir al hijo de Tarzán de los Monos! Confiaba en tropezarse con ellos antes de encontrar un puesto comercial en la costa. Deseaba poder contarle a su padre que había conocido a sus antiguas amistades de la selva virgen, que estuvo cazando con ellas, que compartió su existencia salvaje y sus feroces y primitivas ceremonias, los extraños ritos que Akut había intentado explicarle. Le habría encantado hasta la euforia participar en una de aquellas jubilosas reuniones. A menudo ensayaba el largo parlamento que pronunciaría ante los monos, en el que, antes de despedirse de ellos, les hablaría de la vida del antiguo rey que los gobernó.

En otras ocasiones se regodeaba pensando en su encuentro con los blancos. Disfrutaría con la consternación que sin duda iban a reflejar sus rostros al ver al muchacho blanco desnudo, engalanado con los atavíos de guerra de los negros y que recorría la selva acompañado únicamente por un gigantesco simio.

Fueron transcurriendo así las jornadas y, con las caminatas, la caza y el desplazamiento de árbol en árbol, el muchacho fue adquiriendo agilidad y

sus músculos fueron desarrollándose hasta el punto de que el flemático Akut se maravillaba de las hazañas de su discípulo. Y el chico, al darse cuenta de su propia fortaleza física, empezó a confiar demasiado en ella y a volverse negligente. Marchaba por la jungla con la cabeza erguida orgullosamente, desafiando el peligro. Mientras Akut trepaba al árbol más próximo en cuanto olfateaba la presencia de Numa, Jack se reía en las mismas fauces del rey de los animales y pasaba audazmente junto a él. La suerte fue su aliada durante mucho tiempo. Los leones con los que se cruzó quizás acababan de saciar su apetito o acaso la misma temeridad de aquella extraña criatura que invadía sus dominios los sorprendía de tal forma que de sus perplejos cerebros desaparecía toda idea de atacar, mientras permanecían paralizados, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en aquel individuo que se acercaba, se cruzaba con ellos y luego se alejaba. Fuera cual fuese la causa, lo cierto era que el chico pasó a escasa distancia de algunos leones enormes, sin provocar en ellos más que algún que otro gruñido de advertencia.

Pero no todos los leones han de tener necesariamente el mismo carácter, temperamento o genio. Como ocurre en las familias humanas, también existen grandes diferencias entre un individuo y otro. El que diez leones se comporten de forma similar en condiciones similares no permite suponer que el undécimo león vaya a actuar de igual modo…, lo más probable es que no lo haga así. El león es un animal con un sistema nervioso altamente desarrollado. Piensa y, por ende, razona. Al disponer de cerebro y de sistema nervioso cuenta también con temperamento, el cual reacciona de forma diversa según las causas externas que lo afecten. Un día, Jack se topó con el undécimo león. El muchacho atravesaba una pequeña planicie salpicada de pequeños grupos de arbustos. Akut se encontraba a unos metros del muchacho, a su izquierda, cuando descubrió la presencia de Numa.

—¡Corre, Akut! —avisó Jack, entre risas—. Numa está escondido en esos matorrales que hay a mi derecha. ¡Súbete a los árboles, Akut! ¡Yo, el hijo de Tarzán, te protegeré!

Y el mozo, sin dejar de reír, siguió adelante, sin desviarse de un camino que le haría pasar muy cerca del puñado de arbustos entre los que Numa estaba oculto.

El simio le gritó que se apartara de allí, pero, a guisa de respuesta, Jack trazó un floreo con el venablo y ejecutó una improvisada danza de guerra

para demostrar el desprecio que sentía por el rey de los animales. Se fue acercando al mortífero carnicero hasta que, con un repentino rugido de cólera, el león se levantó, a menos de diez pasos del joven. Era un animal enorme, aquel señor de la selva y el desierto. La enmarañada melena derramaba su espesura sobre las paletillas del felino. Colmillos crueles armaban sus enormes fauces. Sus pupilas verde amarillas despedían fulgurantes centellas de odio y desafío.

Con su lastimosamente inadecuado venablo en la mano, el muchacho comprendió en seguida que aquel león era distinto a los que había encontrado hasta entonces; pero había ido demasiado lejos y no podía retirarse. El árbol más próximo se encontraba a varios metros, a su izquierda… El león habría caído sobre él antes de que hubiera podido cubrir la mitad de la distancia, y nadie que viese la actitud que había adoptado el felino podía tener la menor duda de que la fiera se disponía a atacar. Más allá del león, a pocos pasos, había un árbol de espino. Era el refugio más cercano, pero Numa se interponía entre el árbol y la presa.

El tacto del largo venablo que empuñaba y la vista de aquel árbol inspiraron una idea al muchacho, una idea absurda, un descabellado y ridículo asomo de esperanza. Pero no disponía de tiempo para sopesar probabilidades; sólo existía una posibilidad y era aquel árbol espinoso. Si el león lanzaba su ataque, sería demasiado tarde… El chico debía adelantarse, atacar primero. Y ante la sorpresa de Akut y el no menos pasmado asombro de Numa, el mozo se precipitó rápidamente hacia la fiera. El león permaneció un segundo inmovilizado por el estupor y en el transcurso de ese segundo Jack Clayton puso en práctica, a la desesperada, una treta que ya había practicado con éxito en el colegio.

A la carrera, se dirigió en línea recta hacia el león, con el venablo sostenido en posición horizontal, la punta ligeramente inclinada hacia el suelo. Akut chilló, atónito y aterrado. Numa aguantó a pie firme, muy abiertos sus ojos redondos, a la espera del ataque, listo para levantarse sobre los cuartos traseros y recibir como se merecía aquella temeraria criatura: con imponentes zarpazos capaces de quebrar la testuz de un búfalo.

Justo delante del león, Jack clavó en el suelo la punta del venablo, dio un salto formidable e, impulsándose con aquella improvisada pértiga, pasó por encima del león y, antes de que éste sospechase siquiera la jugarreta que acababan de hacerle, el mozo había caído en los desgarradores brazos

del árbol de espino y estaba a salvo, aunque lacerado.

El salto con pértiga era algo que Akut no había visto en la vida. Ahora empezó a dar brincos de alegría en la seguridad de la enramada, al tiempo que dirigía su amplio repertorio de burlas e insultos al frustrado Numa, mientras Jack buscaba una postura que hiciese menos dolorosos los pinchazos de los espinos que se le habían clavado en el cuerpo. Había salvado la vida, pero a costa de un considerable sufrimiento. Empezó a temer que el león no se marchara nunca de allí y transcurrió una hora antes de que el enfurecido animal decidiera abandonar su guardia y alejarse majestuosamente a través de la llanura. Cuando estuvo a una distancia que Jack consideró segura para su integridad, el chico procedió a desprenderse del árbol de espino. Consiguió bajar, pero no sin producir nuevas heridas en sus ya bastante torturadas carnes.

Pasaron muchos días antes de que desaparecieran del cuerpo de Jack las señales externas de aquella lección; pero las huellas que estampó en su cerebro se mantuvieron allí a lo largo de toda su vida. Nunca más volvió a tentar al destino tan inútilmente.

En el curso de su existencia corrió grandes peligros, pero sólo cuando consideró que el objetivo que podía conseguir, un fin muy deseado, justificaba el que se expusiera a ellos. Y, a partir de aquella vez, nunca dejó de practicar el salto con pértiga.

El muchacho y el mono permanecieron estancados en aquel paraje, mientras Jack se recuperaba de las dolorosas heridas que le infligieron las afiladas púas del árbol. El gran antropoide lamía las heridas de su compañero humano; aparte de eso, a Jack no se le aplicó ningún tratamiento, pero las llagas se curaron y cerraron con rapidez, ya que la carne sana se renueva rápidamente por sí misma.

Cuando Jack se sintió recuperado por completo, reanudaron su marcha hacia la costa y, una vez más, la imaginación del muchacho empezó a regocijarse por anticipado con la placentera alegría que le esperaba.

Y llegó por fin el momento soñado. Pasaban por una enmarañada floresta cuando los agudos ojos de Jack descubrieron, a través del follaje de las ramas bajas, unas huellas bien señaladas, un rastro que sacudió su corazón: pisadas de hombre, de hombre blanco, sin lugar a dudas, porque entre las improntas de unos pies descalzos aparecía el bien señalado contorno de unas botas de fabricación europea. Aquel rastro indicaba el paso de una partida bastante numerosa y sus ángulos rectos señalaban hacia

el norte: el camino de la costa que llevaban el mozo y el antropoide.

Desde luego, aquellos hombres blancos debían de conocer la situación de la colonia costera más cercana. Incluso era posible que en aquel momento se dirigieran a ella. De cualquier modo, merecería la pena alcanzarlos, aunque sólo fuese por el placer de ver otra vez personas de su propia raza. Jack hervía de excitación, vibraba de deseo de salir en pos de aquellos hombres. A Akut no le entusiasmó la idea y vacilaba. No quería saber nada de los hombres. Para él, Jack era un simio, porque era hijo del rey de los monos. Intentó disuadir al chico, con el argumento de que no tardarían en dar con una tribu de su propia especie de la que algún día, cuando fuese mayor, Jack sería rey como lo había sido su padre. Pero Jack era obstinado. Insistió en que deseaba ver de nuevo hombres blancos. Quería enviar un mensaje a sus padres. Akut le escuchó y, mientras lo hacía, su intuición animal le sugirió la verdad: el muchacho planeaba regresar junto a los de su propia raza.

La idea llenó de tristeza al viejo simio. Quería al hijo de Tarzán con el mismo cariñoso afecto que había sentido por el padre, con la lealtad fiel de un perro hacia su amo. En su cerebro y en su corazón de antropoide había alimentado la esperanza de que el muchacho y él no volverían a separarse nunca. Comprendió que se desvanecían todos los planes que había estado acariciando, pero su fidelidad al muchacho y los deseos de éste no disminuyeron un ápice. Aunque le dominaba el desconsuelo, se plegó a la determinación de Jack, que estaba decidido a seguir al safari de los blancos, y le acompañó en la que creía que iba a ser su última expedición juntos.

El rastro sólo tenía un par de jornadas de antigüedad cuando lo descubrieron, lo que significaba que la lenta caravana se hallaba a unas cuantas horas de distancia de ellos, cuyos cuerpos surcaban rápidamente el espacio, de rama en rama, por encima de la enmarañada maleza del suelo que demoraba el avance de los cargados porteadores de los hombres blancos.

El chico iba delante; la excitación y el deseo de disfrutar cuanto antes de la alegría de avistar la cara vana le impulsaban a anticiparse a su compañero, para el que alcanzar aquel objetivo sólo significaba tristeza. De modo que Jack fue el primero en avistar la retaguardia de la columna y a los hombres blancos que tanto anhelaba alcanzar.

Tambaleándose y dando traspiés por el estrecho sendero que entre la maraña de vegetación iban abriendo los que marchaban en vanguardia,

media docena de porteadores negros se habían rezagado, a causa del cansancio o porque estuviesen enfermos, y unos cuantos soldados, también negros, los acuciaban sin contemplaciones, los obligaban a levantarse cuando caían, sin escatimar puntapiés, y los empujaban con brusquedad para que continuasen adelante. A ambos lados de la columna marchaban dos gigantescos blancos, cuya espesa barba rubia casi les ocultaba totalmente el rostro. Cuando sus ojos descubrieron a los hombres blancos, los labios de Jack formaron un alegre grito de saludo… Un grito que no llegó a pronunciar, porque casi al instante fue testigo de algo que transformó su júbilo en indignación: los hombres blancos empuñaban sendos látigos con los que azotaban brutalmente las desnudas espaldas de los pobres diablos que vacilaban bajo la carga de unos fardos tan pesados que habrían puesto a prueba la fortaleza y resistencia de hombres muchos más robustos, al principio de una nueva jornada.

De vez en cuando, los guardianes que cubrían la retaguardia y los dos hombres blancos lanzaban miradas medrosas hacia atrás, como si temieran que de un momento a otro se materializase por allí algún peligro. Jack se había detenido al avistar la caravana, pero luego reanudó la marcha y siguió despacio a los protagonistas de aquel sórdido y bestial espectáculo. Akut llegó a su altura. Ver aquello horrorizó al antropoide mucho menos que al muchacho; sin embargo el simio dejó escapar un gruñido entre dientes ante la tortura inútil que se infligía a aquellos pobres esclavos indefensos. Miró a Jack. Ahora que había encontrado seres de su propia especie, ¿por qué no corría a saludarlos? Se lo preguntó al chico.

—Son seres malvados —murmuró Jack—. No me iría con gente como esa porque, de hacerlo, me precipitaría sobre ellos y los mataría en cuanto viese que golpeaban a sus servidores de la manera en que los están maltratando ahora. —Reflexionó durante unos segundos y luego añadió—: Les preguntaré dónde está el puerto más cercano, Akut, y después nos marcharemos.

El simio no replicó y Jack saltó al suelo y se encaminó con paso vivo hacia el safari. Se encontraba a cosa de un centenar de metros, cuando le vio uno de los blancos. El hombre emitió un grito de alarma, se echó automáticamente el rifle a la cara, apuntó al muchacho y disparó. Pero falló la puntería y la bala hizo impacto en el suelo, por delante de Jack, lanzando entre sus piernas trozos de hierba y de hojas secas. Antes de que hubiera transcurrido un segundo, el otro blanco y los soldados negros de la

retaguardia ya estaban disparando con histérico frenesí contra el muchacho.

De un salto, Jack se refugió detrás de un árbol, sin recibir un solo balazo. Los días de continuos sobresaltos que llevaban Carl Jenssen y Sven Malbihn huyendo a través de la selva habían puesto tan de punta los nervios de los suecos y de sus criados indígenas que un pánico irracional los dominaba. En sus aterrados oídos, cada nota o rumor que sonase a sus espaldas les parecía anunciar la llegada del jeque y de sus esbirros sedientos de sangre. Estaban al filo de la desesperación y la vista de aquel guerrero blanco que surgía desnudo y silencioso de la selvática vegetación que acababan de dejar atrás constituyó un susto lo bastante impresionante como para que estallasen los nervios de Malbihn, que fue el primero en ver aquella aparición y, consecuentemente, le impulsaran a entrar en acción. Y el grito y el disparo de Malbihn desencadenaron la reacción de los demás.

Cuando toda su carga de energía nerviosa se agotó y empezaron a preguntarse contra qué habían estado disparando, resultó que Malbihn era el único que lo había visto con más o menos claridad. Algunos negros declararon que también echaron un buen vistazo a aquella extraña criatura, pero la descripción que dieron de la misma variaba tanto de uno a otro que Jenssen, el cual no había visto absolutamente nada, se sintió ligeramente inclinado al escepticismo. Uno de los negros aseguró que aquel ser medía casi tres metros y medio y que tenía cuerpo de hombre y cabeza de elefante. Otro había visto tres árabes inmensos, de enorme barbaza negra. Sin embargo, cuando lograron dominar su nerviosismo y los soldados de retaguardia se dirigieron a la posición enemiga para efectuar la oportuna investigación, allí no encontraron nada, porque Jack y Akut se habían retirado para ponerse lejos del alcance de las nada amistosas armas de fuego.

La tristeza y el desaliento cundieron en el ánimo de Jack. Aún no había acabado de recuperarse del deprimente efecto que le produjo la acogida hostil que le dispensaron los indígenas y ahora se encontraba con un recibimiento todavía más hostil por parte de hombres de su mismo color.

—Los animales menores huyen de mí, asustados —musitó medio para sí—, los de mayor tamaño están siempre dispuestos a hacerme pedazos así me echan la vista encima. Los negros quisieron matarme con sus venablos y flechas. Y ahora, los blancos, personas de mi propia raza, han disparado sobre mí y me han obligado a huir. ¿Es que todas las criaturas del mundo son mis enemigos? ¿Es que el hijo de Tarzán no tiene más amigo que

Akut?

El viejo simio se acercó al muchacho.

—Quedan los grandes monos —recordó—. Ellos serán los únicos amigos del amigo de Akut. Sólo los grandes simios recibirán afectuosamente al hijo de Tarzán. Ya has comprobado que los hombres no quieren nada contigo. Vámonos… continuemos la búsqueda de los grandes monos, nuestro pueblo.

El lenguaje de los grandes antropoides es una combinación de monosílabos guturales, con señas y ademanes que amplían y desarrollan su significado. No es posible traducirlo literalmente a ninguna lengua humana, pero lo que se acaba de transcribir fue, más o menos, lo que Akut dijo a Jack.

Después de las palabras de Akut, reanudaron la marcha y avanzaron en silencio durante un rato. El muchacho iba sumido en profundas reflexiones; cruzaban su mente amargos pensamientos en los que prevalecía el odio y el afán de venganza.

—Muy bien, Akut —dijo por último—, iremos en busca de nuestros amigos, los grandes monos.

El antropoide se sintió inundado de alegría, pero no hizo demostración alguna de su placer. Su única respuesta fue un gruñido en tono bajo. Unos segundos después saltaba ágilmente encima de un pequeño roedor desprevenido y al que sorprendió a una distancia, fatal para el pobre animalito, de su madriguera. Akut desgarró en dos a la desdichada criatura y tendió a Jack la parte del león.



**…dio un salto formidable y pasó por encima del león.**

## VIII



L cabo de un año desde que el jeque expulsó de sus salvajes dominios, empavorecidos, a los dos suecos. La pequeña Meriem seguía jugando con Geeka y seguía volcando toda su infantil capacidad de cariño sobre aquella irreparable ruina que ni siquiera en sus días más boyantes tuvo el más ligero asomo de belleza. Sin embargo, Geeka era para Meriem lo más dulce y adorable del mundo. En los sordos oídos de aquella maltrecha cabeza de marfil vertía la niña todas sus penas, esperanzas e ilusiones, porque incluso frente a la desesperanza más profunda, entre las garras de aquella terrible autoridad de la que no podía escapar, la pequeña Meriem alimentaba esperanzas e ilusiones. Cierto que esos sueños tenían más bien forma nebulosa y consistían principalmente en el deseo de huir con Geeka a algún lugar remoto y desconocido en el que no existieran jeques ni Mabunus… Un sitio al que el *adrea* no pudiese entrar y donde ella pudiera pasarse

jugando todo el día rodeada de flores y pájaros mientras en las copas de los árboles los inofensivos micos retozaran alegremente.

El jeque había estado ausente largo tiempo, conduciendo una caravana de marfil, pieles y caucho hacia un lejano mercado del norte. Fue un periodo de paz y tranquilidad para Meriem. Claro que Mabunu se quedó con ella, y continuó pellizcándola, abofeteándola y amargándole la vida según se lo pedía su humor de bruja, pero Mabunu no era más que un solo verdugo. Cuando el jeque estaba allí, eran dos, y el jeque tenía más fuerza y un talante más brutal aún que Mabunu. La pequeña Meriem se preguntaba frecuentemente por qué la odiaría tanto aquel torvo y desagradable anciano. Desde luego, era cruel e injusto con todas las personas con las que tenía trato, pero reservaba a Meriem las mayores crueldades, las injusticias más retorcidas.

Aquel día, Meriem estaba sentada al pie de un enorme árbol que crecía dentro de la empalizada, junto al límite del poblado. Se dedicaba a hacer una tienda de hojas para Geeka. Delante del proyecto de tienda había unos trocitos de madera, unas cuantas hojas y varias piedrecitas. Éstas eran los supuestos utensilios de cocina de la casa. Geeka preparaba la comida. Mientras jugaba, la niña le decía cosas continuamente a su compañera, que se sostenía sentada gracias a unas ramas. Meriem estaba completamente absorta en las tareas domésticas de Geeka… Tan abstraída que no se dio cuenta de que por encima de su cabeza, las ramas del árbol se habían agitado levemente al recibir el peso del cuerpo de alguien que había saltado subrepticiamente sobre ellas, desde la selva.

En su feliz ignorancia, la niña continuó con sus juegos, mientras un par de ojos la contemplaban con fijeza, sin pestañear, sin apartarse de ella. Salvo la niña, no había nadie más en aquella parte de la aldea. Una aldea que casi estaba desierta desde que, largos meses atrás, el jeque se puso en camino hacia el norte.

Y en la jungla, a una hora de marcha del poblado, el jeque conducía su caravana de regreso a casa.

Había pasado un año desde que los blancos abrieron fuego sobre el muchacho y le obligaron a adentrarse de nuevo en la selva y emprender la búsqueda de los únicos seres entre los que esperaba encontrar abrigo y compañerismo: los grandes monos. Durante meses, Akut y Jack avanzaron en dirección este, profundizando en la espesura. El año transcurrido fortaleció extraordinariamente al muchacho, convirtiendo sus ya poderosos

músculos en auténticos mecanismos de acero, desarrollando su conocimiento de la floresta hasta un punto que rozaba lo fantástico, perfeccionando su instinto selvático y adiestrándole en el empleo tanto de las armas naturales como de las artificiales.

Se transformó en una criatura de maravillosas facultades físicas y astucia intelectual fuera de lo común. Apenas era poco más que un muchacho, pero tenía una fuerza física tan impresionante que el formidable antropoide con el que a menudo entablaba combates simulados ya no era enemigo para él. Akut le había enseñado a luchar como luchan los simios machos y nunca hubo mejor maestro capaz de imbuir en un discípulo los secretos de la pelea salvaje del hombre primitivo, ni alumno mejor dispuesto a aprovechar las lecciones que le impartiera tal maestro.

Mientras la pareja buscaba una tribu de la casi extinguida especie de monos a la que Akut perteneciera, sobrevivían merced a lo mejor que la selva les proporcionaba. Cebras y antílopes caían abatidos por el certero venablo del muchacho o se veían derribados y trasladados por los dos implacables depredadores que se precipitaban sobre ellos desde la rama de un árbol o desde el escondite donde permanecían emboscados entre la maleza que flanqueaba la senda del vado o de la charca.

La piel de un leopardo cubría la desnudez del joven; pero si lo llevaba encima no era porque el pudor le instara a ponérsela. Los disparos de rifle con que los blancos le acogieron despertaron en Jack el instinto salvaje inherente a cada uno de nosotros, pero cuya ferocidad ardía de modo más intenso en aquel muchacho cuyo padre había crecido y se había criado como un animal de presa. Lucía la piel de leopardo principalmente como respuesta al deseo de hacer gala de un trofeo que proclamase su proeza, ya que había matado con su propio cuchillo en combate a brazo partido. Vio que aquella piel era soberbia, lo cual despertó su bárbaro sentido del adorno personal. Y cuando posteriormente se tomó rígida e inició su proceso de descomposición, dado que Jack desconocía el modo de adobarla y curtirla, renunció a ella, con todo el dolor de su corazón. Poco tiempo después, al tropezarse con un solitario guerrero negro que llevaba otra piel como la que él había desechado, suave y perfectamente curtida, Jack sólo tardó unos segundos en caer sobre los hombros del desprevenido negro, hundirle en el corazón la hoja del cuchillo y entrar en posesión de la adecuadamente curtida prenda de cuero.

La conciencia no le remordió en absoluto. En la selva, la fuerza es

derecho, se trata de un axioma que en seguida se graba en el cerebro de los habitantes de la jungla, al margen de la educación que hubieran tenido antes. El muchacho sabía perfectamente que el negro le hubiera matado a él, de haber tenido la oportunidad de hacerlo. Ni el negro ni él eran allí más sacrosantos que el león, el búfalo, la cebra o cualesquiera otras de las innumerables criaturas que merodeaban, acechaban sigilosamente o huían escabulléndose por los oscuros laberintos del bosque. Cada uno sólo disponía de su propia vida, que todos los demás trataban de arrebatarle. Cuantos más enemigos quitase uno de en medio, más probabilidades tendría de prolongar su existencia. Así que el joven Jack sonrió, se puso la magnífica prenda del vencido y reanudó la marcha en compañía de Akut, a la búsqueda, siempre a la búsqueda de los esquivos antropoides que los acogerían con los brazos abiertos. Al final, acabaron por encontrarlos. En las profundidades de la jungla, fuera de la vista del hombre, llegaron a un pequeño palenque natural como el escenario de la ceremonia salvaje del *dum dum* en la que el padre de Jack había participado hacía tantos años.

Primero, sonando aún a gran distancia de allí, oyeron el redoble de los tambores de los grandes monos. Akut y el muchacho dormían en la seguridad de la enramada de un árbol gigantesco cuando les despertó el resonante tableteo. Akut fue el primero en captar el significado de aquel extraño ritmo.

—¡Los grandes monos! —rezongó—. Danzan el *dum dum*. Vamos, Korak, hijo de Tarzán, vayamos a reunimos con nuestro pueblo.

Unos meses antes, Akut asignó al muchacho un nombre que el propio simio eligió, ya que no podía pronunciar el de Jack, impuesto por los hombres. En el lenguaje articulado de los monos, Korak era el nombre que fonéticamente más se aproximaba al Jack de los humanos. Para los simios, Korak significa «matador». «El matador» se levantaba en aquel momento en la rama del enorme árbol sobre la que había dormido. Desentumeció los flexibles músculos juveniles mientras la luna, al filtrar sus rayos a través del follaje salpicó su piel bronceada de argentinas motas de luz.

El mono se incorporó también y se sentó medio en cuclillas, a la manera de los de su especie. Sordos gruñidos emergieron del fondo de su pecho…, gruñidos de excitación y deleite anticipados. El muchacho le hizo coro. Después, el antropoide se deslizó hasta el suelo. Allí mismo, en la dirección de donde llegaba el redoble del tambor, había un claro que era preciso atravesar. La luna lo inundaba con su blanco resplandor.

Semierguido, el simio irrumpió en el calvero, bajo el foco selenita. A su lado, con un andar airoso que contrastaba con la torpeza de movimientos del mono, iba el muchacho. El pelaje hirsuto de uno rozaba la piel lisa y suave del otro. Korak canturreaba una pegadiza tonadilla de sala de fiestas que había logrado abrirse camino hasta el recinto de aquel colegio inglés que el muchacho no volvería a ver nunca más. Se sentía feliz e ilusionado. Estaba a punto de hacerse realidad el instante que tanto tiempo llevaba esperando. Iba a ser suyo. Estaba llegando a casa. A medida que habían ido pasando los meses, lentos o veloces, según predominasen en ellos las privaciones y el tedio o la emoción de la aventura, el recuerdo de su hogar en Inglaterra se fue difuminando, se hizo menos vivo. Su antigua vida le parecía más una fantasía más o menos soñada que una concreta realidad, y las frustraciones que sufrió en su determinación de alcanzar la costa y regresar a Londres habían acabado por situar la esperanza de materializarla en un punto tan remoto del futuro que ahora apenas le parecía poco más que un sueño, agradable pero imposible de cumplir.

Todos los recuerdos de Londres y de la civilización se encontraban ahora tan comprimidos en el fondo más recóndito de su cerebro que casi parecían haber dejado de existir. Con la salvedad de la figura y el desarrollo intelectual, Jack era tan simio como el gigantesco y feroz antropoide que marchaba a su lado.

Pletórico de alegría, dio a Akut una palmada en la parte lateral de la cabeza. Medio en broma, medio indignado, el antropoide se revolvió; su temible dentadura relucía al aire. Unos brazos largos y peludos se extendieron, dispuestos a coger al muchacho, como habían hecho en multitud de ocasiones. Jack y Akut rodaron por el suelo, abrazados, enzarzados en un simulacro de pelea salpicada de golpes, gruñidos y mordiscos, aunque los colmillos no se clavaban con fuerza suficiente como para lastimar al adversario. Era un estupendo entrenamiento para ambos. El muchacho ponía en práctica las presas y trucos de lucha libre que había aprendido en el colegio, muchos de los cuales Akut había aprendido también a utilizar y a contrarrestar. El chico, por su parte, aprendió del simio los sistemas que habían transmitido a Akut algunos de los ancestros comunes, que vagaban por la hormigueante tierra cuando los helechos eran árboles y los cocodrilos reptiles voladores.

Pero el muchacho dominaba un arte en el que Akut no conseguía hacer excesivos progresos, aunque, para ser un mono, llegó a bandeárselas

bastante bien: el boxeo. Al mono siempre le producía una sorpresa tremenda comprobar que sus ataques más impetuosos se veían frenados en seco por un puño que chocaba brutalmente contra su hocico o que producía una sacudida dolorosa al hundírsele en un costado. Le sorprendía y le enfurecía y en tales ocasiones acercaba las poderosas mandíbulas a la carne de su amigo más de lo normal, porque seguía siendo un mono que actuaba de acuerdo con sus brutales instintos y la irascibilidad propia de su especie. Sin embargo, mientras le duraba el arrebato colérico era prácticamente imposible para él alcanzar a su adversario, porque al perder la cabeza, se precipitaba de un modo ciego contra Jack, y en seguida recibía una lluvia de golpes que contenían eficaz y dolorosamente sus belicosos furores. Entonces decidía retirarse, aunque sin dejar de emitir gruñidos amenazadores. Luego, se pasaba cosa de una hora enseñando los dientes, hosco y ominoso.

Aquella noche no hubo combate pugilístico. Lucharon durante un rato, hasta que llegó a su olfato el olor de Sheeta, la pantera; entonces se pusieron en pie, alertas y cautelosos. El enorme felino pasaba por la espesura, a escasa distancia de ellos. Hizo una breve pausa, atento el oído. El chico y el mono gruñeron al unísono, en plan intimidatorio, y el carnívoro reanudó la marcha.

A continuación, la pareja se puso en camino hacia el punto donde sonaba el *dum dum*. El redoble fue aumentando de volumen. Oyeron por fin los gruñidos de los simios danzantes y a sus fosas nasales llegaron los efluvios de los animales de su tribu. El muchacho vibraba, excitado. En la espina dorsal de Akut, los pelos se erizaron… Los síntomas de la felicidad y de la cólera a menudo son muy parecidos.

Se deslizaron sigilosamente a través de la espesura, acercándose poco a poco al lugar de la reunión. Se encontraban entre las ramas de los árboles, avanzando con precaución, mientras se esforzaban en localizar a los posibles centinelas. Un claro en el follaje puso repentinamente ante los ávidos ojos de Jack una escena impresionante. Para Akut era un cuadro familiar, pero para Korak resultaba algo absolutamente nuevo. Aquel panorama salvaje le tensó los nervios, se los puso a flor de piel. Los grandes machos bailaban a la luz de la luna, saltando y trazando con sus figuras un círculo irregular alrededor del tambor de barro cuya superficie batían resonantemente tres ancianas, sentadas en cuclillas, con palos desgastados por años y años de uso.

Conocedor del talante y de las costumbres de las tribus de su especie, Akut tuvo la suficiente sensatez como para abstenerse de manifestar su presencia hasta que la frenética danza hubiese concluido. Una vez acallado el tambor y lleno el estómago de los antropoides, se acercaría a saludarlos. Entonces celebraría una conferencia, tras la cual Korak y él presentarían su candidatura a miembros de la comunidad y los aceptarían. Era posible que algunos simios pusieran objeciones, pero se les convencería mediante la fuerza bruta para que se mostrasen favorables al ingreso. Tanto Akut como Jack tenían sobrados recursos físicos para eso. Durante semanas, tal vez meses, su presencia despertaría recelos entre los demás integrantes de la tribu, pero tal desconfianza iría disminuyendo paulatinamente, hasta que llegaría un momento en que los consideraran hermanos nacidos en el seno de aquella familia de monos extraños.

Confiaba Akut en que entre los miembros de aquella tribu figurase alguno que hubiera conocido a Tarzán, lo que facilitaría la presentación e integración del muchacho y, a su debido tiempo, la realización del sueño que con más ilusión acariciaba Akut que Korak se convirtiese en rey de los monos. Sin embargo, a Akut le costó trabajo impedir que el muchacho se lanzara al centro del corro de danzantes antropoides…, lo cual habría significado el exterminio automático de ambos, ya que el frenesí histérico con que los monos se manifiestan durante la ejecución de sus extraños ritos es de tan bestial naturaleza que hasta los carnívoros más feroces dan un amplio rodeo para pasar lejos del lugar donde están celebrándolos.

A medida que la luna declinaba despacio sobre la línea tendida por la fronda del horizonte que circundaba el anfiteatro, el retumbar del tambor fue haciéndose menos estruendoso, a la vez que decrecía el entusiasmo danzante de los simios, hasta que, finalmente, se elevó y murió en el aire la última nota y los gigantescos cuadrumanos se precipitaron sobre las piezas del festín que habían trasladado hasta allí para la orgía.

Akut tradujo a Korak lo que acababa de ver y oír, explicándole que los ritos proclamaban la elección de un nuevo rey y señaló al muchacho la impresionante figura del peludo monarca que, sin duda, había accedido al trono por el mismo procedimiento de que se valieron muchos de los reyes humanos para subir a los suyos: el asesinato de su predecesor.

Cuando los monos tuvieron el estómago lleno y muchos de ellos se habían acurrucado ya al pie del correspondiente árbol para entregarse al sueño, Akut cogió a Korak de un brazo.

—Ven —murmuró—. Acerquémonos despacio. Sígueme. Haz lo que haga Akut.

Avanzó a través de la enramada hasta situarse sobre una rama que se extendía por encima de uno de los lados del anfiteatro. Permaneció allí un momento, en absoluto silencio. Luego emitió un gruñido en tono bajo. Automáticamente, una veintena de simios se pusieron en pie como movidos por un resorte. Sus salvajes pupilas lanzaron una rápida y exploratoria mirada que cubrió toda la periferia del claro. El simio rey fue el primero en divisar a las dos figuras erguidas en la rama. Lanzó un siniestro rugido. Después avanzó unos pasos torpemente en dirección a los intrusos. Los pelos se le habían puesto de punta. Las piernas, rígidas, se movían con sacudidas convulsas, como si anduviera impulsado por un mecanismo. A su espalda, un puñado de machos parecían apremiarle.

Se detuvo poco antes de quedar debajo de la pareja, a la distancia suficiente para evitar que le saltasen encima. ¡Un rey precavido! Allí estaba, balanceándose sobre sus cortas extremidades inferiores, enseñando los dientes en espantosa mueca, aumentando poco a poco el volumen de sus gruñidos, que no tardaron en alcanzar la condición de rugidos. El viejo mono no había ido allí a luchar. Había ido a intentar integrarse en la tribu, junto con el chico.

—Soy Akut —declaró—. Este es Korak. Korak es hijo de Tarzán, que fue rey de los monos. Yo también fui rey de los monos que moraban en medio de las grandes aguas. Hemos venido a cazar con vosotros, a luchar junto a vosotros. Somos grandes cazadores. Somos poderosos luchadores. Acogednos en paz.

El rey dejó de balancearse. Bajo la espesura del hirsuto ceño sus pupilas observaron a la pareja. Sus ojos inyectados en sangre eran salvajes y ladinos. Acababa de conquistar el reinado y se sentía celoso de su recién estrenada soberanía. Recelaba de la intromisión de aquellos dos simios desconocidos. El cuerpo terso, bronceado y sin pelo del muchacho significaba «hombre» y él temía y odiaba al hombre.

—¡Marchaos! —rezongó—. Si no os marcháis, os mataré!

El inquieto adolescente situado detrás del gran Akut temblaba de ilusión y felicidad. Se moría de ganas de saltar al suelo, mezclarse con aquellos monstruos velludos y demostrarles que era amigo suyo, que era uno de ellos. Estaba seguro de que iban a recibirlos con los brazos abiertos, de modo que las palabras del rey mono le colmaron de tristeza e

indignación. Los negros le habían atacado y puesto en fuga. Entonces se volvió hacia los blancos —los de su propia raza—, sólo para encontrarse con el silbido de las balas en vez de las palabras de cordial bienvenida que había esperado oír. Los grandes monos se convirtieron entonces en su última esperanza. Confió encontrar en ellos el afectuoso compañerismo que los hombres le habían negado. De súbito, la cólera le dominó.

El rey mono estaba casi inmediatamente debajo de él. Los demás simios formaban un semicírculo a varios metros de su soberano. Observaban muy interesados el desarrollo de los acontecimientos. Antes de que Akut adivinara sus intenciones, o pudiera tratar de impedirlas, el chico saltó al suelo y aterrizó delante del rey, cuyo ánimo se sintió estimulado hacia un furor demencial.

—¡Soy Korak! —gritó el muchacho—. ¡Soy «el matador»! Vine como amigo a vivir entre vosotros. Tú quieres echarme. Muy bien, pues, me iré. Pero antes de irme os demostraré que el hijo de Tarzán es vuestro señor, como su padre lo fue antes que él… Y que no teme ni a vuestro rey ni a ninguno de vosotros.

Durante unos segundos, el rey mono permaneció paralizado por la sorpresa. Ni por lo más remoto había supuesto una reacción así por parte de ninguno de los dos intrusos. Akut estaba tan sorprendido como el rey mono. Nerviosísimo, gritó imperiosamente a Korak que se retirara y volviera a subirse al árbol, porque sabía que en aquel circo sagrado los otros monos machos acudirían a ayudar a su rey contra el extraño, aunque era poco probable que el rey necesitara ayuda alguna. En cuanto aquellas formidables mandíbulas se cerraran sobre la suave garganta del chico, el final se produciría rápidamente. Saltar en su auxilio significaría también la muerte para Akut, pero el bravo simio no vaciló. Rampante y emitiendo gruñidos se lanzó al suelo en el preciso instante en que el rey mono desencadenaba su ataque.

Al tiempo que se abalanzaba sobre el chico, la fiera adelantó las manos para agarrar la presa. Las fauces se abrieron dispuestas a hundir profundamente los amarillentos colmillos en la bronceada piel del adolescente. Korak también saltó hacia adelante para hacer frente a la embestida, pero se agachó simultáneamente y pasó por debajo de los brazos extendidos de su rival. Una fracción de segundo antes del contacto, Jack giró sobre un pie y aplicó todo el peso de su cuerpo y toda la potencia de sus adiestrados músculos en el puñetazo que disparó contra la boca del

estómago del macho. Un alarido jadeante, saturado de dolor, brotó de la garganta del mono rey, que se desplomó contra el suelo mientras agitaba los brazos en inútil tentativa de agarrar a su desnudo adversario, el cual se apartó ágilmente a un lado y esquivó la embestida.

Aullidos de rabia y desencanto estallaron en el grupo de monos machos que se encontraban detrás del caído rey, y con el salvaje corazón lleno de ansias asesinas salieron disparados hacia Korak y Akut. Pero el viejo simio era demasiado listo y prudente para aguantar a pie firme y plantar cara a tan desigual combate. Aconsejar a Korak que iniciase la retirada habría sido perder el tiempo, Akut lo sabía perfectamente. Derrochar un segundo entablando una discusión equivaldría a sellar la sentencia de muerte de ambos. No quedaba más que una leve esperanza de salvación, y Akut se aferró a ella. Cogió a Korak por la cintura, lo levantó en peso, dio media vuelta cargado con el chico y corrió hacia las ramas bajas que otro árbol tendía por encima de la arena de aquel palenque. La espantosa turba de simios le siguió, pisándole los talones, pero Akut, con todo lo viejo que era y pese a ir cargado con Korak, que no cesaba de debatirse y retorcerse, fue más rápido que sus perseguidores.

Saltó y se agarró a una rama baja, y con la agilidad de un mico ascendió hasta llegar con su amigo a una parte de la enramada que podía considerarse momentáneamente segura. Pero ni siquiera allí se detuvo, sino que continuó desplazándose a través de la noche, cruzando la selva con su carga. Los monos machos le siguieron durante cierto trecho, pero al cabo de un rato, como los más rápidos dejaban atrás a los más lentos y se veían separados unos de otros, optaron por abandonar la cacería, se congregaron de nuevo e, inmóviles, se dedicaron a colmar la jungla de gritos y rugidos, de ruidos que resonaron aterradoramente en la espesura. Al final, dieron media vuelta y regresaron hacia el anfiteatro, desandando el camino.

Cuando Akut tuvo la absoluta certeza de que ya no le perseguían, hizo un alto y soltó a Korak. El chico estaba furioso.

—¿Por qué me alejaste de allí? protestó. —¡Les habría dado una buena lección! ¡A todos! Ahora creerán que les tengo miedo.

—Lo que crean no puede hacerte ningún daño —repuso Akut—. Estás vivo. De no haberte cogido y alejado de allí, ahora estarías muerto. Y yo también. ¿No sabes que hasta el mismo Numa se aparta del camino de los grandes monos cuando son muchos y están enloquecidos?



**Los grandes machos bailaban a la luz de la luna…**

# IX



NVADIDO por una sensación de profunda infelicidad, Korak deambulaba sin rumbo por la selva al día siguiente de la inhospitalaria recepción que le dispensaron los grandes monos."(Al día siguiente de la inhospitalaria recepción que le dispensaron los grandes monos, Korak deambulaba sin rumbo por la selva, dominado por una sensación de profunda infelicidad). Tenía el corazón rebosante de desencanto. En su pecho ardía el deseo de una venganza hasta entonces insatisfecha. Miraba con ojos llenos de odio a los habitantes de aquel mundo selvático, gruñía y enseñaba los dientes con expresión amenazadora a cuantos se ponían al alcance de sus sentidos. La impronta de la vida que llevó su padre en sus años infantiles aparecía estampada a fuego en el muchacho, e incluso los meses de trato con los animales de la jungla la habían intensificado. La facilidad para aprender e

imitar propia de la juventud le permitió asimilar, gracias a ese trato asiduo, innumerables costumbres y peculiaridades características de las criaturas depredadoras de la selva.

Enseñaba los colmillos a la menor provocación y con la misma naturalidad con que lo hacía Sheeta, la pantera. Gruñía de modo tan impresionante y feroz como Akut. Cuando se tropezaba inopinadamente con alguna otra fiera, se encogía sobre sí mismo y su cuerpo adoptaba un arqueamiento que se parecía de un modo muy extraño al del lomo de un felino. Korak, «el matador», andaba buscando pelea. En el fondo de su corazón anhelaba volver a encontrarse frente al mono rey que había provocado su retirada del anfiteatro. Con tal objeto, se empeñaba en seguir vagando por las proximidades de aquel paraje, pero las exigencias de la constante búsqueda de alimento les obligaban a alejarse varios kilómetros durante el día.

Avanzaban despacio, a favor del viento y con todas las precauciones del mundo, ya que cualquier animal que estuviese por delante tendría ventaja sobre ellos, puesto que la brisa llevaría a su olfato el olor de Akut y Korak. Ambos se detuvieron repentina y simultáneamente. Ladearon la cabeza. Se mantuvieron inmóviles, como estatuas de piedra, aguzado el oído. Ni un solo músculo de su cuerpo vibró. Permanecieron así varios segundos; luego, Korak avanzó unos pasos y saltó ágilmente a la enramada de un árbol. Akut le fue a la zaga. Ninguno de los dos produjo el menor ruido que pudiesen apreciar oídos humanos situados a una docena de pasos.

Continuaron andando sigilosamente entre los árboles, aunque se detenían de vez en cuando a escuchar. Saltaba a la vista, por las repetidas miradas interrogadoras que se lanzaban mutuamente, que estaban perplejos. Por último, el muchacho avistó una empalizada a cosa de cien metros, al otro lado de la cual asomaban la parte superior de algunas tiendas de piel de cabra y unas cuantas chozas con tejado de paja. El labio superior de Korak se frunció al emitir un gruñido salvaje. ¡Negros! ¡Cómo los odiaba! Hizo una seña a Akut, indicándole que se quedase donde estaba, mientras él se adelantaba en plan de reconocimiento.

¡Pobre del desdichado indígena sobre el que cayese «el matador»! Desplazándose por las ramas bajas de los árboles, saltando ágilmente de un gigante de la selva a otro, cuando la distancia que los separaba no era grande, o surcando el aire aferrado a la liana que tuviese a mano, Korak fue acercándose a la aldea en silencio. Oyó una voz procedente de la parte

interior de la empalizada y hacia allí se dirigió. La rama de un árbol enorme pasaba por encima de la cerca en el punto de donde llegaba la voz. Korak entró por allí. Empuñaba el venablo, dispuesto para entrar en acción. Sus oídos le informaron de la proximidad de un ser humano. Lo único que necesitaban sus ojos era poder lanzar un rápido vistazo que le permitiera localizar el blanco. Luego, raudo como una centella, el proyectil volaría hacia su objetivo. Con el venablo en la diestra se desplazó subrepticiamente entre el follaje, dirigida la vista hacia abajo en busca del propietario de la voz que ascendía desde el suelo hasta él.

Vio finalmente la espalda de un ser humano. La mano que empuñaba el venablo retrocedió en todo lo que le permitió el brazo, a fin de lograr el máximo impulso en el momento de lanzar el proyectil y que éste llevase la fuerza necesaria para atravesar de parte a parte el cuerpo de la desprevenida víctima. Y entonces «el matador» se detuvo. Se inclinó para ver mejor el blanco. ¿Lo hizo para afinar la puntería y conseguir un tiro certero o fue que las esbeltas líneas y las infantiles curvas del cuerpecito de la niña que estaba abajo contuvieron la riada de instinto asesino que corría por sus venas?

Bajó cautelosamente el venablo, con cuidado para que no produjese el más leve rumor al rozar con las hojas o las ramas. En silencio, se agazapó, adoptando una postura más cómoda, y contempló con ojos desorbitados por el asombro a la criatura a la que pretendía matar… Observó a aquella niña, una chiquilla de piel color avellana. La mueca desdeñosa desapareció de los labios de Korak. Su rostro sólo expresaba ahora una atención llena de interés: trataba de descubrir qué hacía la niña. De súbito, una sonrisa se extendió por los labios del muchacho, porque al cambiar la niña de postura había dejado al descubierto a Geeka, la de la cabeza de marfil y el cuerpo de piel de rata; Geeka, la de brazos de astilla y fealdad indescriptible. Meriem levantó la espantosa cara de la muñeca hasta la altura de la suya y empezó a mecer a la muñeca, al tiempo que le cantaba una nana árabe. Un rayo de ternura cruzó las pupilas d«el matador». Durante una hora larga, que se le pasó en un suspiro, Korak permaneció allí, con los ojos fijos en la chiquilla. Ni una sola vez pudo ver de lleno el rostro de Meriem. Porque durante la mayor parte de aquella hora sólo le fue posible contemplar una mata de ondulado pelo negro, la piel bronceada de un hombro que quedaba al descubierto en la parte donde el vestido se sujetaba bajo la axila y unos centímetros de la torneada rodilla que asomaban bajo la falda de dicho

vestido mientras la niña estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas. Al mover la cabeza, inclinada hacia un lado, en tanto sermoneaba maternalmente a la pasiva Geeka, la niña dejó ver un redondeado carrillo y una barbilla pícara. En aquel momento agitaba el índice ante la cara de la muñeca, reprobadoramente, y una vez más apretó contra su corazón el único objeto sobre el que podía derramar toda la incalculable profusión de su afecto infantil.




Momentáneamente olvidado de su sanguinaria misión, Korak permitió que se suavizara la presión de sus dedos sobre el astil de su formidable arma. El venablo resbaló y a punto estuvo de escapársele de la mano y caer, incidencia que recordó al Matador quién era y qué hacía allí. En especial que su objetivo era desplazarse sigilosamente hasta el ser cuya voz había atraído su vengativa atención. Miró el venablo, su desgastada empuñadura

y su aguzada punta metálica. Luego dejó que la mirada descendiese hacia la delicada figura sentada debajo, en el suelo. Con los ojos de la imaginación vio salir disparada la pesada arma. La vio clavarse en la carne suave, perforar y hundirse profundamente en el cuerpecito infantil. Vio caer aquella ridícula muñeca de entre las manos de su dueña y quedar tendida patéticamente junto al convulso cuerpo de la niña. «El matador» se estremeció y contempló con el ceño fruncido la madera y el hierro inanimados del venablo, como si fuera un ser vivo y consciente, dotado de un cerebro infame.

Korak se preguntó qué haría la niña si de pronto le viese caer del árbol y aterrizar junto a ella. Lo más probable sería que soltase un grito y echara a correr. En seguida acudirían los hombres de la aldea, empuñando sus venablos y armas de fuego. Le matarían, en caso de que no huyese con la suficiente rapidez. En la garganta del muchacho se formó un nudo. Anhelaba con toda el alma encontrar compañía de su propia especie, aunque él mismo no se daba cuenta cabal de ello. Le hubiera gustado deslizarse hasta la niña y hablar con ella, aunque por las palabras que le había oído pronunciar sabía que hablaba en un lenguaje desconocido para él. Podrían entenderse por señas. Eso sería mejor que nada. También le encantaría verle la cara. Lo poco que había vislumbrado de ella le permitió darse cuenta de que era bonita. Lo que más avivaba su deseo de conocer a aquella criatura residía en la naturaleza cariñosa que se apreciaba en la forma maternal en que trataba a la grotesca muñeca.

Al final ideó un plan. Llamaría la atención de la niña y, desde lejos, le sonreiría tranquilizadoramente. Retrocedió, adentrándose en la enramada del árbol. Su intención consistía en llamar su atención desde la parte exterior de la empalmada, lo que proporcionaría a la chiquilla la adecuada sensación de seguridad que, imaginaba él, podía proporcionarle la sólida barrera de la estacada.

No había hecho más que abandonar su posición en el árbol cuando despertó su interés un considerable estruendo que llegaba del lado opuesto de la aldea. Se desvió un poco para ver la puerta del otro extremo de la calle. Un nutrido grupo de hombres, mujeres y niños corría hacia allí. La puerta se abrió y al otro lado apareció la vanguardia de una caravana que se aproximaba al poblado. Una tropa abigarrada compuesta por esclavos negros y atezados árabes de los desiertos del norte; camelleros de malsonante vocabulario que entre tacos y maldiciones arreaban a los

indóciles animales de carga; asnos sobrecargados que movían tristemente las orejas y soportaban con paciente estoicismo las brutalidades de sus amos; pequeños rebaños de cabras, ovejas y caballos. Irrumpieron en la aldea, tras un anciano alto, de aire hosco, que, sin dignarse devolver el saludo a quienes habían acudido a recibirle, se dirigió en línea recta a su tienda de pieles de cabra, montada en el centro del poblado. Al llegar a ella dirigió la palabra a una anciana arpía surcada de arrugas.

Desde su atalaya, Korak podía presenciarlo todo. Vio al anciano preguntar algo a la mujer negra y que ésta señalaba con el dedo en dirección al árbol a cuyo pie jugaba la niña: un rincón apartado de la aldea, que las tiendas de los árabes y las chozas de los indígenas impedían ver desde la calle principal. Korak pensó que, indudablemente, el anciano era el padre de la niña. Había estado ausente y en lo primero que pensó al volver a casa fue en su hija. ¡Cómo se alegraría ella de verle! Echaría a correr para precipitarse en sus brazos y el hombre la apretaría contra su pecho y la cubriría de besos. Korak suspiró. Pensó en sus padres, que estaban en Londres, ¡tan lejos!

Volvió a su anterior posición en la rama del árbol, casi perpendicular a la chiquilla. Aunque él no pudiera gozar de una dicha como aquella, al menos disfrutaría de la felicidad de otros. Puede que luego se presentara ante el anciano y que éste le permitiera visitar la aldea de vez en cuando, como amigo. Merecería la pena intentarlo. Aguardaría hasta que el anciano hubiese abrazado a su hija, y luego manifestaría su presencia con las apropiadas señas de paz.

El árabe se acercaba con paso quedo a la niña. En cuestión de segundos estaría junto a ella y entonces, ¡qué sorpresa y qué alegría iba a tener la chiquilla! Fulguraron con anticipada satisfacción las pupilas de Korak… Pero el anciano estaba ya junto a la niña. El rostro severo del árabe continuaba sin suavizarse. Ella no se había dado cuenta aún de la llegada del padre. Seguía parloteándole a la muda Geeka. El viejo carraspeó. La niña dio un sobresaltado respingo y volvió la cabeza para mirar por encima del hombro. Korak pudo ver de lleno su semblante. Era precioso en su dulce e inocente condición infantil, un Palmito perfilado por curvas suaves y adorables. Korak vio sus ojos: grandes y oscuros. Buscó en las pupilas la luz de la dicha jubilosa que surgiría en cuanto la niña viera a su padre, pero esa luz no llegó. Lo que sí apareció allí, en cambio, fue el terror, un terror absoluto, total, paralizante, que no sólo se reflejaba en las pupilas, sino

también en la expresión de la boca, en la actitud acobardada, tensa, del cuerpo. Una sonrisa torva frunció los delgados y crueles labios del árabe. La niña retrocedió, tratando de alejarse, pero antes de que pudiera ponerse fuera del alcance del anciano éste le propinó un brutal puntapié y la criatura cayó de bruces sobre la hierba. El árabe la siguió con la intención de cogerla y seguir golpeándola, como tenía por costumbre.

Por encima de ellos, en el árbol, donde antes estuvo un muchacho conmovido se agazapaba ahora una auténtica fiera, una bestia salvaje de dilatadas fosas nasales y colmillos al aire, un animal rabioso, que temblaba de furor.

El jeque se agachaba para coger a la niña cuando «el matador» se dejó caer en el suelo, junto a él. Korak aún empuñaba el venablo, pero se había olvidado del arma. Lo que sí tenía era el puño derecho apretado y, cuando el jeque dio un paso hacia atrás, estupefacto ante aquella súbita aparición, materializada como por arte de magia en el aire, dicho puño se estrelló en plena boca del árabe, con toda la terrible fuerza del joven gigante y con toda la potencia de sus músculos sobrehumanos.

Inconsciente y manando sangre, el jeque se desplomó contra el suelo. Korak se volvió hacia la niña. Meriem se había puesto en pie y permanecía inmóvil, aterrada y con los ojos desorbitados. Miró primero a la cara del desconocido y después contempló llena de horror la desplomada figura del jeque. Con instintivo gesto protector, Korak pasó el brazo por los hombros de la niña y aguardó a que el árabe recobrara el conocimiento. Continuaron así durante unos momentos, y luego Meriem dijo, en árabe:

—Cuando recupere el sentido, me matará.

Korak no la entendió. Sacudió la cabeza, se dirigió a la niña en inglés y luego en el lenguaje de los grandes monos; pero ninguno de los dos resultaba inteligible para Meriem. La niña se inclinó hacia adelante y tocó la empuñadura del largo cuchillo que el árabe llevaba al cinto, Después levantó la mano cerrada hasta llevarla por encima de la cabeza y acto seguido la bajó con brusca rapidez, clavándose en el pecho, por encima del corazón, una hoja imaginaria. Korak comprendió. El viejo la mataría. Meriem se acercó de nuevo a Korak y permaneció allí, temblorosa. Aquel desconocido no le inspiraba ningún temor. ¿Por qué iba a asustarla? La había salvado de una terrible paliza a manos del jeque. Que recordase, nadie la había protegido nunca así. Alzó la cabeza para mirar el rostro del muchacho. Era una cara juvenil y atractiva, de color avellana como la suya.

Observó con admiración la moteada piel de leopardo que envolvía aquel cuerpo ágil desde un hombro hasta las rodillas. Las ajorcas y los aros metálicos que adornaban sus extremedidades despertaron cierta envidia en el ánimo de la chica. Siempre había anhelado algo como aquello, pero el jeque nunca le permitió ponerse más que aquella prenda de algodón que a duras penas cubría su desnudez. No se habían hecho, no existían las pieles, las sedas y las joyas para la pequeña Meriem.

Y Korak miró a la niña. Siempre había considerado a las chicas con algo muy parecido al desdén. En su opinión, los muchachos que alternaban con jovencitas del sexo débil eran unos afeminados. Se preguntó qué debía hacer. ¿Dejarla allí para que aquel viejo canalla árabe la maltratase y posiblemente la matara? ¡No! Pero, por otra parte, ¿podía llevarla consigo a la selva? ¿Qué hazañas podría llevar a cabo si se hacía cargo de una chiquilla débil y asustada? Una criatura que chillaría aterrada al ver su propia sombra, cuando la luna se elevara por la noche sobre la jungla, las grandes fieras depredadoras salieran de caza y sus ruidos, rugidos y gemidos atravesaran la oscuridad.

Korak permaneció varios minutos sumido en sus pensamientos. La niña no quitaba ojo de su semblante, mientras se preguntaba qué intentaría hacer con ella. También Meriem pensaba en el futuro inmediato. Temía quedarse allí y sufrir la venganza del jeque. En todo el mundo no había nadie a quien pudiese recurrir en busca de ayuda, aparte de aquel desconocido medio desnudo que había caído del cielo, milagrosamente, para salvarla de uno de los acostumbrados vapuleos del jeque. ¿La dejaría abandonada allí su nuevo amigo? Siguió contemplando anhelante y atenta las facciones del muchacho. Se acercó a él un poco más y posó su mano fina y morena en el brazo de Korak. El contacto sacó al muchacho de su ensimismamiento. Bajó la mirada sobre la niña y luego volvió a pasarle el brazo por los hombros, al ver las lágrimas que le humedecían las pestañas.

—Vamos —dijo—. La jungla es mucho más bondadosa que el hombre. Vivirás en la selva, donde Akut y Korak te protegerán.

Meriem no entendió sus palabras, pero la presión de la mano del joven sobre su brazo, que la apartaba del postrado árabe y de las tiendas de la aldea, le resultó completamente inteligible. El bracito de la niña rodeó la cintura de Korak y juntos echaron a andar en dirección a la empalizada. Bajo el árbol desde el que Korak estuvo contemplando a la niña y su juego, el muchacho la cogió en brazos, se la echó a la espalda y saltó ágilmente a

las ramas inferiores. Los brazos de Meriem pasaron alrededor del cuello de Korak. De una de las manitas de la niña colgaba Geeka, que se balanceaba y chocaba contra la juvenil espalda de Korak.

Y así entró Meriem en la jungla; en su infantil inocencia e influida por esa inexplicable intuición de que están dotadas las mujeres, confiaba plenamente, con una fe ciega, en aquel extraño que la había ayudado. No tenía la más remota idea de lo que pudiera reservarle el futuro. Tampoco sabía, ni sospechaba siquiera, la clase de existencia que llevaba su protector. Tal vez la niña se imaginara una lejana aldea similar a la del jeque, en la que vivían otros hombres blancos como el desconocido. Ni por asomo se le ocurrió que pudiera llevarla a la primitiva existencia de una selva poblada de bestias salvajes. De haberlo supuesto, el terror habría acelerado los latidos de su corazón. En muchas ocasiones había deseado huir de las crueldades del jeque y de Mabunu, pero pensar en los peligros de la jungla siempre frenaba sus impulsos.

Se habían alejado una corta distancia de la aldea cuando Meriem vislumbró las proporciones gigantescas de Akut. Al tiempo que exhalaba un grito medio sofocado, se oprimió más contra Korak y su índice temeroso señaló al simio.

Con la idea de que «el matador» regresaba con un prisionero, Akut se les acercó… Rezongó, disgustado, una niña no despertaba en su corazón de fiera más simpatía que un mono macho adulto. Era un ser extraño y por lo tanto había que matarlo. Enseñó los amarillentos colmillos mientras se acercaba a la criatura pero, ante su sorpresa, «el matador» también puso al descubierto sus dientes y dedicó a Akut un gruñido amenazador.

«¡Ah!», pensó Akut. «“El matador” ha tomado compañera».

De modo que, de acuerdo con las leyes tribales de su especie, los dejó en paz y dedicó súbitamente toda su atención a una oruga que se deslizaba por allí y tenía todo el aspecto de constituir un bocado de lo más sabroso. Una vez dio buena cuenta de la larva, lanzó una mirada a Korak, por el rabillo del ojo. El muchacho había depositado su carga sobre una gruesa rama, a la que la niña se aferraba desesperadamente, temerosa de ir a parar al suelo.

—Vendrá con nosotros —informó Korak al simio, a la vez que señalaba a Meriem con el pulgar—. No se te ocurra hacerle daño. La protegeremos.

Akut se encogió de hombros. No le hacía ninguna gracia

responsabilizarse de un cachorro humano. Al observar las miradas de terror que le dirigía y el evidente miedo a caerse de la rama en que estaba, Akut se daba perfecta cuenta de que aquella hembra era una inútil integral. Conforme a la ética que le habían inculcado y a la herencia ancestral que le habían legado, el simio opinaba que era cuestión de eliminarla, pero si «el matador» deseaba que estuviese allí, con ellos, no había más remedio que soportar a aquella cría. Desde luego, Akut no la deseaba para sí, de eso no podía estar más seguro. Aquella criatura tenía la piel demasiado tersa y carecía de pelo. A decir verdad, parecía una serpiente y su cara resultaba muy poco atractiva. Distaba mucho, pero mucho de ser tan adorable como algunas de las monas que había visto la noche anterior en el anfiteatro. ¡Ah, aquellas hembras sí que eran dechados de belleza femenina! ¡Boca generosamente grande, maravillosos colmillos amarillentos y costados recubiertos del pelo más suave y estupendo! A Akut se le escapó un suspiro. Luego se irguió, ensanchó su voluminoso pecho y empezó a desplazarse muy ufano de un extremo a otro de la robusta rama que ocupaba, porque incluso una hembra tan insignificante como la elegida por Korak tenía derecho a admirar el fino pelaje y la airosa gallardía de Akut.

Pero lo único que hizo Meriem fue apretarse aún más contra Korak y casi desear verse de vuelta en la aldea del jeque, donde los terrores de la existencia tenían origen humano y le resultaban más o menos familiares. Aquel espantoso mono la empavorecía. Era enorme y tenía un aspecto feroz impresionante. Todos y cada uno de sus actos no podían interpretarse más que como otras tantas amenazas porque, ¿cómo iba Meriem a adivinar que aquellas exhibiciones pavoneantes las hacía el simio para provocar su admiración? Por otra parte, la niña desconocía los lazos de amistad y compañerismo existentes entre aquella bestia colosal y el joven semejante a un dios que la había rescatado de las garras del jeque.

Meriem pasó una tarde y una noche dominada por un terror que le fue imposible aplacar. Korak y Akut, en su búsqueda de alimento, la llevaban por caminos que le producían vértigo. Una vez la dejaron oculta entre las ramas de un árbol, mientras ellos acechaban a un ciervo que andaba por las cercanías. Incluso el terror de verse sola en mitad de la jungla quedó sumergido bajo el pánico, infinitamente mayor, que le produjo ver al hombre y a la bestia saltar de modo simultáneo sobre la presa y acabar con ella, ver el hermoso semblante de su salvador contraído por una mueca animalesca, ver la blanca y fuerte dentadura clavarse en la carne blanda del

ciervo y acabar con su vida.

Cuando Korak regresó junto a ella, manchados de sangre el rostro, las manos y el pecho, cuando la ofreció una enorme tajada de aquella carne cruda y aún palpitante, la niña retrocedió, sin saber dónde meterse. Evidentemente, el que Meriem se negase a comer preocupó mucho a Korak y cuando, poco después, el muchacho se adentró por la jungla para volver cargado de frutas, la niña se vio obligada a cambiar de nuevo la opinión que tenía del chico. En esa ocasión no retrocedió asustada, sino que le agradeció el presente dedicando a Korak una sonrisa que, aunque la niña lo ignoraba, representó una recompensa más que magnánima para aquel joven anhelante de afecto.

El descanso nocturno representaba un problema que turbaba a Korak, Sabía que a la niña no le era posible dormir en la horquilla de una rama, no era un lecho seguro para ella, como tampoco resultaba nada seguro que durmiese en el suelo, expuesta a los ataques de los depredadores. Sólo se le ocurrió una solución posible: mantenerla cogida en brazos toda la noche. Y eso fue lo que hizo, con Akut sosteniéndola por un lado y él por el otro, de forma que los cuerpos de ambos calentasen el de la niña.

Meriem no durmió gran cosa hasta que la noche estuvo mediada pero, al final, la Naturaleza se impuso sobre los terrores que le inspiraban el negro abismo que tenía a sus pies y el peludo cuerpo de la fiera selvática que estaba a su lado, y la niña se hundió en un sueño profundo que se prolongó hasta rebasar incluso las horas de oscuridad. Cuando abrió los ojos, el sol estaba bastante alto. Al principio, Meriem no podía creer que de verdad se encontrara allí arriba. Había apartado la cabeza del hombro de Korak y su vista fue a caer directamente sobre la peluda espalda de Akut. Su primer impulso fue echarse hacia atrás. Pero al instante comprendió que alguien la sostenía y, al volver la cabeza, se tropezó con los sonrientes ojos del joven, que la estaban observando. Cuando aquel extraño le sonreía, Meriem no podía tenerle ningún miedo y en aquel momento volvió a apretarse contra él, como gesto de rechazo natural de la piel áspera del simio tendido al otro lado.

Korak le habló en el lenguaje de los monos, pero la chiquilla sacudió la cabeza y le respondió en el idioma de los árabes, que para Korak era tan ininteligible como el de los monos para la niña. Akut se sentó en la rama y se dedicó a observarlos. Entendía las palabras de Korak, pero las que pronunciaba Meriem le parecían ruidos estúpidos, ridículos y

absolutamente incomprensibles. Akut era incapaz de comprender que Korak encontrase en aquella criatura algo que le resultara atractivo. Contempló a Meriem larga y fijamente, la evaluó con todo cuidado y detalle. Luego se levantó, se rascó la cabeza y se estremeció.

Sus movimientos provocaron un leve sobresalto en la niña: se había olvidado de Akut momentáneamente. Se apartó de él una vez más. El antropoide captó el miedo que su brutal presencia inspiraba a la niña y eso llenó de eufórica satisfacción su alma de animal salvaje. Se agachó y alargó subrepticiamente su manaza en dirección a Meriem, como si pretendiese coger a la niña. Ella se retiró aún más. Atareados como estaban disfrutando de la gracia de la situación en que se regodeaba su dueño, los ojos de Akut no se percataron de la ominosa manera en que Korak entrecerraba los párpados al contemplarla a su vez, ni de la forma en que reducía su longitud el cuello del muchacho al elevarse los anchos hombros en su actitud característica de preparación para el ataque. Cuando los dedos del mono estaban a punto de cerrarse en tomo al bracito de la niña, Korak se irguió repentinamente, a la vez que emitía un breve y avieso gruñido. Un puño cerrado pasó por delante de los ojos de Meriem y se estrelló en los morros del atónito Akut. El antropoide lanzó un mugido restallante, salió despedido hacia atrás y cayó del árbol.

Korak le contemplaba de pie encima de la rama cuando una súbita sacudida que se produjo en la maleza atrajo su atención. La niña también miraba hacia abajo, pero sólo veía al furioso mono, que bregaba para incorporarse. Y entonces, como un proyectil disparado por una ballesta, apareció a la vista, surcando el aire, una masa de piel amarilla moteada de manchas negras, que se precipitaba sobre la espalda de Akut. Era Sheeta, el leopardo.

# X



L ver al felino abalanzarse sobre el gigantesco antropoide, el horror y la sorpresa dejaron a Meriem boquiabierta. No por la suerte fatal que parecía amenazar al simio, sino por la reacción del muchacho, que momentos antes había golpeado con furia a su extraño compañero. Porque apenas había surgido el carnívoro de la espesura, cuando el joven, cuchillo en mano, saltó de la alta enramada y, en el instante en que Sheeta estaba casi a punto de hundir sus dientes y sus garras en la amplia espalda de Akut, «el matador» cayó sobre el lomo del leopardo.

Interceptado en pleno vuelo, el felino falló el salto por un milímetro y rodó por el suelo, entre escalofriantes rugidos, agitó las patas con ferocidad y se revolvió colérico, en inútil esfuerzo por quitarse de encima a aquel adversario que le lanzaba dentelladas al cuello y le asestaba puñalada tras puñalada en el costado.

Estremecido y sobresaltado a causa del súbito ataque por la espalda y obedeciendo al instinto de conservación, Akut se plantó en lo alto del árbol, junto a la niña, en una fracción de segundo. Su agilidad, poco menos que maravillosa en un animal tan pesado, asombró a Meriem. Pero en el mismo instante en que se volvió para enterarse de lo que ocurría abajo, Akut saltó de nuevo al suelo. Las diferencias personales quedaron automáticamente olvidadas ante el peligro que amenazaba a su compañero, y el simio acudió en auxilio de su camarada humano, sin pensar en su propia seguridad, con la misma presteza y empeño con que Korak había saltado en su ayuda poco antes.

El resultado fue que Sheeta se encontró con que dos feroces criaturas le desgarraban y le arrancaban la piel a tiras. Aullando, gruñendo y rugiendo, los tres rodaron y se revolvieron de aquí para allá, entre la maleza, mientras la única espectadora de aquella encarnizada pelea contemplaba aquella lucha a muerte con los ojos desorbitados, temblorosa, encogida en una rama del árbol desde la que se dominaba la escena, mientras oprimía frenéticamente a Geeka contra su pecho.

Al final, el cuchillo de Korak decidió el desenlace de la pelea y el aterrador felino se estremeció convulsamente y cayó de costado. El joven y el simio se pusieron en pie y se miraron el uno al otro por encima del cadáver tendido en el suelo. Korak sacudió la cabeza en dirección al árbol donde estaba la niña.

—Déjala en paz —ordenó—, es mía.

Akut gruñó, pestañearon sus ojos inyectados en sangre y se volvió hacia el cuerpo sin vida de Sheeta. Le plantó el pie encima, se irguió, alzó la cara hacia las alturas celestes y lanzó un alarido horroroso que de nuevo hizo estremecer y encogerse más a la niña. Era el grito de victoria del mono macho que ha matado a un enemigo. Korak se limitó a mirarlo durante un momento; luego subió de un brinco a la enramada y fue a colocarse al lado de Meriem. Akut se reunió en seguida con ellos. Dedicó unos minutos a lamerse las heridas y después partió en busca de su desayuno.

Durante muchos meses, la vida del trío se desarrolló sin que ningún acontecimiento fuera de lo normal la alterase. Al menos, acontecimientos que les parecieran fuera de lo normal al muchacho y al antropoide. Para Meriem, sin embargo, fue una pesadilla de horrores constantes que se prolongó durante días y semanas, hasta que logró acostumbrarse a ver las cuencas vacías de los ojos de la muerte y a percibir el soplo helado de su

manto semejante a un sudario. Fue aprendiendo poco a poco los fundamentos del único medio de comunicación que poseían sus compañeros: el lenguaje de los grandes simios. Se perfeccionó con más rapidez en el arte y las mañas para sobrevivir en la selva, de modo que no tardó en convertirse en un factor importante en las misiones de caza, ya que montaba guardia mientras el muchacho y el mono dormían o les ayudaba en la tarea de seguir el rastro de cualquier presa a la que pudieran perseguir. Akut la aceptaba casi en pie de igualdad, cuando necesitaban entrar en estrecho contacto, pero la mayor parte del tiempo procuraba evitarla. El muchacho, Korak, siempre se mostraba afectuoso con ella y si bien abundaban las ocasiones en que la presencia de la niña constituía una carga, siempre se esforzaba en ocultárselo a Meriem. Al darse cuenta de que la humedad y el frío nocturnos causaban a la chiquilla incomodidad e incluso sufrimiento, Korak construyó a bastante altura un refugio entre las ramas oscilantes de un árbol gigante. Meriem dormía allí con relativa comodidad y seguridad, mientras «el matador» y Akut se acurrucaban en la horquilla de alguna rama próxima —el primero siempre ante la entrada de aquella cabaña colgante—, donde se encontraba en mejor situación para proteger a su inquilina de los peligros que podían acecharla en los árboles. Se encontraban a demasiada altura para que Sheeta pudiese alcanzarlo, pero siempre quedaba Histah, la serpiente, para inspirar terror al más pintado, sin contar a los grandes babuinos que vivían por las proximidades, quienes, aunque nunca los atacaban no por eso se abstenían de enseñarles los dientes y gruñir a cualquier miembro del trío que pasase cerca de ellos.

Después de construir aquel albergue, las actividades de Akut, Korak y Meriem se limitaron territorialmente a las cercanías de aquella zona. El radio de sus expediciones de caza se redujo mucho, porque al caer la noche tenían que volver al refugio del árbol. Circulaba un río por las proximidades. Abundaba la fruta y la caza, así como la pesca. La existencia se había adaptado a la cotidiana rutina de la búsqueda de piezas con que alimentarse y a dormir con la barriga llena. Vivían al día, sin pensar en el mañana. Si Korak se acordaba del pasado y de las personas que suspiraban por él en la remota metrópoli, era un recuerdo más bien impersonal, como si se tratara de la vida de otra persona ajena a él. Había renunciado a la esperanza de regresar a la civilización, porque los diversos desaires que recibió de aquellos a quienes consideraba amigos le obligaron a alejarse tanto, tierra adentro, que se daba ya por extraviado por completo en los

laberintos de la selva.

Además, desde la llegada de Meriem había encontrado en la niña lo único que había echado de menos antes de lanzarse de lleno a la vida selvática: compañía humana. En la amistad que sentía hacia la niña no existía, que Korak reconociera conscientemente, ningún rastro de influencia sexual. Eran amigos, compañeros, y nada más. Lo mismo podían ser dos muchachos, si no fuera por las manifestaciones de semiternura, siempre autoritarias, que el instinto de protección imponía en la actitud de Korak.

La chiquilla le idolatraba como hubiera podido adorar a un indulgente hermano mayor, de haberlo tenido. El amor era un sentimiento desconocido para ambos; pero comoquiera que el muchacho iba acercándose a la virilidad, era inevitable que hiciese su aparición en el espíritu del chico, lo mismo que ocurría con todos los demás animales machos que pululaban por la jungla.

A medida que Meriem avanzaba en su conocimiento del lenguaje común, el placer de su camaradería aumentaba en la misma proporción, porque entonces podían conversar y, con la ayuda de la capacidad mental heredada de sus ancestros, iban ampliando asimismo el limitado vocabulario de los simios, hasta que hablar dejó de ser una especie de trabajo y se convirtió en un pasatiempo agradable. Cuando Korak iba de caza, Meriem solía acompañarle, porque la niña había aprendido el exquisito arte del silencio, cuando el silencio era recomendable. Era capaz ya de trasladarse por las enramadas con la misma agilidad y cautela que el propio Korak y las grandes alturas ya no le asustaban ni le producían vértigo. Saltaba de rama en rama o corría por encima de ellas con pie firme y seguro, con intrepidez y movimientos flexibles. Korak se sentía orgulloso de ella y hasta el viejo Akut lanzaba gruñidos de aprobación en vez de rezongar desdeñosamente como hacía antes.

Una lejana aldea de negros había proporcionado a Meriem un manto de piel y plumas, con adornos de cobre. Y armas, porque Korak no le permitía andar desarmada ni sin saber emplear las armas que él robó para la niña. Una correa de cuero colgada del hombro de Meriem aguantaba a la omnipresente Geeka, que seguía siendo la receptora de las sagradas confidencias de la chica. Un venablo ligero y un largo cuchillo constituían sus armas de ataque y defensa. Su cuerpo, que un principio de madurez empezaba a redondear, se ceñía a las líneas de una diosa griega; pero allí terminaba la similitud, porque el semblante de Meriem era precioso.

Al tiempo que se acomodaba a la jungla y a las costumbres de sus salvajes habitantes, el miedo iba abandonándola. Con el tiempo llegó a decidirse incluso a salir a cazar sola, cuando Korak y Akut se alejaban en busca de alguna presa distante, como sucedía a veces cuando los gamos escaseaban por las inmediaciones del lugar donde habían asentado sus reales. En tales ocasiones acostumbraba a limitar sus empresas a la caza de animales pequeños, aunque a veces llegaba a atreverse con venados y en una ocasión con Horta, el jabalí… una pieza dotada de unos colmillos tan impresionantes que hasta Sheeta se lo hubiera pensado dos veces antes de atacarlo.

En la región de la selva que cubrían en sus expediciones eran tres figuras familiares. Los monos pequeños los conocían muy bien y con frecuencia se iban a charlar cerca de ellos. Cuando Akut andaba por allí, los más pequeños se mantenían a distancia, pero con Korak eran menos tímidos y precavidos. Y cuando los dos machos estaban ausentes, los micos se llegaban hasta Meriem, le tiraban de la ropa y de los adornos o jugaban con Geeka, que parecía ser una fuente inagotable de diversión para ellos. La niña también jugaba con los micos y les daba de comer. Y cuando se encontraba sola, la ayudaban a pasar las largas horas de tediosa espera, hasta el regreso de Korak.

No es que su amistad fuese estéril. En las cacerías, los micos la ayudaban a localizar y cobrar algunas piezas. Con frecuencia corrían junto a la chica para anunciarle la cercana presencia de un antílope o una jirafa, o para advertirle con gestos excitados de la proximidad de Sheeta o Numa. Aquellos minúsculos y ágiles aliados le llevaban deliciosas frutas de las que pendían de los frágiles arbustos. En ocasiones le gastaban bromas más o menos pesadas, pero Meriem siempre se mostraba amable con ellos y, dentro de su carácter semihumano, los pequeños simios también la trataban bondadosa y afectuosamente. El lenguaje de los micos era similar al de los grandes monos y Meriem conversaba con ellos, aunque la pobreza de vocabulario hacía que sus diálogos fueran cualquier cosa menos tertulias filosóficas. Para los objetos familiares tenían el nombre correspondiente, lo mismo que para las condiciones que llevaban al placer, la alegría, la tristeza, el dolor o la cólera. Aquellas palabras raíz eran tan semejantes a las que utilizaban los grandes antropoides que parecían sugerir la idea de que el idioma de los manus era la lengua madre. Sueños, aspiraciones, esperanzas, el pasado o el futuro no tenían lugar en la conversación de

Manu, el mico. Todo era presente… en particular en cuanto afectaba a llenar el estómago y a quitarse los piojos.

Pobre alimento era aquél para nutrir las apetencias intelectuales de una niña a punto de convertirse en mujer. Y como los manus nada más le resultaban divertidos a ratos, sólo jugaba con ellos de vez en cuando, así que Meriem seguía derramando las más dulces confidencias de su corazón sobre los sordos oídos de la cabeza de marfil de Geeka. A la muñeca le hablaba en árabe, sabedora de que Geeka no entendía el lenguaje de Korak y Akut, y de que el lenguaje de Korak y Akut, al ser un lenguaje de monos machos, carecía por completo de interés para una muñeca árabe.

Desde que su madrecita abandonó la aldea del jeque, Geeka había experimentado una gran transformación. Su indumentaria era un reflejo en miniatura de la vestimenta de Meriem. Un retazo de piel de pantera cubría su torso de piel de rata desde el hombro hasta la rodilla del palito que hacía las veces de pierna. Alrededor de la frente llevaba una cinta confeccionada a base de hierbas entretejidas, la cual sostenía unas cuantas plumas multicolores de periquito. Y otras hierbas trenzadas imitaban las ajorcas y adornos metálicos que lucía Meriem en las piernas y los brazos. Geeka era una perfecta cría salvaje; pero su espíritu continuaba inalterable y seguía siendo la omnívora oyente de otrora. Una cualidad excelente de Geeka era que nunca interrumpía para meter baza y hablar ella. Aquel día no fue una excepción. Escuchó atentamente a Meriem durante una hora, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, mientras su flexible y joven ama se estiraba felina y voluptuosamente, tendida en una rama, frente a ella.

—Pequeña Geeka —decía Meriem—, nuestro Korak lleva hoy mucho tiempo ausente. ¿Verdad que le echamos de menos, Geeka de mi corazón? Cuando Korak no está aquí, la jungla es aburrida, triste y solitaria. ¿Qué nos traerá esta vez? ¿Otro brillante aro de metal para el tobillo de Meriem? ¿O un taparrabos de suave piel de gamo que haya adornado el cuerpo de alguna negra? Me ha contado que es mucho más difícil apoderarse de cosas pertenecientes a las mujeres negras, porque él no quiere matarlas como a los machos y ellas se defienden y luchan como fieras cuando Korak las asalta para quitarles sus adornos. Luego llegan los hombres con venablos y flechas, y Korak salta a las ramas de los árboles. A veces se lleva a la mujer negra a la copa de un árbol y allí le arrebata todas las cosas que desea traerle a Meriem. Dicen que los negros le tienen un miedo espantoso y que, en cuanto le ven, las mujeres y los niños se ponen a chillar, huyen

despavoridos y se refugian en sus chozas; pero Korak los sigue hasta allí y casi nunca vuelve sin flechas para él o un regalo para Meriem. Korak es muy poderoso entre los habitantes de la jungla… Nuestro Korak, Geeka… Mejor dicho, ¡mi Korak!

El monólogo de Meriem se vio interrumpido por la repentina aparición de un mico, nervioso y excitado, que se le posó en el hombro, tras un rápido descenso desde la rama de un árbol próximo.

—¡Sube! —apremió—. ¡Súbete a un árbol! ¡Vienen manganis!

Lánguidamente, Meriem lanzó una mirada por encima del hombro hacia el exaltado mico que alteraba su tranquilidad.

—Súbete tú, pequeño Manu —dijo—. En nuestra jungla, los únicos manganis son Korak y Akut. A ellos es a quienes habéis visto. Vuelven de cazar. Un día de estos verás tu propia sombra, pequeño Manu, y te morirás de miedo.

Pero el mico arreció en sus advertencias, a las que añadió mayor tono y nerviosismo, antes de que, por último, trepara por las ramas de un árbol hacia la seguridad de la parte alta, adonde los gigantescos manganis no podían seguirle. Al cabo de un momento Meriem oyó el ruido de unos cuerpos que se aproximaban a través de la enramada. Aguzó el oído. Eran dos y eran grandes monos, Korak y Akut. Para ella, Korak era un mono, un mangan, porque como tales se llamaban siempre a sí mismos los tres. El hombre era su enemigo, de modo que ya no se consideraban miembros de esa especie. Tarmangani, o gran mono blanco, que era el nombre con que designaban en su lenguaje al hombre blanco, no pertenecía a su mismo género, gomangani —gran mono negro, o negro sin más— tampoco encajaba con ellos, de forma que se aplicaban a sí mismos el nombre de manganis, simplemente.

Meriem decidió gastar una broma a Korak simulando estar dormida. Así que se quedó tendida en la rama, muy quieta, con los ojos cerrados. Los oyó acercarse paulatinamente. Se encontraban ya en el árbol de al lado y sin duda la acababan de descubrir, puesto que se habían detenido. ¿Por qué estaban tan silenciosos? ¿Por qué no le dirigía Korak su saludo de costumbre? Aquella quietud le dio mala espina. Le sucedió un rumor sigiloso… lo producía alguien que se le acercaba furtivamente. ¿Acaso Korak, a su vez, quería gastarle una broma? Bueno, en tal caso, le ganaría por la mano. Cautelosamente, levantó los párpados una milésima de centímetro… y se quedó paralizada. Vio un enorme mono desconocido que

se deslizaba en silencio hacia ella. Tras él iba otro de la misma familia.

Con la escurridiza agilidad de una ardilla, Meriem se puso en pie, en el preciso instante en que el gigantesco mono macho se precipitaba hacia ella. Saltando de rama en rama, la niña huyó a través de la jungla, seguida de cerca por los dos gigantescos antropoides. Por encima de ellos corría una bandada de micos chillones y parloteantes, que no paraban de provocar a los manganis con una incesante lluvia de insultos y pullas y de dirigir advertencias y gritos de ánimo a la niña.

De rama en rama, Meriem fue ascendiendo a las más endebles de las copas, que no aguantarían el peso de sus perseguidores. Los monos machos imprimían más velocidad, en pos de su presa. Los ávidos dedos del que iba delante estuvieron a punto de agarrar a Meriem en varias ocasiones, pero ella logró eludirlos con repentinos acelerones, regates imprevistos o arriesgándose a lanzarse en vuelo a través de unos espacios de auténtico vértigo.

Se iba acercando poco a poco a las alturas donde podría concederse un descanso en absoluta seguridad cuando, al dar un salto particularmente temerario, la rama sobre la que tomaba impulso chasqueó bajo el peso de su cuerpo y no la lanzó hacia arriba con el ímpetu que debió imprimir. Antes incluso de que sonara el crujido, Meriem se había dado cuenta de que había calculado mal la fortaleza de la rama. Ésta cedió despacio al principio. Después produjo un chasquido más fuerte y se desgajó del tronco. Meriem se soltó, se dejó caer hacia el follaje inferior y trató de agarrarse a otra rama. Lo consiguió a cosa de tres metros y medio más abajo de la que se había quebrado. Ya se había caído así muchas veces, de modo que aquel descenso brusco no la asustó lo más mínimo… Lo que más la inquietaba era la pérdida de la ventaja que llevaba a sus perseguidores. Y no le faltaba razón al inquietarse, porque apenas había encontrado un lugar que consideró seguro cuando el corpachón del enorme simio aterrizó a su lado y un brazo enorme y peludo la rodeó por el talle.

Casi al instante, el otro simio llegaba junto a su compañero. El recién llegado intentó a su vez coger a Meriem, pero el primero le apartó de un empujón, le enseñó los dientes y le dirigió un amenazador gruñido de aviso. Meriem bregó para zafarse. Golpeó al velludo simio en el pecho y en la cara. Hundió sus blancos y fuertes dientes en el antebrazo del mono. Éste le cruzó la cara con una bestial bofetada y luego se enfrentó a su congénere que, evidentemente, deseaba aquella presa para sí.

El que había cogido a Meriem no podía combatir ventajosamente en aquella rama oscilante, cargado como estaba con aquella cautiva que se retorcía y forcejeaba, así que optó por descender rápidamente al suelo. El otro le siguió y allí, en tierra, se enzarzaron en una virulenta pelea. Su entusiasmo bélico les hacía olvidarse en ocasiones del motivo por el que luchaban, de modo que tenían que abandonar su duelo de vez en cuando para perseguir a Meriem, que no perdía la oportunidad de intentar escapar, en cuanto los veía inmersos en su contencioso particular. Pero los antropoides siempre la alcanzaban y primero uno y después el otro entraban en posesión de la niña mientras se esforzaban en destrozar al rival y erigirse en propietarios únicos de la pieza.

A veces, Meriem recibía alguno de los golpes que uno de los monos pretendía asestar al otro y, en una ocasión, el porrazo fue tan violento que cayó contra el suelo y allí quedó tendida, inconsciente, mientras los antropoides, liberados de la preocupación de detenerla por la fuerza, se desgarraban mutuamente, entregados a su feroz y terrible combate.

Los micos chillaban por encima de ellos, desplazándose por las ramas de un lado para otro en frenética excitación. También revoloteaban por encima del campo de batalla innumerables pájaros de llamativo y colorista plumaje, los cuales sembraban el aire de ásperos chillidos de rabia y desafío. A lo lejos, rugió un león.

El mayor de los antropoides estaba destrozando poco a poco a su antagonista. Rodaban por el suelo tirándose mordiscos y puñetazos. Una y otra vez, se levantaban sobre los cuartos traseros, se empujaban y arrastraban como dos practicantes humanos de la lucha libre; pero los gigantescos colmillos acababan siempre por interpretar su sangrienta parte en aquella lucha sin cuartel, hasta que, en torno a los combatientes, el suelo quedó teñido de rojo.

Entre tanto, Meriem yacía en el suelo sin sentido. Por último, uno de los luchadores clavó los colmillos en la yugular del otro, logró mantenerlos hundidos allí y ambos fueron a parar al suelo. Permanecieron tirados varios minutos, al parecer sin fuerzas para seguir bregando. De aquel postrer abrazo sólo salió el mayor de los dos simios. Se sacudió. De su peluda garganta brotó un gruñido sordo. Dio unos pasos tambaleantes, de aquí para allá, entre el cuerpo de Meriem y el cadáver del vencido. Luego plantó un pie encima del cuerpo sin vida y voceó al aire su espantoso alarido desafiante. Los micos se dispersaron en todas direcciones, con una

algarabía indescriptible, cuando aquel grito llegó a sus oídos. Los vistosos pájaros multicolores remontaron el vuelo y emprendieron asustada huida hacia la lejanía. El león volvió a rugir, esta vez a mayor distancia.

El gigantesco antropoide se llegó de nuevo a la niña. Le dio media vuelta, poniéndola boca arriba, se agachó sobre ella y procedió a olfatearla y a aplicar el oído a su pecho y a su rostro. Vivía. Los micos empezaban a volver. Llegaban en bandadas y, desde la seguridad de las alturas, proyectaban una torrencial lluvia de insultos sobre el vencedor.

El simio manifestó su disgusto gruñéndoles y enseñándoles los dientes. Después se inclinó, se echó la niña al hombro y anduvo pesadamente a través de la selva. Le siguió la encolerizada turba de micos.



**Era el grito de victoria del mono macho…**

# XI




ORAK oyó el parloteo de los excitados micos al regresar de la cacería. Comprendió que algo grave acababa de ocurrir. Sin duda Histah, la serpiente, había enrollado sus terribles anillos alrededor de algún mico desprevenido. El muchacho aceleró la marcha. Los micos eran amigos de Meriem. Los ayudaría, si estaba en su mano. Se desplazó rápidamente a través del nivel medio de la enramada. En el árbol donde estaba el refugio que construyó para Meriem depositó los trofeos de caza y llamó a la niña. No obtuvo respuesta. Descendió a toda prisa a un nivel inferior. A lo mejor la joven se había escondido para gastarle una broma.

En la gruesa rama donde Meriem acostumbraba columpiarse indolentemente vio a Geeka apoyada contra el tronco. ¿Qué significaría? Meriem nunca dejaba sola así a Geeka. Volvió a llamar a la chica en voz más alta, pero Meriem no respondió. A lo lejos, la agitada jerigonza de los

micos empezó a sonar con más claridad.

¿Acaso su excitación estaba relacionada con la ausencia de Meriem? Sólo pensarlo fue suficiente para impulsarle a la acción. Sin esperar a Akut, que avanzaba despacio y se había rezagado mucho, Korak ascendió velozmente hacia la escandalosa turba de micos. Unos pocos minutos le bastaron para alcanzar la retaguardia de la bandada. Al verlo, dejaron de chillar y señalaron hacia un punto determinado, por debajo y hacia adelante. Un momento después, el joven llegó a la vista de lo que provocaba la indignación de los micos.

A Korak le dio un vuelco el corazón al ver, aterrado, el cuerpo inerte de la niña sobre los peludos hombros del gran simio. No tuvo la menor duda de que la chica estaba muerta y en su pecho surgió instantáneamente una sensación que no se atrevía a interpretar, aunque tampoco hubiera podido definirla, en caso de intentarlo. Al instante, sin embargo, el mundo entero pareció centrarse en aquel cuerpo tierno y lleno de gracia, aquel cuerpecito frágil, que parecía lastimosamente yerto y desvalido sobre los abultados hombros de la bestia.

Comprendió entonces que Meriem era todo su universo —su sol, su luna, sus estrellas— y que con ella desaparecía toda la luz, el calor y la felicidad. Un gemido se escapó de sus labios, tras del cual brotó una serie de espantosos rugidos, más bestiales que los de las propias bestias. Al mismo tiempo, descendió a plomo hacia el asesino que había perpetrado tan abominable crimen.

El mono macho dio media vuelta al oír la primera nota de la nueva y amenazadora voz y, al reconocer al asesino, una nueva llama se sumó al incendio de cólera y odio que crepitaba ya en el interior de Korak, porque el cuadrumano que tenía ante sí no era otro que el mono rey que le había rechazado, ahuyentándole de la tribu de grandes antropoides a la que había acudido en busca de asilo y amistad.

El gigantesco simio dejó en el suelo el cuerpo de la niña y se aprestó a entablar nuevo combate por el preciado botín, pero esa vez el triunfo iba a resultarle fácil. También había reconocido a Korak. ¿No era el individuo al que había expulsado del anfiteatro sin ni siquiera ponerle la zarpa encima ni hincarle el colmillo? Con la cabeza gacha y los hombros en su máximo volumen muscular atacó ciegamente a aquella criatura de piel lisa que osaba poner en tela de juicio su derecho a la presa conquistada en feroz combate.

Se encontraron cabeza contra cabeza, como dos toros que se embistiesen; cayeron juntos al suelo, desgarrando y golpeando. Korak olvidó el cuchillo. Sólo saciaría su cólera y su sed de sangre cuando sintiese la carne entre sus dientes y el tacto cálido de la sangre recién brotada humedeciéndole la piel, porque aunque él mismo lo ignorase, Korak, «el matador», luchaba por algo más apremiante que el odio o el afán de venganza: era un macho adulto que combatía contra otro macho adulto por la conquista de una hembra de su misma especie.

Tan impetuoso fue el ataque del hombre mono que consiguió su objetivo antes de que el antropoide pudiera evitarlo: un mordisco salvaje, unas mandíbulas poderosas que se clavaron en una yugular palpitante; los colmillos se hundieron con fuerza al tiempo que, con los ojos cerrados, los dedos buscaban otra presa en la peluda garganta del rival.

Meriem abrió entonces los párpados. Al ver la escena, sus ojos se desorbitaron.

—¡Korak! grito. —¡Mi Korak! ¡Sabía que ibas a venir! ¡Acaba con él, Korak! ¡Mátalo!

Centelleantes las pupilas y agitado el pecho, la niña se puso en pie y corrió para situarse al lado de Korak y animarle. Cerca de la niña estaba el venablo de «el matador», en el suelo, donde había caído cuando se lanzó a la carga contra el simio. En cuanto lo vio, Meriem se apresuró a empuñarlo. Frente a aquel combate primitivo, ninguna expresión de susto o temor se reflejó en el rostro de la niña. No experimentó ninguna reacción histérica como consecuencia de la tensión nerviosa de su encuentro personal con el macho. Estaba excitada, pero serena y, desde luego, sin asomo de miedo en el ánimo. Su Korak luchaba a brazo partido con otro mangani que estaba dispuesto a secuestrarla; pero Meriem no buscó la seguridad de una rama baja en la que refugiarse y contemplar el combate a una distancia segura, como hubiera hecho de ser una hembra mangani. En vez de huir, lo que hizo fue adosar la aguda punta del venablo de Korak al costado del mono y hundirla en el salvaje corazón de la fiera. A Korak no le hacía falta la ayuda de la chica, porque el gigantesco macho ya estaba prácticamente muerto: la sangre manaba a chorros de su desgarrada yugular. Pero Korak se incorporó con una sonrisa en los labios y dirigió una palabra de aprobación a la chica.

¡Qué alta, qué esbelta y qué guapa era! ¿Había cambiado de súbito en las pocas horas que él estuvo ausente o es que la pelea con el simio le había

afectado la vista? A juzgar por las sorpresas y maravillas que le revelaban era como si mirase a la chica con ojos completamente nuevos. Ignoraba cuánto tiempo hacía que vio por primera vez a aquella chiquilla árabe en la aldea de su padre, porque el tiempo carece de importancia en la jungla y él no llevaba la cuenta de los días que pasaban. Sin embargo, al mirarla ahora comprendió que ya no era la niña que jugaba con Geeka bajo el árbol gigante, junto a la empalizada. El cambio debió de ser gradual, pero él no lo había notado hasta aquel momento. ¿Y qué era lo que le había hecho advertirlo tan de repente? Su mirada se trasladó desde la chica hasta el cadáver del simio. Y entonces irrumpió en su mente como una centella la explicación del motivo por el que se produjo el intento de secuestro. Korak abrió desmesuradamente los ojos y luego los entrecerró hasta convertirlos en dos grietas coléricas que fulminaban al antropoide que yacía a sus pies. Cuando alzó de nuevo la mirada hacia el rostro de Meriem un tenue rubor se extendió por su propio rostro. Realmente miraba a la joven con ojos distintos…, con los ojos de un hombre que contempla a un pimpollo.

Akut había llegado en el preciso momento en que Meriem hundía el venablo en el costado del adversario de Korak. La euforia del viejo simio fue enorme. Se acercó al cuerpo del vencido, con andares rígidos y aire truculento. Rezongó y se pellizcó el largo y flexible labio. El pelo se le erizó. No prestaba la menor atención a Meriem y Korak. En las más recónditas profundidades de su escaso cerebro algo empezó a agitarse…, algo que acababa de despertar la vista y el olor de aquel gigantesco antropoide caído. La manifestación externa de aquel embrión de idea que empezaba a germinar se expresó mediante una indignación inaudita; pero las sensaciones internas de Akut eran agradables en grado superlativo. Los efluvios que emanaban del gran macho y la vista de su figura enorme y cubierta de pelo desvelaron en el corazón de Akut el inefable anhelo de contar con una compañera de su propia especie. De modo que Korak no era el único que estaba cambiando.

¿Y Meriem? Era una mujer. A la mujer le asiste el divino derecho de amar. Pero… Siempre quiso a Korak. Era su hermano mayor. Meriem no experimentaba ningún cambio. Seguía siendo feliz en compañía de Korak. Aún le quería —como una hermana quiere a un hermano indulgente— y se sentía muy, muy orgullosa de él. En toda la jungla no había un ser tan fuerte, ni tan guapo, ni tan valiente.

Korak se acercó a la joven. En los ojos del chico brilló una luz nueva

cuando hundió sus pupilas en las de Meriem, pero ella no lo entendió. No se daba cuenta de lo cerca que estaban de la madurez, ni se percató de la diferencia que en sus vidas podía representar aquella mirada nueva de los ojos de Korak.

—¡Meriem! —susurró Korak con voz ronca, al tiempo que apoyaba una bronceada mano en el hombro desnudo de la muchacha—. ¡Meriem!

La atrajo hacia sí de pronto. Ella alzó la cara, le miró y se echó a reír. Y Korak inclinó la cabeza y la besó en la boca. A pesar de todo, Meriem continuó sin comprender. No recordaba que nadie la hubiera besado nunca. Era muy agradable. A Meriem le gustó. Pensó que era la forma que tenía Korak de demostrarle lo alegre que se sentía porque aquel simio gigante no hubiera logrado huir con ella, secuestrarla. Meriem también se alegraba, así que pasó los brazos alrededor del cuello d«el matador» y le besó, una y otra y otra vez. Luego, al ver la muñeca que colgaba del cinto de Korak, la hizo suya y la besó también, como había besado al joven.

Korak deseó decir algo. Deseó confesarle que la quería; pero la misma emoción de su amor le sofocó y, por otra parte, el vocabulario de los manganis era limitado.

Se produjo una repentina interrupción. La había provocado Akut con un súbito gruñido en tono bajo, un rumor que emitió al mismo tiempo que bailoteaba alrededor del cadáver del simio. Era apenas un murmullo pero su timbre llegó directamente a las facultades perceptivas del animal de la selva que anidaba en el fondo de Korak. Era un aviso. Korak apartó inmediatamente la mirada de la preciosidad que constituía para él la dulce cara de Meriem, muy cerca de la suya. Todas sus otras facultades cobraron vida. El oído y el olfato se pusieron en alerta roja. ¡Algo se aproximaba!

«El matador» fue a situarse junto a Akut. Meriem quedó detrás de ambos. Los tres permanecieron como estatuas talladas en piedra, clavada la vista en la maraña vegetal de la selva. El ruido que había despertado su atención fue aumentando de volumen y, al cabo de un momento, se abrió la maleza a unos pasos del punto donde se hallaba el trío y apareció un antropoide enorme. El cuadrumano se detuvo al verlos. Lanzó un gruñido de advertencia por encima del hombro y, segundos después, otro macho salia cautelosamente de la jungla. Le siguieron varios más: machos y hembras, con algunas crías, hasta que se congregaron allí unos cuarenta monstruos peludos, que se dedicaron a mirar fijamente al trío. Era la tribu del rey que acababa de morir. Akut rompió el silencio. Señaló el cadáver

del macho.

—¡Korak, el poderoso luchador, ha matado a vuestro rey! —gruñó—. En toda la selva no hay nadie tan grande como Korak, hijo de Tarzán de los Monos. Korak es ahora rey. ¿Qué macho es más grande que Korak?

Se trataba de un reto dirigido a todo macho adulto dispuesto a poner en entredicho el derecho al trono que tenía Korak. Los simios intercambiaron parloteos y gruñidos durante unos momentos. Por último, un macho joven se adelantó despacio, balanceándose sobre sus cortas extremidades, erizado el pelo, terrible, gruñón y ominoso.

Una bestia colosal, joven, en la plenitud primaveral de sus facultades físicas. Pertenecía a una familia de simios casi extinta, sobre la que el hombre blanco llevaba mucho tiempo buscando información entre los indígenas de las selvas más inaccesibles. Ni siquiera los negros veían con frecuencia ejemplares de aquellos enormes y peludos antropoides primitivos.

Korak salió al encuentro del monstruo. También gruñía amenazadoramente. Daba vueltas en la cabeza a un plan. Después de la encarnizada pelea que acababa de sostener, enzarzarse en una lucha cuerpo a cuerpo con aquella bestia impresionante y descansada equivaldría a verse derrotado. Debía idear algún método más sencillo para conseguir la victoria. Encogió el cuerpo, a la espera de la embestida que sabía que iba a producirse en seguida y, en efecto, no tuvo que aguardar mucho. Su adversario sólo se demoró el tiempo imprescindible para resumir rápida y brevemente su historial de victorias y proezas. Recordaba así a su público lo formidable que era, a la vez que sembraba el desconcierto y el temor en el ánimo de Korak. O eso creía él. Luego explicó lo que iba a hacer con su enemigo, aquel miserable tarmangani. A continuación, desencadenó su ataque.

Convertidos los dedos en garras y entreabiertas las mandíbulas asesinas se precipitó sobre el expectante Korak con la impetuosa velocidad de un tren expreso. Korak no entró en acción hasta que el antropoide alargó los brazos en toda su envergadura para cerrarlos sobre él. Entonces se deslizó por debajo de ellos y, al tiempo que esquivaba la acometida, descargaba un demoledor derechazo en la mandíbula del simio. Luego se revolvió con celeridad, listo para afrontar la siguiente carga del mono al que había enviado a morder el polvo.

Trabajosamente, el sorprendido antropoide intentaba incorporarse.

Espumarajos de rabia brotaban de sus labios. Tenía los ojos ribeteados de rojo. De las profundidades de su pecho surgían rugidos sanguinarios. Pero no llegó a ponerse en pie. «El matador» le estaba esperando y en el mismo instante en que el peludo mentón ascendió hasta alcanzar la altura adecuada, otro puñetazo implacable, que hubiera derribado a un buey, despidió al simio hacia atrás.

Una y otra vez, la bestia bregó por levantarse, pero en cada ocasión el poderoso tarmangani le aguardaba con el puño dispuesto, una especie de martillo pilón cuya descarga volvía a dejar tendido de espaldas al enorme antropoide. Los esfuerzos del mono macho fueron cada vez más débiles. Tenía el rostro y el pecho manchados de sangre. De la nariz y de la boca se deslizaban sendos riachuelos escarlata. La multitud que al principio le animaba con alaridos salvajes, ahora se burlaba de él y dedicaba sus aclamaciones al tarmangani.

—¿*Kagoda*? —preguntó Korak, al tiempo que volvía a derribar al mono macho.

El empecinado simio trató de levantarse otra vez. Y una vez más el puño d«el matador» le asestó un terrible golpe. Volvió a formularle la misma pregunta:

¿*Kagoda*?… ¿No tienes bastante?

El mono permaneció inmóvil en el suelo. Luego, de sus triturados labios salió la palabra:

—¡*Kagoda*!

—Entonces ponte en pie y regresa junto a tu pueblo —dijo Korak—. Yo no quiero ser rey de una tribu que me rechazó una vez. Seguid vuestro camino y nosotros seguiremos el nuestro. Si alguna vez volvemos a encontrarnos, seremos amigos, pero no conviviremos.

Un mono viejo anduvo despacio hacia Korak.

—Mataste a nuestro rey —dijo—. Has vencido al que iba a sucederle. También pudiste matarlo, de haber querido hacerlo. ¿A quién elegiremos ahora como rey?

Korak se volvió hacia Akut.

—Ahí tenéis a vuestro rey —propuso.

Pero Akut no quería separarse de Korak, aunque, por otro lado, se perecía por quedarse con su propia tribu. Le hubiera gustado que Korak se quedase también. Se lo dijo así.

El muchacho pensaba en Meriem, en lo que sería mejor y más seguro

para ella. Si Akut se marchaba con los monos, entonces no quedaría más que uno para cuidarla y protegerla. Por otra parte, en el caso de que se integraran en la tribu, nunca se sentiría tranquilo cada vez que saliera de caza dejándola allí, porque los instintos de los simios son difíciles de controlar. Era posible incluso que, impulsada por los celos, una hembra joven alimentase un odio endemoniado por la espigada joven blanca y la matase durante la ausencia de Korak.

—Viviremos cerca de vosotros —articuló el chico por último—. Cuando cambiéis de territorios de caza, nosotros haremos lo mismo. De esa forma, Meriem y yo no nos separaremos demasiado de ti. Pero, desde luego, no viviremos con vosotros.

Akut planteó algunas objeciones a ese plan. No quería separarse de Korak. Al principio se negó a abandonar a su amigo humano para convivir con los individuos de su misma especie, pero cuando vio adentrarse en la jungla a los integrantes de la retaguardia de la tribu y observó la esbelta figura de la compañera del rey muerto y las ojeadas de admiración que la hembra dirigía al sucesor de su difunto señor, no pudo resistir la llamada de la sangre. Tras lanzar una mirada de despedida a su querido Korak, dio media vuelta y siguió a la hembra hacia el interior de los enmarañados laberintos de la selva.

Cuando Korak se retiró de la aldea de los negros, tras su última incursión de pillaje, los gritos de las víctimas y de las otras mujeres y niños atrajeron de inmediato a los guerreros que se encontraban en el bosque o en el río. El nerviosismo y agitación de los hombres fue enorme, igual que su cólera, al enterarse de que el diablo blanco había vuelto a invadir sus hogares, donde aterró a las mujeres y se llevó flechas, adornos y alimentos.

Hasta el supersticioso terror que les inspiraba aquel ser sobrenatural que cazaba acompañado de un gigantesco mono macho se vio superado por el deseo de vengarse y librarse de una vez por todas de la amenaza que constituía su presencia en la jungla.

Así, una veintena de los guerreros más ágiles, rápidos y curtidos de la aldea salieron en persecución de Korak y Akut, escasos minutos después de que «el matador» hubiese dejado la escena de muchas de sus últimas rapiñas.

El simio y el muchacho se alejaron despacio, sin adoptar precauciones de ninguna clase contra una Posible persecución. Ni su actitud ni su negligente indiferencia respecto a los negros tenían nada de extraño.

Habían llevado a cabo tantas incursiones similares a aquélla, siempre en la más absoluta impunidad, que no podían por menos que despreciar a los indígenas. Hicieron el trayecto de vuelta con el viento de cara. La consecuencia fue que no pudo llegarles el olor de los guerreros que iban tras ellos, por lo que avanzaron ignorantes por completo de que unos indígenas incansables y casi tan expertos como ellos en el conocimiento de las peculiaridades de la jungla seguían tenazmente su rastro con salvaje obstinación.

Kovudoo, el jefe, acaudillaba la pequeña partida de guerreros. Era un indígena de mediana edad, extraordinariamente astuto y valeroso. Él fue quien avistó la presa a la que llevaban varias horas siguiendo mediante los métodos misteriosos de sus casi mágicos poderes de observación e intuición, a los que había que añadir su formidable sentido del olfato.

Kovudoo y sus hombres llegaron hasta el paraje donde estaban Korak, Akut y Meriem inmediatamente después de la muerte del mono rey; el ruido de aquella pelea los condujo directamente hasta su presa. Ver allí a aquella juncal jovencita blanca sorprendió al cabecilla indígena, que estuvo contemplándola unos instantes, sin decidirse a dar a los guerreros la orden de que se abalanzasen sobre el trío. En aquel momento entraron en escena los grandes simios y el terror volvió a dejar paralizados a los negros, convertidos a continuación en espectadores del diálogo y de la batalla entre Korak y el joven macho de la tribu de antropoides.

Pero los simios ya se habían ido y los dos jóvenes blancos, el muchacho y la doncella, se quedaron solos en la jungla.

Uno de los hombres de Kovudoo acercó los labios al oído de su jefe y le susurró, al tiempo que le señalaba algo que pendía del costado de la chica:

—¡Mira! Cuando mi hermano y yo éramos esclavos en la aldea del jeque, mi" hermano le hizo esa muñeca a la hijita del árabe… La niña siempre jugaba con ella y la llamaba como mi hermano, cuyo nombre es Geeka. Poco antes de que escapáramos de aquella aldea, alguien golpeó al jeque y le raptó a la hija. Si esa es la chica, el jeque nos dará una buena recompensa por devolvérsela.

El brazo de Korak rodeaba de nuevo los hombros de Meriem. El amor era una ardorosa corriente que fluía por sus jóvenes venas. La civilización no pasaba de ser algo nebuloso, que sólo recordaba a medias, y Londres le parecía tan remoto como la antigua Roma. Sobre la Tierra sólo existían

ellos: Korak, «el matador», y Meriem, su compañera. De nuevo la atrajo contra sí y cubrió de cálidos besos los anhelantes labios de la muchacha. Entonces estalló a sus espaldas una espantosa algarabía de salvajes gritos de guerra y una veintena de negros ululantes cargó hacia ellos.

Korak se volvió para plantear batalla. Meriem se mantuvo junto a él, listo el venablo en su mano. Una lluvia de proyectiles de afilada punta voló a su alrededor. Uno de ellos se clavó en el hombro de Korak, otro le alcanzó en una pierna y el muchacho se fue al suelo.

Meriem no recibió impacto alguno, porque los negros no deseaban herirla. Se precipitaron hacia adelante para rematar a Korak y hacer efectiva la captura de la chica. Pero cuando se acercaban a la pareja, irrumpió desde otro punto de la selva Akut, seguido por los gigantescos machos de su nuevo reino.

Gruñones y rugientes corrieron hacia los guerreros negros al advertir el desaguisado que estaban cometiendo. Kovudoo se dio cuenta de lo arriesgado que sería entablar combate con aquellos imponentes antropoides, así que se apresuró a coger a Meriem y ordenar a sus hombres que emprendiesen la retirada. Los monos los siguieron durante un trecho y, antes de que la partida de los indígenas lograse escapar varios de sus miembros resultaron malheridos y uno de ellos muerto. No les hubiera salido la fuga tan relativamente bien de no preferir Akut comprobar cuanto antes el estado de Korak, en vez de preocuparse de la suerte que pudiera correr la joven, a la que siempre había considerado una especie de intrusa y una carga incuestionable.

Cuando Akut llegó junto a él, Korak yacía en el suelo, ensangrentado e inconsciente. El simio retiró los gruesos venablos clavados en la carne del muchacho y, tras lamerle las heridas, cogió en brazos a Korak y lo trasladó al refugio que el joven había construido para Meriem. Era todo lo que el animal podía hacer por su amigo. El resto coma a cargo de la naturaleza. Si ésta no se mostraba a la altura de las circunstancias, Korak moriría.

Sin embargo, el muchacho no murió. La fiebre lo tuvo postrado durante varias jornadas, mientras Akut y los monos cazaban por los alrededores, sin alejarse demasiado porque los pájaros y algunas fieras podían llegar a las alturas donde estaba la cabaña. De vez en cuando, Akut le llevaba jugosas frutas que contribuían a apagar su sed y a mitigar la fiebre. Poco a poco, la constitución robusta de Korak empezó a superar los efectos de las heridas causadas por los venablos. Empezaron a sanar y Korak fue recuperando las

energías. Durante sus momentos de lucidez, tendido encima de las pieles con las que había decorado y arreglado el nido de Meriem, sufría más por la suerte que pudiera correr la muchacha que por el dolor de sus propias heridas. Por ella tenía que sobrevivir. Por ella tenía que recobrar sus fuerzas para poder salir luego en su busca. ¿Qué le habrían hecho los negros? ¿Continuaba con vida o la habrían sacrificado en aras de su afán de torturas y de su sed de sangre y carne humana? Korak casi temblaba de terror ante las más espantosas posibilidades que sobre el destino de Meriem afluían a su imaginación, sugeridas por su conocimiento de las costumbres de la tribu de Kovudoo.

Lentos y cansinos fueron transcurriendo los días, pero al menos él consiguió recuperar suficientes energías para arrastrarse fuera del refugio y descender hasta el suelo sin ayuda ajena. Ahora se mantenía principalmente de carne cruda, por lo que dependía por completo de las habilidades y de la generosidad de Akut. Con aquella dieta a base de carne, sus energías volvieron con gran rapidez, hasta que, finalmente, se consideró en condiciones de emprender una marcha que le llevase hasta la aldea de los negros.



**…se apresuró a coger a Meriem…**

# XII




RAS la espesura, dos hombres blancos, altos y con barba habían salido de su campamento, situado a la orilla de un ancho río, y avanzaban cautelosamente a través de la jungla. Eran Carl Jenssen y Sven Malbihn, cuyo aspecto físico apenas había cambiado desde aquel día, años atrás, en que Korak y Akut les propinaron tan monumental susto, a ellos y a su safari, al presentarse inopinadamente porque Korak deseaba el refugio de su compañía.

Desde entonces, año tras año, los suecos no habían dejado de recorrer la selva para comerciar con los indígenas o para expoliarlos; para poner trampas y cazar; o para contratarse como guías al servicio de otros hombres blancos, por unas tierras que Jenssen y Malbihn conocían a fondo. Desde la experiencia que tuvieron con el jeque, siempre se cuidaron con especial

empeño de operar a prudente distancia del territorio del árabe.

En aquel momento se encontraban más cerca de su aldea de lo que habían estado durante años, aunque lo suficientemente lejos como para tener la certeza de que no iban a descubrirlos, porque aquella zona de la jungla estaba prácticamente deshabitada y porque el pueblo de Kovudoo temía y odiaba al jeque, quien, en el pasado, saqueó la aldea de los negros y a punto estuvo de exterminar a la tribu.

Los suecos se dedicaban aquel año a cazar fieras vivas para un parque zoológico europeo y ahora se aproximaban a una trampa que tendieron con ánimo de conseguir un ejemplar de babuino de los que en gran número frecuentaban las inmediaciones. Al aproximarse a la trampa, los ruidos que llegaban de allí les informaron de que el éxito había coronado sus esfuerzos. Los aullidos y chillidos de centenares de babuinos no podían significar otra cosa que uno de ellos o acaso varios habían caído víctimas del señuelo que pusieron.

Las precauciones que tomaban los dos hombres estaban justificadas por los anteriores encuentros que tuvieron con aquellas criaturas inteligentes y tenaces. Más de un trampero había perdido la vida al pelear con babuinos enfurecidos, que en ocasiones no vacilaban en lanzarse a un despiadado ataque, mientras que otras veces bastaba la detonación de un disparo de rifle para que centenares de ellos huyesen a la desbandada.

Hasta entonces, los suecos siempre habían preparado sus trampas personalmente, con sumo cuidado, ya que, por norma, sólo caían en ellas los machos más fuertes que, en su glotona voracidad, impedían a los débiles acercarse al codiciado cebo. Pero una vez se encontraron con que, aprovechando que la trampa de ramas entretejidas no resultó lo bastante consistente, los que habían caído en ella consiguieron, con la ayuda de sus congéneres exteriores, destrozar la celda y escapar. En esta ocasión, sin embargo, los cazadores habían utilizado una jaula hecha de acero especial capaz de resistir la potencia física y la astucia de un babuino. Los suecos no tenían que hacer más que alejar a la manada que sabían que iba a estar concentrada alrededor de la prisión y aguardar a que los servidores que integraban la partida, que marchaban tras ellos, les acompañaran hasta la trampa.

Al acercarse al lugar comprobaron que todo estaba tal como esperaban encontrarlo. Un macho gigantesco bregaba desesperadamente con los barrotes de acero de la jaula que lo mantenía cautivo. Por fuera, varios

centenares de babuinos daban tirones y trataban de romper el metal, en inútil esfuerzo para ayudarle. Todo ello sin dejar un segundo de parlotear, rugir y aullar con toda la potencia de sus pulmones.

Pero ni los suecos ni los simios vieron la figura medio desnuda del muchacho oculto en el follaje de un árbol próximo. Había llegado a aquel lugar casi al mismo tiempo que Jenssen y Malbihn y observaba con evidente interés las actividades de los babuinos.

Las relaciones de Korak con los babuinos nunca fueron amistosas. Una especie de tolerancia hostil caracterizaba sus ocasionales encuentros. Los babuinos y Akut, cuando se cruzaban, erguían el cuerpo y se saludaban a base de gruñidos, mientras que Korak manifestaba su amenazadora neutralidad enseñándoles los dientes. En consecuencia, al Matador le tenía más bien sin cuidado el apuro en que se hallaba el rey de aquella tribu. La curiosidad le indujo a detenerse unos segundos y en aquel momento su rápida mirada de lince percibió el extraño color de las ropas que vestían los suecos, apostados detrás de unos arbustos, cerca del puesto de observación de Korak. Automáticamente, el muchacho se puso en estado de alerta. ¿Quiénes eran aquellos intrusos? ¿Qué andaban haciendo en la selva de los manganis? Korak se desplazó sigilosamente, dando un rodeo para situarse en un punto desde el que pudiera verlos bien y olfatear su olor. Apenas había llegado a su nueva atalaya cuando los reconoció: eran los individuos que años atrás habían disparado contra él. Llamearon los ojos de Korak. Notó que los pelos de la nuca se le ponían de punta desde la raíz. Los observó con la atención de la pantera que se dispone a saltar sobre su presa.

Vio que se ponían en pie y empezaban a gritar, a fin de ahuyentar a los babuinos mientras ellos se acercaban a la jaula. Luego, uno de ellos se echó el rifle a la cara y disparó sobre la parte central de la sorprendida y furibunda manada. Durante un momento, Korak creyó que los babuinos estaban a punto de lanzarse al ataque, pero dos disparos de rifle más por parte de los hombres blancos los dispersaron entre los árboles. Los dos europeos se llegaron entonces a la jaula. Korak creyó que iban a matar al rey. Korak no apreciaba gran cosa al rey, pero todavía apreciaba menos a los dos hombres blancos. El rey nunca había intentado matarle, los hombres blancos, sí. El rey era un habitante de su amada selva, los hombres blancos eran forasteros. La lealtad de Korak, por lo tanto, estaba del bando de los babuinos, en contra de los humanos. Él hablaba el lenguaje de los babuinos, que era idéntico al de los grandes monos. Vio al otro lado del calvero la

horda de parloteantes simios que contemplaban la escena.

Los llamó a gritos. Los blancos se volvieron al oír las voces de aquel nuevo elemento que surgía a su espalda. Pensaron que se trataba de algún babuino que había dado un rodeo, pero aunque sus ojos escrutaron con toda atención la arboleda no percibieron el menor rastro de la silenciosa figura que ocultaba el follaje. Korak volvió a gritar.

—¡Soy «el matador»! —anunció—. Esos hombres son enemigos vuestros y enemigos míos. Os ayudaré a liberar a vuestro rey. Corred hacia los forasteros cuando me veáis hacerlo a mí y entre todos los pondremos en fuga y libertaremos a vuestro rey.

De los babuinos brotó la respuesta en resonante coro:

—Haremos lo que nos digas, Korak.

«El matador» descendió del árbol y corrió hacia los dos suecos. De inmediato, trescientos babuinos imitaron su ejemplo. A la vista de la extraña aparición de aquel guerrero blanco semidesnudo que se precipitaba sobre ellos con el venablo en ristre, Jenssen y Malbihn alzaron sus rifles y apretaron el gatillo, pero la agitación del momento les hizo fallar el tiro y un segundo después los babuinos ya se les habían echado encima. Su única esperanza estribaba en intentar la huida, de modo que salieron corriendo en dirección a la espesura, regateando, esquivando a los babuinos como Dios les daba a entender y manoteando para quitarse de encima de los hombros los babuinos que se les posaban allí. Pero ni siquiera en el interior de la jungla estaban a salvo y hubieran perecido de no presentarse en aquel momento sus hombres, a los que encontraron a unos doscientos metros de la jaula.

Una vez los blancos emprendieron la huida, Korak dejó de prestarles atención y se dispuso a liberar al enjaulado rey de los babuinos. Los cerrojos que habían eludido la capacidad mental de los babuinos desvelaron inmediatamente sus secretos a la superior inteligencia humana d«el matador» y al cabo de un momento el rey babuino quedaba en libertad. No gastó saliva ni perdió tiempo dando las gracias a Korak, ni el muchacho esperaba que lo hiciese. Korak sabía que ni un solo babuino olvidaría nunca el favor, aunque la verdad es que al hijo de Tarzán eso le tenía sin cuidado. Había hecho aquello impulsado por el deseo de vengarse de los dos hombres blancos. Los babuinos nunca le servirían de nada. Los que se habían quedado en tomo a la jaula corrían ya en dirección al lugar donde sus congéneres batallaban con los suecos y los secuaces de éstos. El fragor

del combate empezaba a perderse en la distancia. Korak dio media vuelta y reanudó su marcha rumbo a la aldea de Kovudoo.

Encontró a su paso una manada de elefantes que apacentaba en un claro de la selva. Los árboles crecían allí tan separados unos de otros que a Korak le era imposible desplazarse por el aire, de rama en rama, sistema que prefería porque le proporcionaba mucha más libertad de movimientos que la vía terrestre —donde la espesura de la maleza era de lo más embarazoso—, un campo visual mucho más amplio y, además, la sensación de orgullo de sus habilidades como águila humana. Volar de árbol en árbol resultaba estimulante; poner a prueba el vigor de sus músculos poderosos; recoger con las ágiles maniobras que la práctica le permitió desarrollar las deliciosas frutas de las enramadas. A Korak le encantaban las emociones de aquellos vuelos por las altas copas de los árboles, donde sin que nada ni nadie le molestara u obstaculizara sus desplazamientos, podía reírse de los animales de mayor tamaño, condenados eternamente a moverse a ras del suelo, sin poder abandonar su lobreguez y humedad.

Sin embargo, por aquel claro en el que Tantor agitaba sus enormes orejas y trasladaba de un lado a otro su voluminoso cuerpo, el hombre mono no tenía más remedio que caminar por la superficie, como un pigmeo entre gigantes. Un macho inmenso alzó la trompa para lanzar al aire un barrito de aviso, como dando a entender que había advertido que se acercaba un intruso. Sus débiles ojos miraron a un lado y a otro, pero fueron su agudo sentido del olfato y su extraordinaria capacidad auditiva los que descubrieron la presencia del muchacho mono. La manada se removió inquieta, dispuesta para la lucha, porque el viejo macho había percibido el olor del hombre.

—¡Tranquilo, Tantor! —voceó «el matador»—. ¡Soy Korak, tarmangani!

El macho bajó la trompa y la manada reanudó sus interrumpidas meditaciones. Korak pasó a treinta centímetros del impresionante macho. Una sinuosa trompa onduló en su dirección y tocó la morena piel de uno de sus hombros; un roce que era medio caricia. Korak correspondió con una afectuosa palmada en la paletilla, al pasar junto al proboscidio. Durante años, sus relaciones con Tantor y su pueblo habían sido estupendas. De todos los moradores de la jungla al que más apreciaba Korak era a aquel poderoso paquidermo, el más pacífico y al mismo tiempo el más terrible de todos. La gentil gacela no le tenía miedo y, en cambio, Numa el señor de la

selva, se desviaba de su camino y le cedía amplio terreno para evitarlo. Korak avanzó entre los machos jóvenes, las hembras y las crías. De vez en cuando, una trompa se acercaba a tocarle y en una ocasión una cría con ganas de jugar le puso la zancadilla con la trompa y le hizo dar un traspié.

Atardecía cuando Korak llegó a la aldea de Kovudoo. Numerosos indígenas holgazaneaban en las partes sombreadas de las chozas de tejado cónico y bajo las ramas de los árboles que crecían dentro del recinto. Se veían bastantes guerreros por allí. No era precisamente el momento más oportuno para que un enemigo solitario emprendiese una búsqueda por el interior del poblado. Korak decidió esperar a que cayera la noche. Podía enfrentarse a muchos guerreros, pero lo que no podía era, sin ayuda de nadie, vencer a toda una tribu… ni siquiera para rescatar a su querida Meriem. Mientras aguardaba oculto entre las ramas y el follaje de un árbol próximo, su aguda mirada recorría continuamente la aldea. Dio dos vueltas completas al poblado y olfateó los efluvios que el aire impulsaba erráticamente en todas las direcciones de la rosa de los vientos. Se vio finalmente recompensado cuando, entre los diversos olores peculiares de una aldea indígena, su sensible olfato percibió el delicado aroma del ser que buscaba. ¡Meriem estaba allí, en alguna de aquellas chozas! Pero, sin una previa investigación de cerca, le iba a ser imposible determinar en cuál de ellas, así que esperó, con obstinada paciencia, a que las negruras de la noche se hubiesen enseñoreado de la aldea.

Las fogatas de los negros salpicaban la oscuridad con puntitos de luz que irradiaban sus débiles círculos de claridad para arrancar tenues reflejos al relieve de los cuerpos desnudos sentados alrededor de las fogatas. Korak se deslizó silenciosamente del árbol en que estaba y se dejó caer en el suelo, dentro del recinto de la empalizada.

Manteniéndose entre las sombras de las chozas, bien oculto a la vista, Korak emprendió el registro sistemático del poblado… Vista, oído y olfato en constante alerta, trató de percibir el más leve indicio de la presencia de Meriem. Debía proceder con lentitud, puesto que ni siquiera los salvajes perros de la tribu, con sus oídos agudísimos, tenían que sospechar la presencia de un extraño dentro de la aldea. «El matador» sabía muy bien lo cerca que había estado en más de una ocasión de que varios de ellos lo detectaran y lo delataran con sus inquietos ladridos.

Korak no volvió a percibir con claridad el olor de Meriem hasta llegar a la parte posterior de una choza del extremo de la amplia calle de la aldea.

Con la nariz pegada a la pared de bálago olfateó ávidamente la construcción, tenso y palpitante como un podenco. Se fue acercando a la entrada en cuanto el olfato le aseguró que Meriem estaba allí dentro, pero al dar la vuelta hacia la parte de la fachada se encontró con que un negro corpulento, armado con largo venablo, montaba guardia sentado en cuclillas ante la puerta. El centinela le daba la espalda y su figura se recortaba contra el resplandor de las fogatas donde las mujeres preparaban la cena a lo largo de la calle. El centinela estaba solo. El compañero más próximo descansaba frente a la lumbre, unos veinte metros más allá. Para entrar en la cabaña, Korak tenía que silenciar al centinela o deslizarse junto a él sin que lo viera. El peligro de la primera opción residía en la casi certidumbre de que el intento alarmara a los guerreros más inmediatos, lo que atraería sobre él a todos los demás habitantes del poblado. La segunda alternativa resultaba prácticamente imposible, pero Korak, «el matador», no era como nosotros, los mortales corrientes.

Quedaba un espacio de sus buenos treinta centímetros entre la amplia espalda del negro y el umbral de la choza. ¿Lograría Korak pasar por detrás del centinela sin que éste lo descubriera? La luz que caía sobre la reluciente piel de ébano del indígena también llegaba a la morena, menos oscura, de Korak. Si a alguno de los negros que estaban en la calle se le ocurriera, aunque sólo fuera por casualidad, mirar hacia allí, sin duda repararía en aquella figura de color más claro que se movía ante la choza. Pero Korak confiaba en que el interés de su conversación retuviese su atención sobre el tema que tratasen y en que el resplandor de los fuegos que tenían delante les impidiera distinguir con claridad las cosas que ocurrían en la oscuridad del extremo de la aldea donde tenía lugar la misión que «el matador» llevaba entre manos.

Pegó el cuerpo a la pared de la choza y, sin producir el más leve susurro al deslizarse sobre la paja seca que la formaba, fue acercándose al centinela que guardaba la puerta. Llegó junto a su hombro. Serpenteó por detrás de él. Notó en sus rodillas el calor que despedía el cuerpo del negro. Oyó su respiración… Se maravillaba de que aquel majadero no hubiese dado aún la voz de alarma, pero el indígena seguía sentado allí, tan ignorante de la presencia de Korak como si éste no existiera.

Korak avanzaba apenas dos centímetros en cada movimiento de avance y luego se inmovilizaba durante varios segundos. Se desplazaba así a espaldas del guardián cuando éste se enderezó, abrió la caverna de su boca

en enorme bostezo y estiró los brazos por encima de la cabeza. Korak se quedó rígido como una piedra. Un paso más y estaría dentro de la choza. El negro bajó los brazos y se relajó. A su espalda estaba el marco de la puerta. Con anterioridad había apoyado allí varias veces la soñolienta cabeza y en aquel momento se inclinó hacia atrás para disfrutar del placer prohibido de una cabezadita.

Pero en vez del marco, su cabeza y sus hombros entraron en contacto con la cálida carne de un par de piernas vivas. La exclamación de sorpresa que estuvo a punto de brotar de sus labios se le quedó sofocada en la garganta porque unos dedos de acero se cerraron alrededor de su cuello con la celeridad del pensamiento. El negro forcejeó para incorporarse, para volverse hacia el ser que le sujetaba, para zafarse de su presa, pero sus esfuerzos fueron vanos. Ni siquiera pudo chillar. Aquellos dedos terribles apretaban su garganta cada vez con más fuerza. Los ojos se le salian de las órbitas. Su rostro adoptó un color azul ceniciento. Por último, su cuerpo se relajó una vez más… pero en esa ocasión definitivamente. Korak apoyó el cadáver en el marco de la puerta. Lo dejó allí sentado, como si siguiera vivo en la oscuridad. Acto seguido, el muchacho se deslizó a través de las estigias negruras del interior de la choza.

—¡Meriem! —susurró.

—¡Korak! ¡Mi Korak! —exclamó la chica. Fue un grito ahogado por el temor a alarmar a los secuestradores y por el sollozo de alegría que surgió ante la llegada del muchacho.

Korak se arrodilló y cortó las ligaduras que sujetaban las muñecas y los tobillos de Meriem. Un momento después ya la había ayudado a levantarse y, cogida de la mano, tiraba de ella hacia la puerta. En la parte exterior, el centinela de la muerte seguía montando su macabra guardia. Un perro sarnoso del poblado gemía y olisqueaba los pies del negro. Al ver a la pareja que salia de la choza, el animal soltó un gruñido extrañado y en cuanto captó el olor del intruso hombre blanco estalló en una serie de aullidos excitados. Inmediatamente, los guerreros de las fogatas cercanas volvieron la cabeza en dirección al punto donde se armaba aquel alboroto canino. Era imposible que no viesen la blanca piel de los fugitivos.

Korak se hundió rápidamente en las sombras del lado contrario de la choza. Arrastró a Meriem consigo, pero ya era demasiado tarde. Los negros habían visto lo suficiente como para que se hubieran despertado sus sospechas y una docena de ellos corrían a investigar. El perro continuaba

ladrando, pegado a los talones de Korak e indicando el camino a los perseguidores. «El matador» le dirigió un lanzazo con la peor intención del mundo, pero hacía mucho tiempo que el perro había aprendido a esquivar los golpes y resultaba un blanco escurridizo y esquivo.

Los gritos y la carrera de sus compañeros habían alarmado a otros negros y prácticamente la población en peso de la aldea bullía por la calle, en absoluto dispuesta a perderse el espectáculo de la persecución. El primer descubrimiento fue el del cadáver del centinela. Al cabo de unos instantes, uno de los guerreros más valientes entró en la choza y se encontró con que la prisionera brillaba por su ausencia. Tan sorprendente anuncio llenó a los negros de una combinación de terror y rabia, pero al no ver por allí enemigo alguno, se permitieron el lujo de dejar que la rabia se impusiera al terror y los cabecillas, empujados por los que estaban detrás, dieron la vuelta rápidamente a la choza en dirección al punto de donde procedían los ladridos del perro sarnoso. Vieron que por allí huía un guerrero blanco, que se llevaba a la cautiva, y al reconocer en él al autor de las numerosas incursiones y humillaciones perpetradas sobre ellos y convencidos de que lo tenían a su merced, acorralado y en desventaja, se precipitaron como locos hacia él.

Al darse cuenta de que los habían descubierto, Korak levantó en peso a Meriem, se la puso al hombro y echó a correr rumbo al árbol que les permitiría abandonar el poblado. Pero el peso de la muchacha entorpecía la huida y le impedía moverse con la debida rapidez. Por otro lado, las piernas de la chica apenas podían aguantar el peso del cuerpo, ya que las ligaduras habían estado tanto tiempo ciñéndole con fuerza los tobillos que la sangre no pudo circular como era debido y paralizó parcialmente las extremidades.

A no ser por semejantes contrariedades, la fuga habría sido cosa de un momento, puesto que Meriem era casi tan veloz y ágil como Korak y estaba tan acostumbrada como él a desplazarse por las enramadas. Pero con la chica encima de los hombros Korak no podía huir y luchar con ventaja y la consecuencia fue que antes de haber cubierto la mitad de la distancia que les separaba del árbol una veintena de perros indígenas, atraídos por los ladridos de su compañero y por los gritos de sus amos, cargaron sobre el fugitivo hombre blanco, empezaron a tirarle dentelladas a las piernas y acabaron por hacerle caer. En cuanto lo tuvieron en el suelo, aquellas bestias que parecían hienas se abalanzaron sobre él y, mientras Korak bregaba para levantarse, llegaron los negros.

Un par de ellos sujetaron a Meriem y, aunque ella no escatimó mordiscos y arañazos para defenderse, lograron reducirla: bastó un golpe en la cabeza. Para someter a Korak necesitaron adoptar medidas más drásticas. Con todos los perros y guerreros encima, aún se las arregló para ponerse en pie. Descargó mandobles demoledores a diestro y siniestro contra los adversarios humanos. A los perros no les prestaba más atención que la de agarrar y retorcer su cuello con un brusco movimiento de muñeca al que a causa de su belicosa insistencia acababa de fastidiarle.

Un hércules de ébano pretendió asestarle un estacazo, pero antes de que el indígena pudiera conseguirlo, Korak le arrancó el garrote de las manos y los negros sufrieron entonces en propia carne todas las posibilidades de castigo de que disponían los formidables y flexibles músculos que se albergaban bajo la piel de terciopelo broncíneo del extraño gigante blanco. Se precipitó entre ellos con el ímpetu y la ferocidad de un elefante macho enloquecido. Aquí y allá derribaba sin remedio a los que tenían la temeridad de ponerse a su alcance y plantarle cara. No tardó en resultar evidente que, a menos que un venablo se hundiera en su cuerpo y lo derribara, acabaría por vencer en toda la línea a la tribu entera y que como colofón recuperaría a la muchacha. Pero al viejo Kovudoo no se le escamoteaba fácilmente la recompensa que Meriem representaba y, al ver que el ataque de los indígenas se había reducido hasta entonces a una serie de combates individuales con el guerrero blanco, convocó a los guerreros de su aldea, los hizo formar un cuadro compacto en torno a la muchacha y ordenó a los dos que iban a encargarse de la custodia directa del rehén que se limitaran a rechazar los ataques de «el matador».

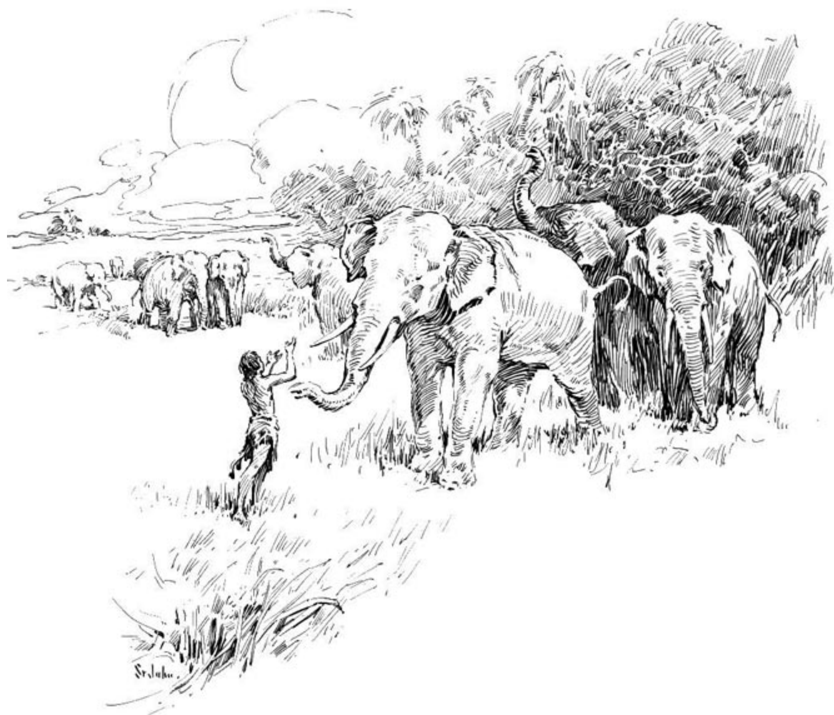
Una y otra vez se precipitó Korak contra aquella barrera humana erizada de puntas de venablo. Y una y otra vez se vio rechazado, a menudo con graves heridas que le hicieron comprender que debía actuar con mayores precauciones. Estaba cubierto de sangre de la cabeza a los pies, de su propia sangre, hasta que por fin, debilitado por las hemorragias, comprendió con amargura que él solo no podría ayudar a Meriem.

Una idea surcó su cerebro como el rayo. Llamó a Meriem en voz alta. Ella había recobrado el conocimiento y le contestó.

—Korak se retira voceó, —pero volverá y te arrancará de las garras de los gomanganis. ¡Hasta pronto, Meriem! ¡Korak volverá en seguida a buscarte!

—¡Adiós! —gritó la chica—. Meriem te estará esperando.

Como una centella, y antes de que los indígenas comprendiesen o tuvieran tiempo de impedir sus intenciones, Korak dio media vuelta, atravesó corriendo la aldea, dio un salto y desapareció entre el follaje del árbol gigante que constituía su vía de acceso y salida del poblado de Kovudoo. Le siguió una nube de venablos, pero lo único que consiguieron los indígenas fue que una carcajada burlona surgiera de la oscuridad de la jungla.



**¡Tranquilo, Tantor! ¡Soy Korak, tarmangani!**

## XIII



ERIEM, de nuevo fuertemente atada y sometida a estrecha vigilancia en la propia choza de Kovudoo, vio transcurrir la noche y alborear el nuevo día sin que en ningún momento le abandonase la idea, la esperanza de que Korak iba a presentarse de un momento a otro. No tenía la menor duda de que iba a volver y menos aún de que la libertaría fácilmente de su cautiverio. Para ella, Korak era poco menos que omnipotente. Encarnaba lo mejor y lo más fuerte de su mundo salvaje. Meriem se enorgullecía de las hazañas de Korak y le adoraba por la solícita ternura que siempre derrochó al tratarla. Que recordase, nadie le había brindado jamás la amabilidad y el cariño que a diario volcaba Korak sobre ella. La mayoría de los atributos de delicadeza y educación que rodearon la infancia del hijo de Tarzán llevaban bastante tiempo enterrados en el olvido a causa de las costumbres que la selva misteriosa le había impuesto. Korak se mostraba más a menudo

salvaje y sanguinario que bondadoso y sensible. Sus otros compañeros selváticos no necesitaban que les prodigase detalles afectuosos. Ir de caza con ellos y luchar a su lado era suficiente. Si les gruñía y les enseñaba los colmillos con gesto feroz cuando violaban los inalienables derechos que le correspondían sobre los frutos de una pieza cobrada eso no provocaba en ellos ningún rencor hacia Korak… sólo respeto acentuado por su eficacia y aptitud, porque además de su capacidad mortífera era capaz de proteger la posesión de la carne de su víctima.

Pero hacia Meriem siempre había manifestado su lado más humano. Mataba principalmente para ella. Los frutos de sus esfuerzos siempre los ponía a los pies de Meriem. Para Meriem eran siempre los mejores bocados de la carne que colocaba a su lado al sentarse junto a la muchacha y si alguien osaba acercarse demasiado a olfatear, de inmediato se oía el gruñido ominoso de Korak. En los oscuros días de lluvia, cuando reinaba el frío, o cuando como resultado de una larga sequía llegaba la sed, tales incomodidades despertaban en Korak la preocupación por el bienestar de Meriem, antes de que pensara en sí mismo… Lo primero, que la joven tuviera el calor suficiente o calmada la sed y entonces, sólo entonces, satisfacía Korak sus propias necesidades.

Las pieles más suaves cubrían siempre los airosos hombros de Meriem. Las hierbas de aroma más agradable perfumaban el aire de su cabaña aérea y las pieles más densas acolchaban el lecho más mullido de toda la jungla.

¿Podía extrañar, pues, que Meriem quisiera a Korak? Pero en realidad lo quería como una hermana pequeña puede querer al hermano mayor que se porta bien con ella. Claro que, ciertamente, la chica no sabía absolutamente nada del amor que una doncella puede sentir por un hombre.

De modo que mientras permanecía en la choza de Kovudoo, esperando a Korak, no cesaba de pensar en él y en lo que significaba para ella. Lo comparó con el jeque, su padre, y un estremecimiento recorrió el cuerpo de Meriem al recordar al severo, canoso y arrugado árabe. Hasta los mismos negros salvajes eran menos crueles con ella. No entendía su lenguaje, por lo que ignoraba el motivo por el que la mantenían prisionera. No ignoraba que había hombres que comían seres humanos, así que supuso que tal vez iban a devorarla, pero ya llevaba cierto tiempo con ellos y no le habían causado daño alguno. Lo que no sabía Meriem era que habían enviado un mensajero a la lejana aldea del jeque, a fin de tratar con el árabe la cuestión de la recompensa. Y lo que tampoco sabía Meriem, como asimismo lo

ignoraba Kovudoo, era que el mensajero no iba a llegar nunca a su destino, que se había tropezado con el safari de Jenssen y Malbihn y que, con la locuacidad que el indígena suele prodigar cuando se encuentra con otros indígenas, reveló a los servidores negros de los suecos la misión que le habían encomendado. A los servidores negros les faltó tiempo para contárselo a sus jefes y la consecuencia de ello fue que, cuando el emisario abandonó el campamento para reanudar la marcha, apenas se había perdido de vista cuando sonó una detonación de rifle y el hombre se desplomó sin vida entre la maleza, con una bala en la espalda.

Al cabo de un momento, Malbihn regresaba al campamento, donde entre titubeos y nerviosismo, de forma poco convincente, explicó que había disparado sobre un ciervo, pero que erró el tiro. Los suecos estaban perfectamente enterados de que los negros les odiaban y que un acto abiertamente hostil contra Kovudoo llegaría a oídos del jefe negro a la primera oportunidad. Y no eran lo bastante fuertes, ni en armas ni en servidores leales, para arriesgarse a ganarse la enemistad del astuto viejo jefe.

A continuación de este episodio sucedió el encuentro con los babuinos y el extraño salvaje blanco que se alió con los simios, en contra de los humanos. Sólo a copia de hábiles maniobras y de derrochar pólvora a mansalva lograron los suecos quitarse de encima a los enfurecidos babuinos hasta llegar al campamento, donde aún tuvieron que soportar durante muchas horas el asedio constante de centenares de diablos que no cesaban de gruñir y chillar.

Rifle en mano, los suecos rechazaron innumerables asaltos a los que sólo hizo falta una dirección competente para que sus resultados hubieran sido tan positivos como aterradora fue su apariencia. Una y otra vez creyeron los dos europeos ver a aquel salvaje mono blanco de piel lisa moviéndose entre los babuinos del bosque y la idea de que pudiera encontrarse a la cabeza de los simios en alguno de aquellos asaltos resultaba de lo más inquietante. Hubieran dado cualquier cosa por meterle un balazo mortal en el cuerpo, ya que le culpaban de la pérdida de su ejemplar y de la actitud belicosa de los babuinos hacia ellos.

—Ese debe de ser el tipo sobre el que disparamos hace unos años —dijo Malbihn—. Aquel día lo acompañaba un gorila. ¿Le viste bien, Carl?

—Sí —respondió Jenssen—. Cuando apreté el gatillo lo tenía a menos de cinco pasos. Parece tratarse de un europeo de aspecto inteligente… y

poco más que un mozalbete. Ni en su cara ni en su expresión hay síntomas de imbecilidad o degeneración, como suele ocurrir en casos similares, cuando un lunático se echa al bosque y vive desnudo y entre porquería y los campesinos de la región le asignan el título de salvaje. No, ese fulano es de otra especie… e infinitamente más temible. Con todo lo que me gustaría tenerlo unos segundos en el punto de mira, confío en que se mantenga a distancia. Si acaudillase una carga contra nosotros, no creo que tuviésemos muchas posibilidades de salir bien librados, a no ser que le acertásemos de lleno y lo tumbáramos a la primera de cambio.

Pero el gigante blanco no volvió a aparecer a la cabeza de los babuinos y, al final, los furibundos cuadrumanos se cansaron y se dispersaron por la jungla, dejando al safari en paz.

Los suecos partieron al día siguiente rumbo a la aldea de Kovudoo, con intención de apoderarse de la muchacha blanca que el mensajero del cacique negro dijo que éste mantenía cautiva en el poblado. No tenían nada clara la forma de conseguirlo. Emplear la fuerza era algo que de entrada quedaba descartado, aunque no hubiesen vacilado en utilizarla, de disponer de ella. En años anteriores dominaron amplias zonas merced a una estrategia de terror y la fuerza bruta les había proporcionado suculentos beneficios, incluso en circunstancias en que recurrir a la amabilidad y la diplomacia les habría dado mejores resultados. Pero ahora se encontraban en apuros… en situación tan precaria que en el curso del último año sólo se mostraron tal cuales eran al llegar a una aldea aislada, de habitantes tan escasos en número como en valor.

La de Kovudoo no era así y aunque era una aldea situada lejos de los pobladísimos distritos del norte, su poder era tal que mantenía un señorío reconocido sobre la retahíla de villorrios que enlazaban con los salvajes caciques del norte. Ganarse la enemistad de Kovudoo hubiera constituido la ruina para los suecos. Hubiera significado que nunca más les habría sido posible llegar a la civilización por la ruta septentrional. Hacia el oeste, la aldea del jeque se encontraba en medio de su camino, les cortaba el paso de manera eficaz. La ruta oriental les era totalmente desconocida y, en cuanto al sur, no había ruta. De modo y manera que los suecos se acercaron a la aldea de Kovudoo con la lengua llena de palabras amistosas y el espíritu rebosante de astuta hipocresía.

Habían trazado bien sus planes. No mencionaron para nada a la prisionera blanca: fingieron ignorar que Kovudoo tenía una cautiva blanca.

Intercambiaron regalos con el viejo cacique, regateando con sus delegados plenipotenciarios sobre el valor de lo que recibían a cambio de lo que daban, como es costumbre cuando uno no alberga ocultas intenciones. La generosidad injustificada hubiera suscitado recelos.

Durante la conversación que siguió detallaron los cotilleos que circulaban por las aldeas de su recorrido y, a cambio, escucharon las noticias que poseía Kovudoo. Fue una charla prolongada y tediosa, como siempre les resultan a los europeos las ceremonias de los indígenas. Kovudoo no aludió en absoluto a su prisionera y, a juzgar por la esplendidez de sus regalos y por la oferta de guías que les hizo, dio la impresión de que estaba deseando que sus huéspedes se marcharan cuanto antes. Fue Malbihn quien, cuando la entrevista tocaba a su fin, dejó caer la nueva de la muerte del jeque. Kovudoo manifestó instantáneamente su sorpresa e interés.

—¿No lo sabías? —se extrañó Malbihn—. Qué raro. Ocurrió durante la luna pasada. Se cayó del caballo cuando el animal metió la pata en un agujero. Al caérsele encima, la montura lo aplastó. Cuando llegaron sus hombres, el jeque ya estaba muerto.

Kovudoo se rascó la cabeza. Se sentía decepcionadísimo. Se esfumó la recompensa que pensaba recibir del jeque a cambio de la chica. La joven ya no valia nada, salvo como plato de un banquete… o como compañera. Esta última posibilidad le reanimó. Soltó un salivazo sobre un escarabajo que se arrastraba por el suelo ante él. Miró a Malbihn con ojos calculadores. Aquellos blancos eran individuos muy curiosos. Se alejaban mucho de sus aldeas, sin llevar mujeres. Sin embargo, Kovudoo sabía que las mujeres les gustaban. Pero ¿hasta qué punto les gustaban? Esa era la cuestión que turbaba a Kovudoo.

—Sé dónde hay una muchacha blanca —anunció inopinadamente—. Si queréis comprarla, acaso os la ofrezca barata.

Malbihn se encogió de hombros.

—Ya tenemos bastantes problemas, Kovudoo —dijo—, sin cargar con una hiena hembra… Y si encima hay que pagar por ella…

Malbihn chasqueó los dedos con despectiva burla.

—Es joven —hizo el artículo Kovudoo— y bastante guapa.

Los suecos se echaron a reír.

—En la jungla no hay ninguna blanca guapa, Kovudoo —aseguró Jenssen—. ¿No te da vergüenza intentar tomar el pelo a unos amigos?

Kovudoo se puso en pie de un salto.

—Acompañadme —invitó—, os demostraré que es tan guapa como os digo.

Malbihn y Jenssen se pusieron en pie. Al hacerlo, intercambiaron una mirada y Malbihn dirigió un leve guiño de complicidad a su compañero. Siguieron a Kovudoo hacia su choza. En la penumbra del interior distinguieron la figura de una muchacha que yacía atada encima de un camastro.

Malbihn le lanzó un rápido vistazo y dio media vuelta.

—Lo menos tiene mil años, Kovudoo —dijo, al tiempo que salia de la choza.

—Es joven —protestó el negro—. Aquí dentro está oscuro. No puedes verla bien. Aguarda, la sacaré a la luz del día.

Ordenó a los dos indígenas que la custodiaban que le quitasen las ligaduras de los tobillos y la condujesen afuera para que los suecos la examinaran.

Malbihn y Jenssen no manifestaron ningún interés especial, aunque ambos ardían en deseos… no de verla, sino de entrar en posesión de la muchacha. Lo mismo les daba que tuviese cara de tití y que su figura fuese como el tonel con piernas que era el propio Kovudoo. Lo único que deseaban saber era que se trataba de la misma muchacha que años atrás le había sido arrebatada al jeque. Creían poder reconocerla si realmente lo era, pero aparte de todo, el testimonio del emisario que Kovudoo envió al jeque era suficiente para que tuviesen la certeza de que se trataba de la joven a la que ya habían intentado secuestrar en otra ocasión.

Cuando Meriem estuvo fuera de la choza, los dos blancos volvieron a mirarla como si no les importase lo más mínimo. A Malbihn, sin embargo, le costó trabajo contener una exclamación de asombro. La belleza de la chica le dejó sin aliento, pero recuperó instantáneamente la serenidad y se volvió hacia Kovudoo.

—¿Y bien? —dijo al viejo cacique.

—¿Acaso no es joven y guapa? —preguntó Kovudoo.

—No es vieja —concedió Malbihn—, pero sigue representando una carga. No venimos del norte en busca de esposas… Allí tenemos ya mujeres más que suficientes.

Meriem se quedó mirando a los blancos. No esperaba de ellos nada bueno. Los consideraba tan enemigos como los negros. Los odiaba y los

temía a todos por igual. Malbihn se dirigió a ella en árabe.

—Somos amigos —aseguró—. ¿Te gustaría que te llevásemos de aquí?

Lenta, confusamente, como si el recuerdo llegase desde una gran distancia, el en otro tiempo idioma familiar entró en el cerebro de Meriem.

—Me gustaría quedar libre —dijo—, y volver junto a Korak.

—¿No te gustaría venir con nosotros? —insistió Malbihn.

—No —la respuesta de Meriem fue tajante.

Malbihn se dirigió a Kovudoo.

—Ya ves que no quiere venir con nosotros —constató.

—Sois hombres —replicó el negro—. ¿No podéis llevárosla a la fuerza?

—Con eso sólo conseguiríamos que aumentaran nuestros problemas —contestó el sueco—. No, Kovudoo, no la queremos; aunque, si lo que pretendes es desembarazarte de ella, nos la llevaremos para hacerte un favor, porque te consideramos un amigo.

Kovudoo comprendió entonces que había trato. La querían. De modo que empezó a regatear y, al final, la persona de Meriem pasó de manos del cabecilla negro a las de la pareja de suecos, a cambio de cinco metros de tela, tres casquillos de bala vacíos, de latón, y un pequeño pero rutilante cuchillo de Nueva Jersey. Y todos, menos Meriem, quedaron satisfechos con el negocio.

Kovudoo sólo puso una única condición: que los europeos abandonasen la aldea, con la chica, a la mañana siguiente, en cuanto empezara a amanecer. Una vez cerrado el trato, no vaciló en explicar los motivos de la condición que había impuesto. Les contó la audaz tentativa que había llevado a cabo el salvaje compañero de la muchacha para rescatarla y les indicó que cuanto antes la sacaran de la región, más probabilidades tendrían de conservar la propiedad de la joven.

Volvieron a atar a Meriem y la pusieron de nuevo bajo vigilancia, pero esa vez en la tienda de los suecos. Malbihn empezó a hablarle, con ánimo de convencerla para que les acompañase por propia voluntad. Le dijo que la devolverían a su aldea, pero al enterarse de que la muchacha prefería morir a volver junto al anciano jeque, le prometió que no la llevarían allí, pues, en realidad, tampoco tenían intención de hacerlo. Mientras hablaba con Meriem, el sueco se recreó en la contemplación a gusto de las bonitas líneas de su rostro y de su cuerpo. Desde que la vio en la aldea del jeque, se había convertido en una moza alta y esbelta, camino de la madurez.

Durante años, había representado para él cierta recompensa fabulosa. En el plantel de sus pensamientos había sido la personificación de los lujos y placeres que podía comprar disponiendo de francos en cantidad. Ahora, al contemplarla frente a sí, palpitante de vida y hermosura, su persona le sugería otras posibilidades atractivas y seductoras por demás. Se acercó a ella y posó una mano encima de su hombro. Meriem retrocedió. Malbihn la agarró sin contemplaciones, le golpeó en la boca y trató de besarla. En aquel momento Jenssen entró en la tienda.

—¡Malbihn! —gritó—. ¡So estúpido!

Sven Malbihn soltó a Meriem y se volvió hacia su compañero, rojo de mortificación y vergüenza.

—¿Qué diablos pretendes? —rezongó Jenssen—. ¿Quieres despedirte de todas las posibilidades de cobrar la recompensa? Si maltratamos a la chica no nos darán un céntimo, sino que todos nuestros esfuerzos servirán únicamente para que nos metan en la cárcel. Creí que tenías más sentido común, Malbihn.

—Uno no es de piedra —se excusó Malbihn.

—Pues te iría mejor si lo fueses —replicó Jenssen—, por lo menos hasta que la hayamos entregado sana y salva y hayamos cobrado lo que esperamos cobrar.

—¡Oh, diablos! —exclamó Malbihn—. ¿Qué importa? Se darán por contentos con tenerla de vuelta y, para cuando lleguemos allí con ella, la chica tendrá buen cuidado en no irse de la lengua. ¿Por qué no?

—Porque yo lo digo —gruñó Jenssen—. Siempre he dejado que llevaras la voz cantante, Sven, pero en esta ocasión soy yo el que va a imponer su criterio, porque tengo razón, tú estás equivocado y ambos lo sabemos.

—Te has vuelto muy virtuoso de repente —refunfuñó Malbihn—. Tal vez supones que he olvidado lo de la hija del mesonero, lo de la pequeña Celella y lo de aquella negra que…

—¡Cierra el pico! —saltó Jenssen—. No es cuestión de virtud y lo sabes tan perfectamente como yo. No quiero pelearme contigo, Sven, pero, que Dios me perdone, no vas a causar el menor daño a esta muchacha, aunque tenga que matarte para evitarlo. En el curso de los últimos nueve o diez años he pasado fatigas sin fin, he trabajado como un esclavo y he estado a punto de morir para recoger lo que la suerte se dignaba arrojar a mis pies… Y ahora no estoy dispuesto a que se me roben los frutos del

éxito final sólo porque tú quieres portarte más como una bestia que como un hombre. Te lo advierto otra vez, Sven…

Se palmeó el revólver que llevaba en la funda colgada al cinto.

Malbihn dedicó a su compañero una mirada siniestra, se encogió de hombros y salió de la tienda. Jenssen se dirigió a Meriem.

—Si vuelve a molestarte, me llamas —dijo—. Siempre andaré cerca.

Meriem no había entendido la conversación mantenida por sus dos propietarios, ya que se expresaron en sueco, pero sí entendió lo que le dijo Jenssen, porque le habló en árabe, y de tales palabras sacó una idea bastante acertada de lo ocurrido entre los dos hombres. La expresión de sus rostros, los ademanes y gestos, la palmada final que dio Jenssen a su revólver unos segundos antes de que Malbihn abandonara la tienda fueron detalles demasiado elocuentes para no darse cuenta de la gravedad del altercado. Meriem miró a Jenssen con ojos cargados de amistad y, con la inocencia de la juventud, recurrió a su misericordia y le pidió que la dejara libre para poder regresar junto a Korak y a la vida de la selva. Pero su destino era sufrir una nueva decepción, porque el sueco se limitó a reírse groseramente de ella y a advertirle que si intentaba escapar, la castigaría condenándole a sufrir la suerte de la que acababa de librarla.

Meriem se pasó toda la noche con el oído atento a la menor señal de Korak. A su alrededor, la vida de la selva bullía en la oscuridad. Los sensibles oídos de la muchacha captaban sonidos que las demás personas del campamento eran incapaces de percibir, sonidos que Meriem interpretaba como nosotros podemos interpretar las palabras de un amigo. Pero ni una sola nota reveló la presencia de Korak. Sin embargo, sabía que iba a presentarse. Salvo la muerte, nada impediría a Korak volver a buscarla. Pero ¿por qué tardaba tanto?

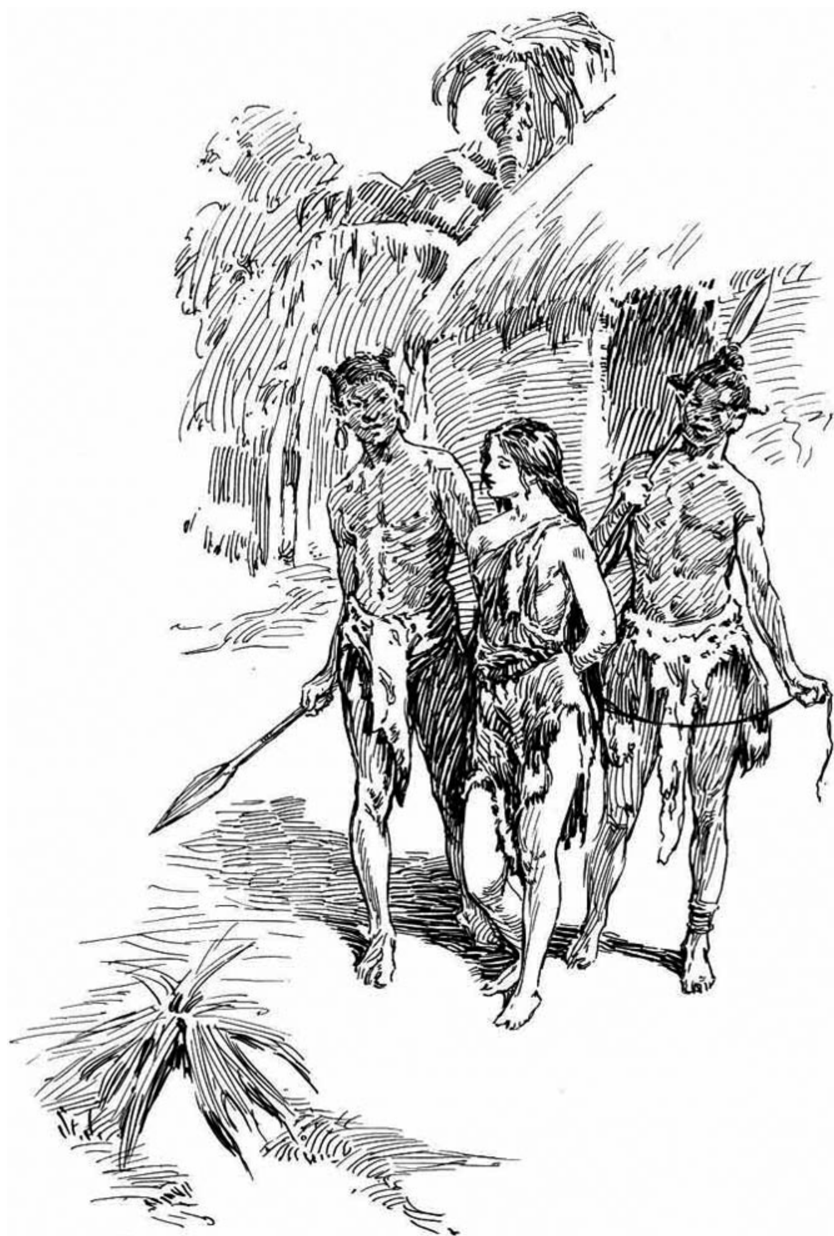
Cuando llegó la mañana, sin que en el curso de la noche hubiera llegado el auxilio que esperaba de Korak, la fe y la lealtad de Meriem siguieron inamovibles en su espíritu, aunque empezaron a asaltarle dudas acerca de si su compañero estaba o no sano y salvo. Le parecía increíble que le pudiera ocurrir algo serio al maravilloso Korak, que a diario salia indemne de todos los terrores que acechaban en la jungla. Sin embargo, amaneció, desayunaron, levantaron el campamento y el miserable *safari* de los suecos emprendió la marcha hacia el norte, sin que surgiese el menor indicio de rescate, cuya manifestación esperaba la muchacha que se produjese de un momento a otro.

Caminaron a lo largo de todo el día, y de todo el día siguiente, y del otro, sin que Korak se dejase ver, ni siquiera por los ojos de la paciente y expectante jovencita, que avanzaba con paso firme, en silencio, junto a los implacables individuos que la mantenían cautiva.

Malbihn continuaba ceñudo, hosco e irritado. Cuando Jenssen le decía algo, siempre en tono de reconciliación amistosa, contestaba con cortantes monosílabos. A Meriem no le dirigía la palabra, pero la joven le sorprendió varias veces observándola con los párpados entornados… y expresión voraz. Aquella mirada le producía escalofríos. Meriem apretaba a Geeka contra su pecho y lamentaba que, cuando los hombres de Kovudoo la capturaron, le quitaran el cuchillo.

Hasta la cuarta jornada de marcha no empezó Meriem a abandonar definitivamente toda esperanza. A Korak le había sucedido algo. Lo adivinaba. Su amigo ya no aparecería y aquellos hombres se la llevarían lejos. Y era muy posible que la mataran. Jamás volvería a ver a Korak.

Aquel cuarto día, los suecos descansaron, porque su ritmo de marcha había sido muy rápido y los hombres estaban agotados. Malbihn y Jenssen salieron de caza, partiendo en distintas direcciones. Apenas había transcurrido una hora desde que marcharon, cuando la puerta de lona de la tienda de Meriem se levantó para dar paso a Malbihn. El semblante del sueco tenía una expresión bestial.



**…ordenó a los dos indígenas que la condujesen afuera.**

## XIV



IRANDO con unos ojos como platos clavados en él, como una empavorecida criatura cogida en la trampa de la mirada hipnótica de una gran serpiente, la muchacha vio acercarse al hombre. Tenía las manos libres, porque los suecos la habían aherrojado con una argolla de hierro cerrada en tomo a su cuello, asegurada con un candado y unida, mediante una vieja cadena, a una estaca clavada firme y profundamente en el suelo.

Centímetro a centímetro, lentamente, Meriem fue retrocediendo hacia el fondo de la tienda. Malbihn la siguió, con los brazos extendidos, las manos medio cerradas, curvados los dedos como garras dispuestas a cogerla. Sus labios estaban entreabiertos, su respiración acelerada, jadeante…

La muchacha recordó que Jenssen le había dicho que, en un caso así, le llamara; pero Jenssen se había ido a cazar a la selva. Malbihn había elegido

bien el momento. A pesar de todo, Meriem chilló, a pleno pulmón, estridentemente, una, dos, tres veces, antes de que Malbihn cruzara la tienda de un salto y sofocara con sus brutales dedos los gritos de alarma de la chica. Meriem se resistió y luchó como lo haría cualquier animal de la jungla: a dentelladas y arañazos. El hombre comprobó que aquella presa no era fácil. Aquel cuerpo esbelto y juvenil albergaba bajo las redondeadas curvas y la fina y suave piel los músculos de una leona en la primavera de la vida. Pero Malbihn no era ningún alfeñique. De carácter brutal y aspecto no menos bárbaro, su fortaleza física no desentonaba. Su estatura y su robustez eran gigantescas. Poco a poco consiguió tumbar a Meriem de espaldas en el suelo y correspondía a cada mordisco y arañazo de la joven con una bestial bofetada en el rostro. Meriem devolvía los golpes, pero se iba sintiendo cada vez más débil, a medida que los dedos apretaban su sofocante tenaza en el cuello de la muchacha.

En la jungla, Jenssen había abatido dos gamos. La caza no le había alejado mucho del campamento, cosa que tampoco estaba dispuesto a permitirse. Recelaba de Malbihn. El mero hecho de que su compañero no hubiese querido acompañarle, prefiriendo marcharse solo y en otra dirección, no le habría parecido en circunstancias normales que tuviera algún significado siniestro. Pero Jenssen conocía muy bien a Malbihn, de forma que, una vez cobrada la carne necesaria, regresó de inmediato al campamento. Los muchachos del safari se encargarían de transportar las piezas.

Había cubierto la mitad de la distancia de regreso cuando sus oídos captaron las débiles notas de un grito que parecían llegar del campamento. Se detuvo a escuchar. Aquel chillido se repitió dos veces. Después, silencio. Jenssen soltó una maldición entre dientes y echó a correr. Se preguntó si no llegaría demasiado tarde. ¡Qué imbécil era Malbihn al poner en peligro tan tontamente toda una fortuna!

Mucho más lejos del campamento de lo que se encontraba Jenssen, y en dirección opuesta, otra persona oyó los gritos de Meriem. Se trataba de un desconocido que ni siquiera tenía noticias de que por aquella comarca anduviesen otros hombres blancos, aparte de él. Era un cazador al que acompañaban un puñado de guerreros negros de piel lustrosa. También aguzó el oído durante unos segundos. No le cupo la menor duda de que los gritos eran de una mujer que estaba en apuros, así que también salió a la carrera, en dirección al punto de donde procedía aquella voz asustada. Sin

embargo, al estar más lejos que Jenssen, fue el sueco quien llegó primero a la tienda. El cuadro que tuvo ante sus ojos no despertó en su endurecido corazón compasión alguna, pero sí cólera contra aquel canalla que tenía por compañero. Meriem seguía resistiendo la agresión de Malbihn, que continuaba golpeándola. Jenssen irrumpió en la tienda, al tiempo que echaba sapos y culebras por la boca. Al verse interrumpido, Malbihn soltó a la muchacha y se revolvió para hacer frente al furioso ataque de Jenssen. Tiró de revólver. Anticipándose, como un rayo, al movimiento de la mano de su compañero; Jenssen también sacó su arma y ambos hombres dispararon a la vez. Jenssen avanzaba ya sobre Malbihn, pero el fogonazo de la detonación le frenó en seco. Se le escurrió el revólver de entre los dedos, incapaces de sostenerlo. Se tambaleó como si estuviese borracho durante unos momentos. Fría, pausadamente, a quemarropa, Malbihn metió dos balazos más en el cuerpo de su compañero. Incluso dominada por la excitación y el terror, Meriem se maravilló de la tenacidad con que aquel hombre trataba de aferrarse a la vida. A Jenssen se le cerraron los párpados, la cabeza se le desplomó sobre el pecho, las manos colgaban inertes. Y, a pesar de todo, continuaba en pie, aunque vacilando. Hasta que su cuerpo recibió el tercer proyectil no se desplomó Jenssen de bruces contra el suelo. Malbihn se le acercó y le propinó un feroz puntapié, acompañado de una maldición. Después se dirigió nuevamente a Meriem. La levantó del suelo, en el preciso momento en que las hojas de lona que formaban la puerta de la tienda se alzaron silenciosamente y en el hueco de la entrada apareció un hombre blanco, alto y erguido. Ni Meriem ni Malbihn vieron al recién llegado. El sueco le daba la espalda y su cuerpo impedía que los ojos de Meriem viesen al desconocido.

Éste atravesó la tienda, pasando por encima del cadáver de Jenssen. La primera noticia que tuvo Malbihn de que la violación que ansiaba cometer no iba a poder realizarla sin nuevas interrupciones fue cuando una pesada mano se apoyó en su hombro. El sueco giró sobre sus talones para encontrarse de cara con un perfecto desconocido: un hombre alto, de barba negra y ojos grises, que vestía de caqui y cubría su cabeza con un salacot. Malbihn trató de empuñar el revólver otra vez, pero otra mano fue más rápida que la suya y vio salir despedida el arma a un lado de la tienda… fuera de su alcance.

—¿Qué significa esto? —el forastero dirigió la pregunta a Meriem en un idioma que la muchacha no entendía.

La joven sacudió la cabeza y le habló en árabe. Automáticamente, el hombre formuló su pregunta en ese idioma.

—Estos hombres me han llevado lejos de Korak —explicó la chica—. Éste quería hacerme daño. El otro, al que acaba de matar, intentó impedirlo. Ambos son malvados, pero éste es el peor. Si mi Korak estuviese aquí, lo mataría. Supongo que usted es como ellos, así que no lo matará.

El desconocido sonrió.

—¿Merece la muerte? —dijo—. Bueno, eso es indudable. En otra época le habría matado, pero ahora no. Sin embargo, me encargaré de que no vuelva a molestarte más.

Tenía sujeto a Malbihn de forma que el sueco no podía zafarse, aunque lo intentaba con feroz empeño. Lo retenía con la misma facilidad con que el sueco hubiera sujetado a un niño, si bien Malbihn era un individuo corpulento, recio y fuerte. Llevado por la rabia, el sueco prorrumpió en una sarta de tacos malsonantes. Aplicó un puñetazo al desconocido y lo único que consiguió fue que le retorciera e inmovilizara el brazo. Entonces llamó a gritos a sus servidores, ordenándoles que acudiesen a matar al intruso. En respuesta a sus voces, una docena de negros desconocidos entraron en la tienda. También ellos eran gigantescos, de brazos poderosos, no como los escuchimizados miembros del equipo al servicio de los suecos.

—Basta ya de tonterías —dijo el desconocido a Malbihn—. Mereces la muerte, pero yo no soy la ley. Sé quién eres. Ya hemos tenido noticias vuestras. Tu amiguito y tú tenéis una fama criminal. No os queremos en nuestro país. Esta vez te dejaré libre, pero si vuelvo a verte por aquí, me tomaré la justicia por mi mano. ¿Entendido?

La boca de Malbihn estalló en una tempestad de palabrotas e insultos, rematada por una invectiva que dejaba en muy mal lugar a la persona que lo retenía. Aquella injuria nada académica le valió un formidable rodillazo, que le puso los dientes a rechinar. Los que han recibido una sacudida de esa clase saben que es uno de los peores castigos físicos que se pueden infligir a un macho adulto. Malbihn pudo dar fe de ello.

Y ahora, ¡largo! —dijo el desconocido—. La próxima vez que me veas, recuerda quién soy.

Dejó caer un nombre en el oído del sueco, un nombre que dejó al canalla más alicaído y derrotado que cualquier somanta. Luego le arreó un empujón que le hizo atravesar, dando traspiés, la puerta de la tienda y

acabar de cara contra la hierba exterior.

—Y ahora —el desconocido se dirigió a Meriem—, ¿quién tiene la llave de esa argolla que llevas al cuello?

La joven señaló el cuerpo de Jenssen.

—Él la llevaba siempre encima —dijo.

El desconocido registró las ropas del cadáver hasta dar con la llave. Un momento después, Meriem estaba libre.

—¿Me dejarás volver con mi Korak? —preguntó.

—Cuidaré de que vuelvas con tu pueblo —repuso el hombre—. ¿Quiénes son y dónde está tu aldea?

El hombre había contemplado con extrañeza la insólita vestimenta que llevaba Meriem. A juzgar por su lenguaje, resultaba evidente que la joven era árabe, pero nunca había visto a ninguna vestida de aquella manera.

—¿Dónde está tu pueblo? ¿Quién es Korak? —volvió a preguntar el hombre.

—¡Korak! Korak es un mono. No tengo a nadie más. Korak y yo vivimos en la selva solos desde que «A'kt» se fue a una tribu de monos para ser su rey. —Meriem siempre pronunciaba así el nombre de Akut, porque fue como le sonó en el primer encuentro con Korak y el antropoide —. Korak podía haber sido rey si hubiera querido, pero no quiso.

En los ojos del desconocido apareció una expresión interrogadora. Miró a la muchacha con atento interés.

—Así que Korak es un mono, ¿eh? Entonces, por favor, ¿tú qué eres?

—Yo soy Meriem. Y también soy una mona.

—¡Hum!

Ese fue el único comentario verbal con que el desconocido acogió la singular declaración de Meriem, pero el brillo que apareció en las pupilas del hombre permitió interpretar parcialmente lo que pensaba. Se acercó a la chica e hizo intención de ponerle la mano en la frente. Meriem dio un brusco paso atrás y emitió un gruñido salvaje. En los labios del desconocido apareció una sonrisa.

—No tienes por qué temerme elijo. —No voy a hacerte ningún daño. Sólo quería comprobar si tienes fiebre…, si te encuentras completamente bien. Si estás bien, saldremos inmediatamente en busca de Korak.

La muchacha le miró directamente al fondo de sus ojos grises. Debió de ver en ellos una garantía absoluta de la honorabilidad del hombre, porque permitió que le apoyara la palma de la mano en la frente y que le tomase el

pulso. Al parecer, Meriem no tenía fiebre.

—¿Cuánto tiempo hace que eres una mona? —preguntó el hombre.

—Desde que era pequeña, hace muchos, muchos años, y Korak llegó y me arrebató del poder de mi padre, que estaba pegándome. Desde entonces he vivido en los árboles, con Korak y Akut.

—¿En qué lugar de la jungla vive Korak?

Meriem trazó en el aire un movimiento circular que abarcaba, generosamente, medio continente africano.

—¿Eres capaz de encontrar el camino de regreso?

—No lo sé —respondió Meriem—. Pero él lo encontrará para volver a mi lado.

—Entonces tengo un plan —dijo el desconocido—. Vivo a pocas jornadas de marcha de aquí. Te llevaré a mi casa y allí mi esposa te atenderá y te cuidará hasta que estemos en condiciones de encontrar a Korak o Korak nos encuentre a nosotros. Si puede dar contigo aquí, también dará contigo en mi aldea, ¿verdad?

Meriem pensó que era así, pero no le hacía ninguna gracia la idea de no salir de inmediato en busca de Korak. Por otra parte, el hombre no estaba dispuesto de ninguna manera a permitir que aquella pobre chiquilla, a la que parecía faltar un tornillo, continuase vagando sin rumbo entre los peligros de la selva. No le era posible adivinar de dónde procedía ni qué contrariedades había sufrido, pero de lo que no cabía duda era de que aquel Korak suyo, así como el cuento de que vivían entre los monos sólo eran fantasías producto de una mente desequilibrada. Conocía bien la jungla y no ignoraba que existían hombres que se pasaban años enteros viviendo solos y medio desnudos entre las fieras salvajes. ¡Pero aquella muchachita frágil y delicada! No, no era posible.

Salieron juntos de la tienda. Los servidores de Malbihn levantaban el campamento, preparando la rápida partida. Los negros del desconocido conversaban tranquilamente con ellos. Malbihn se mantenía a distancia, furioso y echando chispas por los ojos. El desconocido se acercó a uno de sus hombres.

—Averigua de dónde sacaron a esta chica —ordenó.

El negro fue a plantear la pregunta a uno de los servidores de Malbihn. Al cabo de un momento volvió junto a su jefe.

—Se la compraron al viejo Kovudoo —informó—. Eso es todo lo que aquel hombre está dispuesto a decirme. Asegura que no sabe nada más, y

me parece que es cierto. Esos dos blancos son gente malvada. Hacían muchas cosas cuya finalidad los servidores ignoraban. Sería una buena acción, *bwana*, si matases al otro.

—Me gustaría poder hacerlo, pero en esta parte de la selva han entrado en vigor nuevas leyes. Ya no es como en los viejos tiempos, Muviri —respondió el jefe.

El desconocido permaneció con la niña hasta que Malbihn y su safari desaparecieron en la selva, rumbo al norte. Meriem, más confiada ya, se quedó a su lado, con Geeka bien sujeta en su mano delgada y morena. Charlaron, y el hombre se extrañó de que la chica hablase un árabe tan balbuceante, aunque acabó atribuyendo tales titubeos al hecho de que la joven no estaba en sus cabales. De haber sabido la cantidad de años que transcurrieron desde que dejó de utilizar esa lengua hasta que los suecos se hicieron cargo de Meriem, al hombre no le habría sorprendido que la joven la hubiese olvidado. Existía además otro motivo que explicaba el que el lenguaje del jeque se le hubiera difuminado tan pronto, pero la chica no habría sospechado siquiera tal motivo, así que mucho menos iba a adivinarlo un desconocido.

El hombre intentó convencerla para que le acompañase a su aldea, como él la llamaba, o *aduar*, en árabe, pero Meriem insistió en ir inmediatamente a buscar a Korak. En última instancia, el hombre decidió llevarla consigo aunque ella no quisiera, opción que le pareció preferible a sacrificar la vida de la joven a la insana alucinación que parecía tenerla embrujada. Así que, como persona sensata que era, empezó a seguirle la corriente, de momento, para intentar luego conducirla por la ruta que en opinión de él debía seguir la muchacha. De modo que, al emprender la marcha, lo hicieron en dirección sur, aunque el rancho del hombre se encontraba más bien al este.

De manera gradual, fue desviándose hacia oriente y observó con satisfacción que la joven no se daba cuenta del paulatino cambio de rumbo. Poco a poco, la confianza de Meriem fue aumentando. Al principio, sólo la intuición guió su creencia de que aquel gran tarmangani no pretendía hacerle daño, pero a medida que fueron pasando los días y comprobó que su bondad y consideración no vacilaban empezó a compararlo con Korak y a tomarle afecto, aunque la lealtad hacia su muchacho mono en ningún instante sufrió menoscabo.

Al quinto día llegaron de pronto a una extensa llanura y, desde la linde

de la selva, Meriem vio a lo lejos campos cercados y muchos edificios. Dio un respingo y retrocedió, sobresaltada y atónita.

—¿A dónde vamos? —preguntó, extendido el índice hacia allí.

—No conseguiríamos encontrar a Korak —repuso el hombre— y como nuestro camino nos llevaba hacia las proximidades de mi *aduar* te he traído aquí para que descanses un poco junto a mi esposa hasta que nuestros hombres encuentren a tu mono, o él te encuentre a ti. Con nosotros estarás más segura y serás más feliz.

—Tengo miedo, *bwana* —repuso la niña—. En tu *aduar* me pegarán como me pegaba mi padre, el jeque. Déjame que vuelva a la selva. Allí Korak me encontrará. Nunca se le ocurriría ir a buscarme al *aduar* del hombre blanco.

—Nadie te pegará, chiquilla —replicó el hombre—. ¿Verdad que yo no lo he hecho? Bueno, pues aquí todo me pertenece. Te tratarán bien. Mi esposa te llevará en palmitas y, hasta que Korak aparezca, enviaré hombres en su busca.

La joven sacudió la cabeza.

—No podrán traerlo, porque él los mataría, ya que todos los hombres han intentado matarle. Déjame marchar, *bwana*.

—No conoces el camino que lleva a tu región. Te perderías. La primera noche, los leopardos y los leones se precipitarían sobre ti y, después de todo, no encontrarías a tu Korak. Es mejor que te quedes con nosotros. ¿No te salvé del hombre malvado? ¿No crees que me debes algo por haberte librado de él? Bueno, pues entonces quédate con nosotros al menos unas semanas, en tanto decidimos qué es lo que más te conviene. No eres más que una niña…, sería una barbaridad permitirte ir sola por la selva.

Meriem se echó a reír.

—La selva —dijo— es mi padre y mi madre. La selva se ha portado conmigo mucho mejor que las personas. No me asusta la selva. Ni me asustan el leopardo y el león. Cuando me llegue la hora, moriré. Puede que me mate un leopardo o un león, o tal vez un bicho insignificante que no sea mayor que la yema de mi dedo meñique. Cuando el león se me eche encima o el insecto me clave su aguijón me asustaré… Ah, entonces tendré un miedo terrible, lo sé. Pero la vida sería un tormento horroroso si tuviera que pasármela aterrada por algo que aún no ha sucedido. Si me mata el león, mi terror será breve, pero si es el insecto el que me produce la muerte, es posible que antes de morir pase varios días de sufrimiento. Lo que menos

miedo me produce es el león. Es grande y arma bastante ruido. Se le oye, se le ve y se le huele con tiempo para escapar de él; pero en cualquier momento se puede apoyar la mano o el pie en algún bicho tan pequeño que una no se da cuenta de que está allí hasta que le clava su mortífero aguijón. No, no me asusta la selva. La adoro. Prefiero morir antes que abandonarla para siempre. Claro que tu *aduar* está cerca de la selva. Has sido bueno conmigo. Haré lo que deseas que haga y me quedaré aquí una temporada a esperar que venga mi Korak.

—¡Estupendo! —exclamó el hombre.

Echó a andar con la chica en dirección a una casita de campo cubierta de flores, más allá de la cual se alzaban los graneros y dependencias de una granja africana bien organizada.

Al acercarse, una docena de perros empezaron a ladrar y corrieron a recibirlos: feroces perros lobo, un gigantesco danés, un pastor escocés de ágiles patas y cierto número de escandalosos raposeros. Al principio parecieron hostiles y agresivos, pero en cuanto reconocieron a los guerreros negros que iban en vanguardia su actitud experimentó un cambio notable. El escocés y los raposeros se tornaron frenéticos de alegría, mientras que el danés y los perros lobo no se mostraron menos contentos del regreso de sus amos, pero su saludo de bienvenida fue de naturaleza más digna. Olfatearon por turno a Meriem, que no manifestó el menor indicio de temor hacia ninguno de ellos.

Los perros lobo se erizaron y gruñeron al percibir el olor de las fieras cuyas pieles vestían a Meriem, pero cuando la muchacha les acarició la cabeza y murmuró una serie de palabras en tono suave, los perros entrecerraron los ojos y alzaron el labio superior en satisfecha sonrisa canina. El hombre los observaba y también sonrió, porque en muy raras ocasiones recibían aquellos animales semisalvajes tan amablemente a los desconocidos. Era como si, de una manera sutil, la muchacha hubiese susurrado un mensaje de afinidad selvática, transmitido directamente al corazón salvaje de aquellos perros.

Agarrados con los dedos los collares de dos perros lobo, uno a cada lado, Meriem anduvo hacia la casita de campo, en cuyo porche una mujer vestida de blanco agitaba los brazos dando la bienvenida a su marido. A los ojos de la chica asomó un miedo que superaba el que sintiera en presencia de los hombres desconocidos o las bestias salvajes. Titubeó, volvió la cabeza y dirigió una mirada suplicando al desconocido que la había salvado

de los suecos.

—Es mi esposa —aclaró el hombre—. Se alegrará mucho de conocerte y te recibirá con los brazos abiertos.

La mujer bajó al sendero y salió a su encuentro. El hombre la besó y luego le presentó a Meriem. Habló en árabe, que era la lengua que Meriem entendía.

Meriem observó que era una señora preciosa. Vio que la dulzura y la bondad aparecían indeleblemente estampadas en su bonito rostro. Dejó de inspirarle temor y cuando el hombre refirió brevemente la historia de la chica y la mujer la rodeó con sus brazos y la llamó «pobrecita mía» algo estalló en el corazón de Meriem. Hundió la cara en el seno de aquella nueva amiga, cuya voz matizaba un tono maternal que la muchacha llevaba tantos años sin oír que se le había olvidado su existencia. Enterró su rostro en aquel pecho bondadoso y lloró como jamás había llorado en toda su vida: lágrimas de alivio y alegría, de unos sentimientos cuya intensidad la propia Meriem era incapaz de entender.

Así fue como Meriem, la pequeña salvaje mangan, abandonó su adorada selva y entró en el seno de un hogar culto y refinado. «Bwana» y «Querida», como oyó que los llamaban y como ella continuó llamándolos, fueron para Meriem como padre y madre. Una vez calmados sus salvajes temores iniciales pasó rápidamente al extremo contrario de la confianza y el cariño. Ahora ya estaba dispuesta a esperar el tiempo que fuese preciso hasta que encontraran a Korak o hasta que Korak la encontrase a ella. Nunca renunciaba a esa idea. Korak, su Korak siempre era lo primero.



**…y ambos hombres dispararon a la vez.**

## XV




MUCHA distancia de allí, en la selva, cubierto de heridas y de sangre seca que acartonaba su cuerpo, encendido de furia y de dolor, Korak regresaba siguiendo las huellas de los grandes babuinos. No los había encontrado en el lugar donde los viera por última vez, ni en ninguno de los parajes que solían frecuentar, pero los siguió a lo largo del bien señalado rastro que iban dejando hasta que, al final, los alcanzó. En el momento de divisarlos, los cuadrumanos avanzaban sin prisa pero sin pausa hacia el sur, lanzados en una de esas migraciones periódicas cuyo motivo sólo el babuino podría explicar, al menos mejor que nadie. A la vista del guerrero blanco que se les acercaba a favor del viento, el centinela que lo había descubierto dio un grito de aviso y la manada se detuvo. Entre los simios se produjeron oleadas de gruñidos y murmullos. Los machos empezaron a andar en

círculo, envaradas las piernas. En tono nervioso y estridente, las madres ordenaron a sus hijos que volvieran a su lado y luego buscaron la protección de sus dueños y señores colocándose con sus retoños detrás de los machos.

Korak voceó el nombre del rey, quien, al oír aquella voz familiar, avanzó despacio, cautelosamente, con paso rígido. Su olfato debía proporcionarle la confirmación de una prueba convincente antes de aventurarse a confiar de modo implícito en el testimonio de los ojos y del oído. Korak permaneció en la más absoluta inmovilidad. Avanzar en aquel momento podía precipitar un ataque inmediato o, lo que también era fácil, un pánico provocador de la huida. Las fieras salvajes son animales nerviosos. Resulta relativamente sencillo arrojarlos a una especie de histeria susceptible de inducirles a la locura asesina o a un estado de abyecta cobardía… Es cuestión, sin embargo, de determinar si el animal salvaje es en realidad cobarde.

El rey babuino se acercó a Korak. Anduvo a su alrededor, en círculos cada vez más estrechos, mientras gruñía y olfateaba. Korak le dirigió la palabra.

—Soy Korak —dijo—. Abrí la jaula en la que te tenían prisionero. Te salvé de los tarmanganis. Soy Korak, «el matador». Soy tu amigo.

—¡Jiu! —gruñó el rey—. Mis oídos me dijeron que eres Korak. Mis ojos me dijeron que eres Korak. Y ahora mi nariz me dice que eres Korak. Mi nariz no se equivoca nunca. Soy tu amigo. Vamos, cazaremos juntos.

—Korak no puede ir ahora de caza —replicó Korak—. Los gomanganis se han llevado a mi Meriem. La tienen atada en su aldea. No van a soltarla. Korak, solo, no puede liberarla. Korak te liberó a ti. Ahora tienes que acudir con tu tribu y ayudar a liberar a la Meriem de Korak.

—Los gomanganis tienen palos agudos que arrojan contra los demás. Atraviesan los cuerpos de los miembros de mi tribu. Nos matan. Los gomanganis son gente mala. Nos matarán si entramos en su aldea.

—Los tarmanganis tienen palos que meten ruido y matan a gran distancia —replicó Korak—. Empuñaban esos palos cuando Korak te sacó de su trampa. Si Korak hubiese huido de ellos, tú seguirías prisionero de los tarmanganis.

El babuino se rascó la cabeza. Los machos de su tribu formaban un círculo irregular sentados en cuclillas alrededor de Korak y de él. Pestañeaban, se empujaban con el hombro unos a otros para conseguir una

posición más ventajosa, escarbaban en la vegetación putrefacta con la esperanza de poner a la vista algún sabroso gusano o se limitaban a permanecer sentados y a mirar apáticamente a su rey y al extraño mangani, que se hacía llamar así pero que en realidad se parecía mucho a los odiados tarmanganis. El rey lanzó una mirada a algunos de los súbditos más viejos, a guisa de invitación a opinar sobre el asunto.

—Somos muy pocos —refunfuñó uno.

—La región de las colinas está rebosante de babuinos —sugirió otro—. Son tantos como las hojas del bosque. Ellos también odian a los gomanganis. Les encanta pelear. Son muy salvajes. Pídeles que se sumen a nosotros. Entonces podremos matar a todos los gomanganis de la jungla.

Se puso en pie y lanzó un gruñido aterrador, erizada la rígida pelambrera de su cuerpo.

—Muy bien dicho —gritó «el matador»—, pero no necesitamos a los babuinos de la región de las colinas. Nos bastamos nosotros. Tardaríamos demasiado en reunirlos. Es muy posible que hubieran matado y se hubieran comido a Meriem antes de que pudiéramos rescatarla. Pongámonos en marcha inmediatamente hacia la aldea de los gomanganis. Si nos apresuramos estaremos allí en seguida. Luego, todos a una, nos lanzaremos sobre la aldea, gruñendo y aullando. Los gomanganis se asustarán y saldrán corriendo. Cuando hayan huido, cogeremos a Meriem y la sacaremos de la aldea. No tenemos que matar a nadie ni exponemos a que alguien nos mate a nosotros… Lo único que quiere Korak es recuperar a Meriem.

—Somos muy pocos —volvió a rezongar el mono viejo.

—Sí, somos muy pocos —repitieron los demás.

Korak no lograba convencerlos. Le ayudarían de buena gana, pero debían hacerlo a su modo y, como condición indispensable, querían agenciarse los servicios de sus congéneres, parientes y aliados de la región de las colinas. Así que Korak no tuvo más remedio que dar su brazo a torcer. Lo único que podía hacer era meterles prisa. A sugerencia suya, el rey de los babuinos y una docena de los machos más fuertes accedieron a acompañarle al país de las colinas. El resto de la tribu se quedaría detrás.

Una vez comprometidos en la empresa, los babuinos desplegaron todo su entusiasmo. La delegación partió de inmediato. Avanzaban con extraordinaria rapidez, pero el muchacho mono no tuvo dificultad alguna en mantenerse a su altura. Armaban un estruendo impresionante al desplazarse por los árboles, lo que era un aviso para los posibles enemigos, a los que

daban a entender que formaban un ejército numeroso y que lo mejor era que se quitasen de en medio, porque cuando los babuinos viajan en grandes cantidades no hay criatura de la selva que se atreva a molestarlos. Cuando las condiciones del terreno los obligaban a marchar a ras del suelo y cuando las arboledas estaban muy separadas entre sí, los babuinos se movían silenciosamente, sabedores de que el león y el leopardo no se dejarían engañar por el alboroto, puesto que sus ojos les indicarían que sólo marchaba por la senda un reducido puñado de babuinos.

La partida recorrió durante dos días una región salvaje, pasando de la espesura de la jungla al espacio abierto de una planicie, en cuyo extremo empezaban las laderas arboladas de los montes. Korak nunca había estado en aquella zona. Era una región nueva para él y le resultó agradable el cambio respecto a la monotonía del limitado horizonte de la selva. Pero en aquel momento no tenía deseos de disfrutar de las bellezas naturales del paisaje. Meriem, su Meriem, estaba en peligro. Hasta que la muchacha hubiera recobrado la libertad y la tuviera junto a sí, Korak no pensaría en otra cosa.

Una vez en la foresta que cubría las laderas montañosas el avance de los babuinos aminoró el ritmo de marcha. No cesaban de lanzar llamadas quejumbrosas a sus parientes de los montes. Luego, después de cada llamada, se detenían a escuchar hasta que, débil, apagada por la distancia, les llegaba la respuesta.

Los babuinos continuaron desplazándose en dirección a las voces que surcaban el bosque durante los intervalos de su propio silencio. Así, llamando y escuchando, fueron acercándose a sus congéneres que, como Korak estaba seguro que iba a ocurrir, acudían a su encuentro en gran número. Pero cuando, por fin, los babuinos de la región de los montes aparecieron ante sus ojos, Korak se quedó atónito frente a la realidad que tenía a la vista.

Del suelo se elevó lo que parecía una inmensa muralla sólida de babuinos, la cual ascendía a través del follaje hasta las ramas de las copas que los animales consideraban lo bastante sólidas como para soportar su peso. Se fueron acercando despacio, al tiempo que emitían ininterrumpidamente su extraña y quejumbrosa llamada. Los ojos de Korak vieron alzarse, tras el primer muro, otras densas cortinas sólidas de cuadrumanos que llegaban pisando los talones a los que les precedían. Miles y miles de ellos. Korak no pudo por menos que pensar en el triste

destino de su pequeña partida de babuinos, en el desdichado caso de que surgiera algún incidente o diferencia de criterio que provocara la rabia o el temor en uno solo de los miembros de aquel ejército.

Pero no ocurrió tal cosa. Los dos reyes se acercaron el uno al otro, de acuerdo con la costumbre, y se olfatearon y erizaron a gusto. Cuando ambos quedaron satisfechos de la identidad del otro, procedieron a rascarse la espalda mutuamente. Al cabo de un momento, empezaron a hablarse. El amigo de Korak explicó el motivo de su visita y, por primera vez, Korak se dejó ver. Había permanecido oculto detrás de unos arbustos. Al verle, una intensa excitación recorrió las nutridas filas de los babuinos de las colinas. Durante un momento, Korak temió que se lanzasen sobre él y lo destrozaran, pero su miedo era por Meriem, porque, de morir él, nadie iría a rescatar a la muchacha.

Sin embargo, los dos reyes se las arreglaron para calmar a la multitud y a Korak se le concedió permiso para acercarse. Poco a poco, los babuinos fueron aproximándosele. Le olfatearon desde todos los ángulos. Korak se dirigió a ellos en su propio lenguaje y eso los encantó y llenó de asombro. Le contestaron y le escucharon cuando él tomaba la palabra. Les habló de Meriem y de la vida que habían llevado en la selva, donde siempre mantuvieron relaciones amistosas con todos los simios, desde los pequeños manus hasta los manganis, los grandes monos.

—Los gomanganis que mantienen prisionera a Meriem no son amigos vuestros —dijo—. Os matarán. Los babuinos de las tierras bajas son demasiado escasos en número para enfrentarse a ellos. Me han dicho que vosotros sois muchos y muy valientes… Que sois tantos como los tallos de hierba de las praderas o las hojas de los árboles del bosque y que es tal vuestro valor que hasta Tantor, el elefante, os teme. Me han dicho que os alegrará acompañarnos a la aldea de los gomanganis para castigar a esos malvados mientras yo, Korak, «el matador», rescato a mi Meriem.

El rey de los babuinos sacó pecho y anduvo unos pasos, pavoneándose sobre sus rígidas patas. Varios de los grandes machos de la tribu imitaron su ejemplo. Se sentían complacidos y halagados por las palabras de aquel extraño tarmangani que se llamaba a sí mismo Mangani y se expresaba en el lenguaje de los peludos progenitores del hombre.

—Sí —dijo uno—, nosotros los moradores de las colinas somos luchadores formidables. Tantor nos teme. Numa nos teme. Sheeta nos teme. Los gomanganis del país de las colinas se cuidan mucho de meterse

con nosotros. Yo, por mi parte, iré contigo a la aldea de los gomanganis que viven en las tierras bajas. Soy el hijo mayor del rey. Yo solo soy capaz de matar a todos los gomanganis de esas tierras bajas.

Abombó el pecho y dio unos paseos en plan presuntuoso, hasta que el prurito que un congénere suyo sentía en la espalda reclamó su aplicada atención.

—Yo soy Goob —exclamó otro—. Mis colmillos son largos y afilados. Se han hundido ya en la carne blanda de muchos gomanganis. Yo solo maté a la hermana de Sheeta. Goob bajará contigo a las tierras bajas y matará tantos gomanganis que no quedará ninguno con vida para contar los muertos.

También ejecutó el paseo de exhibición fanfarrona ante los admirados ojos de las hembras y los jóvenes.

Korak miró interrogadoramente al rey.

—Tus machos son muy valientes —dijo—, pero el rey es más valiente que cualquiera de ellos.

Aludido así, el peludo macho, que se encontraba en la primavera de la vida —y cuyo reinado era más bien reciente—, gruñó con ferocidad. Sus estentóreos alaridos de desafío resonaron en el bosque. Los babuinos que no pasaban de cachorros se aferraron temerosos a los peludos cuellos de sus madres. Los machos, electrizados, empezaron a dar saltos enormes en el aire y a hacerse eco de los rugientes gritos retadores de su rey. El estruendo resultaba aterrador.

Korak se acercó al rey y le dijo al oído:

—¡Vamos!

Emprendió la marcha a través de la foresta y descendió hacia la llanura que debían atravesar en su largo camino de vuelta a la aldea de Kovudoo, el gomangani. Siempre rugiendo y aullando, el rey dio media vuelta y le siguió. Tras ellos echaron a andar el puñado de babuinos de las tierras bajas y los millares de cuadrumanos de la región de las colinas, un clan de seres salvajes, fuertes, sedientos de sangre.

Llegaron a la aldea de Kovudoo en el transcurso de la segunda jornada, a media tarde. El poblado permanecía sumido en la quietud que imponen los ardorosos rayos del sol ecuatorial. La impresionante multitud de babuinos avanzaba en silencio. Bajo los miles de manos de palma acolchada el suelo del bosque no producía más ruido que el que pudiese dejar oír la brisa más fuerte al susurrar a través del follaje de los árboles.

Korak y los dos reyes marchaban en cabeza. Se detuvieron cerca de la aldea y aguardaron hasta que se reunieron con ellos los más rezagados. Reinaba ahora un silencio absoluto. Korak se deslizó sigilosamente por las ramas del árbol que se extendía por encima de la empalizada. Miró a su espalda. Vio que el ejército de babuinos le seguía de cerca. Había llegado el momento. Les había advertido repetidamente, durante la prolongada marcha, que la muchacha blanca que estaba prisionera en la aldea no debía sufrir el menor daño. Todos los demás eran presas legítimas. Levantó el rostro hacia el cielo y lanzó al aire un solo grito. Era la señal.

En respuesta, tres mil peludos babuinos machos, gritando y aullando, se precipitaron sobre la aldea de los empavorecidos negros. Todos los guerreros salieron de sus chozas. Las madres cogieron en brazos a sus hijos y echaron a correr hacia las puertas para huir de aquella espantosa horda que llovía sobre la calle del poblado. Kovudoo tomó el mando de la defensa y con sus gritos y saltos trató de infundir valor a los guerreros que le rodeaban, los cuales presentaron un frente erizado de venablos puntiagudos a la turba lanzada al ataque.

De la misma manera que había encabezado la marcha, Korak dirigía el asalto. Al ver a aquel joven de piel blanca que capitaneaba el ejército de espantosos babuinos, el horror y el desaliento se apoderó de los negros. Aguantaron a pie firme unos instantes y luego lanzaron sus venablos sobre la muchedumbre que se les echaba encima. Pero antes de montar las flechas en los arcos, su ánimo se vino abajo, giraron sobre sus talones y se lanzaron a una frenética huida. Los babuinos se lanzaron entre sus filas, saltaron sobre sus espaldas y hundieron los afilados colmillos en los músculos del cuello. Y el más feroz de todos los atacantes, el más sanguinario y el más terrible era Korak, «el matador».

En las puertas de la aldea, por las cuales salian los negros atropelladamente, impulsados por su pánico cerval, Korak los dejó a merced de sus aliados y se volvió para dirigirse, impaciente y anhelante, a la choza en que Meriem estaba prisionera. La encontró vacía. Uno tras otros, los sucios interiores de las demás viviendas mostraron la misma descorazonadora circunstancia: Meriem no se hallaba en ninguna de ellas. Korak sabía que los negros no se la habían llevado consigo en su precipitada huida, porque había observado atentamente a todos los fugitivos.

El muchacho, que conocía bien las inclinaciones de los salvajes, dedujo

que no podía existir más que una explicación: los salvajes habían matado a Meriem y luego se la habían comido. Con el convencimiento de que Meriem había muerto, el cerebro de Korak se vio anegado por una oleada de rojo furor contra los que creía asesinos de la muchacha. Oyó a lo lejos los gruñidos de los babuinos mezclados con los chillidos de sus víctimas. Se dirigió hacia allí. Cuando llegó, los babuinos ya empezaban a estar un poco hartos de aquel deporte de la batalla, mientras los negros habían formado un nido de resistencia y se defendían utilizando sus garrotes con bastante eficacia frente a los escasos machos que aún se empeñaban en seguir atacándolos.

Entre aquellos combatientes irrumpió Korak, dejándose caer desde las ramas de un árbol… Se precipitó rápido, implacable, terrible sobre los salvajes guerreros de Kovudoo. Una furia ciega le poseía. Como una leona herida se movía de aquí para allá, descargando terribles puñetazos con la oportuna precisión de un pugilista experto y bien entrenado. Una y otra vez sus dientes se hundían en la carne de un enemigo. Acababa con uno y se abalanzaba con celeridad sobre otro, antes de que éste pudiera alcanzarle a él. Sin embargo, con todo lo decisiva que pudiera ser su demoledora actuación en el resultado del combate, ésta se veía superada por el terror que su propia persona imbuía en las mentes sencillas y supersticiosas de los adversarios. Para ellos, aquel guerrero blanco, que hacía causa común con los grandes monos y con los feroces babuinos, que gruñía, aullaba y golpeaba como una fiera más, no era un ser humano. Era un diablo del bosque, un terrible dios del mal al que habían ofendido y que había abandonado su santuario de las profundidades de la selva para ir a castigarlos. Y debido a tal idea, los negros ofrecían poca resistencia: comprendían que era inútil plantar cara con sus pobres fuerzas mortales a una divinidad agraviada.

Los que pudieron hacerlo, huyeron a todo correr, hasta que finalmente no quedó nadie para expiar una culpa de la que, aunque entraba dentro de sus costumbres, eran inocentes. Jadeante y cubierto de sangre, Korak hizo un alto, ya que no tenía víctimas. Los babuinos se congregaron a su alrededor, saciados de sangre y de lucha. Se dejaron caer en el suelo, agotados.

A lo lejos, Kovudoo reunía a los desperdigados miembros de su tribu y contaba sus bajas y el número de heridos. El pánico anonadaba a sus vencidas huestes. Nada podía convencerlos para permanecer en aquella

región. Ni siquiera estaban dispuestos a pasar por la aldea para recoger sus cosas. Insistieron en continuar la huida y poner la mayor cantidad posible de kilómetros entre ellos y la tierra del demonio que con tanta saña los había atacado. Y ocurrió así que Korak expulsó de sus hogares a las únicas personas que podían ayudarle a encontrar a Meriem y cortó el único lazo existente entre él y lo que pudiera estar sucediendo en el *aduar* del bondadoso *bwana* que protegió y se hizo cargo de la dulce compañera de Korak en la selva.

Triste y rabioso, Korak se despidió a la mañana siguiente de sus aliados los babuinos. Los simios querían que los acompañara, pero Korak no estaba de humor para formar parte de ninguna clase de sociedad. La vida de la jungla le había convertido en un ser cada vez más taciturno. Su aflicción se había intensificado hasta transformarse en un abatimiento tan profundo que no podía soportar la asociación con aquellos malévolos babuinos.

Cabizbajo y meditabundo emprendió su solitario camino hacia las interioridades de la jungla. Anduvo por el suelo en los lugares donde sabía que el hambriento Numa estaría rondando. Se desplazó por los mismos árboles que solían albergar a Sheeta, la pantera. Cortejó a la muerte de mil formas y modos. En su cerebro bullían infinidad de recuerdos de Meriem y de los años felices que pasaron juntos. Comprendió en toda su amplitud y profundidad lo que la muchacha había significado para él. Le obsesionaba la imagen de su dulce rostro, el moreno y juncal cuerpecito, la sonrisa luminosa con que siempre le recibía a su regreso de las expediciones de caza…

La inactividad no tardó en amenazar con volverle loco. Debía seguir adelante. Debía llenar sus jornadas de acción y emociones que le facilitaran el olvido… y que la llegada de la noche le encontrase tan exhausto que cayera redondo en una bendita inconsciencia de un sueño que se prolongara hasta la aparición del nuevo día.

De haberle pasado por la cabeza la posibilidad de que Meriem continuara viva, al menos habría tenido un asomo de esperanza. Se hubiera dedicado en cuerpo y alma, todos los días, a buscar a la muchacha. Pero creía implícitamente que estaba muerta.

Durante un año largo llevó aquella vida solitaria y vagabunda. De vez en cuando se unía a Akut y su tribu y se pasaba un par de días cazando con ellos. En otras ocasiones se llegaba a la región de las colinas y convivía unas jornadas con los babuinos, que aceptaban ya su presencia con toda

naturalidad. Sin embargo, con quien más alternaba era con Tantor, el elefante, el gris y gigantesco buque de guerra de la jungla, el superacorazado de su mundo salvaje.

La apacible tranquilidad de los monstruosos machos, la maternal solicitud de las hembras, la torpe alegría juguetona de los cachorros sosegaba, interesaba y divertía a Korak. El sistema de vida de aquellas bestias colosales apartaba momentáneamente el dolor de la mente de Korak. Llegó a profesarles un cariño superior incluso al que le inspiraban los grandes simios. Había un ejemplar gigantesco —el señor del rebaño— por el que sentía un afecto especial y extraordinario. Era una bestia salvaje que se precipitaba ferozmente contra cualquier extraño, a la menor provocación, y a veces incluso sin que mediase provocación alguna. Con Korak, sin embargo, aquella montaña de destrucción se mostraba dócil y afectuosa como un perrito faldero. Acudía cuando Korak le llamaba. Un simple ademán del muchacho bastaba para que el elefante le enroscase la trompa alrededor del cuerpo, lo levantara en peso y se lo pusiera sobre el amplio cuello. Y allí tendido cuán largo era, Korak clavaba cariñosamente la punta de los dedos de los pies en la gruesa piel del proboscidio o le espantaba las moscas que zumbaban en torno a las delicadas y enormes orejas con una rama frondosa que con tal fin arrancaba el propio Tantor de un árbol cercano.

Y mientras tanto, Meriem se encontraba apenas a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia.



**…se precipitaron sobre los empavorecidos negros…**

## XVI



RAS las paredes de su nuevo hogar, a Meriem los días se le pasaban volando. Al principio la consumía el deseo de partir cuanto antes y adentrarse por la selva en busca de su Korak. Bwana, como la niña se empeñó en llamar a su protector, había logrado convencerla para que desistiera de intentar, de momento, tal empresa. A tal fin se apresuró a enviar un mensajero, encabezando una partida de servidores negros, a la aldea de Kovudoo, con instrucciones de interrogar al viejo cacique y averiguar cómo llegó a su poder la muchacha, así como cuantos datos pudiera sonsacarle. Bwana recomendó a su enviado, con especial insistencia, que arrancara a Kovudoo todo lo que le fuera posible respecto al extraño individuo al que la chica llamaba Korak y que procediera a la búsqueda de éste, en el caso de encontrar pistas o indicios que demostraran la existencia de tal persona. Bwana estaba más que convencido de que

Korak era una criatura producto de la desequilibrada imaginación de Meriem. Creyó que los terrores y calamidades que había soportado durante su cautiverio entre los negros y la espantosa experiencia sufrida con los dos suecos perturbaron su razón. Pero a medida que fueron transcurriendo los días y fue conociendo mejor a la muchacha y observando su comportamiento en las circunstancias corrientes del tranquilo hogar africano, el hombre no tuvo más remedio que reconocer, para sí, que la aparentemente fantástica historia de Meriem le sumía en la perplejidad, porque Meriem no presentaba ningún otro síntoma indicador de que no se encontraba en posesión plena de unas facultades mentales de lo más normales.

La esposa del hombre blanco, a la que Meriem había bautizado con el nombre de «Querida», porque ese fue el título que empleó Bwana la primera vez que Meriem le oyó llamar a su mujer, no sólo se tomó un profundo interés por aquella pobre niña de la selva, abandonada y desamparada, sino que empezó también a sentir un gran afecto por ella, ya que con su temperamento alegre y sus encantos naturales la muchacha se hacía querer. Y Meriem, influida como no podía ser menos por las cualidades de aquella señora culta y amable, pagaba con la misma moneda de consideración y cariño.

Fueron transcurriendo los días, mientras Meriem aguardaba el regreso del mensajero y la partida enviada a la región de Kovudoo. Días cortos, que se pasaban sin sentir, porque las horas estaban rebosantes de lecciones que la solitaria dama impartía a la analfabeta joven de la selva. Empezó por enseñarle a hablar inglés, sin forzarla demasiado. Luego desvió la instrucción hacia otras disciplinas: costura y conducta social. Ni por un momento sospechó Meriem que aquello que hacía no fuese jugar. Las clases no le resultaban arduas, puesto que la muchacha estaba deseando aprender. Luego estaban los bonitos vestidos que había que cortar y coser para sustituir a la piel de leopardo y en esa tarea se manifestó Meriem tan seducida y entusiasta como cualquiera de las señoritas civilizadas que conocía la dama.

Pasó un mes antes de que volviera el mensajero, un mes que transformó a la pequeña tarmangani salvaje y semidesnuda en una jovencita que vestía con tan buen gusto y tanta elegancia por lo menos como cualquier presumida damisela del mundo exterior. Meriem había progresado con rapidez en las complejidades del idioma inglés, porque Bwana y Querida se

negaron firmemente a hablarle en árabe, una vez que adoptaron la determinación de que Meriem aprendiese inglés, lo que ocurrió un par de días después de que la albergaran en su casa.

Las noticias que llevó el emisario de Bwana sumieron a Meriem en un período de desánimo, porque los enviados encontraron abandonada la aldea de Kovudoo y, por más que exploraron los alrededores, no descubrieron un solo indígena por ninguna parte. Permanecieron acampados cierto tiempo junto al poblado, mientras registraban sistemáticamente las cercanías a la búsqueda del rastro del Korak de Meriem, pero ese intento también se cerró con un fracaso total. No vieron ni rastro de monos ni del muchacho que vivía como un mono. Meriem volvió a insistir en marchar en busca de Korak, pero Bwana consiguió otra vez convencerla para que esperase. Le aseguró que iría él mismo, en cuanto dispusiera de un poco de tiempo, y, al final, Meriem se plegó a los deseos del hombre. Pero los meses fueron transcurriendo sin que pasara hora en la que Meriem no dejase de manifestar su pesadumbre por la ausencia de Korak.

La pena de la muchacha afligía a Querida, que se esforzaba al máximo para consolar y animar a Meriem. Le afirmaba que, si Korak vivía, tarde o temprano iba a dar con ella, aunque la mujer nunca dejó de creer que Korak sólo existía en los sueños de la chiquilla. Imaginaba entretenimientos para distraer a Meriem Y apartarla de sus pesares y estableció una bien estudiada campaña destinada a imbuir en el ánimo y la mente de Meriem el deseo de imponerse en la vida y las costumbres de la civilización. Ello no resultaba difícil, como no tardó en comprender, ya que en seguida se hizo evidente que bajo el tosco salvajismo de la muchacha había un sólido lecho rocoso de refinamiento innato: una finura y una predilección por lo exquisito que pronto la situaron a la altura de su maestra.

Querida estaba encantada. Carecía de hijos y se sentía sola, de modo que volcó sobre aquella criatura desconocida todo el amor maternal que hubiera dedicado a una hija suya, de haberla tenido. El resultado fue que, al concluir el primer año, nadie habría supuesto que Meriem llevó alguna vez una existencia al margen de la cultura y el lujo.

Contaba ya dieciséis años, aunque cualquiera le hubiese calculado fácilmente diecinueve, y era una auténtica preciosidad, con su cabellera negra, su piel bronceada y toda la lozana pureza de la salud y la inocencia. No obstante, seguía alimentando su secreta pesadumbre, aunque no aludía para nada a ella en sus conversaciones con Querida. Apenas transcurría una

hora en que no recordase a Korak y experimentara el agudo anhelo de volver a verlo.

Meriem ya se expresaba en inglés con gran soltura, y lo leía y escribía correctamente. Un día, en plan de broma, Querida se dirigió a ella en francés y, ante la sorpresa de la mujer, Meriem le contestó en el mismo idioma. Lo articulaba despacio, desde luego, y con cierto titubeo. Era un francés excelente, aunque pronunciado como podría pronunciarlo una niña. A partir de entonces, todos los días conversaban un poco en francés y Querida se maravillaba a menudo de que la chica mejorase en aquel idioma de una manera tan pasmosa que casi parecía cosa de magia. Al principio fruncía sus finas y arqueadas cejas como si se esforzase en recordar algo que permanecía en su mente poco menos que olvidado, algo que parecían sugerirle aquellas nuevas palabras, pero luego, con gran asombro por su parte y por parte de la profesora, que había pronunciado otros términos franceses en aquellas lecciones, Meriem las expresaba adecuadamente y con una pronunciación que la señora inglesa sabía que era mucho más perfecta que la que empleaba ella. Pero Meriem no podía escribir ni leer con la misma corrección y fluidez con que hablaba y como Querida creía prioritario el conocimiento correcto del inglés, el diálogo en francés se aplazaba hasta el día siguiente.

—Sin duda en otro tiempo oíste hablar francés a tu padre, en el *aduar* —apuntó Querida, como explicación más lógica y razonable.

Meriem denegó con la cabeza.

—Pudiera ser —dijo—, pero no recuerdo haber visto nunca a mi padre acompañado de ningún francés. Los odiaba a muerte y no quería tener ningún trato con ellos. Estoy completamente segura de que jamás oí antes estas palabras y, no obstante, me resultan familiares. No lo entiendo.

—Ni yo —confesó Querida.

Fue por entonces cuando se presentó un emisario con una carta que, al leer su contenido, llenó a Meriem de excitación. ¡Iban a recibir visitas! Cierto número de damas y caballeros ingleses habían aceptado la invitación de Querida y pasarían un mes con ellos, dedicados a la caza y a explorar los alrededores. Meriem se quedó sobre ascuas. ¿Qué aspecto tendrían aquellos forasteros? ¿Serían tan amables con ella como Bwana y Querida o serían como los otros blancos que había conocido, crueles y desalmados? Querida le dijo que eran muy buenas personas y que le parecerían simpáticos, considerados y honorables.

Querida comprobó, atónita, que el anuncio de la visita de aquellos invitados no producía en Meriem ningún acceso de timidez.

Cuando le aseguraron que no iban a morderla, la joven pareció aguardar con cierta placentera curiosidad la llegada de los forasteros. En realidad, no se manifestaba de forma muy distinta a como lo habría hecho cualquier muchacha occidental a la que hubiesen comunicado la inminente llegada de unos visitantes.

La imagen de Korak seguía apareciendo con frecuencia en sus pensamientos, pero cada vez era menos definida en su recuerdo la sensación de pérdida. Una tristeza serena impregnaba el ánimo de Meriem al pensar en él; pero el punzante dolor de su pérdida cuando era joven ya no constituía una espina que la llevase a la desesperación. Continuaba guardándole fidelidad. Aún confiaba en que algún día iba a encontrarla y no dudaba de que, si Korak seguía con vida, la continuaría buscando. Esta última idea era lo que le causaba mayor turbación. Korak podía estar muerto. Apenas parecía posible que un ser tan bien preparado para hacer frente a todas las emergencias de la selva pudiera sucumbir tan joven. Sin embargo, la última vez que lo vio le rodeaba una horda de guerreros armados y de haber vuelto a la aldea, como ella sabía que iba a volver, seguramente le matarían. Ni siquiera Korak podía, él solo, sin ayuda de nadie, acabar con toda una tribu.

Los visitantes se presentaron por fin. Tres hombres y dos mujeres, esposas de los dos caballeros de más edad. El miembro más joven de la partida era el honorable Morison Baynes, muchacho poseedor de una fortuna considerable que, al haber agotado todas las posibilidades de placer que podían brindarle las capitales de Europa, aprovechó encantado la oportunidad que se le presentó de visitar otro continente susceptible de proporcionarle emoción y aventura.

Aquel joven consideraba todo lo que no fuese europeo como algo punto menos que imposible pero, con todo, no renunció al disfrute de la novedad que representaba ver lugares para él fuera de lo normal y conocer a la mayor cantidad posible de indígenas, por inefable que ello le hubiera podido parecer en su patria. Sus modales eran educados, suaves y corteses, tal vez se mostrase un poco más formalista de lo conveniente respecto a los que consideraba de arcilla inferior que hacia los pocos que, según su criterio, tenían el mismo nivel intelectual que él.

La naturaleza le había favorecido con un físico espléndido y un rostro

agraciado, así como con el suficiente buen juicio como para darse cuenta de que, si bien saboreaba con todo deleite la idea de su superioridad sobre el común de los mortales que formaban la masa, era muy poco probable que el común de los mortales que formaban la masa se entusiasmara con la misma causa. Al comprender eso mantenía fácilmente la reputación de hombre demócrata y agradable. Y, desde luego, agradable lo era en grado sumo. De vez en cuando dejaba entrever cierta sombra de egolatría, pero ésta nunca se concretaba lo suficiente como para resultar cargante a las personas con las que trataba. Así, en resumen, era el honorable Morison Baynes, hijo de la fastuosa civilización europea. Lo que ya resultaría más difícil era determinar cómo sería el honorable Morison Baynes del África central.

Al principio, Meriem se mostró apocada e introvertida en presencia de los forasteros. Sus benefactores habían acordado abstenerse de aludir a su extraño pasado y así pasó como pupila suya, de modo que no hubo mención alguna a sus antecedentes ni se formularon preguntas sobre él. A los huéspedes les pareció una joven dulce y modesta, alegre, vivaracha y poseedora de unas reservas inagotables de interesantes y curiosos conocimientos de la jungla.

Durante el año que llevaba con Bwana y Querida había montado mucho a caballo. Conocía los juncales ocultos del río favoritos de los búfalos. También conocía una docena de recónditos parajes donde los leones tenían sus cubiles y todas las pozas y abrevaderos existentes en aquella árida región, a lo largo de treinta kilómetros del río. Con una precisión asombrosa, por no decir inexplicable, era capaz de seguir el rastro de cualquier clase de animal, grande o pequeño, hasta su madriguera. Pero lo que realmente dejaba a todos boquiabiertos de maravilla era la forma inmediata en que detectaba la presencia de carnívoros, cosa que los demás, por más que forzaran al máximo los cinco sentidos, eran incapaces de oír o de ver.

Al honorable Morison Baynes, Meriem le resultó una compañera insuperablemente encantadora y, sobre todo, preciosa. Le robó el corazón desde el primer momento. Particularmente porque ni por asomo se le había ocurrido la posibilidad de encontrar una persona tan deliciosa en la hacienda africana de sus amigos londinenses.

Pasaban muchos ratos juntos, porque eran los dos únicos solteros de aquel grupo. Como no estaba acostumbrada a la compañía de personas

como Baynes, Meriem se sentía absolutamente fascinada por el joven. Lo que contaba acerca de las grandes y alegres ciudades que el cosmopolita Baynes conocía bien llenaba a Meriem de encandilada maravilla. Si el honorable Morison siempre destacaba ventajosamente, como brillante protagonista de los relatos, ello era simple resultado lógico de la presencia del hombre en el lugar donde se desarrollaban los hechos… Allí donde Morison estuviera, su papel tenía que ser el de protagonista. Al menos, así se lo parecía a Meriem.

La permanencia casi constante junto a ella del joven inglés hizo que la imagen de Korak fuera perdiendo concreción. Y si hasta entonces había sido algo siempre presente, Meriem empezó a darse cuenta de que Korak ya no era más que un recuerdo. Continuaba guardando fidelidad a ese recuerdo, ¿pero qué peso tiene un recuerdo comparado con la presencia de una realidad fascinante?

Desde la llegada de los huéspedes, Meriem nunca había acompañado a los hombres en las cacerías. Matar por pura diversión nunca le había seducido lo más mínimo. Disfrutaba siguiendo el rastro de las piezas, pero no le producía placer alguno el hecho de matar…, pese a haber sido, y a seguir siendo en cierta medida, una pequeña salvaje. Cuando Bwana salía con el rifle en busca de carne, ella solía acompañarle entusiasmada; pero con la llegada de los invitados londinenses la caza había degenerado en simples matanzas. No se permitían carnicerías, pero el objetivo de las expediciones de caza era conseguir cabezas y pieles y no carne. De forma que Meriem se quedaba en casa y pasaba los días acompañando a Querida en el sombreado porche y cabalgando a lomos de su potro por las praderas o por la linde del bosque. Allí solía dejar la montura suelta mientras ella trepaba a los árboles y se complacía reviviendo el placer de un regreso momentáneo a la vida libre y salvaje de su infancia.

Recuperaba entonces las imágenes de Korak y cuando se cansaba de saltar y balancearse por las copas de los árboles, se tendía cómodamente encima de una rama gruesa y soñaba. Y a veces, como le ocurría aquella mañana, las facciones de Korak se disolvían poco a poco para verse sustituidas por las de otro, y la figura de un tarmnngani medio desnudo, de piel morena, se transformaba en la de un inglés vestido de caqui, a lomos de un potro de caza.

Mientras estaba allí, entregada al ensueño, llegó a sus oídos, debilitado por la lejanía, el balido de un cabrito asustado. Meriem se puso

instantáneamente alerta. Cualquiera de nosotros, aun en el caso de que hubiéramos podido oír aquella lastimera y distante llamada no habríamos sabido interpretarla. Para Meriem, sin embargo, significaba el terror que atribula al rumiante cuando un carnívoro le acecha de cerca y la huida es imposible.

Para Korak representaba una diversión y un placer arrebatar a Numa una presa, siempre que le era posible, y a Meriem también le encantaba la emoción de escamotear de las mismas fauces del rey de los animales el sabroso bocado al que se disponía a hincar el diente. Ahora, al oír el balido de cabrito, todos esos estremecimientos de placer recorrieron el ánimo de Meriem. La idea de volver a jugar al escondite con la muerte llenó nuevamente de emoción a Meriem.

Se quitó rápidamente la falda de montar y la arrojó a un lado: era un estorbo de lo más incómodo para desplazarse por los árboles. Las botas y las medias siguieron el mismo camino de la falda, porque la planta del pie humano no resbala sobre la corteza, húmeda o seca, como ocurre con la suela de las botas. Le hubiera gustado quitarse también los pantalones de equitación, pero las maternales exhortaciones de Querida habían convencido a Meriem de que no era distinguido ni educado andar desnuda por el mundo.

Llevaba a la cintura un cuchillo de monte. El rifle aún estaba en la funda colgada de la silla del caballo. No había cogido el revólver.

El cabrito seguía balando cuando Meriem se lanzó rauda en dirección al punto donde se encontraba. La muchacha sabía que era un abrevadero bien conocido como punto de cita de leones. Últimamente no se habían observado rastros de carnívoros por las cercanías de aquel abrevadero, pero Meriem tenía la certeza casi absoluta de que los gritos lastimeros del pequeño rumiante se debían a la presencia de un león o de una pantera.

Pronto tendría confirmación de ello, porque se acercaba velozmente al aterrorizado animal. Mientras avanzaba a toda velocidad se extrañó de que los sonidos continuaran llegando del mismo lugar. ¿Por qué no huía el cabrito? Pero en seguida vio al animalito y lo comprendió. Estaba atado a una estaca hundida en el suelo junto al abrevadero.

Meriem se detuvo en la enramada de un árbol próximo y sus ojos rápidos y penetrantes escrutaron el calvero. ¿Dónde estaba el depredador? Bwana y su personal no cazaban de aquella forma. ¿Quién podía haber dejado ligado allí al pobre animal como cebo para Numa? Bwana no

permitía tales actos en su región y su palabra era ley entre los cazadores en un radio de muchos kilómetros a la redonda.

Meriem supuso que sin duda sería cosa de algunos salvajes trashumantes, pero ¿dónde estaban? Ni siquiera sus agudos ojos consiguieron descubrirlos. ¿Y dónde estaba Numa? ¿Por qué no había saltado ya sobre aquel delicioso e indefenso manjar? Los lastimeros balidos del cabrito daban fe de la proximidad del león. ¡Ah, ahora lo veía! Estaba echado entre unos matorrales, a unos metros de distancia, a la derecha de la muchacha. El viento soplaba en dirección al pobre animal, que percibía aquellos aterradores efluvios. Un olor que no llegaba hasta Meriem.

Dar un rodeo hasta la parte opuesta del claro, donde los árboles se acercaban más al cabrito; colocarse de un salto junto al animal y cortar la cuerda que lo sujetaba… Todo sería cuestión de un momento. Ese momento podía ser el elegido por Numa para lanzarse a la carga, en cuyo caso ella apenas tendría tiempo para alcanzar de nuevo el refugio seguro de los árboles. Pese a todo, Meriem creyó que lo conseguiría. Había salido bien librada muchas veces de contingencias por el estilo.

La duda que la impulsó a hacer una pausa momentánea radicaba más en el temor a los cazadores invisibles que el miedo a *Numa. Si* se trataba de negros desconocidos, los venablos que tenían dispuestos para Numa lo mismo podrían lanzarlos contra cualquiera que pretendiese soltar el cebo que contra la pieza a la que incitaban a meterse en la trampa. El cabrito repitió su gemebundo balido y las fibras sensibles del corazón de Meriem volvieron a conmoverse. Dejó a un lado la discreción y empezó a rodear el claro. Sólo intentó ocultar su presencia a Numa. Llegó por fin a los árboles del lado opuesto. Hizo un alto para echar un vistazo al felino, en el preciso instante en que la gigantesca bestia se levantaba despacio en toda su envergadura. Un sordo rugido anunció que estaba presto para lanzarse sobre la presa.

Meriem empuñó el cuchillo, saltó al suelo y en dos zancadas se plantó junto al cabrito. Numa la vio. Se fustigó los rojizos costados con el látigo de su cola. Dejó oír un rugido escalofriante, pero se inmovilizó, incapaz de moverse, sin duda a causa de la sorpresa que le produjo la extraña aparición que había surgido inesperadamente de la selva.

Otros ojos estaban también clavados en Meriem, ojos cuya sorpresa no era menor que la que reflejaban las pupilas verde amarillas del carnívoro. Cuando la joven saltó al calvero y corrió hacia el cabrito, en la *boma* de

espinos donde permanecía escondido se incorporó a medias un hombre blanco. Vio a Numa titubear. Se echó el rifle a la cara y apuntó al pecho de la fiera. Meriem llegó junto al cabrito. Centelleó en el aire la hoja del cuchillo y el animalito quedó libre. Tras un balido de despedida, el animal salió disparado y se perdió en la espesura. La muchacha emprendió la retirada hacia la salvación del árbol del que tan repentina e inopinadamente habían aparecido, a la vista del león, el cabrito y el hombre blanco.

Al volverse, la joven quedó de cara al cazador. El hombre puso unos ojos como platos al ver las facciones de Meriem. Dio un respingo, y se quedó un segundo boquiabierto por la sorpresa, pero el león reclamó su atención: la defraudada y colérica fiera se lanzaba al ataque. El inmóvil rifle continuaba apuntándole al pecho. El hombre pudo haber hecho fuego y frenado el asalto de Numa inmediatamente, pero, por alguna razón, ver el rostro de la chica le había hecho vacilar. ¿Cómo era posible que no manifestara ningún interés en salvarla? ¿O es que tal vez prefería continuar invisible para ella? Debió de tratarse de esto último porque el dedo se mantuvo sobre el gatillo, sin ejercer la leve presión que hubiera obligado al gigantesco león a interrumpir su ataque, al menos de momento.

Como un águila atenta contemplaba el hombre blanco la carrera de la chica hacia la salvación del árbol. Desde el instante en que el león se precipitó hacia Meriem apenas habían transcurrido un par de segundos cargados de tensa emoción. Ni un solo instante abandonó el punto de mira del rifle el pecho de la fiera, mientras la dirección de la carrera de ésta la llevaba hacia el hombre, aunque un poco a la izquierda. Luego, casi en el último momento, cuando ya parecía imposible que Meriem escapase, el dedo se curvó sobre el gatillo y pareció a punto de apretarlo, pero casi simultáneamente, la joven dio un salto y se agarró a una rama. El león también saltó, pero la ágil Meriem ejecutó un movimiento pendular, hacia arriba, que la puso fuera del alcance del león; se salvó por un segundo y un centímetro.

El hombre dejó escapar un suspiro de alivio, al tiempo que bajaba el rifle. Vio que la joven dedicaba una mueca de mofa al rugiente, furibundo y burlado devorador de carne que tenía debajo y luego, entre carcajadas, se alejó rápidamente por el bosque. El león permaneció una hora por el abrevadero y sus aledaños. El cazador tuvo cien ocasiones de acabar con él. ¿Por qué no lo hacía? ¿Temía acaso que el disparo llamase la atención de la muchacha y la indujese a volver?

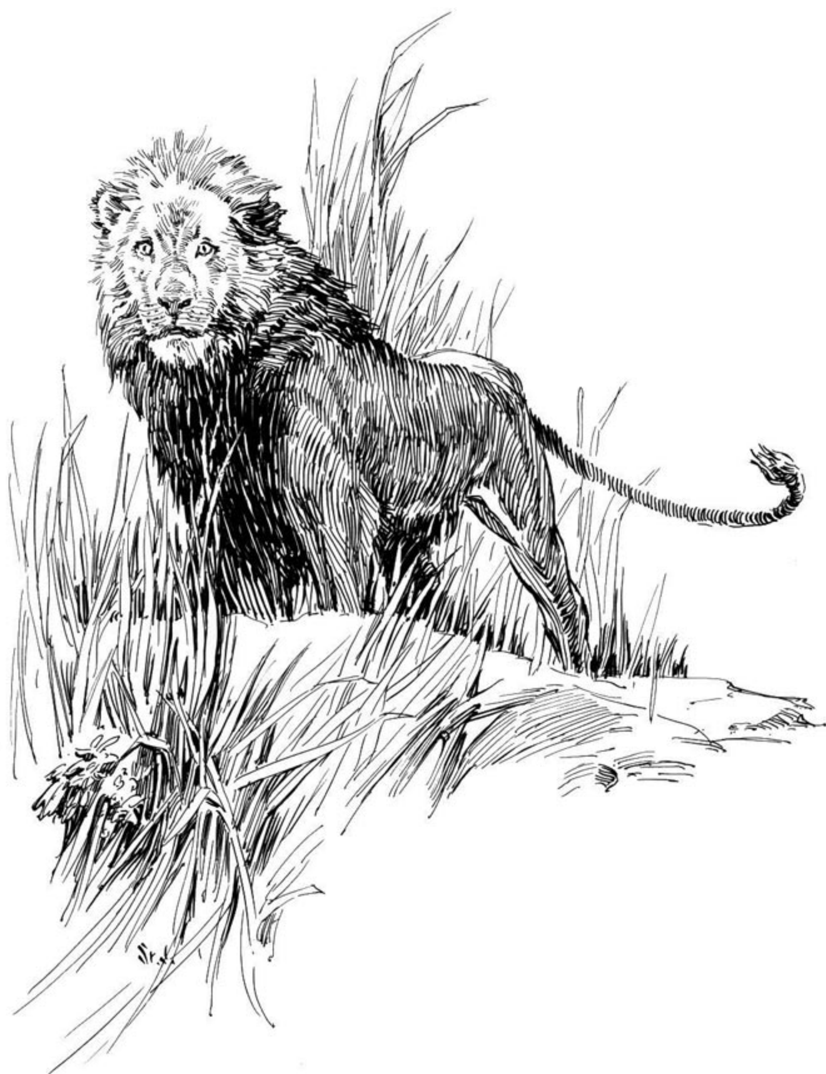
Por último, sin dejar de rugir airadamente, el león se adentró en la jungla con paso majestuoso. El cazador salió serpenteando de su *boma* y al cabo de media hora llegaba al pequeño campamento que tenía montado al abrigo de la espesura del bosque. Un puñado de servidores negros le dieron la bienvenida con alicaída indiferencia. Cuando entró en su tienda era un hombre corpulento, un enorme gigante de barba rubia. Cuando salió, media hora después, iba completamente afeitado.

Los negros se le quedaron mirando, estupefactos.

—¿Seríais capaces de conocerme? —preguntó.

—Ni la hiena que te alumbró te conocería, *bwana* —replicó uno.

El blanco disparó un puñetazo al rostro del negro, pero su larga experiencia en esquivar directos similares salvó al insolente.



**Numa, el león.**

## XVII



ERIEM regresó lentamente al árbol donde había dejado la falda, las botas y las medias. Iba cantando alegremente, pero interrumpió de pronto la tonada al llegar a la vista del árbol, porque allí un puñado de babuinos juguetones se daba la gran fiesta, lanzando las prendas de un lado para otro, tirando de ellas cada uno por un extremo, sobándolas a discreción. Al ver a Meriem, lo que menos hicieron fue asustarse. Por el contrario, empezaron a gruñirle y a enseñarle los dientes. ¿Es que iban a tenerle miedo a una simple hembra tarmangani? Ni el más mínimo. En absoluto.

Por la llanura, desde el otro lado del bosque, volvían los excursionistas de su jornada de caza. Cabalgaban muy separados entre sí, con la esperanza de tropezarse con algún león que vagase por la planicie rumbo a su cubil. El honorable Morison marchaba cerca de la linde del bosque. Sus ojos recorrían en todas direcciones el ondulante terreno salpicado de matorrales

y arbustos. De pronto, cayeron sobre la figura de un animal que se encontraba en el borde de la densa jungla, justo donde la pradera terminaba bruscamente.

Condujo su cabalgadura hacia lo que acababa de descubrir. Aquello se encontraba aún demasiado lejos para que sus escasamente adiestrados ojos reconocieran su naturaleza. Al aproximarse más, sin embargo, vio que se trataba de un caballo. Se disponía a desviarse de nuevo para recuperar la dirección que llevaba antes, cuando le pareció distinguir una silla de montar sobre el lomo de aquel equino. Se acercó un poco más. Sí, el animal estaba ensillado. El honorable Morison se acercó todavía más y, al hacerlo, sus pupilas manifestaron una agradable sensación de placer anticipado, porque acababa de darse cuenta de que aquel era el potro favorito de Meriem.

Galopó hasta situarse al lado del caballo. Meriem debía de estar en la arboleda. El hombre experimentó un leve estremecimiento ante la idea de que la joven se encontrara sola y desvalida en la selva. La selva continuaba siendo para él un espantoso lugar cuajado de terrores y en el que la muerte siempre andaba sigilosa al acecho. Desmontó y dejó su cabalgadura junto a la de la muchacha. Entró a pie en la jungla. Daba por supuesto que Meriem estaría sana y salva y deseaba darle una sorpresa apareciendo ante ella inopinadamente.

Sólo se había adentrado en la foresta unos metros cuando oyó un enorme alboroto en un árbol cercano. Al aproximarme vio una partida de babuinos que gruñía peleándose por algo. Aguzó la vista y pudo comprobar que el motivo de la aparente discordia eran una faldas de montar, unas botas y unas medias. El corazón casi dejó de latirle cuando se le ocurrió la única y espantosa explicación que sugería aquella escena. Los babuinos habían matado a Meriem y habían arrancado la ropa de su cadáver. Morison se estremeció.

Se disponía a llamarla a voces, por si, a pesar de todo, la joven continuara con vida, cuando observó que un árbol cercano rebosaba de babuinos. Aguzó la vista y descubrió que a quien refunfuñaban y gruñían los babuinos era a Meriem. Los asombrados ojos de Morison vieron que la joven basculaba por las ramas del árbol como un mono y descendía hasta situarse por debajo de los simios. La chica se detuvo un instante encima de una rama, a cosa de un metro del babuino más próximo. Morison estaba a punto de echarse el rifle a la cara y meterle un balazo a aquella espantosa

criatura cuando oyó hablar a la muchacha. Casi se le cayó el arma de las manos a causa de la sorpresa que le produjo aquel extraño lenguaje, idéntico al de los simios, que brotaba de los labios de Meriem.

Los babuinos interrumpieron su jerigonza hostil y la escucharon. Resultaba evidente que estaban tan sorprendidos como el honorable Morison Baynes. Uno tras otro, lentamente, fueron acercándose a la joven. Meriem no dio muestras de asustarse lo más mínimo. En cuestión de segundos los simios estuvieron a su alrededor y Baynes se encontró con que no podía disparar sin poner en peligro la vida de Meriem. Con todo, tampoco deseaba apretar el gatillo. Le consumía la curiosidad.

Durante varios minutos la muchacha mantuvo con los babuinos lo que no podía ser más que una conversación. Luego, con diligente prontitud, los babuinos le devolvieron las prendas que le habían quitado. Continuaron apiñados alrededor de la joven, mientras ésta volvía a ponérselas. El honorable Morison Baynes se sentó al pie de un árbol y se secó el sudor que perlaba su frente. Después se levantó y regresó hacia su montura.

Cuando Meriem salió del bosque, al cabo de unos instantes, lo encontró allí, mirándola con ojos desorbitados y de los que irradiaba un asombro mezclado con una especie de terror.

—Vi ahí tu caballo —explicó el hombre— y se me ocurrió que podía esperarte y volver a casa contigo… ¿Te importa?

—Claro que no —respondió ella—. Será estupendo.

Mientras regresaban, estribo contra estribo, a través de la llanura, el honorable Morison se sorprendió a sí mismo observando a hurtadillas el bonito perfil de la chica, al tiempo que se preguntaba si lo que acababa de ver había sido una ilusión óptica o si realmente fue testigo de una escena en la que aquella encantadora criatura alternaba con grotescos babuinos y charlaba con ellos con la misma fluidez y soltura con que hablaba con él. Era algo de lo más enigmático, algo imposible y, sin embargo, lo vio con sus propios ojos.

Seguía observando a Meriem cuando otra idea se empeñó en imponerse en su cerebro. Era una joven preciosa y de lo más deseable; ¿pero qué sabía de ella? ¿No se trataba de una muchacha absolutamente imposible para él? La escena que acababa de presenciar, ¿no era suficiente prueba de esa imposibilidad? ¡Una mujer que trepaba por los árboles y conversaba con los babuinos de la jungla! ¡Resultaba lo que se dice espantoso de veras!

El honorable Morison se enjugó el sudor de la frente. Meriem le lanzó

una mirada.

—Parece que tienes calor —comentó—. Y ahora que se está poniendo el sol yo más bien tengo frío. ¿Por qué estás sudando?

El honorable Morison no tenía intención de confesar que la había visto con los babuinos, pero de súbito, antes de darse cuenta de lo que decía, estalló:

—Sudo de emoción —dijo—. Al encontrar tu caballo me dispuse a adentrarme en la selva. Quería sorprenderte, pero el que se llevó la sorpresa fui yo. Te vi en los árboles con los babuinos.

—¿Ah, sí? —articuló Meriem, como si fuera lo más natural del mundo que una joven normal mantuviera estrechas relaciones amistosas con las fieras salvajes de la jungla.

—¡Fue horrible! —exclamó el honorable Morison.

—¿Horrible? —repitió Meriem, fruncidas las cejas en gesto de perplejidad—. ¿Qué tiene de horrible? Son amigos míos. ¿Es horrible hablar con los amigos de una?

¿Entonces hablabas de verdad con ellos? —se extrañó el honorable Morison—. ¿Los entendías y ellos te entendían a ti?

—Desde luego.

—Pero es que son unos seres espantosos… unos animales degenerados y pertenecientes a una escala inferior. ¿Cómo es posible que hables el lenguaje de las bestias?

—No son espantosos y de degenerados, nada —replicó Meriem—. Los amigos nunca son esas cosas. Siempre viví con ellos, hasta que Bwana me encontró y me trajo aquí. Casi no conocía ningún otro lenguaje, aparte el de los mangarais. ¿Acaso me iba a negar a reconocerlos sólo porque, de momento, da la casualidad de que vivo entre seres humanos?

—¡De momento! —exclamó el honorable Morison—. ¿No pretenderás decir que esperas volver a vivir con ellos? ¡Vamos, vamos, menudas tonterías estamos diciendo! ¡Pero, qué idea! Me estás tomando el pelo, señorita Meriem. Sin duda fuiste amable con esos babuinos y ellos te conocen y no te molesta, pero de eso a que hubieras vivido con ellos… Bueno, eso es un disparate absurdo.

—Pues la verdad es que viví con ellos —insistió la muchacha. Más bien le divertía el horror que le produjo a aquel hombre la mera idea, horror que se reflejaba en el tono y en los modales del honorable Morison. Así que siguió pinchándole—: Sí, viví, casi desnuda, entre los grandes monos y

entre los simios inferiores. Habitaba en las ramas de los árboles. Me abalanzaba sobre las presas pequeñas y las devoraba… crudas. Cacé antílopes y jabalíes con Korak y «A'kt». Me sentaba en las ramas gruesas de los árboles para dedicar muecas burlonas a Numa, el león, y le tiraba ramitas y le fastidiaba hasta hacerle rugir de tal modo que la selva temblaba.

»Y Korak me construyó una cabaña en la copa de un árbol gigantesco. Me llevaba carne y frutas. Luchaba por mí y me trataba bondadosamente… Hasta que llegaron Bwana y Querida, nadie había sido bueno conmigo, aparte de Korak.

Un tono de melancolía matizaba la voz de Meriem, olvidada de su intención de tomar el pelo al honorable Morison. Pensaba en Korak. Últimamente no había pensado mucho en Korak.

Guardaron silencio durante largo rato, absortos en sus propias meditaciones mientras cabalgaban de vuelta a la casa de campo de su anfitrión. La chica evocaba la figura de un muchacho que parecía un dios, cubierto con una piel de leopardo que ocultaba en buena parte su piel lisa y bronceada, mientras saltaba ágilmente de árbol en árbol para poner ante ella la comida que le llevaba tras la provechosa cacería. Detrás del mozo se desplazaba balanceándose de rama en rama un formidable y peludo simio, un colosal antropoide. Meriem les daba la bienvenida entre risas y gritos de alegría, al tiempo que se mecía delante de su silvestre hogar. Era un cuadro precioso en su memoria. El otro aspecto del mismo raramente entraba en su recuerdo: el frío, las largas y terribles noches de la selva, la humedad y calamidades de la estación lluviosa, las aterradoras fauces de los carnívoros salvajes cuando rondaban en la negra oscuridad, la constante amenaza de Sheeta, la pantera, y de Histah, la serpiente, los insectos de afilado aguijón, las odiosas sabandijas. Porque, en realidad, todos esos azotes quedaban en segundo plano, olvidados bajo el peso de la felicidad de los días soleados, la vida en completa libertad y, sobre todo, la compañía de Korak.

Los pensamientos del hombre eran más bien confusos. Acababa de comprender que había estado en un tris de enamorarse de aquella joven de la que apenas sabía nada hasta un momento antes, cuando le reveló momentáneamente una parte de su pasado. Cuanto más reflexionaba sobre ello más evidente le resultaba que le había entregado su cariño… que había estado a punto de ofrecerle su honorable apellido. Le sacudió un escalofrío al darse cuenta de que se había librado por los pelos. Sin embargo, la

quería, a pesar de todo. Nada que oponer, según la ética del honorable Morison Baynes y los de su clase social. La joven era de una arcilla inferior a la suya. No podía casarse con ella, como tampoco podía desposar a una babuina de las que formaban parte del círculo de amistades de Meriem. Ni ella esperaría, naturalmente, que él le formulase la oferta de matrimonio. Disfrutar de su amor ya representaría más que suficiente honor para la joven… El apellido, como era lógico, se lo brindaría a una dama perteneciente a su propia clase social.

Una muchacha que se codeaba con simios y que, según reconocía, vivió prácticamente desnuda entre ellos, no podía tener un sentido apropiado de las cualidades superiores de la virtud. El amor que él le ofrecería, pues, lejos de ofenderla, probablemente satisfaría con creces todo lo que ella pudiera desear o esperar.

Cuanto más pensaba en el asunto el honorable Morison Baynes, más se convencía de que sus intenciones eran de lo más caballeroso y filantrópico. Los europeos entenderían su punto de vista mucho mejor que los estadounidenses, pobres y benditos provincianos incapaces de una verdadera comprensión de lo que representa la estirpe y a los que se haría muy cuesta arriba entender el hecho de que «el rey jamás puede hacer nada malo». Ni siquiera se le ocurrió dudar de que Meriem se sentiría mucho más feliz entre las comodidades y lujos de un piso de Londres, respaldada por el cariño y la cuenta corriente de Morison, que casada con un hombre perteneciente a la misma posición social de ella, un don nadie. Sin embargo, quedaba en el aire un punto que deseó aclarar de manera definitiva, antes de comprometerse en el plan que estaba considerando poner en práctica.

—¿Quiénes eran Korak y «A'kt»? —quiso saber.

—«A'kt» era un mangan —respondió Meriem— y Korak un tarmangani.

—Pero, por favor, aclárame qué es un mangan… y qué es un tarmangani.

La joven se echó a reír.

—Tú eres un tarmangani —explicó—. Los mangarais están cubiertos de pelo… tú los llamarías monos.

—¿Korak, pues, es un hombre blanco?

—Sí.

—¿Y era… ejem… era… tu…?

Se interrumpió porque le resultaba un tanto dificil continuar con aquel interrogatorio mientras los bonitos ojos claros de la muchacha estaban fijos en los suyos.

—¿Mi qué? —preguntó Meriem, cuya inocencia carente de picardía la situaba lejos, muy lejos de suponer a dónde quería ir a parar el honorable Morison.

—Pues… ejem… tu hermano —tartamudeó el hombre.

—No, Korak no era mi hermano —respondió ella.

—¿Tu marido, entonces? —el honorable Morison fue por fin al grano.

Ni por lo más remoto ofendida, Meriem estalló en una alegre carcajada.

—¡Mi marido! —exclamó—. ¿Qué edad me calculas? Soy demasiado joven para tener marido. Es algo que nunca se me ha pasado por la cabeza. Korak era… pues… —vaciló también, porque era la primera vez que trataba de analizar la relación que existía entre Korak y ella—, pues, Korak era… Korak y nada más…

Remató su nueva interrupción con otra alegre carcajada, mientras comprendía la brillantez de su inspirada descripción.

Al contemplarla y al escucharla el hombre que iba a su lado no podía creer que en la naturaleza de aquella muchacha se hubiera infiltrado alguna clase de depravación y, sin embargo, necesitaba creer que no había sido cabalmente virtuosa, porque, de no ser así, lo que él se proponía no iba a resultarle fácil… El honorable Morison no carecía totalmente de conciencia.

Durante varios días, el honorable Morison no consiguió progresos apreciables en su camino hacia la consumación del plan que se había trazado. A veces casi llegaba a abandonarlo del todo, dado que solía sorprenderse de vez en cuando diciéndose lo fácilmente que podía caer en la tentación de declararse y pedir a Meriem en matrimonio, si no andaba con ojo y se hundía un poco más en el amor que la joven le inspiraba. Le costaba un trabajo ímprobo verla todos los días y no enamorarse de ella cada vez más profundamente. La chica tenía un «algo» y, aunque el honorable Morison no llegaba a captarlo, le dificultaba extraordinariamente su labor: ese «algo» eran las cualidades de una bondad y honestidad innatas que situaban a Meriem dentro de un baluarte protector, de una barrera inexpugnable erigida a su alrededor que sólo los degenerados tienen la falta de escrúpulos imprescindible para atacar. Al honorable Morison Baynes nunca podía considerársele un degenerado.

Una noche estaba sentado con Meriem en el porche, después de que todos los demás se hubiesen retirado a descansar. Habían estado jugando al tenis, deporte en el que el honorable Morison brillaba con luz propia, como, a decir verdad, le ocurría en la mayor parte de esos ejercicios de competición. Le contaba a Meriem anécdotas y detalles de Londres y París, le hablaba de bailes y banquetes, de mujeres maravillosas que lucían modelos no menos maravillosos, de los placeres, diversiones y pasatiempos en que se entretenían los ricos y poderosos. El honorable Morison era un consumado maestro en el arte de la fábula insidiosa y exagerada. Su narcisismo ególatra nunca resultaba flagrante ni aburrido… Nunca caía en la ordinariez, porque la ordinariez era cosa de plebeyos y lo plebeyo era algo que el honorable Morison tenía buen cuidado en evitar. Lo que no era óbice para que cualquiera que escuchase al honorable Morison, sacara jamás la impresión de que lo que oía restaba un ápice de gloria al linaje de los Baynes o a su representante en aquel momento.

Meriem estaba hechizada. Para aquella doncella de la jungla, los relatos del honorable Morison eran como cuentos de hadas. Ante los ojos de su imaginación, el honorable Morison aparecía impresionante, alto, magnífico, esplendoroso. La fascinaba, y cuando el hombre se le acercó, tras una breve pausa de silencio, y le tomó una mano, la muchacha se estremeció como hubiera podido estremecerse al contacto de una divinidad. Fue un escalofrío de arrebatada exaltación en el que no faltaba cierto temor.

El hombre se inclinó para acercar sus labios al oído de la joven.

—¡Meriem! —susurró—. ¡Mi pequeña Meriem! ¿Me permites que te llame «mi pequeña Meriem»?

Con los ojos muy abiertos, la joven alzó la mirada hacia su rostro, pero las sombras lo oscurecían. La muchacha tembló, pero no se apartó. El honorable Morison la rodeó con el brazo y la atrajo más hacia sí.

—¡Te quiero! —murmuró.

Meriem no contestó. No sabía qué decir. Lo ignoraba todo acerca del amor. Nunca se le ocurrió pensar en él, aunque sí sabía que le gustaba que la quisieran, significara eso lo que significase. Era estupendo que la gente fuera bondadosa y amable con una. ¡Había conocido tan poca bondad y tan poco cariño!

—Dime —pidió el hombre— que tú también me quieres.

Los labios del honorable Morison estaban casi pegados a los de Meriem. Casi iban a tocarse cuando la imagen de Korak se irguió

milagrosamente ante los ojos de la muchacha. Vio el rostro de Korak muy cerca del suyo, sintió sus ardientes labios contra su boca y entonces, por primera vez en su vida, Meriem supo lo que significaba el amor. Se apartó despacio del honorable Morison.

—No estoy segura de quererte —dijo—. Esperemos. Disponemos de mucho tiempo. Aún soy demasiado joven para casarme y tampoco estoy segura de que pudiera ser feliz en Londres o París… Más bien me asustan.

¡Con qué facilidad y naturalidad había relacionado el amor con la idea del matrimonio! El honorable Morison tenía la certeza absoluta de no haber mencionado el matrimonio para nada: tuvo un cuidado especial en evitarlo. Y encima la chica decía que no estaba segura de quererle. ¡Eso sí que era un impacto que dejaba temblando su vanidad! Parecía increíble que aquella pequeña salvaje tuviese dudas acerca de si deseaba o no al honorable Morison Baynes.

Una vez se enfrió el primer arrebato de pasión, el honorable Morison estuvo en condiciones de razonar de modo más lógico. El principio no podía haber sido más catastrófico. Sería mejor aguardar e ir preparando gradualmente el cerebro de Meriem para plantearle la única propuesta que su exaltación le permitiría ofrecer a la muchacha. Habría que ir poco a poco. Contempló el perfil de Meriem. La plateada claridad de la luna tropical caía sobre él de lleno. El honorable Morison se preguntó si le iba a resultar tan fácil «ir poco a poco». ¡Era tan atractiva!

Meriem se levantó. Aún tenía frente a sí la imagen de Korak.

—Buenas noches —deseó—. Esto es casi demasiado bonito para dejarlo así como así, pero…

Movió el brazo en un ademán que abarcaba el estrellado cielo, la enorme luna llena, la amplia llanura teñida de plata y las espesas negruras que, a lo lejos, representaban a la selva.

—¡Me encanta! —añadió Meriem.

—Londres te gustaría aún más —se apresuró a afirmar el hombre—. Y Londres se quedaría prendado de ti. Tu belleza se haría célebre en cualquier capital de Europa. Tendrías el mundo a tus pies, Meriem.

—¡Buenas noches! —repitió ella, y se retiró.

El honorable Morison sacó un cigarrillo de la pitillera decorada con su escudo, lo encendió, exhaló una bocanada de humo azul en dirección a la luna y sonrió.



**Uno tras otro fueron acercándose a la joven.**

## XVIII



ERIEM y Bwana estaban sentados en el porche al día siguiente, cuando apareció a lo lejos un jinete que cruzaba la llanura en dirección a la casa. Bwana se puso la mano sobre los ojos para hacerse sombra y observó al caballista. En el África central eran contados los forasteros. Bwana conocía incluso a los negros de la región en muchos kilómetros a la redonda. Era difícil que un blanco desconocido se presentase a ciento cincuenta kilómetros de distancia y que la noticia de su aparición no llegase a oídos de Bwana mucho antes de que el forastero se acercase a la casa del colono. El Gran Bwana tenía cumplida y puntual información de todos los movimientos del recién llegado: qué piezas mataba y el número de las mismas que cobraba de cada especie, cómo las sacrificaba —ya que Bwana no permitía el empleo de ácido prúsico ni de estricnina— y el modo en que

trataba a sus servidores.

A causa de la crueldad que ejercían sobre los negros de su partida, varios cazadores europeos se vieron obligados a regresar hacia la costa, al ordenar el corpulento inglés que se los rechazara, y hubo uno, cuyo nombre se había hecho famoso en las comunidades civilizadas donde se le consideraba un gran cazador, al que se le expulsó de África, con la expresa prohibición de volver a pisar el continente, porque Bwana se enteró de que los catorce leones producto de su cacería los había conseguido mediante el expeditivo procedimiento del cebo envenenado.

Como consecuencia de ello, todos los buenos cazadores, así como los indígenas de la región, querían y respetaban a Bwana. Su palabra era ley allí donde nunca la hubo. De costa a costa difícilmente podría encontrarse un solo guía o cacique que no obedeciese las órdenes del Gran Bwana antes que las de los cazadores que hubieran contratado sus servicios, de forma que despedir a cualquier indeseable resultaba de lo más sencillo: a Bwana le bastaba con ordenar a sus servidores que lo abandonasen.

Sin embargo, era evidente que aquel extraño se había filtrado en el territorio sin que Bwana se enterase. Éste no imaginaba quién podría ser aquel desconocido. De acuerdo con las leyes de la hospitalidad que rigen en todo el globo, lo recibió en la puerta y le dio la bienvenida antes de que se apeara de la montura. Comprobó que se trataba de un hombre alto y bien plantado, de treinta y tantos años, cabello rubio y rostro recién afeitado. Irradiaba una seductora familiaridad que sugirió a Bwana que debía llamarlo por su nombre, pero no se decidió a hacerlo. Saltaba a la vista que el recién llegado era de origen escandinavo: tanto su apariencia física como su acento así lo indicaban. Sus modales eran toscos, pero abiertos. Causó una excelente impresión al inglés, siempre dispuesto a aceptar a los desconocidos de aquella región salvaje de acuerdo con la valoración que ellos hacían de sí mismos, sin formular preguntas y pensando siempre lo mejor de ellos, mientras no demostrasen ser indignos de su amistad y hospitalidad.

—Es bastante inusitado que se presente aquí un blanco sin que se me haya avisado previamente de su presencia —dijo Bwana, mientras ambos caminaban en dirección al prado donde había sugerido que el forastero dejase su caballo—. Mis amigos, los indígenas, me suelen tener informado.

—Probablemente eso se deba a que he venido por el sur —explicó el desconocido—, lo que ha impedido que me localizasen y le anunciaran mi

llegada. Llevo varias jornadas de marcha sin avistar poblado alguno.

—No, por el sur no hay ninguna aldea en bastantes kilómetros —convino Bwana—. Desde que Kovudoo abandonó el territorio dudo mucho que en esa dirección se pueda ver un indígena en una distancia de cuatrocientos o quinientos kilómetros.

Bwana se estaba preguntando cómo era posible que un jinete solitario hubiera sido capaz de cubrir todos aquellos kilómetros de terreno inhóspito que se extendían por el sur. Como si adivinara lo que cruzaba por el cerebro de su interlocutor, el desconocido explicó:

—Bajé desde el norte para cazar y comerciar un poco. Me desvié de las rutas que se suelen utilizar. El capataz de mi equipo, que era el único miembro del safari que había estado antes en la región, se puso enfermo y falleció. No conseguimos dar con indígenas que nos guiasen, de modo que decidí emprender el regreso hacia el norte. Llevamos más de un mes viviendo del producto de nuestros rifles. Anoche, cuando acampamos en un abrevadero que hay al borde de la llanura, no tenía la menor idea de que hubiese un hombre blanco en mil kilómetros a la redonda. Y esta mañana, cuando me disponía a salir de caza, vi la columna de humo que salia de la chimenea de su casa, de forma que me apresuré a enviar de vuelta al campamento a mi ayudante, para que anunciase allí la buena noticia, y sali disparado hacia aquí. Desde luego, he oído hablar de usted —cuantos vienen al África central le conocen— y me llevaría un alegrón si me permitiera descansar y cazar por aquí durante quince días.

—No faltaría más —accedió Bwana—. Traslade su campamento a la orilla del río, debajo del de mis muchachos, y considérese en su casa.

Ya habían llegado al porche y Bwana presentó el forastero a Meriem y a Querida, que acababa de salir del interior de la casa.

—El señor Hanson —dijo Bwana, pronunciando el nombre que el desconocido le había dado—. Es un traficante que se extravió en la selva, por el sur.

Querida y Meriem correspondieron al saludo de presentación del hombre. Éste parecía sentirse algo incómodo en su presencia. El anfitrión lo atribuyó al hecho de que su huésped no estaba acostumbrado al trato social con damas cultas, de modo que buscó rápidamente un pretexto para sacarle de aquel atolladero y conducirlo al estudio, donde le ofreció un coñac con soda, lo cual evidentemente le resultaría mucho menos embarazoso al señor Hanson.

Cuando se hubieron alejado, Meriem se dirigió a Querida.

—¡Qué extraño! —articuló—. Casi estaría dispuesta a jurar que conocí al señor Hanson en algún momento del pasado. Es extraño, pero absolutamente imposible…

Lo apartó de su mente y no volvió a pensar en ello.

Hanson no aceptó la invitación de Bwana de trasladar el campamento más cerca de la casa del colono. Dijo que sus muchachos eran bastante camorristas y que valia más guardar las distancias. Por su parte, el señor Hanson aparecía por allí de vez en cuando, aunque no demasiado, y siempre evitaba el trato con las señoras. Circunstancia que, como es lógico, no pudo por menos que suscitar chistes y comentarios burlones acerca de la falta de mundología del tosco traficante. Éste acompañó a los cazadores en varias expediciones, donde demostró a todos que allí sí se encontraba a gusto, en su terreno, y que conocía bien los secretos de la caza mayor. Durante las veladas solía pasar largas horas con el capataz blanco de la extensa finca, y era a todas luces evidente que alternar con aquel hombre del campo le resultaba mucho más interesante que frecuentar a los cultos huéspedes de Bwana. De forma que no tardó en ser una figura familiar, por las noches, dentro del recinto de la granja. Entraba y salia a su antojo y a menudo paseaba por el amplio jardín, alegría y orgullo especial de Querida y Meriem. La primera vez que se tropezaron con él, murmuró unas torpes excusas, como si le hubieran sorprendido haciendo algo malo, y explicó que siempre le habían robado el corazón las espléndidas flores del norte de Europa que con tanto éxito Querida había trasplantado a suelo africano.

Aunque, lo que le atraía a aquel pensil ¿eran aquellos preciosos polemonios y malvalocas que perfumaban el aire o aquella otra flor, infinitamente más hermosa, que a menudo paseaba entre las flores, bajo los rayos de la luna: la bronceada Meriem, de negra cabellera?

Hanson llevaba allí tres semanas. Dijo que durante ese tiempo sus servidores descansaban y recuperaban fuerzas después de las terribles pruebas que habían tenido que superar en la enmarañada vegetación de la selva virgen del sur. Sin embargo, él no estuvo tan ocioso como había aparentado. Dividió su equipo en dos grupos y a la cabeza de cada uno de ellos puso a un hombre de su confianza. Les explicó sus planes y les prometió una sustanciosa recompensa si llevaban a buen término las órdenes que se les daban. Una de las dos partidas emprendió lenta marcha hacia el norte, por el camino que enlazaba con las importantes rutas de las

caravanas que entraban en el Sahara desde el sur. Al otro grupo lo envió directamente hacia el oeste, con la orden precisa de que se detuviera y montasen un campamento permanente al otro lado del gran río que señala la frontera natural del territorio que el Gran Bwana consideraba casi de su entera y legítima propiedad.

Explicó a su anfitrión que trasladaba su safari lentamente hacia el norte, pero no dijo nada del grupo que se dirigía hacia el oeste. Luego, un día, anunció que la mitad de sus hombres había desertado. Se consideró obligado a dar tal explicación porque una partida de caza procedente de la casita de campo de Bwana pasó por el campamento del norte y el señor Hanson temió que se hubiera dado cuenta de lo reducido de su equipo.

Y así estaban las cosas cuando, una noche, Meriem, que no podía conciliar el sueño, se levantó y fue a darse una vuelta por el jardín. El honorable Morison había insistido una vez más en sus pretensiones y en el cerebro de la muchacha se había desencadenado un torbellino que le impedía dormir.

La inmensa cúpula celeste parecía una promesa de amplia libertad que apartaría de su mente dudas e interrogantes. Baynes la apremiaba para que le diese el sí de una vez. La joven había pensado una docena de veces que podía darle honradamente la respuesta que el hombre esperaba. Y entonces el recuerdo de Korak surgía al instante en su memoria. Había llegado a creer que estaba muerto puesto que, de no ser así, ya se habría presentado a buscarla. Ignoraba Meriem que Korak incluso tenía un motivo mejor para creer que ella sí estaba muerta. Debido a tal creencia no había efectuado ningún esfuerzo por encontrarla, a raíz de su rápida incursión en la aldea de Kovudoo.

Hanson estaba tendido en el suelo, detrás de un florido arbusto. Contemplaba las estrellas mientras esperaba. Llevaba bastantes noches haciendo lo mismo. ¿Qué o a quién esperaba? Oyó acercarse a la muchacha y se incorporó, apoyándose en el codo. Su caballo permanecía inmóvil a una docena de pasos, con las riendas atadas a un poste de la cerca.

Poco a poco, con despacioso caminar, Meriem fue aproximándose al arbusto detrás del que se encontraba el forastero. Hanson se sacó del bolsillo un pañuelo de grandes dimensiones y se puso furtivamente de rodillas. En los corrales relinchó un caballo. A lo lejos, al otro lado de la llanura, rugió un león. Hanson cambió de postura, se puso en cuclillas, sobre ambos pies, listo para erguirse rápidamente.

El caballo volvió a relinchar, en esa ocasión más cerca. Se oyó el roce de su cuerpo al pasar entre los arbustos. Hanson se preguntó cómo habría logrado salir del corral, puesto que no cabía duda de que se encontraba ya en el jardín. El hombre volvió la cabeza para mirar al animal. Lo que vio le impulsó a echar cuerpo a tierra, aplastándose contra los matojos: se acercaba un hombre, que llevaba dos monturas cogidas de las riendas.

Meriem también oyó al que llegaba y se detuvo para echar una mirada y aguzar el oído. Al cabo de un momento apareció el honorable Morison Baynes, que conducía dos cabalgaduras ensilladas.

Meriem se le quedó mirando, sorprendida. El honorable Morison sonrió tímidamente.

—No podía dormir —explicó— y me disponía a dar un paseo a caballo cuando te vi casualmente en el jardín y se me ocurrió que a lo mejor te apetecía acompañarme. Un paseo a la luz de la luna es algo maravilloso, ya sabes. Vamos.

Meriem se echó a reír. Le seducía la aventura.

—Muy bien —aceptó.

Hanson soltó un taco entre dientes. La pareja se alejó hacia el portillo del jardín, con los caballos de reata. Descubrieron allí el potro de Hanson.

—¡Vaya! Ahí está el caballo de ese traficante.

—Probablemente habrá venido a visitar al capataz —dijo Meriem.

—Un poco tarde para estar de visita, ¿no? —comentó el honorable Morison—. Maldita la gracia que me haría regresar al campamento atravesando de noche la jungla.

Como para dar más peso a las aprensiones del honorable Morison, el distante león rugió de nuevo. El honorable Morison se estremeció, al tiempo que lanzaba un rápido vistazo a Meriem para observar el efecto que el rugido había causado en la joven, pero ésta parecía no haberlo notado.

Segundos después, ambos estaban ya sobre la silla y avanzaban despacio a través de la pradera bañada por la luna. Meriem dirigió su caballo hacia la selva. Era la dirección de la que había llegado el rugido del león hambriento.

—¿No seria mejor que nos mantuviésemos lejos de ese bicho? —sugirió el honorable Morison—. Supongo que no lo has oído rugir.

—Claro que le oí —rió Meriem—. Vayamos hacia él y démosle un poco la lata.

El honorable Morison emitió una risita nerviosa. No le importaba

quedar ligeramente en evidencia ante la joven, aunque tampoco le importaba acercarse a un león hambriento durante la noche. En la funda de la silla llevaba el rifle. Claro que la luz de la luna no era muy de fiar a la hora de afinar la puntería y claro que tampoco se había visto nunca frente a un león… ni siquiera a pleno día. La idea le produjo una definida sensación de náusea. El animal había dejado de rugir. Ya no se le oía y, en consecuencia, la moral del honorable Morison subió algunos enteros. Cabalgaban hacia la jungla a favor del viento. El león se hallaba en una pequeña depresión del terreno, a su derecha. Era viejo. Llevaba dos días sin comer porque su salto ya no era tan rápido ni tan ágil, ni su ataque tan poderoso como años atrás, cuando estaba en la primavera de la vida y sembraba el terror entre los seres de su salvaje dominio. Dos noches y dos días sin echarse nada al estómago se lo habían dejado completamente vacío, aparte de que llevaba mucho tiempo sin comer más que carroña. Sí, era viejo, pero continuaba siendo aún una terrible máquina de destrucción.

El honorable Morison tiró de las riendas al llegar a la linde del bosque. No tenía el menor deseo de seguir adelante. Silencioso sobre sus acolchadas patas, Numa se deslizaba por la jungla, delante de ellos. La brisa soplaba suavemente ahora entre el animal y la presa que pretendía calar. Hacía mucho tiempo que andaba en pos de un hombre porque en su juventud había probado la carne humana y aunque no tenía un sabor tan suculento como el alce africano y la cebra, el hombre resultaba mucho menos difícil de matar. En el sistema de valoración de Numa, el hombre era una criatura lenta de reflejos y de movimientos y que no inspiraba ningún respeto, a no ser que estuviese acompañado por aquel olor acre que el olfato del rey de los animales captaba en seguida y por el cegador relámpago que encendía el rifle de pronto.

El león percibió aquella noche el peligroso olor, pero el hambre le tenía como loco. Se hubiera enfrentado a una docena de rifles, de ser necesario, con tal de poner su estómago al completo. Dio un rodeo en la espesura para situarse a favor del viento, porque si las víctimas captaban su olor le iba a resultar imposible sorprenderlas. Numa estaba muerto de hambre, pero era viejo y astuto.

En las profundidades de la jungla, alguien más percibió débilmente el olor a hombre, y también el de Numa. Alzó la cabeza y olfateó el aire. Luego ladeó la cabeza y aguzó el oído.

—Adelante dijo Meriem, —vayamos por ahí… el bosque es una

preciosidad por la noche. Y lo bastante despejado para que paseemos sin peligro.

El honorable Morison titubeó. Se resistía a manifestar miedo alguno delante de la muchacha. Un hombre valeroso, seguro de sí y de su posición, habría tenido el coraje preciso para negarse a exponer a la joven a cualquier peligro innecesario. En absoluto hubiera pensado en sí mismo; pero la egolatría del honorable Morison le obligaba a pensar primero en su propia persona. Su plan consistía en alejar a Meriem de la casa. Deseaba hablar a solas con ella para que, en el caso de que se sintiera ofendida a causa de la proposición que iba a hacerle, él tuviera tiempo durante el camino de regreso para reivindicarse a los ojos de la muchacha y arreglar las cosas. Estaba casi seguro de que iba a lograr el éxito, pero como le faltaba el casi, en su mente se agitaban leves dudas.

—No has de tener miedo del león —dijo Meriem al darse cuenta de su titubeo—. Desde hace dos años no ha aparecido por aquí ningún devorador de hombres, según afirma Bwana, y abunda tanto la caza por estos andurriales que Numa no siente la menor necesidad de alimentarse de carne humana. Además, le han acosado tanto y con tanta asiduidad que procura mantenerse lejos de los hombres.

—No me asustan los leones —aseguró el honorable Morison—. Lo que estaba pensando es que la selva es un paraje bien incómodo para pasear de noche a caballo. Con tantos matorrales, ramas bajas y todo eso azotándole a uno, ya sabes, no es precisamente un paseo agradable.

—Entonces, vayamos a pie —propuso Meriem, y se dispuso a desmontar.

—¡Oh, no! —exclamó el honorable Morison, horrorizado—. Sigamos a caballo.

Arreó su montura y se adentró en las oscuras sombras de la arboleda. Meriem iba tras él, mientras que por delante, a la expectativa de la ocasión favorable, acechaba Numa, el león.

En la llanura, un jinete solitario pronunció en voz baja una maldición al ver que desaparecían de su vista. Era Hanson. Los llevaba siguiendo desde que abandonaron la casa. Cabalgaban en dirección a su campamento, lo que le proporcionaba la excusa apropiada, que ya tenía a punto, en el caso de que lo descubrieran. Pero no le habían visto, porque en ningún momento miraron a su espalda.

Hanson condujo su montura hacia el punto por el que la pareja había

penetrado en la selva. Ya no le importaba que le vieran o no. Había dos razones para su indiferencia. La primera consistía en que consideraba que Baynes intentaba llevar a la práctica una copia de su propio plan de secuestrar a la muchacha. En cierto sentido, aquello podía redundar en su beneficio. Al menos, los mantendría a la vista y cuidaría de que Baynes no se apoderara de la joven. La otra razón se fundamentaba en el conocimiento de un suceso cuya noticia había llegado a su campamento la noche anterior, un acontecimiento que se había abstenido de citar en la casa por temor que hubiese despertado un interés no deseado hacia sus movimientos e inducido a los negros del Gran Bwana a trabar una peligrosa relación con los suyos. Había dicho en la casa que la mitad de sus hombres desertaron. Esa historia podía quedar desmentida en el caso de que los indígenas de Bwana y los suyos se pusieran a intercambiar comentarios.

El acontecimiento que no mencionó y que ahora le apremiaba a ir en pos de la muchacha y su acompañante había ocurrido durante su ausencia a primera hora de la noche anterior. Sus hombres estaban sentados en torno a la fogata del campamento, rodeados por una alta *boma* de espinos cuando, sin previo anuncio de su llegada, un gigantesco león aterrizó entre ellos y cogió a uno de los indígenas. El hombre pudo salvar la vida gracias exclusivamente a la solidaridad y valor de sus compañeros. Y sólo tras una encarnizada batalla con aquel monstruo enfurecido lograron ponerle en fuga agitando estacas encendidas y utilizando los venablos y rifles.

El suceso indicó a Hanson que un devorador de hombres había irrumpido en la zona o que algún viejo león al que la edad le impedía cazar presas más difíciles se había convertido en antropófago, merodeaba por la llanura y las colinas durante la noche y descansaba durante el día en el frescor del bosque. Había oído el rugido de un león hambriento cosa de media hora antes y en su mente no existía la menor duda de que aquel devorador de hombres acechaba a Meriem y Baynes. Maldijo al inglés por estúpido y espoleó a su montura para seguirlos de cerca.

Meriem y Baynes se habían detenido en un pequeño claro natural. Cien metros más allá, Numa estaba agazapado entre los matorrales, con sus ojos verdeamarillos fijos en su presa, mientras la punta de su sinuosa cola se agitaba espasmódicamente. Calculaba la distancia que se interponía entre él y sus piezas. Se preguntaba si sería conveniente aventurarse a lanzar un ataque o si debía aguardar un poco más con la esperanza de que la presa fuera directamente a sus mandíbulas. Tenía un hambre espantosa, pero era

muy taimado. No podía exponerse a perder aquella carne lanzándose a un ataque que a lo peor resultaba prematuro. Si la noche anterior hubiese esperado a que los negros se durmieran, no se habría visto en la situación de continuar famélico otras veinticuatro horas.

Detrás de él, otra criatura que había percibido su olor, así como el del hombre, se sentó sobre la rama del árbol en la que se había echado dispuesto a dormir. A los pies de aquel ser, una mole grisácea y torpona se movía de un lado a otro en la oscuridad. El animal que estaba en el árbol emitió un sonido gutural al tiempo que se dejaba caer sobre la espalda de la enorme masa gris. Murmuró ciertas palabras en una de las grandes orejas y Tantor, el elefante, levantó la trompa al máximo y la balanceó de un lado a otro para captar el olor que le habían indicado. Otra palabra dicha en susurro —¿una orden?— y el pesado proboscidio giró en redondo y con paso desmañado pero silencioso, echó a andar en dirección a Numa, el león, y aquel extraño tarmangani que su jinete había olfateado.

A medida que avanzaban, el olor del león y de su presa fue intensificándose. Numa se impacientaba. ¿Cuánto tiempo tenía que esperar antes de que la carne llegase hasta él? Agitaba ya la cola con cierta irritación. Casi gruñía de rabia. Ajenos al peligro, el hombre y la muchacha seguían conversando en el claro.

Sus monturas estaban muy juntas. Baynes había encontrado la mano de Meriem y se la apretaba, al tiempo que vertía acarameladas palabras de amor en el oído de la joven, que Meriem escuchaba encantada.

—Vente a Londres conmigo —apremiaba el honorable Morison—. Puedo organizar un safari y en un día nos plantamos en la costa, antes de que nadie se dé cuenta de que nos hemos ido.

—¿Y por qué hemos de marcharnos así? —preguntó Meriem—. Bwana y Querida no pondrán objeciones a nuestro matrimonio.

—No puedo casarme contigo aún —explicó el honorable Morison—, he de atender primero ciertas formalidades…, asuntos que tú no entiendes. Todo saldrá bien. Iremos a Londres. No puedo esperar. Si realmente me quieres, vendrás conmigo. ¿Qué me dices de los monos con los que vivías? ¿Se preocupaban de legalizar oficialmente el matrimonio? Aman como amamos nosotros. De haber continuado con ellos te hubieras emparejado como ellos se emparejan. Es la ley de la naturaleza… Ninguna ley promulgada por el hombre puede revocar las leyes de Dios. ¿Qué importancia tiene, si nos queremos? Aparte de nosotros dos, ¿qué nos

importa el mundo? Yo daría mi vida por ti… ¿No darás tu nada por mí?

—¿Me quieres? —preguntó Meriem—. ¿Te casarás conmigo cuando lleguemos a Londres?

—Lo juro —se exaltó el honorable Morison.

—Iré contigo —murmuró la joven—, aunque no comprendo qué necesidad hay.

Se inclinó hacia él y Morison la tomó en sus brazos y agachó la cabeza para unir sus labios a los de Meriem.

En aquel preciso momento, a través de los árboles que orillaban el bosque asomó la cabeza de un enorme elefante. Meriem y el honorable Morison, que sólo tenían ojos y oídos para verse y oírse el uno al otro no vieron ni oyeron nada. Pero Numa sí. El tarmangani que cabalgaba sobre la ancha cabeza de Tantor vio a la chica en los brazos del hombre. Era Korak; pero en la esbelta figura de aquella joven vestida con elegancia no reconoció a su Meriem. Sólo vio a un tarmangani con su compañera. Y entonces Numa se lanzó al ataque. Temeroso de que Tantor ahuyentara a su presa, el enorme felino salió de su escondite al tiempo que inundaba el aire con un rugido aterrador. Aquel espantoso sonido hizo temblar la tierra. Los caballos se quedaron instantáneamente paralizados por el pánico. El honorable Morison Baynes se quedó blanco y helado. Bajo la brillante claridad de aquella magnífica luna llena, el león se precipitaba hacia ellos a toda velocidad. Los músculos del honorable Morison se negaron a obedecer a su voluntad, cedieron ante la presión de un poder superior, el poder de la Primera ley de la naturaleza, representada por Numa. Hundieron las espuelas en los ijares del caballo, dejaron caer las riendas, sueltas, sobre el cuello del animal y la montura dio media vuelta y emprendió impetuosa carrera hacia la llanura y la seguridad que podía brindarle.

La cabalgadura de la muchacha relinchó aterrada, reculó y salió disparada en pos de su compañera. El león corrió en su persecución. Sólo Meriem se mantenía serena… Meriem y el salvaje medio desnudo que, a horcajadas sobre el cuello de su colosal montura, sonrió ante el emocionante espectáculo que para su deleite el azar había puesto frente a sus ojos.

Para Korak, aquello no era más que el lance de dos tarmanganis desconocidos a los que perseguía un Numa con el estómago vacío. Numa tenía derecho a su presa, pero uno de los tarmanganis era hembra. Y Korak experimentó la intuitiva y apremiante necesidad de acudir en su socorro.

¿Por qué? No podía adivinarlo. Ahora todos los tarmanganis eran sus enemigos. Llevaba demasiado tiempo viviendo como un animal salvaje para que en su ánimo se impusieran los estímulos humanitarios inherentes a su personalidad… Sin embargo, los sintió, aunque sólo fuera por la muchacha.

Espoleó a Tantor para que avanzara. Levantó el venablo y lo arrojó al blanco móvil que ofrecía el cuerpo del león. La montura de la muchacha había llegado a los árboles de la otra parte del calvero. Allí sería presa fácil para el felino, más ágil y rápido de movimientos que el caballo. Pero el enfurecido Numa prefería a la joven que iba sobre el lomo del animal. Saltó hacia ella.

A Korak se le escapó una exclamación de aprobador asombro al ver que, en el mismo instante en que el león caía sobre la grupa del caballo, la muchacha había abandonado la silla para agarrarse a una rama, bascular el cuerpo y ascender a través del follaje del árbol debajo del cual había llegado.

El venablo de Korak alcanzó a Numa en la paletilla y le obligó soltar la precaria presa que sus uñas acababan de hacer en la grupa del caballo, lanzado en frenética huida. Librado del peso de Meriem y del león, el caballo galopó hacia la salvación. Numa se revolvió y agitó las patas en inútil intento de arrancarse el venablo clavado en su brazuelo. Luego reanudó la caza.

Korak guió a Tantor de nuevo hacia el aislamiento que brindaba la espesura de la jungla. No le habían visto y no quería que le viesen.

Hanson casi había llegado a la arboleda cuando oyó los terroríficos rugidos del león y comprendió que el felino ya había desencadenado su ataque. Unos segundos después, el honorable Morison irrumpió en su campo visual: el inglés corría como un loco para ponerse a salvo cuanto antes. Tumbado hacia adelante, se aferraba al cuello de la montura, que rodeaba con los brazos, al tiempo que hundía las espuelas en los costados del animal. Instantes después apareció el otro caballo… sin jinete.

Hanson gimió al suponer lo que había ocurrido en la selva, fuera de su vista. Soltó una maldición y picó espuelas, alentado con la esperanza de poder aún alejar al león de su presa: llevaba el rifle dispuesto en la mano… El león apareció entonces, detrás del caballo de Meriem. Hanson no lograba entenderlo. Sabía que de haber echado la zarpa a la muchacha, Numa no hubiera seguido persiguiendo a los demás.

Hanson detuvo su montura, apuntó rápidamente y disparó. El león se vio detenido en seco, volvió la cabeza como para mordisquearse el costado y cayó rodando, sin vida. Hanson se adentró en la foresta y llamó en voz alta a la muchacha.

—Estoy aquí —la respuesta le llegó casi al instante, desde la enramada de un árbol situado frente a él—. ¿Le acertó?

—Sí —repuso Hanson—. ¿Dónde está usted? Se ha librado por los pelos. Eso la enseñará a mantenerse fuera de la selva durante la noche.

Volvieron juntos a la llanura, donde encontraron al honorable Morison, que regresaba hacia ellos a paso lento. Explicó que se le había desbocado el caballo y que le había costado Dios y ayuda dominarlo. Hanson sonrió, porque había visto el entusiasmo con que el inglés clavaba las espuelas en los ijares del animal, loco por alejarse a toda costa del peligro. Pero Hanson se abstuvo de decir nada. Invitó a Meriem a subir a la grupa de su montura y los tres cabalgaron en silencio rumbo a la casa de Bwana.



**…había abandonado la silla para agarrarse a una rama…**

# XIX



AJÓ de su montura y, mientras ellos se alejaban, Korak salió de la selva y recuperó el venablo hundido en el brazuelo de Numa. La sonrisa continuaba en los labios del tarmangani. Había disfrutado enormemente del espectáculo. Sin embargo, una cosa le intrigaba: la agilidad con que la muchacha abandonó el lomo de su montura y saltó a la seguridad que le ofrecía la enramada por encima de su cabeza. Era más propia de una mangani…, más propia de su perdida Meriem. Suspiró. ¡Su perdida Meriem! ¡Su pequeña y difunta Meriem! Se preguntó si aquella desconocida se parecería a Meriem en alguna otra cosa. De pronto le dominó un abrumador deseo de contemplar de cerca a aquella muchacha. Observó a las tres figuras que se alejaban por la planicie. ¿Cuál sería su punto de destino? Le asaltó el deseo de seguirlos, pero continuó mirándolos hasta que se perdieron en la distancia. Ver a aquella joven civilizada y al

elegante inglés vestido de caqui había despertado en Korak recuerdos que llevaban mucho tiempo dormidos en su memoria.

Una vez soñó con regresar al mundo de aquellas personas; pero con la muerte de Meriem, toda esperanza y ambición parecían haberle abandonado. A lo único que aspiraba ya era a pasar el resto de su vida en solitario, lo más alejado del hombre que le fuera posible. Tras exhalar un suspiro, dio media vuelta y, despacio, se adentró nuevamente en la jungla.

Nervioso por naturaleza, a Tantor no le había tranquilizado, ni mucho menos, la proximidad de los tres blancos desconocidos, y al retumbar la detonación del rifle de Hanson, el paquidermo giró en redondo, por su cuenta, y se alejó con su andar bamboleante y pesado. Cuando Korak se volvió y lo buscó con la mirada, el elefante no aparecía por ninguna parte. A Korak, sin embargo, no le inquietaba lo más mínimo la ausencia del animal. Tantor tenía la costumbre de marcharse sin más, inesperadamente. A veces transcurría un mes completo sin que volviera a ver otro ejemplar, porque Korak en muy raras ocasiones se tomaba la molestia de seguir al gran paquidermo, cosa que tampoco hizo en aquella ocasión. Lo que sí hizo, en cambio, fue buscar un lugar cómodo, en la rama de un árbol gigantesco. Se tumbó allí y al cabo de un momento dormía profundamente.

En la casa de Bwana, éste recibió en el porche a los aventureros nocturnos. En un momento de insomnio había oído el disparo de Hanson, a lo lejos, en la llanura, y se preguntó qué podría significar. Se le ocurrió en aquel momento que el hombre al que consideraba huésped suyo tal vez hubiera sufrido un accidente al regresar al campamento, así que se levantó y fue a los aposentos del capataz, donde se enteró de que Hanson estuvo allí a primera hora de la noche, pero que se había marchado varias horas antes. Cuando regresaba del alojamiento del capataz, Bwana observó que el portón del corral estaba abierto y al echar un vis azo más a fondo comprobó que faltaba el caballo de Meriem, así como una de las cabalgaduras que Baynes solía usar con más frecuencia. Bwana dio inmediatamente por supuesto que el disparo lo había hecho el honorable Morison y había vuelto a despertar a su capataz con la intención de salir a investigar lo que pudiera haber ocurrido cuando divisó a los tres jinetes que regresaban a través de la llanura.

Las explicaciones que ofreció el inglés encontraron una acogida más bien gélida por parte del anfitrión. Meriem guardaba silencio. Se dio cuenta de que Bwana estaba enfadado con ella. Era la primera vez que sucedía tal

cosa y la muchacha se sintió consternada.

—Ve a tu cuarto, Meriem —dijo Bwana—. Si me hace usted el favor de pasar a mi estudio, Baynes, me gustaría hablar con usted un momento.

Se adelantó hacia Hanson mientras Meriem y Baynes se aprestaban a cumplir lo que les había dicho. Incluso en las ocasiones en que hacía gala de los modales más amables había algo en Bwana que reclamaba inmediata obediencia.

—¿Cómo es que estaba usted con ellos, Hanson? —preguntó.

—Después de despedirme de Jarvis —explicó el traficante—, cuando salí de sus aposentos me senté un rato en el jardín. Es una costumbre que tengo, como probablemente sabe su señora. Esta noche me quedé dormido detrás de un arbusto. Me despertó esa parejita con sus arrumacos. No pude distinguir sus palabras, pero al cabo de un momento Baynes fue a buscar dos caballos y se marcharon. Cuando no es asunto mío, no acostumbro a entrometerme, pero comprendí que no eran horas de andar zangoloteando por ahí, al menos no era prudente para la muchacha… No estaba bien y tampoco era seguro. De modo que los seguí y, desde luego, obré santamente. Baynes huía del león a todo correr, tras dejar abandonada a la muchacha, para que se las compusiera como pudiese… Por fortuna, un tiro de suerte alcanzó a la fiera y la dejó seca.

Hanson hizo una pausa. Ambos hombres guardaron silencio durante unos momentos. El traficante carraspeó, incómodo, como si tuviera algo que debía decir, pero que le repugnaba hacerlo.

—¿De qué se trata, Hanson? —preguntó Bwana—. Va usted a decirme algo, ¿no?

—Bueno, verá —aventuró Hanson—, es algo más o menos así… Por las noches he rondado por aquí buenos ratos y he visto a esa pareja junta muchas veces… Y, perdóneme, pero no creo que las intenciones del señor Baynes respecto a la muchacha sean muy de fiar. He oído lo suficiente como para creer que está tratando de convencerla para que se escape con él…

En su intención de plantear el asunto de la forma más conveniente para sus propios objetivos, Hanson se había acercado a la verdad mucho más de lo que pensaba. Temía que Baynes se entrometiera en sus planes y había ideado un modo de utilizar al joven inglés y al mismo tiempo desembarazarse de él.

—Se me ha ocurrido —continuó el traficante— que como quiera que

estoy a punto de emprender la marcha podría usted sugerir al señor Baynes que viniese conmigo. Por hacerle a usted un favor, no me importaría llevármelo hacia el norte, hacia las rutas de las caravanas.

Bwana permaneció unos instantes sumido en profundas reflexiones. Al final, alzó la cabeza.

—Naturalmente, Hanson, el señor Baynes es mi huésped —articuló, con un centelleo torvo en las pupilas—. En realidad, con las pruebas de que disponemos, no puedo acusarle de proyectar huir con Meriem y, puesto que es invitado mío, sería incorrecto por mi parte cometer la descortesía de pedirle que se marche. Sin embargo, me parece que ha dicho usted que el señor Baynes ha hablado de regresar a casa y estoy seguro de que nada le complacería más que acompañarle a usted hacia el norte… ¿Dice que emprende la marcha mañana? Creo que el señor Baynes irá con usted. Déjese caer por aquí a primera hora de la mañana, si me hace el favor… Ahora, buenas noches, y gracias por haber cuidado de Meriem.

Hanson disimuló la sonrisa al volverse para ir en busca de su montura. Bwana se trasladó del porche al estudio, donde el honorable Morison Baynes paseaba inquieto de un extremo a otro de la estancia, evidentemente incómodo.

—Baynes —Bwana fue directamente al grano—, Hanson parte mañana hacia el norte. Le tiene a usted en gran estima y me ha rogado que le informe de que le alegraría infinito que usted le acompañara. Buenas noches, Baynes.

A instancias de Bwana, a la mañana siguiente Meriem permaneció en su cuarto hasta que el honorable Morison Baynes hubo partido. Hanson fue a buscarle muy temprano. En realidad, había pasado el resto de la noche en compañía de Jarvis, el capataz, con el fin de ponerse en camino cuanto antes.

El intercambio de despedidas entre el honorable Morison Baynes y su anfitrión fue de lo más frío y formalista, y cuando Bwana vio alejarse a su invitado dejó escapar un suspiro de alivio. Era una obligación desagradable y el hombre se alegraba de que hubiese concluido, aunque no se arrepentía de lo que acababa de hacer. No se le había pasado por alto el encaprichamiento de Baynes por Meriem y conocedor del orgullo de clase del joven inglés, ni por un momento se le pasó por la cabeza la idea de que el muchacho estuviese dispuesto a ofrecer su apellido a una muchacha árabe sin títulos. Y es que, por muy claro que fuese el Color de la piel de

Meriem, toda la sangre que circulaba por sus venas era árabe. De eso, Bwana estaba completamente seguro.

No volvió a mencionar el asunto a Meriem, y en eso se equivocó, porque, aunque la joven tenía plena conciencia de su deuda de gratitud para con Bwana y Querida, también era orgullosa y sensible, por lo que la acción de Bwana al alejar a Baynes sin concederle a ella la oportunidad de explicarse o defenderse la hería y mortificaba. Además, aquella actitud de Bwana también contribuyó en gran medida a que a los ojos de la muchacha Baynes adquiriese una especie de aureola de mártir y a que en el corazón de Meriem cobrase vida un sentimiento de lealtad hacia él.

Lo que hasta entonces Meriem había considerado amor, medio erróneamente, ahora se equivocaba por completo, no a medias, considerándolo amor. Bwana y Querida podían haberle aclarado muchas cosas hablándole de las barreras sociales que —ellos lo sabían muy bien— Baynes no ignoraba que iban a interponerse entre Meriem y él, pero se abstuvieron de explicarle nada a la joven, por temor a herirla. Sin embargo, hubiera sido mejor que le infligiesen aquel disgusto de importancia secundaria, ya que le habrían ahorrado a Meriem las desdichas que posteriormente iban a abatirse sobre ella por culpa de su ignorancia.

Mientras Hanson y Baynes cabalgaban hacia el campamento del primero, el inglés mantuvo un silencio taciturno. Hanson intentó entablar una conversación que le permitiera dar con el modo de plantear con naturalidad la propuesta que tenía pensada. Marchaba a una cabeza de distancia de su compañero y en sus labios afloraba una sonrisa cada vez que sus ojos reparaban en el ceño fruncido que ensombrecía el rostro patricio del inglés.

—Más bien rudos con usted, ¿no? —aventuró Hanson por fin; Baynes se volvió para mirarle y Hanson señaló la casa de Bwana con un movimiento de cabeza. Continuó—: Se preocupa mucho de la joven y no quiere que nadie se case con ella y se la lleve, pero al echarle a usted como le ha echado me parece que la perjudica más que la favorece. Tarde o temprano, esa muchacha tendrá que casarse y no creo que encuentre mejor partido que un caballero joven y distinguido como usted.

Baynes siempre se tomaba a mal cualquier intromisión en su vida privada que presentase un plebeyo perteneciente al común de los mortales, pero el comentario final de Hanson le suavizó un tanto y empezó a considerarle persona de buen criterio.

—Es un maldito metomentodo —rezongó el honorable Morison—, pero ya le ajustaré las cuentas. Puede que sea alguien en el África central, pero en Londres yo soy tan importante como él y se va a enterar cuando vaya a Inglaterra.

—Si yo fuese usted —echó leña al fuego Hanson—, no permitiría que ningún hombre me impidiera conseguir la chica que quiero. Esto que quede entre nosotros: le aseguro que ese individuo no me cae nada bien, de modo que si puedo ayudarle en algo, no tiene usted más que avisarme.

—Muy amable por su parte, Hanson —respondió Baynes, animándose un poco—, ¿pero qué puede hacer uno en estos andurriales dejados de la mano de Dios?

—Sé lo que haría yo —dijo Hanson—. Me llevaría conmigo a la chica. Si ella le quiere, le acompañará sin poner pegas.

—Eso es imposible —repuso Baynes—. Es el amo y señor de todo este condenado territorio en un radio de miles y miles de kilómetros. Seguro que nos cogerían.

—No, no ocurriría tal cosa, si fuese yo quien se encargara del asunto —aseguró Hanson—. Llevo diez años cazando y traficando por aquí y conozco la región tan bien como él. Si quiere llevarse consigo a la chica, puedo ayudarle, y le garantizo que llegaremos a la costa sin que nadie nos alcance. Le diré lo que tiene que hacer: escríbale una nota y mi jefe de equipo la pondrá en manos de la muchacha. Cítela para una entrevista de despedida… ella no se negará a acudir. Mientras tanto, podemos trasladar el campamento un poco más al norte y usted puede ponerse de acuerdo con ella y prepararlo todo para una noche determinada. Dígale que yo iré a buscarla, mientras usted espera en el campamento. Es mejor que sea yo quien vaya, puesto que conozco el terreno mejor y puedo moverme por él con más facilidad y rapidez que usted. Usted puede hacerse cargo del safari y dirigirse hacia el norte. Marchará despacio y la muchacha y yo no tardaremos en alcanzarles.

—Pero suponga que ella se niega a acompañarme —sugirió Baynes.

—Entonces concierta usted otra cita, la de la despedida definitiva —expuso Hanson—, a la que iré yo en su lugar y me traeré a la muchacha de una manera o de otra. No tendrá más remedio que venir, cosa que luego no lamentará, al comprobar que tampoco era tan malo como todo eso… especialmente después de vivir con usted un par de meses, que es el tiempo que tardaremos en llegar a la costa.

Una sorprendida e indignada protesta ascendió a los labios de Baynes, pero no la pronunció porque, casi de modo simultáneo, comprendió que era prácticamente la misma maniobra que había proyectado él. En boca de aquel traficante sin escrúpulos sonaba bestial y criminal, lo que no era obstáculo para que el joven inglés comprendiese que, con la ayuda de Hanson y su conocimiento de la región, las posibilidades de éxito eran infinitamente mayores que si la empresa la tratara de llevar a cabo el honorable Morison en solitario, por su cuenta y riesgo. De modo que asintió con gesto sombrío.

El resto del camino hasta el campamento septentrional de Hanson lo efectuaron en silencio, sumidos ambos hombres en sus propios pensamientos, la mayoría de los cuales distaban mucho de ser halagadores o leales para el otro. Cuando el trayecto los llevaba a través del bosque, el ruido de sus pasos llegó a oídos de otro caminante de la selva. «El matador» había decidido volver al lugar donde había visto a la muchacha blanca subir a los árboles y desplazarse por las ramas con una soltura y agilidad hijas de larga práctica. El recuerdo de aquella joven encerraba algo inexplicable que le impulsaba de modo irresistible a dirigirse a ella. Deseaba verla a la luz del día, contemplar sus facciones y el color de sus ojos y de su pelo. Tenía la impresión de que su parecido con su perdida Meriem debía de ser muy grande y, sin embargo, se daba perfecta cuenta de que eso no era posible. La fugaz ojeada que le lanzó a la luz de la luna, cuando la joven saltó del lomo del caballo a las ramas del árbol por debajo del cual pasaba, le mostró una muchacha de aproximadamente la misma estatura que Meriem, aunque de formas femeninas más desarrolladas y redondeadas.

Korak avanzaba perezosamente hacia el punto donde había visto a la chica cuando sus agudos oídos percibieron los rumores de unos jinetes que se aproximaban. Se movió sigilosamente entre el follaje hasta situarse en un lugar desde el que pudo ver claramente a los dos hombres. Reconoció instantáneamente al más joven. Era el que había visto abrazar a la muchacha, a la claridad de la luna, segundos antes de que Numa desencadenara su ataque. No conocía al otro, aunque su porte y su figura tenían algo que a Korak le resultaba familiar y que le dejó un poco perplejo.

El muchacho mono pensó que para encontrar de nuevo a la chica lo mejor sería no perder de vista al joven inglés, por lo que se situó detrás de

la pareja y los siguió hasta el campamento de Hanson. El honorable Morison redactó allí una breve nota, que Hanson entregó a uno de sus servidores, el cual partió de inmediato hacia el sur.

Korak permaneció en las inmediaciones del campamento, mientras sometía al inglés a estrecha vigilancia. Había medio esperado encontrar a la joven en el punto de destino de los dos jinetes, por lo que se sintió un poco decepcionado al comprobar que en el campamento no se materializaba rastro alguno de ella.

Baynes estaba nerviosísimo y se paseaba inquieto de un lado a otro, bajo los árboles, cuando debía estar descansando para encontrarse en forma a la hora de emprender la huida prevista. Tendido en su hamaca, Hanson fumaba tranquilamente. Apenas hablaban. Por encima de ellos, Korak se estiró en una rama, entre el denso follaje. Así transcurrió el resto de la tarde. Korak empezó a tener hambre y sed. Dudaba de que alguno de los dos hombres abandonase el campamento antes de que amaneciese el nuevo día, de modo que se retiró, pero hacia el sur, porque aquella le parecía la dirección más probable en que pudiera encontrarse la muchacha.

En el jardín contiguo a la casa, Meriem paseaba pensativa a la luz de la luna. Aún estaba resentida por la, en su opinión, injusta manera en que Bwana había tratado al honorable Morison Baynes. Bwana y Querida deseaban ahorrar a Meriem la mortificación y el disgusto que representaba el verdadero significado de la propuesta de Baynes y, por lo tanto, no le habían dado ninguna explicación. Sabían, cosa que Meriem ignoraba, que el hombre no tenía la menor intención de casarse con ella. De ser así, habría acudido directamente a Bwana, sabedor de que éste no hubiera puesto objeción alguna al enlace, si realmente Meriem estaba enamorada de él.

La muchacha los quería y les estaba muy agradecida por todo lo que hicieron por ella, pero en el rincón más profundo de su corazón latía el salvaje amor por la libertad que años de absoluta independencia en la jungla habían insertado en su ser como parte integrante del mismo. Ahora, por primera vez desde que vivía con ellos, Meriem se sintió prisionera en la casa de Bwana y Querida.

La muchacha paseaba por el recinto del jardín como una tigresa enjaulada. En una ocasión se detuvo en la cerca exterior y ladeó la cabeza, mientras escuchaba atentamente. ¿Qué era lo que había oído? ¿Rumor de pasos de unos pies descalzos que andaban al otro lado del seto del jardín?

Aguzó el oído. El rumor no se repitió. Meriem reanudó su intranquilo paseo. Llegó al fondo inferior del jardín, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos hasta el extremo superior. Sobre el césped, cerca de los arbustos que ocultaban la cerca, a la claridad de la luna, había un sobre blanco que no estaba allí momentos antes, cuando dio media vuelta para descender hasta el otro extremo del jardín.

Meriem se detuvo en seco, volvió a aguzar el oído y olfateó el aire…, más que nunca como una tigresa: alerta, preparada. Al otro lado de los arbustos, un mensajero negro se mantenía agazapado, mientras escudriñaba a través del follaje. Vio a la muchacha avanzar un paso hacia la carta. La había visto. El mensajero se levantó y, protegido por la sombra de los arbustos que crecían a lo largo del corral, no tardó en perderse de vista.

El adiestrado oído de Meriem percibió todos los movimientos del hombre. No hizo el menor intento de averiguar la identidad del negro. Ya había dado por supuesto que se trataría de un mensajero del honorable Morison. Se agachó para recoger el sobre. Lo rasgó y, a la brillante claridad de la luna, no tuvo dificultad en leer su contenido. Era, como había adivinado, una nota de Baynes. Decía:

«No puedo irme sin volver a verte. Ven al claro a primera hora de la mañana y nos despediremos como es debido. Acude sola».

Añadía algo más: palabras que aceleraron los latidos del corazón de Meriem y tiñeron sus mejillas con un rubor de felicidad.



**Vio a la muchacha avanzar un paso hacia la carta.**

# XX



NVADIDO aún por la oscuridad, el honorable Morison Baynes se puso en camino hacia el lugar de la cita. Insistió en que le acompañara un guía, alegando que no estaba seguro de llegar al claro sin extraviarse. En realidad, lo que ocurría era que recorrer a solas aquel trayecto en medio de la oscuridad, antes de que saliera el sol, resultaba demasiado para sus arrestos y quería que alguien le acompañase. En consecuencia, un negro le precedía a pie. Por detrás y por encima de él iba Korak, al que habían despertado los ruidos del campamento.

Habían dado las nueve poco antes de que Baynes detuviese su montura en el calvero. Meriem aún no había llegado. El indígena se había tendido a descansar. Baynes continuó en la silla. Korak se estiró encima de una alta rama desde la que podía observar sin ser visto a los que se encontraban en el suelo.

Transcurrió una hora. Baynes empezó a dar muestras de nerviosismo.

Korak ya había supuesto que el joven inglés acudía allí para entrevistarse con otra persona y no tenía la menor duda acerca de la identidad de la misma. «El matador» se sintió muy satisfecho, convencido de que no iba a tardar mucho en volver a ver a la ágil muchacha que con tanta intensidad le recordaba a Meriem.

A los oídos de Korak llegó el rumor de un caballo que se acercaba. ¡Era la chica! Casi estaba ya en el claro antes de que Baynes se percatase de su llegada. El inglés alzó la cabeza en el preciso instante en que la vegetación se abrió para dar paso a la cabeza y las patas delanteras del caballo y Meriem apareció a la vista. Baynes espoleó su montura para salir al encuentro de la joven. Desde la altura en que se encontraba, Korak forzó los ojos al máximo para examinar a la joven y maldijo mentalmente al condenado sombrero de ala ancha que ocultaba las facciones de la muchacha. Korak vio que el inglés tomaba las manos de la recién llegada y oprimía a ésta contra su pecho. Vio que el rostro del hombre quedaba oculto momentáneamente bajo la misma ala ancha que tapaba el de la chica. Imaginó el encuentro de los labios de ambos y un pinchazo de dolor y dulce recuerdo se combinaron para impulsarle a cerrar los ojos en ese acto involuntario con que intentamos apartar de la imaginación reflexiones angustiosas.

Cuando volvió a mirar, se habían separado y conversaban en tono impulsivo. Korak comprendió que el hombre apremiaba a la chica a que hiciera algo. Resultaba asimismo evidente que la muchacha se resistía. Algunos de sus ademanes y el modo en que alzaba la cabeza y la movía a un lado, así como la forma en que levantaba la barbilla, recordaron a Korak todavía con más fuerza a su perdida Meriem. La conversación tocó a su fin y el hombre abrazó de nuevo a la chica para darle un beso de despedida. Ella volvió grupas y cabalgó hacia el punto por donde había llegado. El hombre se quedó mirándola, inmóvil sobre la silla. En la linde de la selva, la muchacha se volvió y agitó el brazo a guisa de despedida.

—¡Esta noche! —gritó.

Echó la cabeza hacia atrás al lanzar las palabras a través de la distancia que los separaba y por primera vez su rostro quedó claramente a la vista de los ojos del «matador», encaramado en el árbol. Korak dio un respingo como si una flecha le hubiese atravesado el corazón. Empezó a temblar como una hoja. Cerró los ojos y apretó las palmas de la mano contra los párpados. Luego los abrió de nuevo, pero la joven ya no estaba allí… Sólo

la leve agitación del follaje indicaba el lugar por donde había desaparecido. ¡Era imposible! ¡No podía ser cierto! Y, sin embargo, había visto a Meriem con sus propios ojos: un poco mayor, con la figura un poco más rellena a causa de la inminente madurez… También se apreciaban ciertos cambios sutiles. Más hermosa que nunca, pero seguía siendo su pequeña Meriem. Sí, la había vuelto a ver viva, había visto a su Meriem en carne y hueso. ¡Vivía! ¡No había muerto! La había visto, había visto a su Meriem… «¡en brazos de otro hombre!» y aquel hombre se encontraba en aquel momento debajo de él, a su alcance. Korak, «el matador», acarició su fuerte venablo. Jugueteó con la cuerda de hierba que colgaba de su cinto. Palmeó el cuchillo de caza que llevaba pegado a la cadera. El hombre que estaba abajo llamó a su soñoliento guía, golpeó con las riendas el cuello de su montura y se alejó hacia el norte. Korak, «el matador», continuó sentado en la enramada. Le colgaban inertes las manos a los costados. Se había olvidado momentáneamente de sus armas y de lo que pretendió hacer. Korak meditaba. Había percibido un cambio sutil en Meriem. Cuando la vio por última vez era su pequeña tarmangani medio desnuda… salvaje y tosca. Entonces no le había parecido tosca, pero ahora, los cambios que había experimentado le indicaban que lo era, aunque no más tosca que él… Él sí que seguía siendo tosco.

Ella había cambiado. En ella acababa de ver la flor dulce y adorable del refinamiento de la civilización. Korak se estremeció al recordar el destino que había proyectado para Meriem: compañera de un hombre mono, su compañera, en la salvaje selva virgen. Por aquel entonces no vio nada malo en ello porque la amaba y el futuro que habían planeado era el futuro de la vida en la selva que habían elegido como hogar. Pero ahora, tras haber visto a Meriem vestida con ropa civilizada, comprendía lo espantoso que fue su plan y agradeció a Dios aquella oportunidad y a los negros de Kovudoo que hubiesen desbaratado esos planes.

Sin embargo, seguía queriéndola y los celos abrasaban su alma al recordarla en los brazos de aquel lechuguino inglés. ¿Qué intenciones tenía aquel individuo? ¿Estaba realmente enamorado de ella? ¿Acaso era posible que alguien no la amara? Y Meriem le correspondía, de eso Korak tenía pruebas fehacientes. De no quererle, no habría aceptado sus besos. ¡Su Meriem quería a otro! Durante largo rato dejó que la horrible verdad profundizara en su consciencia, y sobre ella empezó a razonar su conducta futura. Deseaba con toda el alma seguir a aquel hombre y acabar con su

vida, pero en seguida brotó en su entendimiento el escrúpulo de una idea: ella le quiere. ¿Cómo iba a matar al ser a quien Meriem amaba? Sacudió la cabeza tristemente. Luego le asaltó la decisión de seguir a Meriem y hablar con ella. Medio se disponía a hacerlo cuando se dio cuenta de su desnudez y se sintió avergonzado. Él, hijo de un par inglés, había destrozado su vida, se había degradado hasta situarse al nivel de una fiera y hasta el punto de que su vergüenza le impedía presentarse ante la mujer que amaba y poner a sus pies el cariño que sentía por ella. Le avergonzaba acercarse a la doncellita árabe que había sido su compañera de juegos en la jungla, porque, ¿qué podía ofrecerle?

Las circunstancias le habían impedido durante años regresar junto a sus padres y, al cabo de esos años, el adarme de orgullo que le quedaba eliminó de su mente el último vestigio de intención de volver. Impulsado por su aventurero espíritu juvenil unió su suerte a la de los simios de la selva. La muerte de aquel timador en el hotel de la costa llenó de terror su infantil cerebro y le empujó a adentrarse en las profundidades de la jungla. El rechazo que sufrió repetidamente por parte de los hombres, blancos y negros, causó su demoledor efecto en una mente que aún se encontraba en estado de formación y que se dejaba influir fácilmente.

Casi había llegado a convencerse de que la mano del hombre estaba en contra suya cuando en su vida apareció Meriem, la única compañía humana que necesitaba y anhelaba… Cuando se la arrebataron, su dolor fue tan intenso que la idea de volver a relacionarse con los seres humanos le resultó cada vez más insufrible. Por último y definitivamente, creyó, la suerte estaba echada. Por voluntad propia se había convertido en una fiera, había vivido como una fiera y como una fiera moriría.

Y ahora que era demasiado tarde, lo lamentaba. Porque ahora Meriem aún vivía y aparecía ante él en una fase de civilización y evolución social que la situaba completamente fuera de su vida. La misma muerte no la habría llevado más lejos de él. En su mundo nuevo, Meriem amaba a un hombre de su propia clase. Y Korak sabía que era lo correcto. Meriem no era para él…, no era para el salvaje mono desnudo. No, no era para él, pero él seguía siendo de ella. Si él no podía conseguir a Meriem y la felicidad que ella entrañaba, al menos haría cuanto estuviese en su mano para lograr que ella fuera feliz. Seguiría al joven inglés. Como primera providencia, se aseguraría de que no tenía intención de causar daño alguno a Meriem y luego, aunque los celos le destrozaban el corazón, velaría por el hombre al

que Meriem amaba, por el bien de la muchacha. ¡Pero que Dios se apiadara de aquel hombre si intentaba hacerle algún daño!

Se incorporó despacio. Se irguió en toda su estatura y estiró su enorme humanidad. Los músculos de sus brazos resaltaron sinuosamente bajo la atezada piel mientras unía los puños de ambas manos detrás de la cabeza. Captó su atención un movimiento que se produjo en el suelo. Un antílope entraba en el calvero. Automáticamente, Korak se dio cuenta de que tenía el estómago vacío… volvía a ser una fiera. Durante unos momentos, el amor le había elevado a las alturas sublimes del honor y la renunciación.

El antílope cruzaba el claro. Korak se deslizó al suelo por el otro lado del árbol. Lo hizo con tal ligereza que ni los sensibles oídos del antílope percibieron su presencia. Desenroscó la cuerda de hierba, era la última pieza integrada en su arsenal, pero Korak sabía utilizarla con eficacia y provecho. A menudo, el cuchillo y la cuerda eran las únicas armas con las que viajaba: armas ligeras y fáciles de usar. El venablo, así como el arco y las flechas eran bastante embarazosas y normalmente guardaba una o todas en un escondite secreto.

Ahora tenía en la mano derecha una simple vuelta de la larga cuerda, mientras cogía el resto con la izquierda. El antílope estaba a pocos pasos de él. Silenciosamente, Korak saltó de su escondrijo y liberó la cuerda de los matorrales en los que se había enredado. El antílope dio un brinco casi instantáneamente, pero de manera simultánea, la cuerda enrollada, con el nudo corredizo, surcó el aire por encima del animal. Con certera precisión, el lazo cayó alrededor del cuello del antílope. Un rápido movimiento de muñeca por parte del lanzador y el lazo se apretó. «El matador» afirmó los pies en el suelo, sostenida la cuerda al nivel de la cintura, y mientras el antílope tensaba ésta en su frenético salto para recuperar la libertad, Korak se la pasó por encima del lomo.

Luego, en vez de llegarse al animal caído, como pudiera haber hecho un vaquero de las praderas del Oeste, Korak tiró de su presa y se la fue acercando a rastras. Cuando la tuvo a su alcance, saltó encima de ella, igual que hubiera hecho Sheeta, la pantera, y clavó los dientes en el cuello del rumiante, al tiempo que la punta del cuchillo de caza se hundía en el corazón de la presa. Korak enrolló de nuevo la cuerda, cortó unas cuantas y gruesas tiras de la pieza y regresó con ellas a la enramada, donde comió en paz. Posteriormente se dirigió a un abrevadero próximo y, por último, se echó a dormir.

En su cerebro, naturalmente, aleteaba la sugerencia del otro encuentro entre Meriem y el joven inglés, una ulterior entrevista que las palabras de la muchacha, al alejarse, sugirieron claramente:

—¡Esta noche!

No había seguido a Meriem porque la dirección por la que había llegado y por la que también se fue le indicó que, dondequiera que residiese, ese lugar se encontraría al otro lado de la llanura y como no deseaba que la muchacha le descubriese no se atrevió a aventurarse por terreno descubierto yendo en pos de ella. Para él sería lo mismo mantener contacto con el hombre, y eso era precisamente lo que trataba de hacer.

Para un hombre corriente, las probabilidades de localizar al honorable Morison en la jungla, tras haberle dejado tomar tan considerable delantera, serían remotísimas, pero en el caso de Korak no ocurría así. Daba por supuesto que el hombre blanco regresaría a su campamento, pero incluso aunque no fuera así, al Matador le habría resultado sencillísimo encontrar el rastro de un hombre a caballo al que acompañaba otro que iba a pie. Aunque pasaran varias jornadas, las huellas aún estarían lo bastante frescas y visibles para conducir indefectiblemente a Korak al punto donde concluían. Y el rastro de unas cuantas horas aparecía tan claro ante sus ojos como si quienes lo habían dejado estuviesen aún a la vista.

De modo que apenas habían transcurrido unos minutos desde el momento en que el honorable Morison Baynes entró en el campamento y recibió el saludo de Hanson, cuando Korak se deslizaba silenciosamente a través de las ramas de un árbol próximo. Allí descansó hasta bien entrada la tarde, sin que el inglés manifestara la más leve intención de abandonar el campamento. Korak se limitó a observar tal circunstancia. Aparte del joven inglés, le tenía sin cuidado lo que pudiese hacer cualquier otro miembro de aquel equipo.

Cayó la oscuridad de la noche y el joven continuaba allí. Después de cenar, procedió a fumar cigarrillo tras cigarrillo. Luego empezó a pasear inquieto por delante de su tienda. Mantuvo ocupado a su servidor alimentando la fogata. Tosió un león y el hombre entró en la tienda para salir al cabo de un momento, armado con un rifle de repetición. Volvió a ordenar al negro, en tono de reproche, que echara más leña a la lumbre. Korak observó que estaba nervioso y asustado y una mueca de burla despectiva curvó los labios del «matador».

¿Aquel individuo era el que le había suplantado en el corazón de

Meriem? ¿Era aquel sujeto, que temblaba al oír toser a Numa? Un hombre así, ¿cómo podía proteger a Meriem de los incontables peligros de la jungla? Ah, claro, no tenía que hacerlo. Iban a vivir protegidos en la seguridad de la civilización europea, donde, a cambio de una soldada, profesionales de uniforme se encargarían de defenderlos. ¿Qué necesidad tenía un europeo de estar preparado para proteger a su compañera? De nuevo la despectiva mueca burlona frunció los labios de Korak.

Hanson y uno de sus servidores se habían dirigido ya al calvero. Casi había oscurecido del todo cuando llegaron. Hanson dejó allí al indígena y continuó hasta el borde de la planicie. Llevaba de las riendas el caballo del servidor. Aguardó allí. Eran las nueve de la noche cuando vio acercarse una solitaria figura, que llegaba al galope desde la dirección de la casa. Al cabo de un momento, Meriem detuvo su caballo ante él. Al reconocer a Hanson retrocedió, sobresaltada.

—El caballo del señor Baynes lo tiró de la silla, le cayó encima y el hombre se ha torcido un tobillo —se apresuró a explicar Hanson—. No le fue posible venir, así que me encargó que acudiese a recibirla y que la llevara al campamento.

La oscuridad impidió a Meriem ver la jubilosa expresión triunfal que decoraba el rostro del traficante.

—Será mejor que nos demos prisa —continuó Hanson—, porque tendremos que salir de inmediato e ir a buen ritmo si no queremos que nos alcancen.

—¿Está malherido? —preguntó Meriem.

—Sólo tiene un esguince sin importancia —respondió Hanson—. Puede montar a caballo, pero hemos pensado que sería mejor que esta noche descansara acostado, ya que tendrá que cabalgar lo suyo durante las próximas semanas.

—Sí —convino Meriem.

Hanson hizo volver grupas a su montura y Meriem le siguió. Cabalgaron hacia el norte, en paralelo al borde de la jungla, a lo largo de kilómetro y medio. Luego se desviaron hacia el oeste. Meriem prestó poca atención al rumbo que seguían. Desconocía con exactitud dónde estaba el campamento de Hanson y tampoco se le ocurrió que no estuvieran dirigiéndose a él. Se mantuvieron en marcha toda la noche, siempre hacia el oeste. Al amanecer, Hanson permitió un breve alto para desayunar: antes de salir del campamento había llenado bien las alforjas de provisiones de

boca. Reanudaron la apresurada marcha y no se detuvieron por segunda vez hasta que, poco después del mediodía, cuando el calor apretaba, Hanson frenó su montura e indicó a la muchacha que se apease.

—Dormiremos aquí un poco y dejaremos que pasten los caballos —dijo.

—No tenía idea de que el campamento estuviese tan lejos —comentó Meriem.

—Ordené que se pusieran en marcha con la llegada de la aurora —explicó el traficante— para que pudieran cogernos una buen delantera. Sabía que usted y yo podíamos alcanzar fácilmente a un safari que va muy cargado. Puede que no los cojamos hasta mañana.

Pero aunque cabalgaron parte de la noche y durante todo el día siguiente, por delante de ellos no apareció rastro alguno del safari. Conocedora a fondo de la selva, Meriem supo que nadie había pasado por delante de ellos en muchas jornadas. De vez en cuando veía algún rastro antiguo, muy antiguo, de muchos hombres. Durante la mayor parte del trayecto avanzaban por la bien señalada ruta de los elefantes o a través de arboledas que parecían de parque. Era un camino ideal para avanzar con rapidez.

Por último, Meriem empezó a recelar. Poco a poco, la actitud del hombre que iba a su lado había empezado a cambiar. A veces le sorprendía devorándola con los ojos. Y empezó a intensificarse en el ánimo de Meriem la primera impresión de que había conocido antes a aquel hombre. En alguna parte, en algún momento había tratado con él. Evidentemente, llevaba varios días sin afeitarse. El principio de una barba rubia empezaba a cubrirle el cuello, el mentón y las mejillas y la certeza de que no le era desconocido continuó cobrando más fuerza paulatinamente en la muchacha.

Pero Meriem no se rebeló hasta la segunda jornada. Detuvo su caballo y manifestó en voz alta sus dudas. Hanson le aseguró que el campamento se encontraba unos pocos kilómetros más adelante.

—Deberíamos haberlos alcanzado ayer —dijo—. Seguramente habrán avanzado mucho más deprisa de lo que había creído posible.

—Por aquí no ha pasado nadie —dijo Meriem—. El rastro que estamos siguiendo tiene ya varias semanas.

Hanson se echó a reír.

—¡Ah!, es eso, ¿verdad? —exclamó—. ¿Por qué no lo dijo antes?

Podía habérselo explicado fácilmente. No vamos por la misma ruta, pero hoy encontraremos su pista, incluso aunque no los alcancemos.

Entonces, por fin, Meriem supo que le estaba mintiendo. Qué idiota debía de ser aquel individuo si pensaba que alguien iba a dejarse engañar por una explicación tan ridícula. ¿Quién era tan estúpido como para creer que podían alcanzar a otra partida, y desde luego aquel hombre acababa de afirmar que esperaba alcanzarla aquel mismo día, cuando la ruta de esa partida no iba a encontrarse aún con la suya en bastantes kilómetros?

Sin embargo, la joven guardó para sí sus conclusiones y adoptó la determinación de escapar a la primera oportunidad que se le presentara de sacarle a su secuestrador —ya lo consideraba así— suficiente ventaja como para contar con que no lograría alcanzarla. Espiaba al hombre continuamente, siempre que podía hacerlo sin que él se percatase. Seguía atormentándole la imposibilidad de recordar dónde había visto antes aquellas facciones que tan familiares empezaban ya a resultarle. ¿Dónde conoció a aquel individuo? ¿En qué condiciones se encontraron con anterioridad al día en que lo vio en la finca de Bwana? Repasó en su imaginación la lista de los pocos hombres blancos que había llegado a conocer. Algunos de ellos eran visitantes de su padre en el *aduar* de la jungla. Muy pocos, ciertamente, pero algunos. ¡Ah, ya lo tenía! ¡Lo había visto allí! Casi lo había identificado cuando, en una fracción de segundo, se le volvió a escapar.

A media tarde salieron bruscamente de la selva a la orilla de un ancho y apacible río. Más allá, en la otra ribera, Meriem vio un campamento rodeado por una alta *boma* de espinos.

—¡Por fin hemos llegado! —anunció Hanson.

Desenfundó el revólver y disparó al aire. Al instante, el campamento del otro lado del río entró en acción. Cierto número de indígenas corrieron hacia la orilla. Hanson los saludó a voz en cuello. Pero no había ni rastro del honorable Morison Baynes.

Obedeciendo las instrucciones de su jefe, los negros botaron una canoa y cruzaron el río remando. Hanson acomodó a Meriem en la pequeña embarcación y subió él también. Dejó al cargo de los caballos a un par de negros a los cuales volvería a recoger la canoa, mientras los caballos cruzarían a nado la corriente, hasta la orilla donde estaba el campamento.

Una vez en éste, Meriem preguntó dónde estaba Baynes. Al ver el campamento, que había llegado a considerar más o menos como un mito,

los temores de Meriem se habían disipado algo. Hanson señaló la solitaria tienda que se alzaba en medio del recinto.

—Allí —dijo.

Echó a andar hacia la tienda, delante de la muchacha. En la puerta, levantó la lona e indicó a Meriem que entrase. La joven lo hizo y lanzó una mirada circular. La tienda estaba vacía. Se volvió hacia Hanson. Una amplia sonrisa animaba el rostro del traficante.

—¿Dónde está el señor Baynes? —preguntó Meriem.

—Aquí, no —respondió Hanson—. Al menos, yo no lo veo. Pero yo sí que estoy, y soy infinitamente mejor de lo que él jamás pudo ser. Ya no lo necesitas para nada… Me tienes a mí.

Soltó una grosera risotada y alargó las manos hacia Meriem.

La joven forcejeó para soltarse. Hanson rodeó los brazos y el cuerpo de Meriem, apretó con fuerza y empujó a la muchacha hacia el montón de mantas que había en el fondo de la tienda. El rostro del hombre estaba muy cerca del de Meriem. Entrecerrados los párpados, los ojos eran dos estrechas ranuras de calor, pasión y deseo. Mientras contemplaba de lleno aquella cara y pugnaba por zafarse, en la memoria de Meriem se encendió de pronto el recuerdo de una escena similar, de la que había sido protagonista, y reconoció al atacante. Aquel hombre era el sueco Malbihn, que ya había intentado violarla una vez, que mató a su compañero cuando acudió a salvarla y de cuyo poder la había salvado Bwana. Su semblante rasurado la había inducido a engaño, pero ahora, al haberle crecido un poco la barba y al encontrarse en una situación y en unas condiciones análogas, reconocerle fue instantáneo y seguro.

Pero ahora Bwana no estaba allí para salvarla.



**Korak se estiró encima de una alta rama…**

## XXI




ODA una hora llevaba sentado al pie de un árbol el servidor negro al que Malbihn dejó esperándole en el claro, con instrucciones de que permaneciese allí hasta que él regresara, cuando le sobresaltó súbitamente el gruñido de un león que sonó a su espalda. Con una celeridad hija del pánico que le inspiraba la muerte, el muchacho trepó por las ramas del árbol. Instantes después, el rey de las fieras entraba en el claro y se iba derecho al cadáver de un antílope que el negro no había visto.

El felino estuvo saciando su apetito hasta la llegada del nuevo día, mientras el negro, aferrado a una rama, se pasó la noche sin pegar ojo y sin dejar de preguntarse qué habría sido de su amo y de los dos caballos. Llevaba un año al servicio de Malbihn y estaba bastante familiarizado con el carácter del sueco. Tal experiencia le llevó a la conclusión de que el blanco le había abandonado allí adrede. Lo mismo que todos los demás

indígenas que formaban el equipo de Malbihn, aquel muchacho odiaba de todo corazón a su amo: el miedo era el único lazo que lo mantenía unido al hombre blanco. La incómoda situación en que se veía no hizo más que añadir combustible a la hoguera de su odio.

Cuando el sol empezó a elevarse en el cielo, el león se retiró a la selva y el negro bajó del árbol y emprendió la larga caminata de regreso al campamento. En su cerebro primitivo bullían numerosos y diabólicos planes de venganza que luego, cuando llegase el momento de la prueba y se viese frente a un miembro de la raza dominante, no pondría en práctica por falta de valor.

Kilómetro y medio más allá del claro tropezó con las huellas de dos caballos que cruzaban el camino en ángulo recto. Una expresión astuta fulguró en las pupilas del indígena, que prorrumpió en estentóreas risotadas, al tiempo que se palmeaba los muslos.

Los negros son chismosos infatigables, lo que, naturalmente, no es más que un modo indirecto de sugerir que son humanos. Los servidores de Malbihn no constituían la excepción de la regla y como muchos de ellos habían formado parte de los diversos equipos del sueco en el curso de los últimos diez años, eran muy pocos lo que ignoraban de la vida y milagros del sueco en las soledades africanas de su amo. Conocían muchos detalles por experiencia directa o porque se lo habían contado sus compañeros.

De modo que, al estar enterado de buen número de sus pasadas hazañas, así como de la mayor parte de los planes de Malbihn y Baynes, bien por haberlos oído personalmente o a través de otros servidores y sabedor también, gracias a los cotilleos propagados por el asistente del sueco, de que la mitad de la partida de éste se encontraba en un campamento montado junto al gran río que discurría muy lejos de allí, por el oeste, al indígena negro no le resultó demasiado arduo sumar dos y dos y llegar a la conclusión de que daban cuatro. El cuatro representaba el firme convencimiento de que su amo había engañado al otro hombre blanco y le había escamoteado la mujer, a la que sin duda llevó al campamento occidental, mientras el blanco burlado quedaba con las manos vacías y presto a sufrir la correspondiente captura y castigo por parte del Gran Bwana, al que todos temían. El indígena volvió a dejar al descubierto su blanca dentadura para estallar en otra serie de alegres y ruidosas carcajadas. Después reemprendió la marcha hacia el norte, a un trotecillo largo y uniforme que le permitía cubrir kilómetros con prodigiosa rapidez.

En el campamento del sueco, el honorable Morison había pasado la noche prácticamente en blanco, reconcomido por la aprensión, las dudas, el nerviosismo y los temores. Concilió el sueño al amanecer, totalmente agotado. Le despertó el capataz del equipo, poco después de la salida del sol, para recordarle que debían ponerse inmediatamente en marcha hacia el norte. Baynes trató de retrasar la partida. Deseaba esperar la llegada de Hanson y Meriem. El jefe del equipo de servidores indígenas le apremió, indicándole que perder el tiempo allí equivalía a incrementar los peligros. El negro conocía los planes de su amo lo bastante bien como para entender que Malbihn había hecho algo que despertaría la cólera del Gran Bwana y que todos lo iban a pasar fatal si los cogían dentro de los limites del territorio del Gran Bwana. Ante tal sugerencia, Baynes se alarmó.

¿Y si el Gran Bwana, como le llamaba aquel capataz indígena, había sorprendido a Hanson en el acto de cometer su infame tarea? ¿No habría sospechado la verdad y estaría ya en marcha decidido a alcanzarle y castigarle a él? Baynes había oído suficientes detalles acerca del método sumarísimo que ejercía su anfitrión para tratar y castigar a los delincuentes, grandes y pequeños, que transgredían las leyes o las costumbres de aquel pequeño universo salvaje que se extendía más allá de las murallas exteriores de lo que los hombres se complacen en denominar fronteras. En aquel mundo salvaje donde no existía la ley, el Gran Bwana personificaba la ley y la imponía sobre sí y sobre cuanto habitaba a su alrededor. Corría el rumor de que una vez había aplicado la pena de muerte a un hombre blanco que maltrató a una muchacha indígena.

Baynes se estremeció al recordar aquel rumor y se preguntó qué castigo impondría su anfitrión al hombre que había intentado secuestrarle a su joven pupila de raza blanca, La idea le impulsó a ponerse en pie como el rayo.

—Sí —dijo, nervioso—, tenemos que marchamos de aquí inmediatamente. ¿Conoces la ruta hacia el norte?

El jefe del equipo la conocía y no perdió un segundo en poner el safari en marcha.

Era mediodía cuando un negro exhausto y cubierto de sudor alcanzó a la pequeña columna. Le saludaron los gritos de bienvenida de sus compañeros, a los que en seguida hizo partícipes de lo que sabía y de lo que suponía acerca de las acciones de su amo, de modo que todo el safari se enteró del asunto antes de que a Baynes, el cual marchaba en la parte

delantera de la columna, se le informara de los hechos y de las suposiciones del indígena al que Malbihn había dejado abandonado en el calvero la noche anterior.

Cuando el honorable Morison hubo oído todo lo que el negro tenía que decir y comprendió que el traficante le había utilizado como medio para apoderarse de Meriem, la ira le encendió la sangre y el miedo descargó una oleada de temores por la suerte de la muchacha.

El que otro hubiera ideado y puesto en práctica un acto que él mismo había planeado no paliaba en absoluto la terrible ofensa que le infligía el sueco. Al principio no pensó que él, Baynes, había pretendido someter a Meriem a la misma vejación a la que Hanson trataba de someterla ahora. La indignación del caballero inglés era la del hombre que se ha visto derrotado con sus propias armas y despojado de una presa que creía tener ya en sus manos.

—¿Sabes a dónde ha ido tu amo? —preguntó al negro que Malbihn dejó abandonado en el calvero.

—Sí, *bwana* —respondió el indígena—. Se ha ido al otro campamento que está a orillas del gran Afi que corre muy lejos, por donde se pone el sol.

—¿Me puedes conducir hasta él? —preguntó Baynes.

El indígena asintió con la cabeza. Veía en tal ayuda un modo de vengarse del odiado *bwana* y al mismo tiempo de escapar a las iras del Gran Bwana que, estaba seguro, perseguiría enconadamente al safari del norte.

—¿Podemos llegar a ese campamento tú y yo solos? —quiso saber el honorable Morison.

—Sí, *bwana* —afirmó el indígena.

Baynes se volvió hacia el jefe del equipo indígena. Ahora conocía los planes de Hanson. Tenía claro el motivo por el cual deseó trasladarse hacia el norte, alejarse el máximo posible hacia el límite septentrional del territorio del Gran Bwana… Eso le proporcionaría mucho más tiempo para huir rumbo a la costa occidental, mientras el Gran Bwana perseguía al otro contingente. Bueno, él, Morison Baynes, aprovecharía en beneficio propio los planes del traidor que se la había jugado. También él debía mantenerse fuera del alcance de las garras de su anfitrión.

—Puedes llevar los hombres hacia el norte con la mayor rapidez que sea posible —dijo al capataz—. Yo retrocederé e intentaré despistar al Gran Bwana, induciéndole a desviarse hacia el oeste.

El negro asintió con un gruñido. No le hacía ninguna gracia estar con aquel extraño hombre blanco al que le asustaba la noche y menos gracia le hacía aún quedar a merced de los feroces guerreros del Gran Bwana, que mantenían con sus propios negros una sangrienta y antigua desavenencia. Pero, por encima de todo, le alegraba disponer de una excusa legítima para abandonar al aborrecido amo sueco. Conocía un camino hacia el norte, que conducía a su propia región, cuya existencia ignoraban los blancos: un atajo que cruzaba una árida planicie con algún que otro pozo de agua en el que ni por lo más remoto habían soñado los cazadores y exploradores blancos que se acercaban al borde de aquella zona reseca. Incluso podía eludir al Gran Bwana, en el caso de que le siguiera. Animado por tal idea, reagrupó lo que quedaba del safari de Malbihn, lo organizó de la mejor manera que pudo y emprendió la marcha rumbo al norte. Y el servidor negro se encargó de conducir al honorable Morison Baynes hacia el suroeste, a través de la jungla.

Korak había esperado en la proximidad del campamento. Dedicó su atención al honorable Morison, al que estuvo vigilando hasta que el safari emprendió la marcha hacia el norte. Luego, convencido de que el joven inglés iba en dirección equivocada, si lo que quería era encontrarse con Meriem, abandonó la vigilancia y se dirigió despacio al lugar donde había visto en brazos de otro hombre a la muchacha que él adoraba.

Su felicidad había sido tan inmensa al ver que Meriem estaba viva que, en aquellos instantes, los celos no entraron en su ánimo o en su mente. Tales pensamientos llegaron después, pensamientos oscuros, sanguinarios que hubieran sembrado de escalofríos el organismo del honorable Morison Baynes de sospechar siquiera lo que daba vueltas y vueltas en la cabeza de aquella criatura salvaje que se deslizaba furtivamente por las ramas de aquel gigante del bosque al pie del cual el joven inglés esperaba el regreso de Hanson y de la muchacha que le acompañaría.

Mientras pasaban las horas, Korak empezó a meditar y a parangonarse con aquel elegante caballero inglés… Y llegó a la conclusión debida. ¿Qué podía él ofrecer que pudiera compararse con lo que podía ofrecer el otro hombre? ¿Cuál era la «vajilla» que podía aportar él frente al patrimonio que conservaba la familia del otro? ¿Cómo podía presentarse, desnudo y desgreñado, ante aquella preciosidad de criatura que otrora fue su compañera de juegos en la selva y proponerle lo que había pasado por su imaginación cuando comprendió por primera vez que estaba enamorado de

ella? Se estremeció ante la idea del daño irreparable que su amor hubiera causado a aquella chiquilla inocente a no ser porque el azar la arrancó de su lado antes de que fuera demasiado tarde. Indudablemente, Meriem conocía el horror que anidaba en la mente de Korak. Indudablemente, ella le odiaba y le aborrecía, corno se odiaba y se aborrecía él a sí mismo. La había perdido. Cuando la creía muerta no estaba tan perdida como ahora, cuando la había visto viva… Cuando la había visto disfrutando de una vida de elegancia y refinamiento que la había transfigurado y santificado.

Antes la amaba, ahora la adoraba. Ahora sabía que nunca iba a poseerla, aunque podía verla. La podía ver a distancia. Tal vez pudiera ponerse a su servicio, pero Meriem no debía saber jamás que él la había encontrado o que Korak seguía vivo.

Se preguntó si Meriem pensaría en él alguna vez, si los días felices que habían pasado juntos surgían alguna vez en su memoria. Le pareció increíble que fuera así y, sin embargo, también le resultaba igualmente increíble que aquella bonita joven fuese el mismo duendecillo despeinado y medio desnudo que triscaba ágilmente por las ramas de los árboles mientras corrían y jugaban en aquellas jornadas felices del pasado. No era posible que, con aquella nueva apariencia, su memoria conservara el recuerdo del pasado.

Con sus tristes pensamientos invadiéndole el cerebro, Korak recorrió la linde del bosque, al borde de la llanura, mientras esperaba que su Meriem llegase… Pero Meriem no llegó.

Llegó otra persona: un hombre alto, de anchos hombros, vestido de caqui, que marchaba a la cabeza de un pequeño ejército de guerreros de ébano. Líneas duras, sombrías y severas parecían estampadas en el semblante de aquel hombre y las arrugas que se advertían en torno a su boca y debajo de los ojos indicaban que sufría un profundo pesar… Aquellas arrugas profundas acentuaban la expresión de cólera de sus facciones.

Korak vio pasar al hombre por debajo del gigantesco árbol que le cobijaba, en la orilla de aquel claro nefasto. Lo vio pasar, mientras él permanecía rígido, congelado por el dolor. Le vio escrutar el suelo con ojos agudos, y él continuó allí sentado, vidriosas las pupilas a causa de la intensidad de su propia mirada. Vio que hacía una seña a los hombres que le acompañaban y lo estuvo observando hasta que se perdió de vista en dirección norte. Pero Korak continuó inmóvil, como una imagen tallada,

sangrante el corazón de pura desdicha. Una hora más tarde, Korak se alejó despacio a través de la selva, hacia el oeste. Caminaba alicaído y apático, gacha la cabeza y hundidos los hombros, como un anciano al que el peso de un dolor inmenso le obligara a ir encorvado.

Mientras, en pos de su guía indígena, Baynes avanzaba laboriosamente a través de la maleza, inclinado sobre el lomo de su montura, de la que a menudo tenía que apearse, cuando las ramas de los árboles estaban tan bajas que le impedían seguir a caballo. El negro le conducía por el camino más corto, que no era una ruta hecha para jinetes y, tras la primera jornada de marcha, el inglés no tuvo más remedio que desmontar y seguir a pie a su ágil guía.

Durante las largas horas de caminata, el honorable Morison dispuso de tiempo de sobra para reflexionar y cuando imaginaba el probable destino de Meriem en poder del sueco, la cólera que le inspiraba aquel individuo adquiría proporciones bíblicas. Pero luego tomó cuerpo en su cerebro el hecho indubitable de que sus propios planes rufianescos fueron los que llevaron a la muchacha a aquella situación y que incluso aunque hubiera escapado del poder de Hanson, la suerte que le aguardaba con él, Morison Baynes, no hubiera sido más halagüeña.

Comprendió también que Meriem era incalculablemente más preciada para él de lo que pudo imaginarse. Por primera vez la comparó con otras muchachas a las que conocía —mujeres de alta cuna y categoría social— y casi con gran sorpresa se dio cuenta de que la joven árabe salia bastante bien librada. Y entonces el odio a Hanson lo proyectó también sobre su propia persona… se odió con toda el alma por su perfidia al actuar de aquella manera tan espantosamente despreciable.

Y así, en el crisol de la vergüenza al rojo vivo de la verdad desnuda, la pasión que el hombre sentía por la muchacha a la que había considerado socialmente inferior se transformó en auténtico amor. Y mientras avanzaba dando traspiés, en su interior se encendía junto al nuevo amor recién nacido otra gran pasión: la pasión de un odio inconmensurable que le impulsaba a la venganza.

Criado en el lujo y la buena vida, el honorable Morison Baynes nunca se vio sometido a las calamidades, durezas y torturas que le acompañaban ahora, pero, a pesar de su ropa destrozada por los espinos, de su piel desgarrada y sanguinolenta, instaba al negro a acelerar la marcha, aunque él mismo se venía abajo, exhausto, cada docena de pasos que daba.

El ánimo de venganza era lo que le mantenía en marcha; eso y la idea de que con aquel sufrimiento expiaba en parte el enorme daño que había causado a la muchacha que amaba, porque Morison había perdido toda esperanza de salvar a Meriem del cruel destino en cuya trampa él mismo la había metido.

«¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!», esa era la triste cantinela que servía de acompañamiento a sus meditaciones, mientras caminaba. «¡Demasiado tarde! Demasiado tarde para salvarla; pero no demasiado tarde para la venganza!». Eso le mantenía en marcha.

Sólo cuando la oscuridad impedía ver el camino permitía hacer un alto. Durante la tarde había amenazado al fatigado indígena una docena de veces con matarlo en el acto si se empeñaba en descansar. El hombre estaba aterrorizado. No conseguía entender el cambio tan radical y repentino que había experimentado aquel hombre blanco que la noche anterior mostraba un pánico cerval a las negruras de la noche. De habérsele presentado la ocasión, el negro hubiera abandonado a aquel amo terrible, pero Baynes adivinó lo que pensaba el servidor y no le concedió la oportunidad de poner en práctica sus intenciones. Durante el día no apartó de él los ojos y por la noche durmió en continuo contacto con su cuerpo, en la tosca *boma* de espinos que habían preparado como ligera protección contra las fieras carnívoras que merodeasen por allí.

El hecho de que el honorable Morison pudiese dormir en plena selva virgen era suficiente demostración del considerable cambio que había experimentado en las últimas veinticuatro horas, del mismo modo que el hecho de que se echara a descansar junto a un negro cuyo olor corporal no era precisamente el de esencia de rosas manifestaba en el espíritu del noble inglés unas posibilidades de sentido democrático inimaginables poco antes.

Se despertó por la mañana entumecido y asaeteado por los dolores de las agujetas, pero no menos decidido a reanudar la persecución de Hanson lo antes posible. Poco después de haber levantado el campamento y emprender la marcha sin desayunarse, abatió de certero disparo un gamo que calmaba su sed en un abrevadero. A regañadientes, se permitió el lujo de hacer un alto para asar la carne y tomar un bocado. Acto seguido, reanudaron la marcha por la espesura, entre árboles, lianas, arbustos y matorrales.

Entretanto, mientras avanzaba despacio en dirección oeste, Korak tropezó con Tantor, el elefante, que pastaba en las sombreadas

profundidades de la jungla. «El matador», al que la soledad y el dolor le estaban afectando en exceso, se alegró de encontrar la compañía de su monumental amigo. La ondulante trompa del paquidermo se enroscó afectuosamente en torno a la cintura de Korak, que se vio remontado hasta el formidable lomo del animal, donde tantas largas tardes había pasado entregado a sus ensoñaciones.

A gran distancia de allí, por el norte, el Gran Bwana y sus guerreros negros seguían tenazmente el rastro del safari fugitivo, que los alejaba cada vez más de la muchacha a la que intentaban salvar, mientras detrás, en la casita de campo, la mujer que quería a Meriem tanto como si fuera su propia hija aguardaba consumida por la angustia y la impaciencia el regreso de la partida de rescate y de la propia muchacha. Porque la dama tenía la absoluta certeza de que su invencible dueño y señor iba a regresar llevando consigo a Meriem.



**…tropezó con las huellas de dos caballos…**

## XXII




TRAPADA mientras forcejeaba con Malbihn, cuya presa brutal le mantenía inmovilizadas las manos contra los costados, Meriem sintió que empezaba a abandonarla toda esperanza. No gritó pidiendo auxilio, porque sabía que nadie iba a acudir en su ayuda y también porque su existencia anterior en la selva le había enseñado que en aquel mundo salvaje donde transcurrió su infancia pedir socorro era inútil.

Pero durante la brega por liberarse, una de sus manos tropezó con la culata del revólver que Malbihn llevaba en la funda de la cadera. El sueco la empujaba lentamente hacia las mantas y, despacio, los dedos de la muchacha se cerraron en torno al arma y la sacaron de la funda.

En el momento en que Malbihn se encontraba al borde de la revuelta

pila de mantas, Meriem dejó súbitamente de resistirse y, en vez de intentar apartarse del hombre lanzó todo su peso contra él y, como consecuencia, el sueco se vio impulsado hacia atrás, se le enredaron los pies en las mantas y cayó de espaldas. Instintivamente, sus manos soltaron a Meriem para agitarse en el aire y tratar de mantener el equilibrio, lo que aprovechó Meriem para levantar el revólver, apuntarle al pecho y apretar el gatillo.

Pero el percutor cayó sobre un cartucho vacío y Malbihn volvió a ponerse en pie como una centella y se precipitó sobre la chica. Meriem le hizo un regate y salió corriendo hacia la puerta de la tienda, pero en el preciso momento en que se disponía a franquear el umbral, la mano de Malbihn cayó sobre su hombro y tiró de ella hacia dentro. Meriem giró sobre sus talones y, con la furia de una leona herida, levantó el revólver por encima de la cabeza, agarrado por el cañón, y lo abatió violentamente contra el rostro de Malbihn.

El sueco soltó una maldición impregnada de rabia y dolor, soltó a Meriem y se desplomó inconsciente sobre el suelo. Sin molestarse en mirarle siquiera, la joven dio media vuelta y huyó al exterior. Varios negros la vieron y trataron de interceptarla, pero la amenaza de aquel revólver descargado los mantuvo a distancia. De forma que Meriem salió de la *boma* que rodeaba el campamento y desapareció en la selva, por el sur.

Se fue derecha a un árbol y trepó por la enramada, fiel al instinto arborícola de la pequeña *mangan* que había sido en otro tiempo. Allí se desembarazó de la falda y de las botas de montar; se quitó también las medias porque sabía que para el largo trayecto de la fuga aquellas prendas serían un estorbo. Conservó los pantalones y la chaqueta, que la protegerían del frío y de las espinas, sin entorpecer demasiado sus movimientos. Pero la falda y el calzado no tenía ninguna utilidad en las ramas de los árboles.

No se había alejado mucho del campamento cuando empezó a comprender que, sin ningún medio de defensa y sin armas para procurarse comida, sus posibilidades de sobrevivir eran nulas. ¿Por qué no se le ocurriría quitar a Malbihn la canana que llevaba al cinto, antes de abandonar la tienda? De disponer de unos cuantos cartuchos para el revólver habría contado con la esperanza de abatir alguna pieza de caza menor y hubiera podido protegerse de cualquier enemigo, excepto los más feroces, que se interpusiera en su camino de vuelta al ansiado hogar de Bwana y Querida.

Al mismo tiempo que esa idea surgía en su cerebro, llegó con ella la

firme determinación de volver y conseguir municiones. Se daba cuenta de que corría el enorme riesgo de que la capturasen de nuevo, pero sin disponer de medios de defensa y sin contar con un arma útil que le permitiera cazar, no podría albergar la menor esperanza de llegar sana y salva a un sitio seguro. Así que dio media vuelta y se dirigió otra vez al campamento del que acababa de huir.

Pensaba que Malbihn habría muerto, tan terrible fue el culatazo que le asestó en pleno rostro, y confiaba en que se le ofreciera la oportunidad, cuando hubiese cerrado la noche, de entrar en el campamento y llegarse a la tienda, donde se apoderaría de la canana. Pero apenas había localizado un buen escondite entre el follaje de un árbol enorme situado en el borde de la *boma* desde donde podía vigilar sin temor a que la descubrieran, cuando vio al sueco salir de la tienda. Se secaba la sangre de la cara, al tiempo que profería una retahíla de retumbantes maldiciones y preguntas a sus aterrados servidores.

En cuestión de minutos el campamento en peso se había lanzado a la búsqueda de la muchacha y cuando Meriem tuvo la certeza de que allí no quedaba nadie, descendió del árbol y atravesó velozmente el claro, rumbo a la tienda de Malbihn. Un rápido registro visual del interior no le reveló la existencia de municiones, pero en un rincón de la tienda encontró una caja en la que al parecer guardaba el sueco todas sus pertenencias personales y que había ordenado a su jefe de equipo que trasladase a aquel campamento occidental.

Meriem consideró que aquel receptáculo podía contener municiones. Desató en un santiamén las cuerdas que sujetaban la lona en que estaba envuelta la caja y al cabo de un momento levantaba la tapadera y procedía a hurgar en la heterogénea colección de extraños artículos que contenía la caja. Había allí cartas, documentos y recortes de viejos periódicos y, entre otras cosas, el retrato de una niña que llevaba pegado al dorso un recorte de cierto periódico de París, un recorte que Meriem no pudo leer, de amarillento y borroso que estaba a causa del paso del tiempo y de lo mucho que lo habían sobado. Pero la fotografía de la niña, que también estaba reproducida en el recorte de periódico, tenía algo que llamó la atención de Meriem. ¿Dónde había visto antes aquel retrato? Y entonces, de pronto, como una revelación, comprendió que era la imagen de su propia persona, muchos, muchos años atrás.

¿Dónde habían tomado aquella fotografía? ¿Cómo había llegado a las

manos de aquel individuo? ¿Por qué la reprodujo el periódico? ¿Qué historia refería aquella tipografía borrosa?

El rompecabezas que le había planteado la búsqueda de cartuchos sumió a Meriem en un mar de perplejidades. Contempló durante un rato aquella nebulosa fotografía hasta que de pronto recordó que había ido allí en busca de municiones. Volvió a concentrarse en la caja, revolvió en el fondo y al final acabó encontrando una cajita de cartuchos en un rincón. Comprobó con una rápida ojeada que eran del calibre del revólver, el cual se lo había introducido bajo la cintura de los pantalones. Se guardó el estuche en el bolsillo y luego volvió a examinar el enigmático retrato suyo que todavía conservaba en la mano.

Continuaba así, esforzándose infructuosamente en desentrañar aquel inexplicable misterio cuando llegó a sus oídos un rumor de voces. Se puso alerta instantáneamente. ¡Se acercaban! Un segundo después reconoció la voz del sueco soltando tacos. ¡Volvía Malbihn, su perseguidor! Meriem se llegó rauda a la entrada de la tienda y echó un vistazo al exterior. ¡Era demasiado tarde! ¡Estaba acorralada! El hombre blanco y tres de sus secuaces se dirigían en línea recta a la tienda. ¿Qué podía hacer? Deslizó la fotografía bajo el cinturón. Introdujo rápidamente un cartucho en cada una de las cámaras del tambor del revólver. Luego retrocedió hasta el fondo de la tienda, con la boca del revólver cubriendo la entrada. El hombre se detuvo afuera y Meriem oyó al sueco que daba instrucciones, alternándolas con blasfemias continuas. Se tomó en buen rato en despotricar con su voz campanuda y brutal, momento que aprovechó la muchacha para buscar alguna vía de escape. Se agachó, levantó la lona del fondo y oteó el exterior. Por aquel lado no había nadie a la vista. Cuerpo a tierra, Meriem pasó reptando por debajo de la pared de lona, en el preciso instante en que Malbihn, tras una palabrota final dedicada a sus esbirros, entraba en la tienda.

Meriem le oyó atravesar el espacio interior. La muchacha se incorporó y, agachada, corrió hacia una choza indígena que se alzaba directamente a su espalda. Una vez dentro, volvió la cabeza y lanzó un vistazo. No se veía a nadie. No habían reparado en ella. Desde la tienda de Malbihn le llegó una sarta de maldiciones. El sueco había descubierto el registro de su caja. Gritaba a sus hombres y mientras éstos le respondían Meriem salió de la choza y echó a correr hacia la parte de la *boma* más distante de la tienda de Malbihn. En aquel punto, un árbol gigante extendía sus ramas por encima

de la barrera de la *boma*. Era un árbol demasiado grande para cortarlo, en opinión de los negros, tan amantes del descanso que decidieron rematar la *boma* a escasos palmos del árbol. Meriem agradeció las circunstancias, fueran cuales fueran, que dejaron aquel árbol particular donde estaba, ya que le ofrecía una vía de escape que necesitaba a vida o muerte y que de no ser por él no habría encontrado.

Desde su oculta atalaya, la muchacha vio a Malbihn entrar de nuevo en la jungla, aunque en esa ocasión dejó tres centinelas de guardia en el campamento. El hombre se dirigió hacia el sur y, cuando hubo desaparecido, Meriem se deslizó por la parte exterior del recinto y echó a andar hacia el río. Allí estaban las canoas que la partida había utilizado para pasar desde la orilla opuesta. Eran embarcaciones demasiado pesadas para que pudiese manejarlas una joven, pero no existía otro medio para cruzar el río, cosa que a toda costa Meriem tenía que hacer.

El embarcadero quedaba plenamente a la vista de los centinelas del campamento. Arriesgarse a cruzar ante sus ojos significaba una captura inevitable. La única esperanza consistía en esperar a la oscuridad de la noche, a menos que surgiese alguna fortuita circunstancia favorable. Meriem permaneció una hora observando a los que montaban guardia, uno de los cuales parecía encontrarse siempre en el punto adecuado para descubrirla en seguida, caso de que ella intentara llegar a las canoas.

Reapareció Malbihn, procedente de la selva, jadeante y sudoroso, abrasado de calor. Se acercó rápidamente a las canoas y las contó. Era evidente que había caído de pronto en la cuenta de que, si la joven quería volver junto a sus protectores, por fuerza tendría que cruzar el río. La cara de alivio que puso al comprobar que no faltaba ninguna canoa demostró ampliamente qué era lo que había pasado por su cabeza. Dio media vuelta y habló atropelladamente a su jefe de equipo, que también había salido de la jungla, pisándole los talones, y al que rodeaban otros varios negros.

Obedeciendo las instrucciones del sueco, botaron al agua todas las canoas menos una. Malbihn llamó a los centinelas del campamento e instantes después, toda la partida había subido a las embarcaciones y los negros remaban corriente arriba.

Meriem estuvo observándolos hasta que se perdieron de vista al doblar una curva del río. ¡Se habían ido! ¡Estaba sola y habían dejado una canoa, en la cual había un remo! Apenas podía creer en su buena suerte. Retrasarse ahora sería suicida, equivalia a tirar por la borda todas sus

esperanzas. Se apresuró a abandonar su escondite y se dejó caer al suelo. Sólo cosa de diez o doce metros la separaban de la canoa.

Corriente arriba, al otro lado de la curva, Malbihn ordenó a sus remeros que llevasen las canoas a la orilla. Desembarcó con su capataz y se llegó andando despacio a un punto desde el que se podía vigilar la canoa que había dejado en el embarcadero. Sonreía anticipando el éxito casi seguro de su treta: tarde o temprano, la chica volvería e intentaría cruzar el río en una de las canoas. Era posible que la idea tardase algún tiempo en ocurrírsele. Ellos podían permitirse el lujo de esperar una jornada o dos, pero Malbihn estaba seguro de que la muchacha iba a volver, si estaba viva o si no la capturaban los hombres que él había enviado a la selva en su busca. Lo que no pudo suponer, sin embargo, fue que Meriem volviese tan pronto, de modo que cuando llegó a la atalaya desde la que se contemplaba aquella parte del río frunció los labios para proferir rabiosamente un taco de los suyos: la pretendida pieza ya había cubierto la mitad de la anchura del río.

Malbihn regresó precipitadamente a las canoas, con su jefe de equipo a la zaga. Subieron a las embarcaciones y el sueco apremió a los remeros, exigiéndoles el máximo esfuerzo. Las canoas salieron disparadas corriente abajo, hacia la presa fugitiva. Meriem estaba a punto de llegar a la orilla cuando las otras embarcaciones aparecieron a la vista. En cuanto las echó el ojo, la joven arreció en sus esfuerzos para alcanzar la ribera antes de que la alcanzasen. Sólo necesitaba dos minutos de ventaja. Una vez se encontrara en las ramas de los árboles, le resultaría sencillísimo sacarles una buena delantera y dejarlos con dos palmos de narices. Las esperanzas de Meriem aumentaban por momentos. Ya no podían alcanzarla. Les llevaba una buena ventaja.

Mientras acuciaba a sus hombres con su interminable sarta de juramentos a cual más soez y sin escatimar los puñetazos, Malbihn comprendió que la muchacha de nuevo se le estaba escapando de las garras. La canoa de vanguardia, en cuya proa iba él, aún se encontraba a cien metros de distancia de la embarcación de Meriem cuando ésta la dirigió hacia un punto de la orilla sobre el que se extendía la rama de un árbol que brindaba la salvación a la joven.

A gritos, Malbihn la conminó a detenerse. Parecía haberse vuelto loco al comprender que ya no le era posible alcanzarla. Entonces se echó el rifle a la cara, apuntó cuidadosamente a la esbelta figura que se disponía a trepar por el árbol e hizo fuego.

Malbihn era un tirador de primera. Fallar el disparo a aquella distancia resultaba imposible para él y no hubiera errado a no ser porque en el preciso instante en que su dedo apretaba el gatillo ocurrió un accidente casual de verdad, un accidente que salvó a Meriem la vida: la presencia providencial de un tronco de árbol, uno de cuyos extremos se había clavado en el fango del fondo del río, mientras el otro extremo se encontraba casi a flor de superficie, justo en el punto por donde pasaba la proa de la embarcación en el momento en que Malbihn disparó. El leve desvío que el tronco imprimió a la canoa fue suficiente para que el punto de mira del rifle se apartara unos centímetros del blanco. La bala pasó silbando, inofensiva, por encima de la cabeza de Meriem y, segundos después, la muchacha había desaparecido entre el follaje del árbol.

Una sonrisa aleteaba en los labios de Meriem cuando descendió del árbol para atravesar el pequeño claro donde en otro tiempo se había alzado una aldea indígena, rodeada por sus campos de cultivo. Las ruinosas chozas aún resistían en pie, aunque medio desintegradas, cayéndose a trozos. La vegetación de la jungla invadía los huertos. Arbustos y pequeños arbolillos silvestres crecían en lo que fue la calle principal del poblado, pero la desolación y el abandono flotaban como un sudario suspendido sobre el paraje. Para Meriem, sin embargo, sólo era un lugar desprovisto de grandes árboles que debía atravesar rápidamente para llegar a la jungla del lado opuesto antes de que Malbihn desembarcase.

Las chozas abandonadas eran para ella tanto mejores precisamente por eso, porque estaban abandonadas… Lo que no vio fueron los agudos y penetrantes ojos que la observaban desde una docena de puntos, desde el interior de los umbrales, tras los desquiciados marcos de las puertas, desde el otro lado de los graneros medio derruidos… Ajena por completo al inminente peligro que se cernía sobre ella, Meriem echó a andar por la calle de la aldea, ya que le ofrecía el camino más recto y despejado hacia la selva.

A kilómetro y medio de distancia, por el este, abriéndose paso trabajosamente a través de la espesura y siguiendo el camino que había tomado Malbihn para llevar a Meriem al campamento, avanzaba un hombre de destrozada vestimenta color caqui, un hombre macilento, sucio y desgreñado. El hombre se detuvo en seco cuando la detonación del rifle de Malbihn repercutió débilmente a lo largo y ancho de la enmarañada jungla. El negro que iba delante del hombre también hizo un alto.

—Ya casi hemos llegado, *bwana* —anunció el indígena. En sus modales y en su tono se apreciaba un temor respetuoso.

El hombre blanco asintió con la cabeza e indicó a su guía de ébano que continuase adelante. Era el honorable Morison Baynes, el melindroso, el exquisito. Tenía la cara y las manos cubiertas de arañazos, así como de sangre seca de las heridas causadas por los matorrales, zarzas y espinos. Llevaba la ropa hecha jirones. Pero bajo la sangre, el polvo y los harapos resaltaba un nuevo Baynes, un Baynes mucho más apuesto que el petimetre fachendoso de antaño.

En el corazón y en el espíritu de todo hijo de vecino late el germen de la virilidad y el honor. El remordimiento de conciencia que produce una acción deshonesta y el deseo de reparar el daño ocasionado a la mujer a la que amaba de verdad —ahora lo sabía— habían provocado en Morison Baynes el rápido desarrollo de esos gérmenes, lo cual produjo la metamorfosis.

El hombre blanco y el indígena avanzaron dando tumbos en dirección al punto donde había sonado la detonación. El negro iba desarmado: como desconfiaba de su lealtad, Baynes no se atrevió a dejarle el rifle, de cuyo peso se hubiera aliviado de mil amores infinidad de veces a lo largo de la caminata. Pero ahora que se acercaban a la meta, y conocedor del odio que el indígena profesaba a Malbihn, Baynes no tuvo inconveniente en pasar el arma al negro. Suponía que iba a haber lucha, él pretendía que la hubiese, ya que, de no ser así no habría ido en busca de venganza. Como él era un excelente tirador de revólver, confiaría en el arma corta que llevaba en la funda de la cadera.

Una descarga cerrada que sonó por delante les sobresaltó de pronto. Oyeron después una serie de disparos sueltos, varios gritos salvajes y, finalmente, silencio. Baynes trató frenéticamente de avanzar más deprisa, pero la vegetación de la selva parecía allí mucho más enmarañada que en los lugares que habían dejado atrás. Tropezó y cayó una docena de veces. El negro se equivocó de ruta en dos ocasiones y tuvieron que volver sobre sus pasos, pero llegaron por fin al calvero próximo al gran *Afi*, un claro en el que tiempo atrás se levantaba una próspera aldea, de la que sólo quedaba un triste y desolado conjunto de viejas chozas en ruinas.

Entre las plantas silvestres que crecían en lo que otrora fue la calle principal del poblado yacía el cadáver de un negro, con el corazón atravesado por una bala y el cuerpo aún caliente. Baynes y su acompañante

miraron en todas direcciones, pero no descubrieron el menor indicio de alma viviente. Permanecieron inmóviles y silenciosos, aguzando el oído.

—¿Qué era aquello? ¿Voces humanas y chapoteo de palas de remo en el río?

Baynes atravesó corriendo la aldea muerta, en dirección al borde de la selva que daba al río. El negro iba a su lado. Juntos se abrieron paso en la tupida espesura hasta que, entreabierta la pantalla del follaje, el panorama del río se ofreció a sus ojos. Y allí, casi llegando a la orilla opuesta, vieron las canoas de Malbihn acercándose rápidamente al campamento. El negro reconoció al instante a sus compañeros.

—¿Cómo vamos a cruzar? —preguntó Baynes.

El indígena meneó la cabeza. No había ninguna embarcación y cualquier intento de cruzar el río a nado equivalía al suicidio, puesto que los cocodrilos infestaban aquellas aguas. En aquel momento la mirada del negro bajó hacia sus pies y allí, incrustada entre las inclinadas ramas de un árbol, vio la canoa en la que Meriem había logrado huir. La mano del negro cogió el brazo de Baynes y le señaló el descubrimiento que acababa de hacer. Al honorable Morison Baynes estuvo a punto de escapársele un grito de júbilo. Descendieron a toda prisa por las ramas y saltaron a la embarcación. El negro empuñó el remo y Baynes apoyó las manos en las ramas e impulsó la canoa para que se separara de la orilla. Segundos después, la embarcación se encontraba en plena comente y navegaba hacia la ribera opuesta y el campamento del sueco. Baynes se sentó en la parte de proa y forzó la vista para distinguir a los hombres que se disponían a atracar en la otra orilla. Vio a Malbihn saltar a tierra desde la proa de la piragua que iba en cabeza. Comprobó que el sueco volvía la cabeza y miraba a través del río. Observó el respingo de sorpresa del hombre cuando sus ojos tropezaron con la canoa perseguidora. Malbihn indicó a sus esbirros la presencia de aquella embarcación inesperada.

Luego permaneció quieto donde estaba, porque en la canoa no iban más que dos hombres y constituían escaso peligro para su cuadrilla. Pero Malbihn estaba intrigado. ¿Quién sería aquel hombre blanco? Aunque la canoa había cubierto la mitad de la anchura del río y los rostros de sus ocupantes se distinguían claramente, Malbihn no reconoció a Baynes. Uno de los indígenas del sueco fue el primero en identificar al negro que acompañaba a Baynes: era uno de sus camaradas. Malbihn adivinó entonces la personalidad del blanco, aunque le costaba trabajo creerlo.

Parecía rebasar los limites de las más fabulosas fantasías suponer que el honorable Morison Baynes hubiera sido capaz de seguirle a través de la selva con la ayuda de un solo acompañante… Y, sin embargo, era cierto. Por debajo de la capa de polvo, de las ropas destrozadas y del desaliño que lo envolvía, Malbihn acabó por reconocerle y, ante la necesidad imperiosa de admitir que se trataba en verdad de Baynes, se vio obligado también a comprender la motivación que impulsó al caballero inglés, tan distinguido, delicado y cobardica, a cruzar la selva virgen siguiéndole la pista.

Morison Baynes se presentaba allí para exigirle cuentas y cobrar venganza. Resultaba increíble y, no obstante, no había otra explicación. Malbihn se encogió de hombros. Bueno, a lo largo de su prolongada y canallesca trayectoria, otros habían buscado a Malbihn con idéntico o análogo propósito. Acarició el rifle y esperó.

La canoa se encontraba ya lo bastante cerca de la orilla como para que fuese posible hablar con los que iban en ella.

—¿Qué es lo que queréis? —chilló Malbihn, al tiempo que levantaba el arma con gesto amenazador.

El honorable Baynes se puso en pie.

—¡A ti, maldito seas! —voceó Morison Baynes.

Tiró de revólver y disparó casi a la vez que el sueco.

Tras sonar las dos detonaciones simultáneas, Malbihn soltó el rifle, se llevó frenéticamente las manos al pecho, vaciló y cayó de rodillas, para finalmente desplomarse de bruces. Baynes se envaró. Su cabeza salió despedida hacia atrás espasmódicamente. Permaneció así un segundo y luego fue desmoronándose despacio sobre el fondo de la canoa.

El negro que empuñaba el remo no sabía qué hacer. Si Malbihn había muerto realmente, él podía seguir hasta la otra orilla y reunirse con sus compañeros sin temor alguno. Pero si el sueco sólo estaba herido, lo mejor que él podía hacer era regresar a la ribera de la que partió. En consecuencia, el indígena titubeaba, mientras retenía la embarcación en mitad de la corriente. Había llegado a experimentar un considerable respeto hacia su nuevo amo y la muerte de Baynes no le dejaba indiferente. Al contemplar la figura caída en la proa vio que se movía. Con débiles movimientos, el inglés intentó darse la vuelta. Aún vivía. El negro se acercó a él y lo incorporó hasta sentarlo. De pie delante de él, con el remo en la mano, el negro preguntaba a Baynes dónde le había alcanzado la bala cuando resonó otra detonación en la orilla y el indígena cayó por encima de

la borda, aún con el remo entre los dedos…, atravesada la frente por un balazo.

Baynes se volvió mediante un gran esfuerzo y miró hacia la orilla para ver que, cuerpo a tierra apoyado en los codos, Malbihn le apuntaba con el rifle. El inglés se dejó caer en el fondo de la canoa mientras el proyectil pasaba silbando por encima de su cabeza. Malherido, Malbihn necesitaba más tiempo para afinar la puntería y sus disparos ya no eran tan certeros como antes. Con enorme esfuerzo y gran dificultad, Baynes se tendió boca abajo, empuñó el revólver con la mano derecha y se fue incorporando poco a poco hasta asomarse por encima de la borda.

Malbihn le vio al instante e hizo fuego, pero Baynes ni pestañeó ni se agachó. Con todo el esmero del mundo, apuntó al blanco que estaba en la orilla y del que la corriente le iba alejando. Se curvó el dedo alrededor del gatillo, se produjo un fogonazo, resonó la detonación y la gigantesca humanidad de Malbihn sufrió una sacudida al recibir el impacto de otra bala.

Pero aún no estaba muerto. Apuntó e hizo fuego otra vez; el proyectil arrancó astillas a la madera del borde superior de la canoa, muy cerca del rostro de Baynes. Éste volvió a hacer fuego, mientras la embarcación se alejaba cada vez más, corriente abajo, y Malbihn respondía desde la ribera sobre la que yacía en medio de un charco de su propia sangre. Y así, con obstinada tenacidad, los dos heridos siguieron empeñados en aquel duelo increíble, que se prolongó hasta que el culebreante río africano llevó al honorable Morison Baynes fuera de la vista al otro lado de la curva que formaba un espolón arbolado.



**Meriem estaba a punto de llegar a la orilla…**

## XXIII



ERIEM había cubierto la mitad de la longitud de la calle de la aldea cuando una veintena de mestizos y negros con blanca vestimenta surgieron del oscuro interior de las chozas y se precipitaron sobre ella. La muchacha dio media vuelta para emprender la huida, pero fuertes manos la sujetaron y cuando volvió la cabeza para suplicar clemencia sus ojos tropezaron con el torvo semblante de un anciano alto que la fulminaba con la mirada a través de los pliegues de su albornoz.

Al verlo, Meriem retrocedió sorprendida, sobresaltada y aterrada. ¡Era el jeque!

Instantáneamente, los antiguos miedos y angustias de su niñez revivieron en su espíritu. Permaneció temblorosa ante aquel espantoso anciano, como un asesino frente al juez que va a condenarlo a muerte. Comprendió que el jeque la había reconocido. Los años y el cambio de su forma de vestir no habían alterado su aspecto lo suficiente como para que

una persona que tanto tiempo la había tenido consigo durante la infancia no pudiera reconocer ahora sus facciones.

—De modo que has vuelto con tu pueblo, ¿eh? —ironizó el jeque—. Regresas para implorar alimento y protección, ¿eh?

—Déjame marchar —gritó la joven—. No te pido nada, salvo que me dejes volver junto al Gran Bwana.

—¿El Gran Bwana? —casi chilló el jeque, y a continuación pronunció una sarta de obscenas invectivas en árabe contra el hombre blanco al que todos los delincuentes de la selva temían y odiaban—. Te gustaría volver con el Gran Bwana, ¿verdad? Así que es con él con quien has estado desde que te me escapaste, ¿no? ¿Y quién es el que cruza ahora el río en tu busca…? ¿El Gran Bwana?

—No, es el sueco al que expulsaste una vez de tu territorio cuando su compañero y él conspiraron con Nbeeda para secuestrarme —respondió Meriem.

Llamearon las pupilas del jeque. Ordenó a sus hombres que se llegaran a la orilla del río, se emboscaran entre los arbustos y exterminaran a Malbihn y su partida. Pero Malbihn ya había desembarcado y, tras arrastrarse por la orla de vegetación que se interponía entre el río y la aldea, en aquel momento observaba con ojos desorbitados e incrédulos la escena que se desarrollaba en mitad de la calle del abandonado villorrio. Reconoció al jeque en el mismo instante en que su mirada cayó sobre él. En el mundo había dos hombres a los que Malbihn temía más que al mismísimo Satanás. Uno era el Gran Bwana, el otro era el jeque. Apenas lanzó su rápido vistazo a la figura esquelética y familiar del árabe cuando ya había dado media vuelta para deslizarse hasta la canoa, acompañado de los miembros de su cuadrilla. De modo y manera que, cuando el jeque llegó a la orilla del río, la partida se encontraba ya en mitad de la corriente. A la descarga cerrada de los hombres del jeque respondieron los de las canoas con su fuego graneado. El árabe dio en seguida por concluido el tiroteo, convocó a sus efectivos, ordenó que ataran bien a Meriem y emprendió la marcha hacia el sur.

Uno de los proyectiles disparados por las fuerzas de Malbihn había alcanzado al negro que quedó en la calle de la aldea para custodiar a Meriem. Sus compañeros lo dejaron allí, tras despojarle previa y concienzudamente de sus atavíos y pertenencias. Era el cadáver que Baynes encontró al llegar a la aldea.

El jeque y sus huestes seguían desplazándose en dirección sur, en paralelo al río, cuando uno de los indígenas, al rezagarse un poco porque se había entretenido recogiendo agua, vio a Meriem que remaba desesperadamente desde la otra orilla. El hombre llamó la atención del jeque sobre aquella escena tan inusitada: una mujer blanca sola en medio del África central. El anciano árabe ordenó a sus huestes que se ocultaran en la aldea abandonada y capturasen a aquella mujer cuando echase pie a tierra. La idea de pedir rescate siempre estaba presente en el cerebro del árabe. Más de una vez se había deslizado entre sus dedos rutilante oro de análogo origen. Era un dinero que se ganaba fácilmente y el jeque no andaba muy sobrado de fondos desde que el Gran Bwana había restringido de tal modo los límites de su antiguo dominio que el delincuente árabe ni siquiera se atrevía ya a robar marfil a los indígenas radicados a trescientos kilómetros del *aduar* del Gran Bwana. Y cuando por fin la mujer se metió en la trampa que le había tendido y reconoció en ella a la chica que había maltratado durante tantos años, la satisfacción del jeque fue inconmensurable. No perdió tiempo en restablecer las viejas relaciones padre-hija que existieron entre ellos en el pasado. A la primera oportunidad cruzó la cara de la muchacha con una bestial bofetada. La obligó a ir a pie, cuando podía haber indicado a uno de sus hombres que desmontara o que la llevase en la grupa de la cabalgadura. Parecía disfrutar enormemente ideando nuevas formas para torturarla o humillarla y, entre todos los esbirros del jeque, la pobre Meriem no encontró uno solo que se compadeciera de ella o que se atreviese a defenderla, incluso aunque hubiera deseado hacerlo.

Al cabo de dos días de marcha llegaron al familiar escenario de su infancia y la primera persona que vieron los ojos de Meriem, nada más traspasar los portones de la sólida empalizada, fue la horrible Mabunu, la espantosa y desdentada niñera de otro tiempo. Era como si los años transcurridos desde entonces no hubiesen sido más que un sueño. La muchacha habría llegado a creerlo así de no ser por sus ropas y por lo que había crecido en estatura. Todo estaba allí tal como lo dejara, las caras nuevas que habían sustituido a algunas de las antiguas eran igual de bárbaras y envilecidas. Se habían unido al jeque unos cuantos árabes jóvenes. Aparte de eso, todo seguía igual, todo menos una cosa: Geeka no estaba allí, y Meriem la echó de menos como si la muñeca de cabeza tallada en marfil fuese un ser de carne y hueso, una amiga íntima y muy

querida. Echó de menos a aquella astrosa confidente, en cuyos sordos oídos volcaba Meriem sus muchas desgracias y sus contadas alegrías. Geeka, la de las extremidades de palo y el cuerpo de piel de rata. Geeka, la lastimosa. Geeka, la querida Geeka.

Los habitantes de la aldea que habían acompañado al jeque en aquella expedición dedicaron un buen rato a examinar a aquella muchacha blanca que vestía de una manera tan extraña. Algunos de ellos habían conocido a Meriem de niña. Mabunu fingió alegrarse mucho de su regreso y enseñó las encías en una mueca horrible con la que trataba de demostrar su regocijo. Pero, al recordar las crueldades a que la sometió aquella bruja espeluznante, un escalofrío recorrió el cuerpo y el alma de Meriem.

Entre los árabes que habían entrado a formar parte de la comunidad durante la ausencia de la muchacha se encontraba un individuo alto, de unos veinte años, apuesto y bien parecido, aunque de aire siniestro, el cual contempló a la muchacha con patente admiración, hasta que el jeque se percató de ello y le ordenó que se alejara de allí. Abdul Kamak se retiró con el ceño fruncido.

Por último, satisfecha su curiosidad, todos dejaron sola y tranquila a Meriem. Como en el pasado, se le permitió circular libremente por la aldea, ya que la empalizada era muy alta y los portones estaban fuertemente vigilados día y noche. Pero también como en el pasado, a Meriem no le seducía lo más mínimo el trato con los árabes crueles o con los degenerados negros que constituían la tropa del jeque. Así que, como en los viejos tiempos, Meriem se dirigió a la recóndita esquina del recinto donde de niña había jugado al ama de casa, con su amada Geeka, bajo el gran árbol cuyas ramas se extendían por encima de la estacada. Pero el árbol había desaparecido y Meriem supuso el motivo. De aquel árbol descendió Korak el día que golpeó al jeque y la rescató a ella de la existencia de desdichas y torturas que había estado sufriendo durante tanto tiempo que no podía recordar ni suponer que hubiese podido vivir otra.

Dentro del recinto de la estacada, sin embargo, crecían ahora unos cuantos arbustos, a cuya sombra se sentó Meriem a reflexionar. Una chispa de felicidad caldeó su corazón al rememorar aquel primer encuentro con Korak y luego los largos años durante los cuales la cuidó y protegió con la solicitud y la castidad de un hermano mayor. Hacía meses que Korak no ocupaba sus pensamientos como los llenaba en aquellos instantes. Ahora le parecía más próximo y más querido que nunca y se extrañó de que su

corazón se hubiese alejado tanto de la lealtad a la memoria del muchacho. Y entonces surgió en su mente la imagen del honorable Morison, el exquisito, y Meriem se turbó. ¿Amaba realmente a aquel inglés sin tacha? Pensó en las maravillas de Londres, de las que tanto le había hablado con encendidas palabras de elogio. Intentó imaginarse a sí misma, honrada y admirada en el centro de la más radiante sociedad de la gran capital. Las escenas que imaginaba eran las que el honorable Morison había pintado para ella. Eran escenas atractivas, pero a través de ellas continuaba infiltrándose la figura bronceada y semidesnuda del imponente Adonis de la selva.

Meriem se oprimió el pecho con las manos, al tiempo que exhalaba un suspiro, y sus dedos tropezaron con el canto de la fotografía que escondió allí segundos antes de escapar de la tienda de Malbihn. Sacó el retrato y empezó a examinarlo con más atención que la vez anterior. Tenía la certeza de que la cara de aquella niña era la suya. Observó todos y cada uno de los detalles de la fotografía. Medio escondido bajo el encaje de aquel precioso vestido había un medallón colgado de una cadena. Meriem enarcó las cejas. ¡Qué seductores semirecuerdos despertaba! ¿Podía ser aquella flor de una espléndida civilización la árabe Meriem, hija del jeque? Era imposible. Pero ¿y el medallón? Meriem lo conocía. No le era posible refutar el convencimiento anidado en su memoria. Había visto antes aquel medallón. Había sido suyo. ¿Qué extraño misterio yacía enterrado en su pasado?

Seguía sentada allí, con los ojos clavados en el retrato, cuando de pronto se dio cuenta de que no estaba sola, de que alguien se había acercado silenciosamente y se encontraba a su espalda. Con aire culpable, se apresuró a guardar de nuevo el retrato bajo la cintura. Una mano se posó en su hombro. Estaba segura de que era el jeque y aguardó con el alma en vilo el golpe que indefectible iba a abatirse sobre ella.

Como no llegó golpe alguno, alzó la cabeza para mirar por encima del hombro… y sus ojos se encontraron con los de Abdul Kamak, el joven árabe.

—He visto la fotografía que acabas de esconder —dijo Abdul—. Eras tú, de pequeña… de muy pequeña. ¿Puedo verla otra vez?

Meriem se apartó del joven árabe.

—Te la devolveré —aseguró él—. He oído lo que dicen de ti y sé que no le tienes ningún cariño al jeque, tu padre. Lo mismo digo de mí. No te traicionaré. Déjame ver el retrato.

Siempre entre enemigos desalmados, sin recibir nunca el menor gesto de amistad, Meriem se aferró al clavo ardiendo que le ofrecía Abdul Kamak. Quizás encontrase en el joven árabe el amigo que le hacía falta. De cualquier modo, había visto el retrato y si no era amigo tal vez se lo contara al jeque y éste se lo quitaría. Así que muy bien podía ella acceder a su petición, con la esperanza de que fuese un muchacho leal y se comportase con lealtad. Sacó la fotografía de donde la acababa de guardar y se la tendió a Abdul Kamak.

El árabe la examinó minuciosamente y fue comparando rasgo tras rasgo con cada una de las facciones de la muchacha, que permanecía sentada en el suelo, sin quitarle ojo. Abdul Kamak movió la cabeza lentamente.

—Sí —concluyó—, eres tú, ¿pero dónde la tomaron? ¿Y cómo es que la hija del jeque viste las prendas de una infiel?

—No lo sé —respondió Meriem—. No vi esa foto hasta hace un par de días, cuando la encontré en la tienda de Malbihn, el sueco.

Abdul Kamak alzó las cejas. Le dio la vuelta a la fotografía y cuando vio el recorte del viejo periódico abrió mucho los ojos. Leía francés; con dificultad, ciertamente, pero leía francés. Había estado en París. Pasó allí seis meses con una compañía de tropas del desierto, con motivo de una exhibición, y había aprovechado el tiempo aprendiendo muchas cosas acerca de las costumbres, el idioma y los vicios de sus conquistadores. Ahora aplicó una parte de los conocimientos adquiridos entonces. Lenta, laboriosamente leyó el amarillento recorte. Sus ojos ya no estaban desorbitados. Ahora eran dos pequeños resquicios astutos. Cuando hubo terminado la lectura, miró a la muchacha.

—¿Has leído esto?

—Es francés —respondió ella—, y no sé leer francés.

Abdul permaneció un buen rato allí de pie, en silencio, con la mirada fija en la chica. Era muy bonita. La deseó, como tantos hombres que la habían visto. Por último, se agachó junto a Meriem y apoyó una rodilla en el suelo.

En el cerebro de Abdul Kamak acababa de germinar una idea maravillosa. Una idea que sólo podía dar resultado si la joven ignoraba el contenido del recorte de periódico. Desde luego si ella se enteraba de ese contenido, el proyecto de Abdul Kamak se iría al traste.

—Meriem —murmuró—, hasta hoy no te habían contemplado mis ojos; sin embargo, en cuanto te vieron han dicho a mi corazón que ha de ser

tu esclavo para toda la eternidad. No me conoces, pero te pido que confíes en mí. Puedo ayudarte. Odias al jeque… y yo también. Deja que te lleve lejos de él. Ven conmigo, volveremos al gran desierto, donde mi padre es un jeque mucho más poderoso que el tuyo. ¿Vendrás conmigo?

Meriem continuó sentada en silencio. Aborrecía la idea de ofender al único que le había brindado protección y amistad, pero tampoco quería el amor de Abdul Kamak. El hombre juzgó equivocadamente el silencio de Meriem y la cogió para atraerla hacia sí. La muchacha forcejeó dispuesta a desasirse.

—Yo no te quiero —protestó—. Oh, por favor, no me obligues a odiarte. Eres el único que se ha portado amablemente conmigo y deseo apreciarte, pero no puedo quererte.

Abdul Kamak se irguió en toda su estatura.

—Aprenderás a quererme —afirmó—, porque voy a llevarte conmigo, tanto si te gusta como si no. Odias al jeque, así que no le dirás nada, pero si lo haces, yo le contaré lo del retrato. Yo odio al jeque y…

—¿Odias al jeque? —sonó la adusta voz a sus espaldas. Se volvieron para ver al jeque, de pie a unos pasos de ambos. Abdul aún tenía en la mano el retrato. Se lo guardó bajo el albornoz.

—Sí —confirmó—, odio al jeque.

Al tiempo que lo decía se precipitó sobre el anciano, lo derribó al suelo de un golpe y atravesó la aldea en dirección al punto donde tenía el caballo atado a una estaca, ensillado y listo para partir, porque Abdul Kamak se disponía a salir de caza cuando vio a aquella extraña muchacha sentada a solas entre los arbustos.

Subió a la silla de un salto y emprendió veloz carrera hacia los portones de la aldea. Momentáneamente aturdido por el golpe que le derribó contra el suelo, el jeque se puso en pie vacilante y luego ordenó a gritos a sus hombres que detuviesen al árabe fugitivo. Una docena de negros se lanzaron hacia adelante para cortar el paso al jinete y lo único que consiguieron fue verse apartados violentamente por el cañón de la espingarda que Abdul Kamak volteaba a un lado y a otro a la vez que espoleaba a su montura rumbo a la salida del poblado. Pero seguramente allí acabaría su intento de fuga. Los dos negros apostados en la entrada empezaban ya a cerrar los pesados portones. El fugitivo se echó el arma a la cara. Sueltas las riendas y al galope tendido el caballo, el hijo del desierto disparó una vez… dos veces; y los dos guardianes de la puerta

cayeron sin vida. Abdul Kamak lanzó un salvaje alarido triunfal, levantó la espingarda por encima de la cabeza, se revolvió en la silla para lanzar una carcajada desdeñosa a la cara de sus perseguidores, salió a toda velocidad de la aldea del jeque y se perdió de vista, engullido por la jungla.

Echando espumarajos de rabia por la boca, el jeque ordenó la inmediata persecución de Abdul Kamak y regresó en dos zancadas al lugar donde Meriem permanecía acurrucada, entre los arbustos, en el mismo sitio donde él la había dejado.

—¡El retrato! —rugió—. ¿De qué fotografía hablaba ese perro? ¿Dónde está? ¡Entrégamela ahora mismo!

—Se la llevó él —repuso Meriem, lúgubre.

—¿Qué era? —preguntó el jeque. Agarró a Meriem por el pelo, la levantó del suelo y la zarandeó bestialmente—. ¿De quién era ese retrato?

—Mío —dijo Meriem—. Era una fotografía de cuando yo era pequeña. Se la quité a Malbihn, el sueco… Tenía pegado en el dorso un viejo recorte de periódico.

—¿Qué decía ese recorte? —inquirió el jeque, en tono tan bajo que la muchacha apenas percibió las palabras.

—No lo sé. Estaba en francés y no sé leer francés.

El jeque pareció calmarse. Hasta estuvo a punto de sonreír. No volvió a pegar a Meriem, dio media vuelta y, antes de alejarse, advirtió a la joven que no volviera a hablar con nadie que no fuera Mabunu o él.

Mientras, Abdul Kamak galopaba por la ruta de las caravanas, hacia el norte.

Cuando su canoa quedó fuera de la vista y del alcance el arma del herido Malbihn, el honorable Morison se deslizó débilmente al fondo de la embarcación, donde permaneció largas horas, sumido en parcial estupor.

No recuperó el sentido hasta entrada la noche. Y luego siguió allí tendido, dedicado a contemplar las estrellas y a esforzarse en averiguar dónde estaba, a qué se debía aquel balanceo de la superficie donde yacía y por qué la situación de las estrellas cambiaba tan rápida y milagrosamente. Durante cierto tiempo creyó estar soñando, pero cuando quiso moverse para alejar la modorra, los ramalazos de dolor de las heridas le hicieron recordar de pronto los acontecimientos que le habían conducido a la situación en que se hallaba. Comprendió entonces que navegaba a la deriva por un río de África, corriente abajo, a bordo de una canoa indígena…, solo, extraviado y herido.

Penosamente consiguió incorporarse hasta quedar sentado. Se dio cuenta de que la herida le dolía menos de lo que había supuesto. La tanteó con los dedos… había dejado de sangrar. Posiblemente se trataría de una herida superficial y nada grave, después de todo. De haberle incapacitado totalmente, aunque sólo fuera durante unos días, eso hubiera significado la muerte, porque el hambre y el dolor le habrían debilitado ya hasta el punto de impedirle procurarse alimento por sí mismo.

De sus propias calamidades su cerebro pasó a las de Meriem. Naturalmente, creía que la muchacha estaba con Hanson cuando él trataba de llegar al campamento, pero se preguntó qué sería de ella ahora. En el caso de que el sueco muriese de las heridas que le había ocasionado, ¿sería mejor la situación de Meriem? La muchacha se encontraría en poder de individuos igualmente canallescos, de brutales salvajes de la peor ralea. Baynes enterró el rostro entre las manos y se balanceó de un lado a otro mientras el espantoso cuadro que representaba el destino de la muchacha se estampaba a fuego en su conciencia. ¡Y era él quien la arrastró a aquel destino terrible! ¡Sus inconfesables deseos habían arrancado a la inocente joven del seno protector de quienes la querían para lanzarla en las garras de aquel sueco animalesco y de sus criminales secuaces! ¡Y hasta que no fue demasiado tarde no comprendió las proporciones del delito que había planeado concienzudamente! ¡Hasta que no fue demasiado tarde no comprendió que mayor que su deseo, mayor que su lujuria, mayor que cualquier pasión que hubiera sentido hasta entonces era aquel recién nacido amor que ardía en su pecho por la muchacha a la que iba a deshonrar!

El honorable Morison no llegó a tener plena conciencia del cambio que se había producido en su interior. Se daba cuenta de que había cometido una vileza imperdonable cuando maquinó llevarse a Meriem a Londres; sin embargo, tenía la excusa de que la gran pasión que le inspiraba la muchacha había alterado sus normas morales con la intensidad del ardor de esa misma pasión. Pero, en realidad, había nacido un nuevo Baynes. La intensidad de un apetito perverso no induciría nunca más a aquel hombre a caer en el deshonor. Su fibra moral se había fortalecido con el sufrimiento mental que tuvo que soportar. El dolor y el remordimiento habían purificado su mente y su espíritu.

En lo único que pensaba ahora era en expiar su culpa: ganarse el perdón de Meriem, dedicar su vida, si fuera necesario, a proteger a la joven. Sus ojos recorrieron el interior de la canoa, en busca del remo, porque una

nueva determinación le impulsaba a actuar de inmediato, a pesar de las heridas que sufría y lo débil que estaba. Pero el remo había desaparecido. Volvió la mirada hacia la orilla. Nebulosamente, a través de la oscuridad de la noche sin luna, vislumbró la terrible negrura de la jungla; sin embargo, en su interior el miedo no produjo ningún acorde sobresaltado, como hubiese ocurrido tiempo atrás. Ni siquiera se maravilló de aquella falta de temor, porque su cerebro se dedicaba plenamente a pensar en los peligros que podía estar corriendo otra persona.

Se puso de rodillas, se inclinó por encima de la borda y empezó a remar utilizando vigorosamente como pala la palma de la mano. Aunque el cansancio y el dolor le martirizaban, continuó sin desmayo aquella tarea que se había impuesto. Poco a poco, la canoa a la deriva fue acercándose paulatinamente a la orilla. El honorable Morison oyó rugir un león enfrente de él y tan cerca que supuso que debía de encontrarse al borde del agua. Se puso el rifle junto a sí; pero continuó remando sin parar.

Al cabo de lo que al exhausto honorable Morison le pareció una eternidad notó el roce de las ramas contra la canoa y oyó los remolinos que formaban las aguas a su alrededor. Segundos después alargó la mano y agarró una rama cubierta de hojas. El león volvió a rugir… Ahora parecía estar muy cerca y Baynes se preguntó si la fiera no habría estado siguiéndole a lo largo de la orilla, a la espera de que echase pie a tierra.

Probó la resistencia de la rama a la que se había agarrado. Le pareció lo bastante fuerte como para soportar el peso de una docena de hombres. Bajó la mano, recogió el rifle del fondo de la canoa y se lo colgó al hombro por la correa. Probó de nuevo la rama y luego, agarrándola lo más alto que pudo, se izó penosa y lentamente hasta que sus pies abandonaron el fondo de la canoa. La embarcación, sin que nada la sujetase, se deslizó silenciosamente bajo el cuerpo de Baynes y se perdió para siempre entre las tenebrosas sombras que envolvían el río, corriente abajo.

El honorable Morison Baynes acababa de quemar sus naves. Debía trepar a lo alto del árbol o dejarse caer de nuevo en el río; no había más alternativas. Bregó para deslizar una pierna por encima de la rama, pero se encontraba tan débil que aquel esfuerzo parecía superior a sus posibilidades. Permaneció colgado allí unos instantes, con la sensación de que las fuerzas iban a fallarle de un momento a otro. Sabía que no le quedaba más remedio que encaramarse a aquella rama en seguida, porque, de no hacerlo así, sería demasiado tarde.

De pronto, el león rugió casi junto a su oído. Baynes alzó la mirada. Vio dos puntitos de fuego a escasa distancia de donde se encontraba, un poco por encima de él. El león se erguía en la misma orilla del río, le contemplaba con pupilas llameantes… y le esperaba. Bueno, pues que espere, se dijo el honorable Morison. Los leones no pueden subir a los árboles y si yo consigo trepar por éste, me habré puesto a salvo de él.

Los pies del joven inglés colgaban hasta casi rozar la superficie del agua, más cerca de lo que el hombre suponía porque la oscuridad era absoluta, tanto por arriba como por abajo. Oyó entonces cierta agitación en el río y algo tropezó con uno de sus pies. Casi instantáneamente oyó un ruido que no podía confundirse con ningún otro: el chasquido de unas grandes mandíbulas que se cierran de golpe.

—¡Por san Jorge! —exclamó el honorable Morison Baynes en tono bastante alto—. ¡Ese desgraciado casi me hinca el diente!

Se apresuró a redoblar sus esfuerzos para ascender hacia la relativa seguridad de la rama, pero aquel impulso final le convenció de que era inútil. La esperanza que había sobrevivido en su ánimo a pesar de todos los pesares empezaba ya a desvanecerse. Sintió que los cansados y entumecidos dedos resbalaban poco a poco de la rama… Iba a caer al río, descendía hacia las mandíbulas de aquella muerte espantosa que le aguardaba allí.

Y entonces oyó el susurro que emitieron las hojas, por encima de su cabeza, al pasar algún ser entre ellas. La rama a la que estaba aferrado se inclinó al recibir un peso adicional; y no un peso leve, a juzgar por el modo en que se combó. Pero Baynes continuó aferrado desesperadamente a ella, no iba a rendirse por propia voluntad ni a la muerte que le esperase arriba ni a la muerte que le aguardaba abajo.

Sintió algo cálido, suave y acolchado que se posó encima de los dedos de una de sus manos, en el punto donde se ceñían a la rama de la que estaba suspendido, y luego algo descendió de las negruras superiores, le sujetó y lo elevó a través de la enramada.



**…levantó la espingarda por encima de la cabeza.**

## XXIV



OLO, transitando por la selva, o a ratos acomodado en el lomo de Tantor,, Korak fue abriéndose camino sin prisas hacia el sur y el oeste. Solo avanzaba unos cuantos kilómetros diarios, porque, con toda la vida por delante, no tenía ningún lugar determinado al que ir. Posiblemente su ritmo de marcha habría sido más rápido de no acosarle continuamente la idea de que cada kilómetro que recorría le alejaba más de Meriem, que ya no era su Meriem, como lo fue en otro tiempo, pero a la que seguía queriendo con la misma intensidad de antes.

Llegó así al camino que la cuadrilla del jeque había recorrido, río abajo, desde el punto donde el árabe había capturado a Meriem hasta su propia aldea de sólida empalizada. Korak supo en seguida quiénes habían pasado por allí, porque, aunque hacía años que no llegaba tan lejos por el norte,

eran pocos los moradores de la gran jungla con los que no estuviese familiarizado. Sin embargo, no tenía ningún asunto de particular interés que tratar con el anciano jeque, de modo que no se molestó en seguirle. Pensaba que cuanto menos roce tuviera con los hombres, más satisfecho se sentiría y, a decir verdad, se podía pasar muy bien sin volver a ver rostro humano alguno. Los hombres no le procuraban más que desgracia y dolor.

El río le sugirió la posibilidad de dedicarse un rato a la pesca, así que anduvo por la orilla, cogió unos cuantos peces mediante un sistema de propia invención y se los comió crudos. Cuando llegó la noche, se acurrucó en lo alto de un árbol gigante, junto a la corriente fluvial en la que había estado pescando, y no tardó en dormirse. Le despertó Numa, cuando empezó a rugir a sus pies. Estaba a punto de protestar airadamente y ordenar al felino que callara de una vez, cuando algo llamó su atención. Aguzó el oído. ¿Habría alguien más en el árbol? Sí, oyó el ruido de alguien que desde abajo intentaba trepar. Luego percibió el chasquido de unas mandíbulas de cocodrilo que se cerraban en el agua y acto seguido, en tono bajo, pero audible, una exclamación: «¡Por san Jorge! ¡Ese desgraciado casi me hinca el diente!». Creyó haber oído antes aquella voz.

Korak bajó la mirada hacia el que había hablado. Contra la tenue claridad del agua vio recortada la figura de un hombre suspendido de una de las ramas inferiores del árbol. Rápida y silenciosamente, el muchacho mono se descolgó hacia allí. Notó una mano bajo la planta del pie. Se agachó, agarró a la persona que estaba debajo y tiró de ella hacia la enramada. El individuo se resistió débilmente y llegó a golpearle, pero Korak no le prestó más atención de la que Tantor prestaría a una hormiga. Trasladó su carga a la seguridad y la comodidad de una ancha horqueta en la parte alta de la enramada y dejó al hombre sentado, con la espalda apoyada en el tronco del árbol. Numa seguía rugiendo en el suelo, seguramente indignadísimo al ver que le habían escamoteado la presa. Korak le gritó, motejándole, en el lenguaje de los grandes monos, de:

—Vejestorio devorador de carroña… Asqueroso gato de ojos verdes… Hermano de Dango, la hiena…

Y otros escogidos epítetos propios del léxico insultante de la selva.

Al escucharle, el honorable Morison Baynes tuvo la certeza de que había caído en poder de un gorila. Tanteó en busca del revólver y estaba sacándolo a hurtadillas de la funda cuando una voz le preguntó en correcto inglés:

—¿Quién eres?

El respingo que dio Baynes estuvo en un tris de lanzarlo fuera de la rama.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Es usted un hombre?

—¿Qué creías que era? —preguntó Korak.

—Un gorila —repuso Baynes con toda sinceridad.

Korak se echó a reír.

—¿Quién eres? —repitió.

—Un inglés que atiende por el apellido de Baynes, ¿pero quién diablos eres tú? —se decidió a tutearle también el honorable Morison.

—Me llaman «el matador» —contestó Korak, traduciendo al inglés el nombre que le había asignado Akut Luego, tras una pausa que el honorable Morison dedicó a atravesar con los ojos la oscuridad para echarle una mirada a las facciones de la extraña criatura en cuyas manos había caído, Korak inquirió—: ¿Eres el mismo hombre al que vi besar a la chica en la linde de la gran llanura del este aquella vez en que os atacó el león?

—Sí —confirmó Baynes.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Secuestraron a la chica… Intento rescatarla.

—¡Secuestrada! —Fue como si disparasen la palabra como se dispara una bala—. ¿Quién la secuestró?

—Hanson, el traficante sueco —aclaró Baynes.

—¿Dónde está?

Baynes relató a Korak todo lo sucedido desde que llegó al campamento del sueco. Los primeros albores grises del amanecer empezaron a atravesar la oscuridad antes de que hubiese terminado. Korak puso al inglés lo más cómodo posible en el árbol. Le llenó la cantimplora de agua del río y le llevó una buena provisión de frutas para que se alimentase. Después se despidió de él.

—Voy al campamento del sueco —anunció—. Rescataré a la chica y te la traeré aquí.

—En tal caso, iré contigo elijo Baynes. —Es mi derecho y mi deber, ya que iba a hacerla mi esposa. Korak dio un respingo.

—Estás herido. No podrías resistir el trayecto. Y yo iré mucho más deprisa solo.

—Ve solo, pues —repuso Baynes—, pero te seguiré. Es mi derecho y mi deber…

—Como quieras —Korak se encogió de hombros.

Si aquel hombre quería que lo matasen, era asunto suyo. Él le hubiera liquidado con mucho gusto y si no lo hacía era por Meriem. Si la muchacha quería a aquel sujeto, él, Korak, lo cuidaría, pero no iba a prohibirle que le siguiera; lo único que podía hacer era advertirle que no lo hiciese, cosa que había hecho, con toda su buena voluntad.

De modo que Korak avanzó rápidamente en dirección norte, mientras despacio, cojeando y sufriendo lo suyo, cada vez más rezagado, marchaba el exhausto y herido Baynes. Korak había llegado a la orilla del río en cuya ribera opuesta estaba el campamento de Malbihn antes de que Baynes hubiese recorrido tres kilómetros. Bastante entrada la tarde, el inglés continuaba su penosa marcha, dando tumbos y deteniéndose a descansar cada dos por tres, cuando oyó el tableteo de los cascos de un caballo que se acercaba al galope por detrás de él. Instintivamente, el inglés se ocultó entre la maleza y, al cabo de un momento, pasó raudo un árabe cubierto de blanco albornoz. Baynes tuvo el buen acuerdo de no saludar al jinete. Tenía noticias de la naturaleza de los árabes que se adentraban tanto por el sur y lo que había oído le convenció de que era mucho más fácil y rápido trabar amistad con una serpiente o con una pantera que con uno de aquellos malhechores renegados de las tierras septentrionales.

Cuando Abdul Kamak se hubo perdido de vista en su galope hacia el norte, Baynes reanudó la marcha. Media hora después volvió a sorprenderle el inconfundible fragor de más caballos lanzados a galope tendido. Esa vez eran muchos. Buscó de nuevo un escondite, pero por desgracia en aquel momento atravesaba una zona descubierta y no había cerca ningún sitio apropiado para ocultarse. Emprendió un trotecillo corto… que era lo máximo que le permitía su debilitada condición física. No fue suficiente para ponerle a salvo y, antes de que pudiera llegar al extremo del claro, una cuadrilla de jinetes vestidos de blanco apareció tras él.

Al verle, empezaron a lanzar gritos en árabe, gritos que, como es lógico, Baynes no entendía, y luego le rodearon, amenazadores y furiosos. Sus preguntas le resultaban ininteligibles, lo mismo que para ellos el inglés de Baynes. Por último, evidentemente agotada su paciencia, el cabecilla de la partida ordenó a sus hombres que lo apresaran, orden que los secuaces no perdieron tiempo en cumplir. Lo desarmaron y le ordenaron que subiese a la grupa de uno de los caballos. A continuación los dos sujetos destinados

a custodiarle dieron media vuelta y regresaron hacia el sur, mientras los demás reemprendían la persecución de Abdul Kamak.

Al llegar al punto de la ribera desde el que se avistaba el campamento de Malbihn, a Korak se le presentó el problema de cómo cruzar el río. Vio hombres moviéndose entre las chozas construidas dentro de la *boina*… No cabía duda de que Hanson seguía allí. Korak ignoraba la verdadera identidad del secuestrador de Meriem.

¿Cómo iba a atravesar el río? Ni siquiera se atrevía a exponerse a los peligros que bullían en aquellas aguas: una muerte casi segura. Reflexionó unos instantes y luego giró sobre sus talones, irrumpió precipitadamente en la selva y emitió su grito peculiar, agudo y penetrante. Lo repitió varias veces mientras, de vez en cuando, se detenía a escuchar, como si esperase la respuesta a su extraña llamada. Se fue adentrando cada vez más en la espesura del bosque.

Por último, su oído obtuvo la recompensa deseada: el trompeteo de un elefante macho. Al cabo de un momento, Korak salió de la arboleda y se plantó ante Tantor, que le saludó con la trompa levantada y batiendo eufóricamente sus grandes orejas.

—¡Rápido, Tantor! —gritó «el matador», y el paquidermo lo levantó del suelo y se lo pudo encima de la cabeza—. ¡Deprisa!

El enorme animal avanzó pesadamente por la jungla, guiado por las indicaciones que los desnudos talones de Korak le daban con sus golpes.

Korak condujo a su gigantesca montura hacia el norte, hasta que llegaron al río, a un par de kilómetros por encima del campamento del sueco, en un punto donde Korak sabía que el elefante podía vadear la corriente. Sin un segundo de pausa, «el matador» ordenó a su montura meterse en el río y, alzada la trompa, Tantor emprendió con paso firme la marcha hacia la otra orilla. Un incauto cocodrilo cometió el error de atacarle, y como premio a su osadía consiguió que el elefante hundiera la trompa en el agua, cogiera al saurio por el centro de su alargado cuerpo, lo sacara al aire y lo arrojase a unos cuantos metros, corriente abajo. Y así, con la más absoluta seguridad, llegaron a la ribera opuesta, sin que a Korak, en lo alto de aquella mole viva, le mojase una sola gota de agua.

Tantor emprendió a continuación la marcha hacia el sur, con paso firme, ondulante y continuo, sin encontrar en su camino más obstáculos que los de los grandes árboles. En algunos trechos, Korak se veía obligado a abandonar la cabeza del proboscidio y desplazarse por las ramas de los

árboles, ya que éstas estaban tan bajas que rozaban el lomo del elefante. Llegaron por fin al borde de la explanada donde el renegado sueco tenía su campamento y ni siquiera entonces vacilaron o se detuvieron. La entrada estaba en el lado oriental de la *boma*, de cara al río. Tantor y Korak se aproximaron por el norte. Allí no había puerta. Pero a Tantor y a Korak les tenían completamente sin cuidado las puertas.

A una orden de Korak, Tantor levantó la delicada trompa por encima de los espinos y embistió la *boina* con el pecho, atravesándola como si no existiese. Al oír el estrépito que armó su llegada, la docena de negros sentados en cuclillas delante de sus chozas alzaron la cabeza para ver qué ocurría. Entre repentinos alaridos de sorpresa y terror, se pusieron en pie como impulsados por un resorte y corrieron hacia la salida. A Tantor le hubiera encantado perseguirlos. Odiaba al hombre y creía que Korak había ido allí para cazar a aquellos indígenas, pero «el matador» refrenó los impulsos del elefante y lo guió hacia una gran tienda de lona montada en el centro del claro: allí debían de estar la muchacha y su secuestrador.

Malbihn descansaba tendido en una hamaca, a la sombra de un toldo, delante de la tienda. Las heridas le dolían enormemente y había perdido mucha sangre. Estaba muy débil. Levantó la cabeza sorprendido al oír los gritos de sus hombres y verlos salir de estampida hacia la puerta. Y entonces, por una esquina de la tienda, apareció una mole colosal y Tantor, el gigantesco elefante, avanzó impresionante sobre él. Al asistente de Malbihn, que no apreciaba precisamente a su amo ni sentía lealtad alguna hacia él, le faltó tiempo para emprender rápida retirada en cuanto le echó el ojo a aquel monstruo monumental y Malbihn se quedó allí solo e indefenso.

El elefante se detuvo a un par de pasos de la hamaca del herido. Acobardadísimo, Malbihn emitió un gemido. Estaba demasiado débil para huir. Lo único que pudo hacer fue continuar tendido allí y mirar con ojos desorbitados por el horror las órbitas ribeteadas de rojo sangre, coléricas, del animal que lo contemplaba implacable. Malbihn se dispuso a morir.

De pronto, con gran asombro, vio un hombre que desde el lomo del paquidermo se deslizaba hasta el suelo. El sueco reconoció casi instantáneamente a aquel ser que se codeaba con los babuinos y los grandes simios, el guerrero blanco de la jungla que había liberado al rey babuino y que acaudilló a la enfurecida horda de peludos demonios que se lanzaron contra Jenssen y él. El pánico amilanó a Malbihn un poco más.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Korak, en inglés.

—¿Qué chica? —se hizo de nuevas Malbihn—. Aquí no hay ninguna chica… sólo las mujeres de mis indígenas. ¿Buscas a alguna de ellas?

—La chica blanca —replicó Korak—. No me mientas… La separaste de sus amigos con engaños. Tú la tienes. ¿Dónde está?

—No fui yo —alegó Malbihn—. El inglés me contrató para que la secuestrara. Quería llevársela consigo a Londres. Ella iba a acompañarle voluntariamente. El inglés se llama Baynes. Ve por él, si quieres saber dónde está la chica.

—Acabo de estar con él —dijo Korak—. Me ha dirigido a ti. La chica no está con él. Deja, pues, de soltar mentiras y confiesa la verdad. ¿Dónde está la chica?

Amenazador, Korak dio un paso hacia el sueco.

Al observar la cólera que contraía el rostro del «matador», Malbihn se encogió empavorecido.

—Te lo diré —chilló—. No me hagas daño y te contaré todo lo que sé. Tuve aquí a la muchacha, pero fue Baynes quien la persuadió para que abandonara a sus amigos… Le prometió que iba a casarse con ella. Él no sabe quién es esa chica, pero yo sí. Sé que hay una gran recompensa para la persona que la devuelva a su familia. Yo sólo quería esa recompensa. Pero la muchacha se escapó y cruzó el río en una de mis canoas. La seguí, pero el jeque estaba allí, Dios sabe cómo es que se encontraba en la orilla, se apoderó de la chica, me atacó y no tuve más remedio que emprender la retirada. Después llegó Baynes, hecho una furia porque había perdido a la chica, y la emprendió a tiros conmigo. Si quieres a esa chica, ve al jeque y pídesela… La ha hecho pasar por hija suya desde que era una niña.

—¿Y no es hija del jeque? —preguntó Korak.

—No lo es —respondió Malbihn.

—Entonces, ¿quién es? —quiso saber Korak.

Malbihn vislumbró allí su oportunidad. Era posible que, después de todo, pudiera sacarle partido a lo que sabía, incluso podía salvar la vida gracias a ello. Porque su confianza en el ser humano no llegaba hasta el punto de permitirle creer que aquel salvaje hombre mono dudara en matarle.

—Cuando la encuentres, te lo diré —propuso—, si prometes no matarme y compartir conmigo la recompensa. Si me matas, nunca te enterarás, porque el jeque es la única persona que lo sabe y jamás lo dirá a nadie. Incluso la propia chica ignora su origen.

—Si me has dicho la verdad, te perdonaré la vida —dijo Korak—. Iré ahora mismo a la aldea del jeque y si la chica no está allí, volveré para matarte. En cuanto al resto de la información que dices que tienes, si cuando hayamos encontrado a la chica, ella se muestra de acuerdo, encontraré el modo de comprártela.

El énfasis con que pronunció la palabra «comprártela» y el fulgor que brilló en las pupilas de Korak no fueron detalles tranquilizadores para Malbihn. Saltaba a la vista que, a menos que encontrase alguna vía de escape, aquel demonio se habría hecho dueño de su secreto y habría dispuesto de su vida antes de dar por concluida su relación. Deseó que se marchara de una vez, acompañado de aquella bestia de ojos diabólicos. La montaña móvil no dejaba de balancearse casi encima de él y los desagradables ojillos del paquidermo observaban malévolamente todos los movimientos del sueco, de modo que el nerviosismo de éste no cesaba de aumentar.

Korak entró en la tienda de Malbihn para cerciorarse de que no tenía escondida allí a Meriem. En cuanto desapareció de la vista, Tantor, sin apartar los ojos de Malbihn, dio un paso hacia el sueco. El elefante opinaba que nadie era demasiado bueno, pero no cabía duda de que, entre los seres de los que el gran proboscidio recelaba, el número uno de la lista era aquel blanco de barba rubia. Tantor alargó su trompa, ondulante como una serpiente, hacia el sueco, que se encogió sobre sí mismo un poco más.

El sensible miembro olfateó y tanteó de pies a cabeza al aterrado Malbihn. Luego, Tantor emitió un sonido sordo y ronco. Llamearon sus ojillos. Por fin había descubierto a la criatura que había matado a su compañera muchos años atrás. Tantor, el elefante, nunca olvida y jamás perdona. Malbihn vio sobre sí aquel semblante infernal y comprendió el propósito asesino de la bestia. Llamó a Korak con un alarido de pánico.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Este demonio va a matarme!

Korak salió corriendo de la tienda, con el tiempo justo para ver cómo la trompa del colérico elefante se ceñía alrededor de la víctima. Inmediatamente después, hombre, hamaca y toldo se elevaban por encima de la cabeza de Tantor. Korak se plantó de un salto delante del animal y le ordenó que volviera a dejar en el suelo a su presa, sin causarle ningún daño, pero lo mismo podía haber ordenado al río eterno que volviera del revés el curso de su corriente. Tantor giró sobre sí mismo con felina rapidez, arrojó a Malbihn al suelo y se puso de rodillas encima de él. Luego le atravesó

con los colmillos una y otra vez, mientras barritaba y rugía lleno de furor. Por último, convencido de que en aquella masa de carne aplastada y lacerada no quedaba una partícula de vida, levantó la informe arcilla sanguinolenta, aún enredada en la hamaca y el toldo, y la lanzó por encima de *boma* hacia el interior de la jungla.

Korak contempló triste e inmóvil una tragedia que le hubiera gustado evitar. No experimentaba la menor simpatía por el sueco; en realidad, más bien le odiaba; pero hubiera preferido conservar a aquel hombre con vida, aunque sólo fuera por el secreto que poseía. Ahora, ese secreto estaba perdido para siempre, so pena de que se pudiera obligar de alguna forma al jeque a divulgarlo, pero Korak no tenía mucha fe en esa posibilidad.

Tan poco temeroso de Tantor como si no acabara de ser testigo de aquel asesinato de un ser humano, Korak indicó al animal que se le acercase, lo levantara y se lo depositara sobre la cabeza. Dócil como un gatito, Tantor obedeció la orden y acomodó delicadamente al Matador encima de su lomo.

Desde la seguridad de sus escondites en la selva, los servidores de Malbihn habían presenciado la muerte de su amo y entonces, con ojos que el miedo abría desmesuradamente, vieron a aquel extraño guerrero blanco que, sobre la cabeza de su feroz cabalgadura, desaparecía en la jungla por el mismo lugar por el que había surgido poco antes bajo la empavorecida visión de los indígenas.



**…y se lo puso encima de la cabeza.**

## XXV



RAS unos ojos furibundos, el jeque miró al prisionero con el que se habían presentado los dos sicarios procedentes del norte. Envió la patrulla para que apresaran a Abdul Kamak y le ponía frenético el que, en vez de volver con su antiguo lugarteniente, regresaran con aquel inglés herido e inútil. ¿Por qué no lo liquidaron en el acto, allí donde lo encontraron? Debía de ser algún mercachifle de tres al cuarto que había salido de su territorio y se había extraviado. No le servía de nada. El jeque lo fulminó con la mirada, fruncido rabiosamente el ceño.

—¿Quién eres? —le preguntó en francés.

—El honorable Morison Baynes, de Londres —contestó el prisionero.

El título parecía prometedor y, al instante, en la mente del bandido aparecieron esperanzadoras imágenes de rescate sustancioso. Sus

intenciones, si no su actitud, respecto al prisionero, experimentaron cierto cambio: merecía una investigación minuciosa.

—¿Qué diablos hacías husmeando en mi tierra? —rezongó.

—No sabía que fueras el dueño de África —replicó el honorable Morison—. Buscaba a una joven a la que han secuestrado de la casa de un amigo mío. El secuestrador me hirió y descendí por el río en una canoa. Volvía al campamento del secuestrador cuando tus hombres me capturaron.

—¿Una joven? —se interesó el jeque—. ¿No será aquélla?

Señaló hacia un puñado de arbustos que crecían a la izquierda de allí, junto a la empalizada.

Baynes miró en la dirección que señalaba y puso unos ojos como platos, porque, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas al estilo árabe y de espaldas a ellos, estaba Meriem.

—¡Meriem! —gritó, al tiempo que se disponía a ir hacia la muchacha. Uno de los guardianes le agarró del brazo, tiró de él y le obligó a retroceder.

Al oír su nombre, Meriem se puso en pie de un salto y volvió la cabeza.

—¡Morison! —exclamó.

—Tranquila, quédate donde estás —le ordenó el jeque. Luego se dirigió a Baynes—: Así que eres el perro cristiano que me robó a mi hija, ¿eh?

—¿Tu hija? —repitió Baynes—. ¿Es tu hija?

—Es mi hija —confirmó el árabe—, y no la he criado para ningún infiel. Te has ganado la muerte, inglés, pero si puedes pagar por tu vida, te la perdonaré.

Baynes aún tenía los ojos desorbitados por la sorpresa que le había producido encontrar a Meriem allí, en el campamento del árabe, cuando él la creía en poder de Hanson. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo logró escapar la muchacha de las garras del sueco? ¿Se la había arrebatado el árabe a Malbihn por la fuerza? ¿O regresó la muchacha voluntariamente para ponerse bajo la protección del hombre que la llamaba «hija»? Baynes hubiera dado cualquier cosa por intercambiar unas palabras con la joven. Si se encontraba allí a salvo quizás él no consiguiera más que perjudicarla, al ganarse la enemistad del árabe en caso de tratar de liberarla y devolvérsela a los amigos ingleses que la albergaban. El honorable Morison había abandonado ya toda intención de llevar a la muchacha consigo a Londres.

—¿Y bien? —preguntó el jeque.

—¡Ah! —exclamó Baynes—. Te ruego que me perdones… Estaba

pensando en otra cosa. Pues, sí, naturalmente, me alegrará pagar a cambio de mi vida, desde luego. ¿Cuánto crees que valgo?

El jeque citó una cantidad que resultaba bastante menos exorbitante de lo que el honorable Morison había previsto. El inglés asintió con la cabeza, dando así su conformidad al precio que debía pagar. Hubiera prometido una suma infinitamente mayor de lo que le permitía su peculio, ya que en realidad no tenía intención de abonar un céntimo… Su única razón para plegarse aparentemente a las exigencias del jeque era la de que, mientras tuviera la excusa de que había que esperar la llegada del dinero del rescate, dispondría de tiempo y acaso mientras tanto se presentaría una ocasión favorable para liberar a Meriem, si descubría que Meriem deseaba que la liberasen. Al afirmar el árabe que era el padre de Meriem, en el cerebro del honorable Morison Baynes nacieron, como es lógico, ciertas dudas acerca de cuál sería la postura de la muchacha respecto a la posibilidad de huir de la aldea. Naturalmente, parecía absurdo que aquella preciosa jovencita prefiriese quedarse en el sucio *aduar* de un viejo árabe analfabeto en vez de regresar a las comodidades, lujos y agradable compañía que se le brindaba en la hospitalaria casa de campo africana de la que el honorable Morison la había sacado con engaños. Cuando pasaron por su cabeza tales pensamientos, el hombre se sonrojó al recordar su doblez… El jeque interrumpió sus pensamientos al ordenarle que escribiese una carta al cónsul británico en Argel. Le dictó dicha carta con tal precisa fraseología y con tal soltura que el cautivo no pudo por menos que darse cuenta de que no era la primera vez que aquel canalla había negociado con autoridades o familiares ingleses el rescate de algún pariente secuestrado. Al ver que la carta se dirigía al cónsul en Argel, Baynes empezó a poner inconvenientes y alegó, de entrada, que transcurriría cerca de un año antes de que llegara el dinero, pero el jeque no hizo el menor caso a la propuesta de Baynes, que sugirió enviar directamente un mensajero a la ciudad costera más próxima, desde donde podría comunicarse con la oficina de telégrafos que se encontrase más a mano, en la que se transmitiría un cablegrama al procurador del honorable Morison Baynes, cablegrama en el que se pediría la remisión inmediata de fondos a dicho honorable Morison Baynes. No, el jeque era cauto y astuto. Su plan había funcionado de maravilla en diversas ocasiones anteriores. En el del inglés intervenían demasiados elementos desconocidos y que no le inspiraban confianza. No tenía ninguna prisa por recibir el dinero. Podía esperar un año. O dos, si era menester. Pero la

operación no requeriría más de seis meses. Se volvió hacia uno de los árabes situados detrás de él y le dio instrucciones en relación con el prisionero.

Baynes no entendió las palabras, pronunciadas en árabe, pero como el pulgar del jeque le señaló varias veces comprendió que el tema de conversación era su persona. El árabe al que se había dirigido el jeque se inclinó ante su señor e hizo una seña a Baynes para que le siguiera. El inglés miró al jeque, buscando su visto bueno. El jeque asintió con gesto impaciente y el honorable Morison se levantó y siguió a su guía hasta una choza indígena situada junto a una de las tiendas de piel de cabra montadas afuera. El guía lo dejó en el oscuro y sofocante interior de la choza y luego se llegó al umbral y llamó a un par de indígenas que estaban sentados delante de sus bohíos. Los negros se apresuraron a acercarse y, obedeciendo las instrucciones del árabe, ataron concienzudamente de pies y manos a Baynes. El inglés protestó con todas sus energías, pero como ni los negros ni el árabe entendían una palabras de sus argumentos, éstos cayeron en saco roto. Una vez lo hubieron atado, negros y árabe abandonaron la choza. El honorable Morison Baynes permaneció largo rato reflexionando acerca del espantoso porvenir que le esperaba durante los largos meses que tendrían que transcurrir antes de que sus amigos tuvieran noticia del apuro en que estaba metido y acudieran en su ayuda. Ahora deseaba que enviasen el rescate, estaba ya dispuesto a pagar lo que fuera necesario con tal de salir de aquel agujero. Al principio, su intención consistía en enviar un telegrama a su procurador, diciéndole que no enviase un penique, sino que se pusiera en contacto con las autoridades del África británica occidental y que éstas destacasen una expedición que acudiera a rescatarle.

Arrugó disgustado su aristocrática nariz cuando la hediondez que reinaba en aquella choza lanzó su primera oleada de fétidos ataques contra sus exquisitas fosas nasales. Las repugnantes hierbas sobre las que le habían dejado exudaban efluvios de cuerpos sudorosos, de basura y de sustancias animales putrefactas. Pero lo peor estaba por llegar. Llevaba unos minutos en la misma postura en que le echaron cuando empezó a tener clara conciencia del agudo picor que empezaba a sentir en las manos, el cuello y el cuero cabelludo. Horrorizado y disgustado, retorció el cuerpo hasta sentarse. La comezón se extendió rápidamente a las demás partes de su cuerpo… Era una tortura insoportable, ¡y tenía las manos atadas a la espalda!

Forcejeó, tensó y tiró de las ligaduras hasta el agotamiento; pero sus esfuerzos le permitieron alimentar cierta esperanza, porque estaba seguro de haber conseguido aflojar uno de los nudos, lo que, a medio o a largo plazo le permitiría liberar una mano. Cayó la noche. No le llevaron nada de comer ni de beber. Se preguntó si esperaban que viviese un año alimentándose del aire. Las picaduras de los parásitos le fueron resultando menos molestas, aunque no menos numerosas. El honorable Morison Baynes vio un rayo de esperanza en la indicación de inmunidad futura a través de las inoculaciones. Seguía trabajándose las ligaduras, aunque débilmente, cuando aparecieron las ratas. Si los insectos eran fastidiosos, las ratas eran aterradoras. Correteaban por encima de su cuerpo, chillaban y se peleaban. Por último, una empezó a mordisquearle una oreja. El honorable Morison Baynes soltó un taco y se incorporó hasta quedar sentado. Las ratas se retiraron. El inglés pasó las piernas por debajo del cuerpo y se puso de rodillas. Luego, mediante un esfuerzo sobrehumano, se puso en pie. Y así permaneció, tambaleándose como un borracho, mientras gotas de frío sudor se desprendían de su piel.

—¡Dios santo! —gimió—. ¿Qué he hecho yo para merecer esto…?

Volvió a guardar silencio. ¿Qué había hecho? Pensó en la muchacha que se encontraría en una tienda de aquella maldita aldea. Él estaba recibiendo lo que merecía. Al comprenderlo así, apretó los dientes. ¡No volvería a quejarse! En aquel momento oyó unas voces coléricas que sonaban en la tienda de pieles de cabra situada junto a la choza que ocupaba él. Una de tales voces era femenina. ¿Sería de Meriem? El lenguaje probablemente fuera árabe…, no entendía una palabra, pero el timbre de voz era el de Meriem.

Trató de idear algún modo de atraer la atención de la chica, de indicarle lo cerca que estaban uno de otro. Si ella le desatara, podrían huir juntos… en caso de que ella quisiera escapar. La idea le inquietó. No estaba seguro de la posición de la muchacha en la aldea. Si era la niña mimada del poderoso jeque, probablemente no tendría interés alguno en escapar de allí. El noble inglés necesitaba saberlo de una manera clara y definitiva.

En la casa de Bwana había oído a Meriem cantar *Dios salve al rey*, acompañada al piano por Querida. Alzó la voz y tarareó la pieza. Al instante le llegó la voz de Meriem desde la tienda. Hablaba con rapidez.

—¡Adiós, Morison! —gritó—. Si Dios es misericordioso, habré muerto antes de que amanezca, porque si después de esta noche aún continúo con

vida, estaré peor que muerta.

El honorable Morison Baynes oyó después la exclamación de una voz masculina, seguida por los ruidos de una refriega. Baynes palideció de horror. Bregó frenéticamente con sus ligaduras. Empezaban a ceder. Un momento después tenía libre una mano. Unos instantes más de esfuerzos y se soltó la otra. Se agachó y desató los nudos de la cuerda que ligaba sus tobillos. Se irguió y echó a andar hacia la puerta de la choza, dispuesto a llegar junto a Meriem como fuera. Cuando salió a la noche exterior, la figura de un negro gigantesco se levantó y le cerró el paso.

Cuando se requería velocidad, Korak sólo podía contar con la que desarrollasen sus propios músculos, de modo que en cuanto Tantor lo depositó en la orilla del río donde se hallaba la aldea del jeque, «el matador» abandonó a su voluminoso compañero y emprendió a través de los árboles su rauda carrera hacia el sur y el lugar donde el sueco le había dicho que podía encontrarse Meriem. Había oscurecido cuando llegó a la empalizada, considerablemente fortificada desde el día en que rescató a Meriem de la infeliz existencia que llevaba dentro del recinto de aquel poblado. El árbol gigante ya no tendía sus ramas por encima de la muralla de madera, pero las defensas corrientes que disponían los hombres no eran obstáculos de consideración para Korak. Cogió la cuerda que llevaba colgada del cinto y arrojó el lazo hacia uno de los postes aguzados que constituían la estacada. Instantes después, su vista pasaba por encima del borde de la barrera y oteaban el interior del recinto. Al no divisar a nadie por allí, Korak franqueó la empalizada y se dejó caer en la parte interior del perímetro.

Inició un cauteloso reconocimiento de la aldea. Se llegó primero a las tiendas de los árabes, que olfateó y escuchó con atención. Se deslizó por detrás de ellas, en busca de alguna señal de Meriem. Ni siquiera los perros asilvestrados de los árabes detectaron su paso… tan silenciosamente se movía: una sombra más entre las sombras. El olor a tabaco le indicó que los árabes estaban fumando delante de sus tiendas. A sus oídos llegaron risas y luego, desde el otro lado de la aldea, las notas de un himno que en otro tiempo le era familiar: *Dios salve al rey*. Korak se detuvo, perplejo. ¿Quién podía ser…? Se trataba de una voz de hombre. Recordó al joven inglés que dejara junto al camino del río y que había desaparecido cuando él regresó. Al cabo de unos segundos sonó una voz femenina, que sin duda le contestaba… Era la voz de Meriem. «El matador» entró rápidamente en

acción y avanzó raudo hacia el lugar de donde llegaban las dos voces.

Acabada la cena, Meriem se retiró a descansar en su camastro de la parte de la tienda del jeque destinada a las mujeres, un rincón en la parte posterior separado del resto del espacio de la vivienda de piel de cabra por el tabique de un par de tapices persas de valor incalculable. Aquel departamento lo compartía exclusivamente con Mabunu, porque el jeque no tenía esposas. Al cabo de tantos años como había estado ausente, aquello seguía inalterable, sin un cambio. Meriem y Mabunu eran las únicas ocupantes del aposento femenino.

Entró el jeque en la tienda y separó los tapices. Miró airadamente hacia el interior, tratando de perforar la penumbra con los ojos.

—¡Meriem! —llamó—. ¡Ven aquí!

La muchacha se levantó y fue a la parte delantera de la tienda. Una fogata inundaba el interior. Meriem vio a Alí ben Kadin, el hermanastro del jeque, que fumaba sentado encima de una alfombra. El jeque estaba de pie. El jeque y Alí ben Kadin eran hijos del mismo padre, pero la madre de Alí ben Kadin había sido una esclava, una negra de la costa occidental. Alí ben Kadin era viejo, feo como un demonio y casi negro. Tenía la nariz y parte de una mejilla roídas por la lepra. Alzó la cabeza y sonrió al ver llegar a Meriem.

El jeque agitó el pulgar en dirección a Alí ben Kadin y se dirigió a Meriem al decir:

—Me estoy haciendo viejo. No viviré mucho tiempo más. Por lo tanto, te he regalado a Alí ben Kadin, mi hermano,.

Eso fue todo. Alí ben Kadin se levantó y anduvo hacia la muchacha. Meriem retrocedió, horrorizada. El hombre la cogió por las muñecas.

—¡Vamos! —ordenó, y arrastró a la joven fuera de la tienda del jeque, para llevársela a la suya.

Una vez salieron, el viejo jeque rió entre dientes.

—Cuando la mande al norte, dentro de unos meses —monologó—, sabrán cuál es la recompensa que se obtiene por matar a la hermana de Amor ben Khatur.

En la tienda de Alí ben Kadin, Meriem suplicaba y amenazaba, pero inútilmente. El espantoso mestizo empleó palabras suaves al principio, pero cuando Meriem volcó sobre él los frascos de su horror y aborrecimiento, el hombre montó en cólera y se precipitó sobre ella para abrazarla. Meriem logró zafarse dos veces y en el intervalo de una de las ocasiones en que

logró esquivarlo oyó la voz de Baynes tarareando la pieza que la muchacha sabía que entonaba para que ella la captara. Cuando la muchacha contestó, Alí ben Kadin se abalanzó de nuevo sobre ella. En esa ocasión la sujetó y arrastró hacia el fondo del departamento posterior de su tienda, donde tres mujeres negras levantaron la vista y contemplaron con estólida indiferencia la tragedia que se representaba ante sus ojos.

Al ver la inmensa humanidad del negro que trataba de cortarle el paso, la decepción y la rabia inundaron el ánimo del honorable Morison Baynes y lo transformaron en una fiera salvaje. Soltó un juramento irreverente y embistió al individuo que se erguía ante él con tan impetuosa violencia que el negro no aguantó el impacto y fue a dar con sus huesos en el suelo. Allí entablaron una lucha brutal y, mientras el negro trataba de sacar su cuchillo, el blanco se esforzaba en estrangular a su adversario.

Los dedos de Baynes sofocaron el grito que el indígena hubiera querido lanzar al aire pidiendo ayuda. Pero el negro consiguió sacar su cuchillo y un instante después Baynes sintió en el hombro el filo del acero. El arma se abatió una y otra vez. Baynes retiró una mano de la garganta del negro. Buscó a tientas por el suelo algún objeto que pudiera utilizar como arma hasta que, finalmente, su mano tropezó con una piedra. La cogió automáticamente, la levantó por encima de su enemigo y luego asestó con ella un golpe tremendo en la cabeza del negro. Instantáneamente, el indígena flaqueó, aturdido. El honorable Baynes repitió el golpe dos veces más. Luego se puso en pie de un salto y corrió hacia la tienda de piel de cabra de la que había salido la voz angustiada de Meriem.

Pero antes que él irrumpió en la tienda otra persona. Cubierto únicamente por el taparrabos y la piel de leopardo, Korak, «el matador», se había deslizado entre las sombras de la parte posterior de la tienda de All ben Kadin. El mestizo acababa de llevar a rastras a Meriem hasta la cámara del fondo en el momento en que el afilado cuchillo de Korak abría una hendidura de dos metros en la pared de la tienda. Y Korak, alto y formidable, irrumpía a través de la grieta ante los atónitos ojos de los que estaban en el interior.

Meriem le vio y le reconoció en el mismo instante en que entró en el departamento. El corazón le saltó en el pecho, de puro orgullo y alegría, a la vista de la noble figura por la que tanto tiempo llevaba suspirando.

—¡Korak! —exclamó la joven.

—¡Meriem!

Pronunció Korak esa única palabra al tiempo que se precipitaba sobre el estupefacto Alí ben Kadin. Las tres negras abandonaron sus camastros y prorrumpieron en un coro de chillidos. Meriem trató de impedir que escaparan, pero antes de que pudiera lograrlo las aterradas mujeres indígenas salieron por la hendidura que había practicado el cuchillo de Korak en la pared de la tienda y corrieron desaladas y escandalosas por la aldea.

Los dedos del «matador» se cerraron sobre la garganta del repulsivo Alí. El cuchillo se hundió una vez en el pútrido corazón del árabe… y Alí ben Kadin cayó sin vida sobre el piso de su tienda. Korak se volvió hacia Meriem y en aquel preciso instante saltó dentro del departamento una aparición desgreñada y cubierta de sangre.

—¡Morison! —reconoció la muchacha.

Korak volvió la cabeza para mirar al recién llegado. Había estado a punto de tomar a Meriem en sus brazos, olvidado de cuanto había sucedido desde que la viera por última vez. Pero la irrupción del joven inglés llevó a su memoria la escena de la que había sido testigo en el claro y una oleada de pesadumbre se abatió sobre el ánimo del «matador».

Del exterior llegaban ya los gritos de una alarma que las mujeres negras habían iniciado. Los guerreros corrían hacia la tienda de Alí ben Kadin. No había tiempo que perder.

—¡Rápido! —exclamó Korak, mientras se volvía hacia Baynes, el cual no había comprendido aún si tenía delante a un amigo o a un enemigo—. Llévatela a la empalizada, deslizándoos por detrás de las tiendas. Aquí tienes mi cuerda. Con ella podréis escalar la muralla y escapar.

—¿Y tú, Korak? —preguntó Meriem.

—Yo me quedo —respondió el hombre mono—. He de saldar una cuenta que tengo pendiente con el jeque.

Meriem hubiera protestado, pero «el matador» los cogió a ambos y los empujó a través de la grieta de la pared, hacia las sombras de fuera.

—¡Ha sonado la hora de correr! —exhortó.

Y dio media vuelta para plantar cara al raudal de individuos que entraban por la parte frontal de la tienda.

Korak combatió esforzadamente, luchó como nunca había luchado hasta entonces, pero la inferioridad numérica en que se encontraba era excesiva. Pero consiguió lo que más deseaba: tiempo para que el inglés pudiese escapar con Meriem. Después se vio dominado por la multitud de

enemigos y, al cabo de unos minutos, atado y estrechamente vigilado, lo conducían a la tienda del jeque.

El anciano le contempló en silencio durante largo rato. Trataba de imaginar algún suplicio que colmara sus ansias de venganza, su odio y su cólera hacia aquella criatura que por dos veces le había arrebatado la posesión de Meriem. La muerte de Alí ben Kadin no le irritaba gran cosa; siempre había detestado a aquel espantoso hijo de la esclava de su padre. El golpe que aquel guerrero blanco le había propinado una vez añadía más leña al fuego de la indignación del jeque. No lograba imaginar ningún tormento a la altura del agravio que aquel individuo le infligió.

Y mientras estaba allí, con la meditativa mirada sobre Korak, rompió el silencio el trompeteo de un elefante que estaba en la jungla, al otro lado de la empalizada. Una semisonrisa aleteó en los labios de Korak. Volvió ligeramente la cabeza en dirección al punto de donde llegaba el barrito y sus cuerdas vocales produjeron una llamada singular, en tono más bien bajo. Uno de los guardianes le aplicó un varapalo en la boca con el astil del venablo, pero nadie sabía lo que significaba aquel grito.

En la jungla, Tantor puso en guardia las orejas cuando a su oído llegó el sonido de la voz de Korak. Se acercó a la empalizada, pasó la trompa por encima de las aguzadas estacas y olfateó. Luego apoyó la frente en los troncos y empujó, pero la estacada era sólida y apenas cedió al empuje del elefante.

En la tienda del jeque, éste se puso en pie, señaló con el índice al maniatado cautivo y ordenó a uno de sus lugartenientes:

—¡Quemadlo! ¡Inmediatamente! El poste está dispuesto.

A empujones, la guardia se llevó a Korak fuera de la presencia del jeque. Lo trasladaron a la pequeña explanada abierta en el centro de la aldea, donde había un alto poste clavado en el suelo. La finalidad de aquella estaca no era la de quemar a nadie, sino que se utilizaba para atar a ella a los esclavos desobedientes y azotarlos a conciencia… a veces hasta que la muerte aliviaba sus sufrimientos.

Ataron a Korak a aquel poste. Llevaron leña seca y la fueron amontonando a su alrededor. Se acercó el jeque, dispuesto a disfrutar del espectáculo que iba a brindarle el martirio agónico de su víctima. Pero Korak ni siquiera parpadeó cuando vio la antorcha que prendía la leña seca y las llamas empezaron a crepitar.

Al instante, alzó la voz para emitir la misma llamada que ya había

lanzado al aire en la tienda del jeque. Del otro lado de la empalizada llegó de nuevo el barrito de un elefante.

El viejo Tantor había vuelto a empujar infructuosamente la muralla de troncos. Al sonido de la voz de Korak que le llamaba se sumó el olor del hombre, su enemigo, que le llenó de furia y resentimiento contra aquella estúpida barrera que se oponía a su avance. Dio media vuelta, se alejó unos pasos, se encaró de nuevo con la empalizada, alzó la trompa, emitió un rugiente barrito furioso, bajó la cabeza y desencadenó su ataque como un inmenso ariete de carne, hueso y músculos, directamente contra la sólida muralla de madera.

La estacada cedió, varios troncos saltaron hechos astillas a consecuencia del impacto y el enfurecido elefante macho pasó a través de la brecha que acababa de abrir. Korak oyó los mismos sonidos que los demás, pero supo interpretarlos adecuadamente, mientras que los demás no. Las llamas se acercaban a lamer su cuerpo cuando uno de los indígenas, al oír un ruido a su espalda, volvió la cabeza y se encontró con la inmensa mole de Tantor que avanzaba pesadamente hacia él. El hombre soltó un chillido y salió corriendo, en tanto el elefante irrumpía entre los habitantes de la aldea, empezaba a lanzar negros y árabes a derecha e izquierda y se aventuraba a través de las temidas llamas para llegar junto a su querido compañero.

A voz en cuello, el jeque procedió a impartir órdenes a sus secuaces, al tiempo que se dirigía apresuradamente a su tienda en busca del rifle. Tantor rodeó con su trompa el cuerpo de Korak, incluido el poste al que estaba atado, y arrancó éste del suelo. Las llamas empezaban ya a requemar su sensible piel —sensible a pesar de su grosor— y en su frenético deseo de rescatar a su amigo y escapar del odiado fuego, Tantor estuvo a punto de comprimir excesivamente el cuerpo de Korak y arrancarle la vida.

El gigantesco paquidermo levantó la carga por encima de su cabeza, giró en redondo y corrió en dirección a la brecha que poco antes había abierto en la empalizada. Con el rifle en la mano, salió el jeque de su tienda y se plantó en mitad del camino que recorría el enloquecido Tantor. El árabe se echó el rifle a la cara y disparó, pero falló el tiro y, un segundo después, tuvo a Tantor sobre él y las gigantescas patas del elefante le pasaron por encima, aplastándole contra el suelo como cualquiera de nosotros habría aplastado a una hormiga que hubiese tenido la desdicha de quedar bajo nuestra planta.

A continuación, trasladando su preciada carga con todo el cuidado del mundo, Tantor, el elefante, se adentró en las tinieblas de la jungla.



**…un golpe tremendo en la cabeza.**

## XXVI



ERIEM, aún aturdida por la inesperada aparición de Korak, al que creía muerto mucho tiempo atrás, Meriem se dejó conducir por Baynes al exterior. El inglés la guió entre las tiendas hasta la salvación que ofrecía la empalizada, donde, de acuerdo con las instrucciones de Korak, el honorable Morison arrojó la cuerda y ciñó el lazo en torno a una de las estacas que formaban la barrera. Aunque con dificultades, consiguió trepar hasta encaramarse en la parte superior, desde donde se inclinó para dar la mano a Meriem y ayudarla a subir.

—¡Venga! —apremió susurrando—. Hemos de darnos prisa.

Y entonces, como si despertase de un sueño, Meriem recuperó el sentido de la realidad. Allá detrás, haciendo frente a sus enemigos, estaba Korak, su Korak. Su sitio estaba junto a él, luchando con él y por él. Alzó la mirada hacia Baynes.

—¡Ve tú! —respondió—. Vuelve a casa de Bwana y trae ayuda. Mi sitio está aquí. Si te quedases, no ganaríamos gran cosa. Márchate ahora que puedes y regresa luego con Bwana.

En silencio, Morison se deslizó hasta el suelo, en el interior de la empalizada, al lado de la muchacha.

—Dejé a Korak solamente para ayudarte a ti —dijo, e indicó con un movimiento de cabeza la tienda que acababan de abandonar—. Sabía que ese hombre podía contenerlos durante más tiempo que yo y eso te proporcionaría unas posibilidades de huida que yo soy incapaz de darte. Pero el que debía quedarse ahí era yo. Te he oído llamarle Korak y ya sé quién es. Él te ayudó y, en cambio, yo quise aprovecharme de ti. No…, no me interrumpas. Ahora voy a confesarte la verdad para que comprendas la clase de sinvergüenza que he sido. Me proponía llevarte a Londres, como sabes, pero no tenía intención de casarme contigo. Sí, apártate de mí… Lo merezco. Merezco tu desprecio y tu aborrecimiento, pero entonces ignoraba lo que es el amor. Desde que lo sé, he aprendido también otras cosas… Por ejemplo, lo canalla y lo cobarde que he sido toda mi vida. Siempre miré por encima del hombro a cuantos consideraba socialmente inferiores. No creía que fueses lo bastante buena como para llevar mi apellido. Desde que Hanson me la jugó y te llevó consigo, he vivido un infierno. Pero, me he hecho un hombre, aunque sea demasiado tarde. Ahora puedo presentarme ante ti y ofrecerte mi cariño sincero, un cariño que comprende perfectamente el honor que representa el que compartas conmigo mi apellido.

Meriem permaneció en silencio unos minutos, hundida en sus pensamientos. Su primera pregunta pareció improcedente.

—¿Cómo llegaste a esta aldea?

Baynes le contó todo lo que había ocurrido desde que el negro le informó de la traición de Hanson.

—Dices que eres un cobarde —articuló Meriem— y, sin embargo, hiciste todo eso por mí. El valor que debes de haber tenido para confesarme todas las cosas que acabo de oír, aunque sea un valor de otra clase, demuestra que no eres ningún cobarde moral, mientras que el otro valor demuestra que tampoco eres ningún cobarde físico. Yo no podría querer a un cobarde.

—¿Pretendes decir que me quieres? —jadeó Baynes, atónito.

Dio un paso hacia la muchacha como si se dispusiera a abrazarla, pero

ella apoyó las manos en el pecho del inglés y le empujó ligeramente hacia atrás, como si dijera: «¡Todavía no!». En realidad, Meriem a duras penas sabía qué significaban exactamente sus propias palabras. Creía estar enamorada del joven inglés, de eso no cabía duda. Por otro lado, también creía que ese amor no representaba deslealtad alguna hacia Korak, porque el cariño que sentía hacia éste no quedaba disminuido lo más mínimo: era el cariño de una hermana hacia un hermano condescendiente y benévolo. Mientras conversaban allí, el tumultuoso alboroto de la aldea fue calmándose.

—Le han matado —susurró Meriem.

Aquellas palabras recordaron a Baynes el motivo de su regreso.

—Aguarda aquí —dijo—. Iré a ver qué ocurre. Si está muerto, ya no le serviremos de nada. Si vive, haré cuanto me sea posible para liberarlo.

—Iremos juntos —replicó Meriem—. ¡Vamos!

Encabezó la marcha hacia la tienda en la que había visto a Korak por última vez. Durante el trayecto tuvieron que echar cuerpo a tierra, en más de una ocasión, entre las sombras de alguna choza o de alguna tienda, porque los indígenas iban presurosos de un lado a otro y la aldea en pleno parecía estar en agitada ebullición. La vuelta a la tienda de Alí ben Kadin les llevó mucho más tiempo que el que emplearon en llegar desde ella hasta la empalizada. Se desplazaron cautelosamente hasta la hendidura que había abierto el cuchillo de Korak en la pared posterior. Meriem echó un vistazo al interior: el departamento trasero estaba vacío. Se deslizó por la abertura, con Baynes pisándole los talones, y cruzó hasta los tapices que dividían la tienda en dos estancias. Meriem separó las telas y escrutó la habitación frontal. Tampoco allí había nadie. Se dirigió a la puerta de entrada y miró la calle. Se le escapó un leve suspiro de horror. Baynes, que iba tras ella, miró por encima del hombro de Meriem y también se quedó boquiabierto, pero su exclamación fue un juramento impregnado de cólera.

Vio a Korak a unos treinta metros de distancia, atado a un poste… Ardía ya la leña amontonada a su alrededor. El inglés apartó a Meriem y se dispuso a echar a correr hacia la sentenciada víctima del fuego. No se detuvo a considerar qué podría hacer frente a varias veintenas de negros y árabes hostiles. En aquel preciso momento, Tantor abría brecha en la empalizada y se precipitaba sobre los grupos de habitantes de la aldea. Ante aquella monumental bestia endemoniada, la multitud giró en redondo y emprendió veloz huida, arrastrando a Baynes con ellos. En unos instantes

todo hubo terminado y el elefante había desaparecido con su presa, pero en el poblado reinaba un pandemónium demencial. Hombres, mujeres y niños corrían a la desbandada, en busca de salvación. Los perros huían sin ahorrar ululantes gañidos. Caballos, burros y camellos, aterrados por los barritos del paquidermo, lanzaban coces y tiraban desesperadamente de las sogas que los sujetaban. Más de una docena de ellos lograron soltarse y emprendieron la fuga al galope. Al pasar por delante de Baynes, al inglés se le ocurrió una idea. Dio media vuelta para ir en busca de Meriem y se la encontró a su lado.

—¡Los caballos! —exclamó—. ¡Si logramos coger un par de ellos, estamos salvados!

Meriem captó al instante la idea y condujo a Baynes al extremo del poblado donde estaban las caballerías.

—Suelta un par de caballos —dijo— y llévalos a las sombras de detrás de esas chozas. Sé dónde están las sillas. Las traeré, con las bridas.

Desapareció antes de que Baynes pudiese detenerla.

El inglés desató en un periquete dos de aquellos inquietos caballos y los condujo al punto que Meriem le había indicado. Consumido por la impaciencia, aguardó allí lo que le pareció una hora larga, pero que en realidad sólo fueron unos minutos. Luego vio a la muchacha, que se acercaba cargada con dos sillas de montar. Las colocaron rápidamente sobre el lomo de las caballerías. Al resplandor de la hoguera del suplicio observaron que los indígenas y los árabes empezaban a recuperarse del pánico. Los hombres corrían por el recinto, recogiendo a los animales que se habían soltado y dos o tres indígenas llevaban las cabezas capturadas hacia el extremo de la aldea donde Meriem y Baynes se afanaban ensillando sus corceles.

La muchacha subió de pronto a la cabalgadura.

—¡Rápido! —susurró—. Hemos de salir disparados. Pasaremos por la brecha que abrió Tantor.

Cuando vio que Morison Baynes había subido también a la silla, arreó a su montura, espoleándola con los talones y fustigándola en el cuello con las riendas. El nervioso animal dio un tremendo salto hacia adelante. El camino más corto hacia el boquete de la empalizada pasaba por el centro de la aldea. Fue el que tomó Meriem. Baynes la siguió, ambos lanzados a galope tendido.

Tan súbita e impetuosa fue su salida que habían cubierto ya la mitad del

trayecto y estaban en mitad del poblado antes de que los estupefactos habitantes tuvieran idea de lo que estaba pasando. Entonces los reconoció un árabe, que dio un grito de alarma, levantó el rifle e hizo fuego. Aquel primer disparo fue la señal que desencadenó una andanada y entre el fragor de las descargas de fusilería, Meriem y Baynes, a lomos de sus raudas cabalgaduras atravesaron el boquete que había abierto Tantor y se perdieron por el camino del norte.

¿Y Korak?

Tantor se adentró con él en la selva y no se detuvo hasta que a sus agudos oídos no llegaba ningún rumor procedente de la lejana aldea. Con cuidado, dejó entonces su carga en el suelo. Korak forcejeó para liberarse de las ataduras, pero ni siquiera su enorme fuerza pudo con las numerosas vueltas de soga y los apretados nudos que le ligaban. Mientras seguía tendido en el suelo, alternando los esfuerzos con los intervalos de descanso, el elefante montaba guardia sobre él. Y, desde luego, no existía enemigo alguno de la selva que osara exponerse a una muerte súbita desafiando las iras de aquel monstruo impresionante y poderoso.

Amaneció… Y Korak no se había acercado a la libertad ni un simple centímetro. Empezó a creer que moriría allí de hambre y sed, con toda la prodigalidad de frutas que tenía a su alrededor, sólo porque Tantor era incapaz de desatar las ligaduras que le inmovilizaban.

Y mientras él se pasó la noche bregando con los nudos, Baynes y Meriem cabalgaron a toda velocidad hacia el norte, siguiendo la orilla del río. La muchacha había asegurado a Baynes que, con Tantor, Korak estaría a salvo en la jungla. A Meriem no se le ocurrió que «el matador» no pudiese romper sus ataduras. Un disparo de rifle de uno de los árabes había herido a Baynes y Meriem se proponía llevar al inglés a casa de Bwana, donde le atenderían adecuadamente.

—Luego —dijo la muchacha—, pediré a Bwana que me acompañe y volveremos en busca de Korak. Ha de venirse a vivir a con nosotros.

Galoparon durante toda la noche y poco después de que naciera el nuevo día se encontraron de pronto con una patrulla que marchaba hacia el sur. La constituían el propio Bwana y un grupo de sus guerreros de lustrosa piel negra. Al ver a Baynes, las cejas de Bwana se enarcaron con gesto ceñudo, pero aguardó hasta haber escuchado la historia de Meriem, antes de expresar sin reservas la cólera que hervía en su pecho. Pero cuando la joven concluyó, el hombre parecía haber perdonado a Baynes. Otro asunto

ocupaba su mente.

—¿Dices que encontraste a Korak? —preguntó—. ¿De verdad lo has visto?

—Sí —contestó Meriem—, le vi tan claramente como te estoy viendo a ti ahora. Y quiero que me acompañes, Bwana, y me ayudes a encontrarlo de nuevo.

—¿Tú también lo viste? —se dirigió Bwana al honorable Morison.

—Sí, señor —respondió Baynes—. Perfectamente.

—¿Qué aspecto tiene? —insistió Bwana—. ¿Qué edad le calculas?

—Diría que es inglés y que tiene aproximadamente los mismos años que yo —repuso Baynes—, aunque tal vez sea un poco mayor. Posee una musculatura extraordinaria y su piel está muy bronceada.

—¿Te fijaste en el color de sus ojos y de su pelo? —Bwana hablaba con rapidez, casi excitadamente.

Meriem se adelantó a responder:

—Korak tiene el pelo negro y los ojos grises.

Bwana se dirigió a su capataz negro:

—Acompaña a casa a la señorita Meriem y al señor Baynes. Yo me adentraré en la jungla.

—Déjame ir contigo, Bwana —pidió Meriem—. Si vas en busca de Korak, déjame ir contigo.

—Tu sitio —repuso Bwana— está al lado del hombre al que quieres.

Hizo una seña al capataz, indicándole que montara a caballo y emprendiera el regreso a la granja. Meriem subió lentamente a lomos del fatigado corcel árabe que la había llevado desde la aldea del jeque. Prepararon una camilla para Baynes, que tenía fiebre, y la partida emprendió el regreso a lo largo del camino que corría paralelo al serpenteante río.

Bwana los estuvo contemplando hasta que se perdieron de vista. Meriem no volvió la cabeza ni una sola vez. Avanzaba con la cabeza inclinada y los hombros caídos. Bwana suspiró. Quería a aquella jovencita árabe como hubiese podido querer a una hija propia. Comprendía que Baynes se había redimido, de forma que ahora él, Bwana, no podía interponer obstáculo alguno, si Meriem realmente estaba enamorada del honorable Morison, pero, sin saber cómo ni por qué, no acababa de estar seguro de que el muchacho fuese digno de la pequeña Meriem. Bwana se llegó, despacio, a un árbol cercano. Dio un salto y se agarró a una rama

baja, desde la que se izó hasta otras más altas. Sus movimientos eran ágiles, felinos. En la copa del árbol procedió a quitarse la ropa. De una bolsa de piel de gamo que llevaba colgada del hombro sacó una alargada tira de gamuza, una cuerda esmeradamente enrollada y un cuchillo de aspecto impresionante. Convirtió la piel de gamuza en un taparrabos, se colgó del hombro el rollo de cuerda e introdujo el cuchillo entre la piel y el cinto.

Cuando se irguió, echó hacia atrás la cabeza y abombó su enorme pecho, una torva sonrisa pasó fugazmente por sus labios. Se le dilataron las ventanas de la nariz al olfatear los olores de la selva. Se entornaron sus ojos grises. Se agachó, saltó a una rama inferior y empezó a desplazarse de árbol en árbol, hacia el sudoeste, alejándose del río. Avanzaba con rapidez y de vez en cuando se detenía para lanzar al aire un grito singular y penetrante, después de lo cual permanecía a la escucha unos instantes, a la expectativa de la posible respuesta.

Al cabo de varias horas de aquella marcha de rama en rama percibió una débil contestación que le llegaba de algún punto situado por delante de él, ligeramente a la izquierda, muy lejano en la selva: el alarido de un mono macho que correspondía a su grito. Un hormigueo recorrió su sistema nervioso y se le iluminaron las pupilas al captar aquel sonido. Volvió a emitir su aullido estremecedor y aceleró el ritmo de sus saltos, desviándose hacia la nueva dirección.

Korak llegó finalmente a la conclusión de que si continuaba allí, limitándose a esperar la llegada de una hipotética ayuda, lo más seguro es que acabara muriendo por inanición o por consunción. De modo que, en aquel extraño lenguaje que entendía el enorme paquidermo, ordenó a Tantor que lo levantara del suelo y lo trasladase hacia el nordeste. Por allí había visto Korak recientemente hombres blancos y negros. Si tropezaba con alguno de estos últimos, podría indicar sencillamente a Tantor que lo capturase y entonces Korak le obligaría a soltarle del poste al que estaba atado. Merecía la pena intentarlo…, siempre era mejor que seguir allí, en la jungla, hasta que llegase la muerte. Mientras Tantor le llevaba por el bosque, Korak profería su llamada a intervalos más o menos regulares, con la esperanza de que la oyera la tribu de antropoides de Akut, cuyo espíritu itinerante los impulsaba a veces a recorrer los territorios vecinos al suyo. Korak pensaba que posiblemente Akut pudiera desatar los nudos: lo había hecho en otra ocasión años atrás, cuando el ruso ató a Korak. Akut, que se encontraba al sur, oyó la llamada de Korak y acudió a ella. También la oyó

alguien más.

Después de que Bwana dejara la patrulla, tras ordenar a sus hombres que regresaran a la granja, Meriem recorrió una corta distancia con la cabeza agachada. ¿Qué ideas daban vueltas en su activa cabeza? De súbito, adoptó una determinación. Llamó al capataz negro.

—Voy a regresar junto a Bwana —le anunció.

El negro meneó la cabeza negativamente.

—No —se opuso—. Bwana ha dicho que la lleve a casa.

Así que la llevo a casa.

—¿Te niegas a dejarme ir? —preguntó la muchacha.

El negro asintió con la cabeza, y se rezagó un poco para poder vigilarla mejor. Meriem esbozó una sonrisita. Al cabo de un momento, su caballo pasó por debajo de una rama que casi rozaba la cabeza de Meriem… y el capataz negro se quedó con la vista clavada en una silla de montar vacía. Corrió hacia el árbol entre cuya enramada había desaparecido la joven. No vio rastro de ella. La llamó a voces, pero no obtuvo respuesta, a menos que considerase como tal la risita apagada e irónica que le llegó de lejos, por su derecha. Envió sus hombres a la jungla para que registraran la espesura, pero volvieron con las manos vacías. Al cabo de un rato, reanudó la marcha hacia la finca, porque, por entonces, Baynes deliraba a causa de la fiebre.

Meriem regresó velozmente en dirección al punto donde imaginaba que podría haber ido Tantor, un lugar de las profundidades de la selva, al este de la aldea del jeque, donde la muchacha sabía que a menudo se concentraban los elefantes. Avanzó rápida y silenciosamente. Había expulsado de su cerebro toda idea que no fuese la de llegar junto a Korak y llevarlo de nuevo con ella. Consideraba su deber estar al lado de Korak. Luego le asaltó el angustioso temor de que él lo estuviera pasando mal en aquellos instantes. Se reprochó no haber pensado en ello antes, de permitir que su deseo de acompañar al herido Morison a la casa la cegase hasta el punto de no darse cuenta de que tal vez Korak la necesitara. Llevaba varias horas de infatigable carrera, sin concederse un minuto de descanso, cuando por delante de donde se encontraba resonó el alarido familiar de un gran mono macho que llamaba a sus congéneres.

No respondió, simplemente aceleró la marcha hasta convertirla casi en un vuelo. Su fino olfato captó el olor de Tantor y supo que estaba en el buen camino y muy cerca de la meta a la que se dirigía. Se abstuvo de emitir llamada alguna porque deseaba dar una sorpresa a Korak. Y se la

dio. Apareció de pronto a la vista. Tantor avanzaba con su paso bamboleante, mientras con la trompa sostenía encima de la cabeza a Korak, que seguía atado a la estaca.

—¡Korak! —exclamó Meriem, desde lo alto de una rama, casi encima del muchacho.

Al momento, el elefante dio media vuelta, depositó su carga en el suelo, barritó salvajemente y se aprestó a defender a su camarada. «El matador» reconoció la voz de Meriem y se le formó un nudo en la garganta.

—¡Meriem! —respondió.

La muchacha saltó alegre y feliz al suelo y corrió hacia Korak para liberarle de las cuerdas, pero Tantor bajó la cabeza en plan amenazador y emitió un trompeteo de aviso.

—¡Atrás! ¡Vuelve atrás! —gritó Korak—. ¡Si no, te matará!

Meriem se detuvo.

—*¡Tantor*! —se dirigió al inmenso proboscidio—. ¿No te acuerdas de mí? Soy la pequeña Meriem. Solías llevarme encima de tu lomo.

Pero el elefante macho respondió con un sordo gruñido que retumbó en su garganta y agitó los colmillos en furioso desafío. Korak intentó apaciguarlo. Intentó decirle, que, si se apartaba de allí, la chica podría acercarse y librarle de las ligaduras. Pero Tantor no estaba dispuesto a retirarse. Veía un enemigo en todo ser humano que no fuese Korak. Creía que la muchacha había ido allí a hacerle daño a su compañero y no estaba dispuesto a correr el riesgo de permitirlo. Meriem y Korak pasaron una hora tratando de encontrar algún modo de buscarle las vueltas a aquel guardián equivocadamente celoso en el cumplimiento de lo que consideraba su deber. Era inútil. Tantor seguía inmóvil allí, firmemente decidido a impedir que alguien se acercase a Korak.

El hombre creyó haber dado con la solución.

—Simula que te vas —aleccionó a Meriem—. Te alejas y te sitúas en un punto desde el que tu olor no llegue a Tantor. Luego nos sigues. Al cabo de un rato, le pediré a Tantor que me deje en el suelo y buscaré algún pretexto para que se aleje yendo en busca de algo. Mientras esté ausente, te me acercas y cortas las cuerdas… ¿Tienes cuchillo?

—Sí, llevo un cuchillo —dijo Meriem—. Fingiré que me voy… Creo que soy capaz de engañarle, pero tampoco estoy muy segura… Tantor es el inventor de la astucia.

Korak sonrió; sabía que la muchacha tenía razón. Meriem ya había

desaparecido. El elefante puso en estado de alerta el oído y levantó la trompa para captar el olor de la joven. Korak le ordenó que lo acomodara otra vez encima de la cabeza y reanudasen la marcha. Tras unos segundos de titubeo, el elefante obedeció. Fue entonces cuando Korak oyó la distante llamada de un mono macho.

«¡Akut!»., pensó. «¡Estupendo!». Tantor conocía bien a Akut. Le permitiría acercarse.

A pleno pulmón, Korak respondió a la llamada del simio, pero dejó que Tantor siguiera su camino a través de la selva: tampoco se perdía nada si se contaba con un plan adicional. Llegaron a un claro y Korak percibió el olor del agua. Era un buen sitio y una excusa no menos buena. Ordenó a Tantor que lo depositara en el suelo y que fuese a buscarle agua con la trompa. El enorme paquidermo lo colocó encima de la hierba, en el centro de la pequeña explanada y permaneció un momento con la trompa y las orejas atentas. Trataba de detectar cualquier indicio de peligro y, al llegar a la conclusión de que no existía ninguno, se alejó rumbo al arroyuelo que Korak sabía que circulaba a unos doscientos cincuenta o trescientos metros de allí. El muchacho mono a duras penas logró reprimir una sonrisa al pensar en lo listo que había sido al embaucar a su amigo. Pero con todo lo que conocía a Tantor, ni por asomo se le ocurrió la treta que el astuto Tantor tenía en la cabeza. El elefante atravesó el claro y desapareció en la espesura vegetal de la jungla, rumbo al arroyo; pero apenas la densa cortina del follaje ocultó la montaña de su cuerpo, dio media vuelta y se dispuso a vigilar el claro, Tantor es receloso por naturaleza. Temía que aquella tarmangani volviera para atacar a su Korak. Permanecería allí un momento para asegurarse de que la chica no rondaba por allí y luego él reanudaría la marcha hacia el agua. ¡Ah, qué bien había obrado al desconfiar y quedarse! Allí estaba la tarmangani. Se descolgaba de un árbol y corría a través del claro hacia el muchacho mono. Tantor esperó. La dejaría llegar hasta Korak antes de lanzarse al ataque… Se aseguraría de que ella no tuviese la menor posibilidad de escapar. Fulguraron salvajemente los ojillos de Tantor. La cola se levantó rígida. Le costaba trabajo contener las ganas de lanzar a las alturas el barrito feroz de su rabia, para que se enterase el mundo entero. Meriem estaba casi al lado de Korak cuando *Tantor vio* el largo cuchillo que empuñaba y entonces surgió de la selva y rugió espantosamente mientras se precipitaba hacia la frágil muchacha.


J. Allen St. John

**…ordenó a Tantor que lo levantara del suelo.**

## XXVII



ORAK gritó a su monumental defensor una serie de órdenes, en un desesperado esfuerzo para detenerlo, pero fue inútil. Meriem corrió hacia la orla de árboles que bordeaban el claro, con toda la rapidez que podían desarrollar sus piernas… Pero Tantor, pese a su inmenso volumen, le ganaba terreno con la velocidad de un tren expreso.

Tendido en el suelo, Korak no podía hacer más que contemplar la inminente tragedia. Un sudor frío le empapaba todo el cuerpo. Su corazón parecía haber dejado de latir. Era posible que Meriem llegara a los árboles antes de que Tantor la alcanzase, pero ni siquiera su agilidad podía ponerla a tiempo fuera del alcance de aquella trompa inexorable, que la arrastraría hasta el suelo y la zarandearía bestialmente. Korak se imaginaba la escalofriante escena. Tantor se ensañaría con ella, le atravesaría

repetidamente con los terribles colmillos y acabaría pisoteándole hasta convertir su frágil cuerpo en una irreconocible masa de carne aplastada bajo las pesadas patas.

Casi se le había echado encima ya. Korak quiso cerrar los ojos, pero no pudo. Tenía la boca seca y agostada. En toda su existencia había sufrido un terror tan espantoso. Una docena de pasos más y la bestia la habría cogido. Pero ¿qué era aquello? Korak tuvo la impresión de que los ojos se le escapaban de las cuencas. Una extraña figura había saltado del árbol cuya sombra acababa de alcanzar Meriem y se colocó a espaldas de la muchacha, en mitad del camino del elefante lanzado a la carga. Era un desnudo gigante blanco. Colgado del hombro llevaba un rollo de cuerda. Al cinto, un cuchillo de monte. Aparte de eso, iba desarmado. Se enfrentó con las manos desnudas al enloquecido Tantor. De los labios del desconocido brotó una aguda orden… La bestia se detuvo en seco, y Meriem se elevó a la salvación del árbol. Korak dejó escapar un suspiro de alivio en el que se mezclaba un sentimiento de maravillada admiración. Clavó la mirada en el salvador de Meriem y en su mente empezó a filtrarse un reconocimiento acompañado de incredulidad y sorpresa.

Todavía gruñendo sorda y coléricamente, Tantor se bamboleaba frente al gigante blanco, el cual pasó por debajo de la levantada trompa y le dirigió una orden en voz baja. El enorme paquidermo dejó de refunfuñar. El brillo salvaje de sus ojos fue apagándose paulatinamente, mientras el desconocido avanzaba hacia Korak. Tantor le siguió dócilmente.

Intrigada, Meriem contemplaba la escena. De pronto, el hombre se volvió hacia ella como si se hubiera olvidado momentáneamente de su presencia y la recordase en aquel preciso instante.

—¡Ven aquí, Meriem! —la llamó.

Y la muchacha le reconoció, atónita.

—¡Bwana!

Rápidamente, se dejó caer del árbol y corrió hacia él. Tantor lanzó una mirada interrogadora al gigante blanco, pero al recibir una seria advertencia oral permitió que Meriem se acercase. Bwana y la muchacha se llegaron al punto donde yacía Korak, con los ojos desorbitados y con una patética súplica de perdón en las pupilas… aunque también se apreciaba en ellas el brillo de un jubiloso agradecimiento por el milagro que había llevado junto a él a aquellas dos personas. Precisamente a aquellas dos personas, entre todos los pobladores del mundo.

—¡Jack! —exclamó el gigante blanco, al tiempo que se arrodillaba al lado del «matador».

—¡Papá! —la palabra salió sofocada de entre los labios de Korak—. Gracias a Dios que has sido tú. Nadie en toda la selva hubiera podido detener a Tantor.

El hombre cortó en unos segundos las ligaduras que sujetaban a Korak y el muchacho se puso en pie y pasó los brazos alrededor de su padre. El gigante blanco se volvió hacia Meriem.

—Creí haberte dicho —manifestó en tono severo— que volvieras a la granja.

Korak contempló a los dos con expresión de desconcierto. Anhelaba con toda su alma tomar a Meriem entre sus brazos, pero recordó a tiempo al otro, al elegante caballero inglés, y se dijo que él, Korak, no era más que un salvaje y tosco hombre mono.

Los ojos de Meriem se clavaron suplicantes en los de Bwana.

—Me dijiste —respondió con un hilo de voz— que mi sitio estaba junto al hombre del que me había enamorado.

Volvió la cabeza para mirar a Korak, pletóricos los ojos de una maravillosa luminosidad que nadie había visto nunca en ellos y que nadie más volvería a ver nunca.

«El matador» se acercó a Meriem con los brazos extendidos, pero antes de abrazarla, se detuvo súbitamente, se arrodilló ante ella, le cogió la mano y se la besó tan respetuosa y reverentemente como no hubiera besado la de la reina de su país.

Un mugido de Tantor puso instantáneamente a los tres —tres seres criados en la selva— en estado de alerta. Tantor miraba hacia los árboles situados a su espalda y los ojos de cada miembro del trío siguieron la dirección de los ojos del elefante… hacia la cabeza y los hombros de un enorme mono que apareció entre el follaje. El simio los contempló durante un momento, al cabo del cual brotó de su garganta un sonoro alarido de reconocimiento y alegría. Un momento después, el animal había saltado al suelo, seguido por una veintena de monos machos como él, y corría hacia las tres personas, mientras gritaba en el lenguaje primitivo de los antropoides:

—¡Tarzán ha vuelto! ¡Ha vuelto Tarzán, señor de la selva!

Era Akut, que al instante se lanzó a un desenfrenado festival de saltos y cabriolas, alrededor del trío, acompañados de espantosos aullidos que

cualquier ser humano hubiera tomado por manifestaciones de la rabia más furibunda, pero que para aquellas tres personas significaban, lo sabían muy bien, que el rey de los monos estaba rindiendo homenaje a otro rey que consideraba superior a él. Los peludos súbditos de Akut imitaron a su soberano y compitieron a ver quién saltaba más alto y quién profería los ululatos más raros y sobrecogedores.

Korak apoyó la mano afectuosamente en el hombro de su padre.

—¡No hay más que un Tarzán! —dijo—. ¡Nunca podrá haber otro!

Dos días después, Tarzán, Meriem y Korak descendían de los árboles que bordeaban la llanura, al otro lado de la cual podía verse el humo que brotaba de las chimeneas de la casa y de las cocinas, para elevarse perezosamente en el aire. Tarzán de los Monos había recogido del árbol donde las dejara las prendas de hombre civilizado y, como Korak se negó en redondo a presentarse ante su madre con aquel atavío de hombre selvático que había llevado durante tanto tiempo, y como Meriem no estaba dispuesta a dejarle solo, por temor, según explicó, a que cambiara de idea y volviera a adentrarse en la jungla, el padre se adelantó rumbo a la casa, en busca de caballos y de ropa adecuada para su hijo.

Querida salió a recibirle a la verja, con los ojos saturados de preguntas y de dolor, al ver que Meriem no acompañaba a Bwana.

—¿Dónde está? —inquirió, temblorosa la voz—. Muviri me ha dicho que desobedeció tus instrucciones y que huyó a la selva cuando la enviaste hacia aquí. ¡Oh, John, si la perdemos también a ella no podré soportarlo!

Y lady Greystoke se vino abajo y estalló en lágrimas, con la cabeza apoyada en el amplio pecho de su marido, donde tantas veces había encontrado consuelo y fortaleza de ánimo para sobrellevar las dolorosas tragedias de su vida.

Lord Greystoke le alzó la cara y miró al fondo de los ojos de su esposa. Los del hombre sonreían iluminados por la felicidad.

—¿Qué ocurre, John? —preguntó lady Greystoke—. ¡Si traes buenas noticias… no me tengas con el alma en vilo!

—Quiero tener la absoluta seguridad de que vas a resistir el anuncio de las mejores noticias que tú y yo hayamos recibido jamás —dijo lord Greystoke.

—¡La alegría no mata! —exclamó la mujer—. ¿La has encontrado?

No se atrevía a alimentar la esperanza de aquel imposible.

—Sí, Jane —repuso el hombre, ronca de emoción la voz—. La he

encontrado a ella… ¡y a él!

—¿Dónde está Jack? ¿Dónde están los dos?

—Ahí fuera, en el borde de la selva. Jack no quería venir medio desnudo, vestido sólo con una piel de leopardo… Me mandó por delante para que viniera a buscarle ropa de persona civilizada.

Jane Clayton empezó a batir palmas, extasiada, y echó a correr hacia la casa.

—¡Espera! —gritó por encima del hombro—. Tengo todos sus trajecitos… Los he conservado todos. Te traeré uno…

Tarzán se echó a reír y le aconsejó que no fuera tan deprisa.

—Las únicas prendas que le vendrán más o menos bien —dijo— son las mías… Si es que no le quedan pequeñas… Tu hijito ha crecido, Jane.

La mujer también rompió a reír, ahora todo le hacía gracia: se reía por todo y por nada. El mundo volvía a estar rebosante de amor, de felicidad y de júbilo, el mundo que durante tantos años había estado envuelto en la penumbra de su inmensa congoja. Era tan grande su alegría en aquellos momentos que se olvidó de la triste noticia que le esperaba a Meriem. Llamó a Tarzán para indicarle que preparase a la muchacha para que no la recibiera de sopetón, pero lord Greystoke no la oyó y se alejó a caballo ignorante del suceso al que se refería su esposa.

Y así, una hora después, Korak, «el matador», llegaba al galope a la casa donde le aguardaba su madre —la madre cuya imagen nunca se había difuminado en su corazón juvenil— y encontró en los brazos y en los ojos de la mujer el cariño y el perdón por el que suspiraba.

Luego, la mirada de la madre se posó en Meriem y una expresión doliente borró la dicha que brillaba en los ojos de la mujer.

—Mi pequeña —dijo—, entre tanta felicidad como reina hoy en esta casa, una gran aflicción te espera… El señor Baynes no sobrevivió a sus heridas.

La expresión de tristeza que manifestaron los ojos de Meriem sólo indicaba un sincero sentimiento, no la angustia desconsolada de la mujer que ha perdido a la persona que más quería.

—Lo siento —articuló simplemente—. Tuvo intención de perderme, pero, antes de morir, reparó con creces el daño que quiso hacerme. Hubo un tiempo en que creí estar enamorada de él. Al principio fue la fascinación que ejerció sobre mí algo que me era completamente nuevo… después fue respeto por un hombre animoso que tuvo el valor moral de reconocer sus

pecados y el valor físico de afrontar la muerte para expiar los atropellos que había cometido. Pero no era amor. No he sabido lo que es el amor hasta que me enteré de que Korak vivía.

Se volvió sonriente hacia «el matador».

Lady Greystoke miró rápidamente al fondo de los ojos de su hijo, del hijo que algún día iba a ser lord Greystoke. Por la mente de la dama no cruzó ningún pensamiento relativo a la diferencia de origen y de posición social entre su hijo y aquella muchacha. Para lady Greystoke, Meriem era digna de un rey. Lo único que la señora quería saber era si Jack amaba a aquella desamparada niña árabe. La expresión que vio en los ojos de Jack contestó plenamente a la pregunta que Jane Clayton tenía en el corazón, de modo que echó los brazos en torno a ambos jóvenes y los besó una docena de veces a cada uno.

—¡Ahora —exclamó— sí que tendré de verdad una hija!

La misión más próxima se encontraba a varias jornadas de marcha agotadora, pero sólo aguardaron en la granja unos cuantos días, los justos para descansar y preparar el gran acontecimiento antes de ponerse en camino. Y en cuanto se celebró la ceremonia matrimonial se dirigieron a la costa, donde embarcaron rumbo a Inglaterra. Aquellos días fueron los más fabulosos que había vivido Meriem en toda su existencia. Ni siquiera vagamente había soñado en las maravillas que la civilización había reservado para ella. El inmenso océano y las comodidades del transatlántico le resultaron de lo más alucinante. La algarabía, el bullicio y la confusión de la estación de ferrocarril inglesa la llegaron a aterrar.

—Si hubiese a mano un árbol de buen tamaño —confió a Korak—, creo que treparía hasta la copa con el corazón en un puño.

—¿Y le harías muecas y le tirarías ramitas a la locomotora? —se echó a reír Korak.

—¡Pobre Numa! —suspiró la muchacha—. ¿Qué será de él sin nosotros?

—¡Ah, siempre habrá alguien que le tome la melena, mi pequeña mangani! —le aseguró Korak.

La mansión de los Greystoke en la ciudad dejó a Meriem sin aliento, pero cuando tenían visita o celebraban alguna fiesta, nadie hubiera sospechado que la muchacha no había nacido y se había criado en un ambiente de alcurnia.

No llevaban en Londres una semana cuando lord Greystoke recibió

noticias de su viejo amigo D'Arnot.

Le llegaron en forma de carta de presentación del general Armand Jacot. Lord Greystoke recordaba el nombre. Nadie que estuviese familiarizado con la reciente historia de Francia podía dejar de recordarlo, porque el general Jacot era en realidad el príncipe de Cadrenet, el entusiasta y fanático republicano que se negaba a emplear, ni siquiera por formalidad o cortesía, un título que era patrimonio de la familia desde hacía cuatrocientos años.

—En una república no hay lugar para los príncipes —solía decir.

Lord Greystoke recibió en la biblioteca a aquel soldado de nariz aguileña y gran bigote gris. Después de intercambiar una docena de palabras ambos hombres habían establecido una relación de mutuo aprecio que se prolongaría durante toda su vida.

—Recurro a usted —explicó el general Jacot— porque nuestro querido almirante me ha informado de que no existe en el mundo persona alguna que conozca más a fondo cuanto se relaciona con el África central.

»Permítame que le cuente mi caso desde el principio. Hace muchos años secuestraron a mi hija, probablemente unos árabes, cuando servía en la legión extranjera, en Argelia. En aquel entonces hicimos todo cuanto el cariño, el dinero e incluso los recursos del gobierno podían hacer para descubrir el paradero de la niña y recuperarla, pero en vano. Se publicó su fotografía en los principales rotativos de las ciudades importantes del mundo y, a pesar de todo, no hubo hombre ni mujer que hubiese vuelto a ver a la criatura desde el día en que desapareció tan misteriosamente.

»Hace ocho días, en París, recibí la visita de un atezado árabe que dijo llamarse Abdul Kamak. Aseguró que había localizado a mi hija y que estaba en condiciones de llevarme hasta ella. Lo conduje inmediatamente ante el almirante D'Arnot quien, según mis informes, ha recorrido los territorios del África central. La historia del árabe indujo al almirante a creer que el lugar donde se retenía cautiva a la muchacha blanca que el tal Abdul Kamak supone que es mi hija no se encuentra muy lejos de las propiedades que posee usted en África y me aconsejó que viniera a visitarle de inmediato… Aventuró que cabía la posibilidad de que supiera usted si realmente esa joven está en algún lugar próximo a sus haciendas.

—¿Qué pruebas le aportó el árabe de que la chica era su hija de usted? —preguntó lord Greystoke.

—Ninguna —respondió el general Jacot—. Por eso he creído

conveniente venir a consultarle, antes de organizar una expedición. El individuo sólo tenía una fotografía antigua, en el dorso de la cual llevaba pegado un recorte de periódico en el que se describía a la niña y se ofrecía una recompensa. Nos temimos que el árabe se la hubiera encontrado en alguna parte y que la codicia le hubiese hecho pensar que podía cobrar la recompensa, de un modo u otro, tal vez colándonos una muchacha blanca cualquiera, contando con la posibilidad de que los muchos años transcurridos no nos permitieran detectar el engaño.

—¿Lleva usted encima la fotografía? —preguntó lord Greystoke.

El general se sacó un sobre del bolsillo, extrajo del mismo una fotografía amarillenta y se la tendió al inglés.

Las lágrimas nublaron los ojos del anciano guerrero al posar la vista en las retratadas facciones de su hija perdida.

Lord Greystoke examinó la fotografía durante un momento. Una expresión extraña apareció en sus ojos. Tocó un timbre y al cabo de unos segundos entró un criado.

—Pregúntele a la esposa de mi hijo si tiene la bondad de venir a la biblioteca —dijo.

Los dos hombres guardaron silencio. El general Jacot estaba demasiado bien educado para manifestar la contrariedad y decepción que le producía aquella forma un tanto desairada con que lord Greystoke dejaba de lado el objeto de su visita. En cuanto la damisela llegase y se hubieran hecho las debidas presentaciones se despediría sin más. Al cabo de un momento entraba Meriem en la biblioteca.

Lord Greystoke y el general Jacot se levantaron para saludarla. El inglés no hizo las presentaciones que el protocolo aconsejaba. Tenía una teoría y deseaba observar el efecto que producía en el general ver por primera vez el rostro de la joven. Era una teoría inspirada por el Cielo, que había surgido en su mente en el preciso instante en que sus ojos se posaron en el semblante infantil de Jeanne Jacot.

El general Jacot echó una mirada a Meriem y luego se volvió hacia lord Greystoke.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabe? —preguntó. Cierto tono acusador matizaba su voz.

—Desde el instante en que me enseñó usted la fotografía, hace unos minutos —respondió el inglés.

—Es ella —dijo Jacot, estremecido a causa de la emoción reprimida—.

Pero no me reconoce… Naturalmente, no puede reconocerme. —Se dirigió a Meriem—: Hija mía, soy tu…

Pero la muchacha le interrumpió al lanzar un grito de alegría y precipitarse hacia él con los brazos tendidos.

—¡Te conozco! ¡Claro que te conozco! —exclamó—. ¡Ah, ahora lo recuerdo!

El anciano la estrechó en sus brazos.

Avisaron a Jack Clayton y a su madre y cuando les hubieron referido la historia ni que decir tiene que se alegraron lo indecible de que la pequeña Meriem hubiese encontrado por fin a sus padres.

—Y al final ha resultado que no te casaste con una abandonada huerfanita árabe —comentó Meriem—. ¡Es estupendo!

—Tú sí que eres estupenda —replicó «el matador»—. Me casé con mi pequeña Meriem y me tiene absolutamente sin cuidado que sea árabe o simplemente una tarmangani.

—No es ni una cosa ni otra —precisó el general Jacot—. Es una princesa por derecho propio.




**…se enfrentó a Tantor con las manos desnudas.**




EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 - Encino, California, 19 de marzo de 1950).

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de

papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una

demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Borroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.

SATURDAY DECEMBER 4 TEN CENTS

ALL-STORY WEEKLY

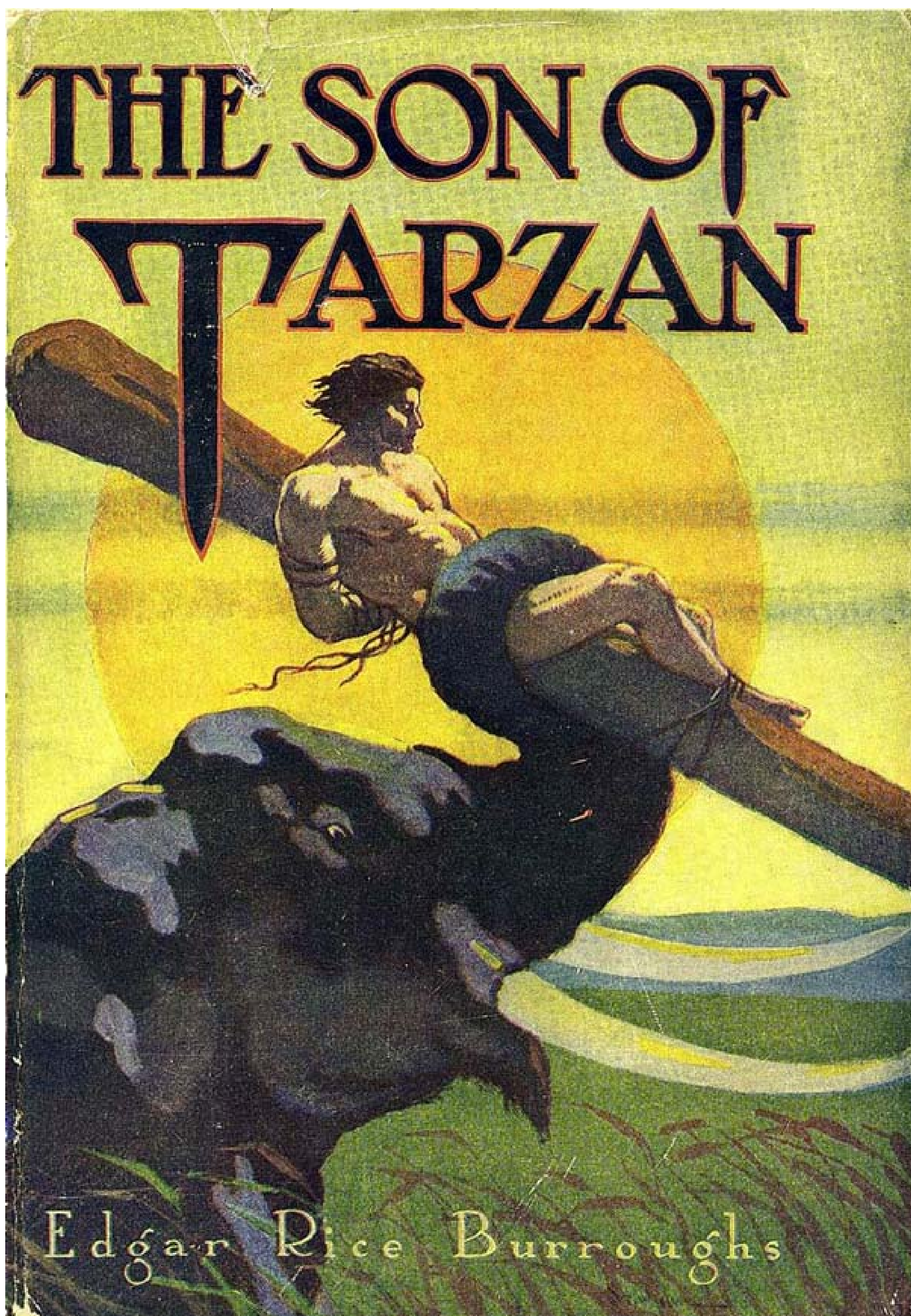
The Son of Tarzan

*A Sequel to all the* Tarzan Tales

by Edgar Rice Burroughs

P. J. MONAHAN

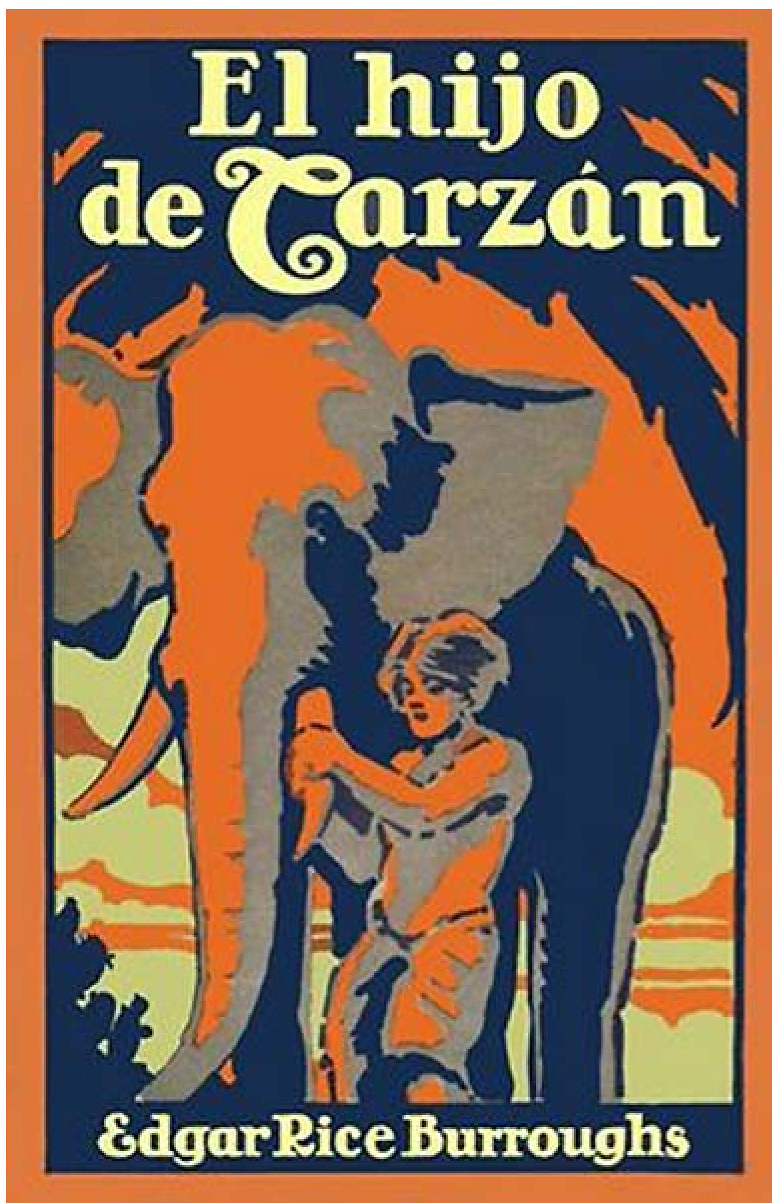
Cubierta original edición *pulp* EE.UU., 1915, P. J. Monahan.




Cubierta original 1.ª edición EE.UU., 1917, J. Allen St. John


THE
SON
OF
Tarzan
BURROUGHS
$1.30
A.C.
McClurg
&
Co
THE SON OF
TARZAN
Edgar Rice Burroughs

Cubierta completa 1.ª edición EE.UU., 1917, J. Allen St. John




Cubierta 1.ª edición en España, 1928, de autor desconocido.